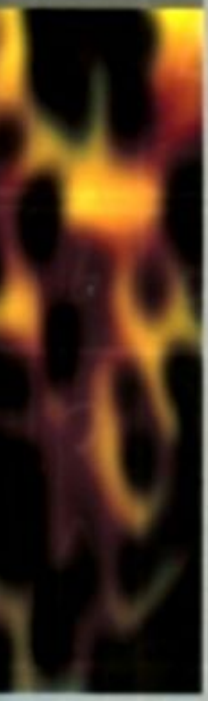
La Retórica en Grecia y Roma



LAURENT PERNOT

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

PRESENTACIÓN

La retórica en Grecia y Roma

Bitácora de Retórica
31

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS
Centro de Estudios Clásicos

Laurent Pernot

La retórica en Grecia y Roma

Gerardo Ramírez Vidal
(Editor)

Karina Castañeda Barrera
Oswaldo Hernández Trujillo
(Traductores)

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 2013

Título original: *La Rhétorique dans l'Antiquité*. París: Librairie Générale Française, 2000 (Série: "Antiquité", dirigée par Paul Demont)

Creative Commons

Primera edición: 2013
Fecha de término de la edición: 12 de abril de 2013

D. R. © 2013, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, del. Coyoacán, C. P. 04510, México, D. F.

Instituto de Investigaciones Filológicas
Departamento de Publicaciones del iifl
Tel.: 56227347, Fax: 56227349
http://www.iifilologicas.unam.mx

ISBN: 978-607-02-4256-4

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN*

La retórica en Grecia y Roma de Laurent Pernot se publicó originalmente en lengua francesa en el año 2000. Doce años después ofrecemos esta obra al público de lengua española en la colección Bitácora de Retórica. No se trata de una obra aislada, puesto que en las últimas décadas se ha publicado una cantidad impresionante de estudios o manuales sobre la retórica antigua tanto en español como en otras lenguas, lo cual muestra la importancia que esta disciplina ha ido adquiriendo sin lograr, empero, resolver las frecuentes opiniones discrepantes en torno a la misma. Hemos decidido traducir y difundir precisamente este manual y no otro, porque resulta muy apropiado para introducir a los interesados en este amplio campo de la cultura, para entender el sentido y la singularidad de esa doctrina entre sus creadores y, en consecuencia, para impulsar los estudios sobre la retórica antigua en nuestra lengua. Con el fin de explicar lo anterior, en las siguientes páginas situamos la obra dentro del conjunto de publicaciones sobre el tema y a continuación resaltamos algunas características que la hacen singular y merecedora de ser leída.

No es ocioso empezar por señalar que Laurent Pernot, profesor de griego de la Universidad Marc Bloch de Estrasburgo, presidente de la International Society for the History of Rhetoric durante el periodo 2008-2009 y miembro ordinario de la Académie des Inscriptions et Belles-Lettres (octubre 2012), es hoy uno de los estudiosos de mayor prestigio en el campo de la retórica. Autor de numerosos trabajos sobre el tema, en particular sobre el elogio en la época imperial, estaba preparado para emprender la difícil tarea de presentar una visión de conjunto sobre ese fenómeno cultural que permeó de manera profunda la política, la educación y la literatura en el mundo antiguo. Sobre la dificultad de un

* Aprovecho este espacio para expresar mi reconocimiento a Ana Esquivel, Marco Mancera, Fernando Moreno, Geraldine Ochoa, Lino Arroyo y Diana Pérez, quienes elaboraron los índices y corrigieron las referencias bibliográficas.

trabajo semejante, Kennedy (1975: 280) señalaba lo siguiente: "el estudio de la evolución histórica y eventual influencia de la retórica clásica es un asunto complicado y, en mi opinión, más interesante que su clasificación sistemática, pues intenta decir no sólo qué, sino también por qué". A ello se añaden los obstáculos específicos a los que se enfrenta el estudioso de una disciplina tan heterogénea y malentendida. Sin duda, nuestro autor salió airoso de este reto, como veremos en seguida.

La primera observación que debe hacerse sobre este manual es que, aunque el título original no lo manifiesta así, se trata de una obra de carácter histórico sobre la retórica en el mundo clásico grecolatino, desde sus inicios, con Homero, hasta el final del Imperio romano (o de modo más preciso, hasta finales del siglo III d. C.). Contra lo que pudiera parecer, no es una materia que se haya abordado anteriormente de manera completa y sistemática. Si revisamos cualquier bibliografía sobre el tema, veremos, no sin asombro, que la gran mayoría de las publicaciones aborda precisamente el sistema, pero muy pocas el desarrollo. Al ver desfilar ante nuestros ojos las obras clásicas de Volkmann (1872), Norden (1898), Navarre (1900), Kroll (1940), Radermacher (1951), Lausberg (1960), Kennedy (1963, 1972), los diccionarios, las compilaciones, etcétera, nos damos cuenta de que sólo una mínima parte de ellas versa sobre el desarrollo histórico.

Es verdad que las obras generales sobre el sistema presentan con frecuencia también la historia de la doctrina. Sin embargo, en esos importantes trabajos, los desarrollos del sistema retórico son muy pocos en comparación con los que se centran en la teoría. El clásico manual *La Rhétorique et son histoire* de Chaignet (1888) es ejemplar al respecto: a pesar de su título, sólo dedica sesenta y nueve páginas de un total de quinientas treinta y nueve a la historia de la retórica clásica. *La retórica antigua* de Barthes (1970), producto de un seminario dictado en 1964-1965, es un prontuario que trata brevemente tanto la historia como el sistema. Mortara Garavelli (1988) dedica poco más de una décima parte de su obra al desarrollo de ese arte desde la Antigüedad hasta nuestros días. Por su lado, Reboul (1991) elabora una historia de la retórica que llega sólo a Aristóteles. Ésta es la tónica general.

Hay también historias generales sobre esa disciplina. Sin embargo, por su propia naturaleza, tratan de manera parcial (y a veces superficial) la retórica antigua. La descripción de Gros (1835) resulta ya bastante

anticuada y es muy general, además de que no se ocupa de los autores latinos. Uno de los estudios más recomendables al respecto es el de Barilli (1979). Este autor observa que "los perfiles de la historia de la retórica que cubren el periodo completo de la cultura occidental de los orígenes a la actualidad son extremamente raros" (1979: 163). Observa que la publicación de Florescu (1971) es breve y sintética, y él, por su parte, dedica sólo 44 páginas a toda la historia de la retórica antigua, aproximadamente la mitad del espacio dedicado por Chaignet. Se trata, sin duda, de un manual valioso, precisamente porque presenta en sus grandes líneas la evolución de ese fenómeno cultural, pero su intención no es presentar una descripción detallada de la retórica antigua. Otro texto importante es la *Histoire de la rhétorique des Grecs à nos jours* de Meyer (1999), pero su orientación es más filosófica que propiamente histórica: a Platón le dedica siete páginas; a Aristóteles, quince; a Quintiliano, dos, y a Hermógenes, media página. A los trabajos anteriores se agregan numerosos artículos del mismo tenor sobre la historia de la retórica en general. En fin, el estudio de Walker (2000) resulta de gran interés por la vinculación que el autor establece entre retórica y poética, pero él no pretendía ofrecer un desarrollo de esta disciplina, sino una rehabilitación de ella.

En lengua española contamos con numerosos e importantes estudios de carácter histórico. Tal vez el mejor de todos sea el ensayo publicado en México por López Eire (1996), en el que se aborda la retórica como una acumulación de prácticas y conocimientos sobre el discurso. Sin embargo, trata la antigüedad clásica de manera parcial, pues su intención no era elaborar una descripción de la evolución de ese arte. La *Historia breve de la retórica* de Hernández Guerrero y García Tejera (1994) es un sumario. La publicación de Reyes Coria (2004) agrupa a los autores grecorromanos de retórica en tres partes: predecesores de Cicerón, época de Cicerón y sucesores de Cicerón (hasta Alcuino). Pero no se trata de una historia, sino de un compendio de biografías de los maestros del arte de la palabra de la antigüedad clásica.

Los manuales que abordan la retórica clásica antigua desde el punto de vista de su evolución se reducen a los pocos títulos siguientes (veánse los datos al final de esta presentación):

1. Baldwin, C. S. (1924). *Ancient Rhetoric and Poetic. Interpreted from Representative Works.*

2. Reyes, A. (1942). *La antigua retórica.*
3. Murphy, J. J. (1972). *A Synoptic History of Classical Rhetoric.*
4. Einsenhut, W. (1974). *Einführung in die antike Rhetoric und ihre Geschichte.*
5. Plebe, A. (1988). *Breve storia della retorica antica.*
6. Kennedy, G. A. (1994). *A New History of Classical Rhetoric.*
7. Desbordes, F. (1996). *La Rhétorique antique.*
8. Nagy, G. (2001). *Classical Period: Rhetoric of Oratory and Other Prose Forms.*

Aunque se cuenta con el material anterior, hay grandes diferencias entre las seis de las ocho obras señaladas (1, 3, 4, 5, 7 y 8) y la de Pernot. La primera y la más evidente es que esta última es una obra de conjunto, no sólo porque abarca el periodo señalado, sino también porque presenta el desarrollo como un fenómeno cultural unitario, aunque con las naturales diferencias temporales y geográficas. En otras palabras, el manual de Laurent Pernot presenta una multiplicidad de orientaciones y movimientos integrados en un gran conjunto de lo que fue la retórica clásica de la Antigüedad.

Podemos observar que algunas de las obras antes enumeradas tratan sobre el mismo periodo, pero no presentan el desarrollo de la retórica como un conjunto unitario. La importante obra de Baldwin (1924) tenía la intención de exponer, de manera más específica y firme de lo que hasta entoces se había hecho, los contenidos de la teoría y práctica de la antigua retórica. Su exposición se divide en dos partes: una está dedicada a la retórica, y la otra, a la poética. La primera, a su vez, aborda la *Retórica* de Aristóteles, el *Acerca del orador* y el *Orador* de Cicerón y la *Institución oratoria* de Quintiliano, además de las *Declamaciones,* pero no incluye la *Retórica a Alejandro* ni la *Retórica a Herenio*. No se trata, por tanto, de una historia, sino de una descripción sistemática de obras antiguas sobre la retórica que a él más le interesaban. La *Sinopsis histórica de la retórica clásica* de Murphy (1972, traducida al español en 1983) contiene un conjunto de seis ensayos sobre algunos momentos y autores, pero no se trata de una exposición que explique cómo fue evolucionando esta disciplina a lo largo de más de mil años. La *Einführung* de Eisenhut (1974) es un trabajo claro y reflexivo; se centra en la historia de la teoría retórica, pero no es equilibrado, pues dedica poco espacio a Platón y a la *Retórica a Alejandro,* aparte de que la sección latina es menos rigurosa que la griega (cf. Kennedy 1975: 281). Por su parte, el

manual de Plebe (1988) tiene como propósito ofrecer un panorama sobre la relación entre retórica y filosofía. Por eso dedica menos espacio a Isócrates o a Quintiliano (una página cada uno) que a Pitágoras. Incluye un capítulo sobre Platón y otro sobre Aristóteles. El valor de esta obra radica en las novedosas ideas que ofrece a lo largo de sus páginas. Por otra parte, *La Rhétorique antique* de Desbordes es un conjunto de veinte artículos que tratan sobre la retórica griega y romana y la literatura latina, pero no fueron pensados para trazar la evolución de la retórica. En fin, la *Rhetoric of Oratory* de Nagy (2001) pertenece a un volumen colectivo de historia de la literatura griega y fija su atención más en la práxis que en la historia.

Ahora nos referiremos a una obra pionera en el mundo occidental, aunque poco conocida. En 1942 se publicó en México un trabajo cuyo título es *La antigua retórica,* de don Alfonso Reyes. Es una obra singular por varios motivos. El primero es que se publicó en una época en que aún no se había producido el resurgimiento de los estudios de esta disciplina. Perelman, Tulmin, el Grupo de Lieja y Lausberg no aparecían aún, aunque se tenían a la vista los manuales de Volkmann, Chaignet, Baldwin, el artículo de Kroll y otros. De esta manera, podríamos afirmar que Alfonso Reyes *se adelantó* a su época. Esta situación fue más negativa que positiva. La retórica no se reponía aún del desprestigio en que se había visto sumida, sobre todo en los últimos cincuenta años, de modo que aún no existía el interés por la retórica antigua que despertaría después de la guerra en Europa. Por ello, el libro no tuvo ningúm impacto en los países de lengua española y mucho menos en el ámbito internacional. Fue un *bicho raro.*

El otro motivo de la singularidad de esta obra es que nuestro *polymathês* mexicano se basó en gran medida en las fuentes antiguas, sobre todo en traducciones al inglés. Auxiliado por su amplísima cultura, Alfonso Reyes había logrado desarrollar análisis y comentarios al respecto con gran tino y de manera fresca y crítica. Su exposición no sólo es fluida y ágil sino también profunda y seria. Un ejemplo entre tantos: afirma que Séneca el Rétor "apunta cierta noción 'comparatista', y echa en cara a la insolente Grecia su recluimiento literario en su obra, punto en que no le falta razón, si se considera la relativa indiferencia de los griegos para las culturas oriental y latina" (1983: 444). Luego presenta una serie de ejemplos que prueban esa actitud griega frente al

otro. Es, pues, una obra de gran valor, pero no se trata de una historia, como lo afirma el mismo autor: "No es nuestro propósito trazar la historia de la antigua retórica, sino señalar los puntos culminantes" (1983: 403). Se detiene, en efecto, en las grandes figuras de la retórica como Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Éste es el valor de esa obra. Laurent Pernot, en cambio, presenta una verdadera historia de la retórica. Trata a los autores mayores y a los menores; observa cómo se van distribuyendo las líneas de desarrollo.

Pasemos ahora a la consideración de la obra de George Kennedy, sin duda la más importante de las que aquí he reseñado. Kennedy es autor de obras valiosas sobre retórica antigua. Entre ellas destaca una serie de tres excelentes libros que fueron publicados en tres décadas diferentes: *The Art of Persuasion in Greece* (1963), *The Art of Rhetoric in the Roman World* (1972) y *Greek Rhetoric under Christian Emperors* (1983). En la última década del siglo pasado resumió esos tres libros en uno solo: *A New History of Classical Rhetoric* (1994). Aunque esta última obra constituye un trabajo de primer orden, presenta características especiales tanto de carácter cuantitativo como cualitativo que la hacen diferente al estudio de Laurent Pernot.

Desde el punto de vista cuantitativo, se advierte que el contenido del libro de Kennedy es un cincuenta por ciento más extenso que *La Rhetorique dans l'Antiqueté* de Pernot. La página de la edición de la Princeton University es más grande y la letra más pequeña en comparación con *La retórica en Grecia y Roma*. En efecto, este último es un manual de bolsillo.

Veamos algunas cuestiones relacionadas con la concepción y el contenido. En primer lugar, conviene señalar las diferencias en su estructura compositiva. La obra del autor estadounidense está dividida en trece capítulos. El primero es una introducción, el XII trata sobre la retórica cristiana y el último aborda el problema de la conservación de la retórica en la Edad Media. Los diez restantes se pueden distribuir en tres bloques. El primero abarca la retórica griega (II-V); el segundo, la retórica romana (VI-IX), y el tercero, la retórica griega durante el Imperio (X-XI). El número de páginas de esos tres bloques es de 90, 100 y 55 (245 páginas en total).

El libro de Laurent Pernot consta de seis capítulos, sin contar el prólogo, la conclusión y el *thesaurus* incluido al final. Se puede dividir también en tres partes. La primera se compone de cuatro capítulos (I-

IV), dedicados a la retórica griega; la segunda, de uno solo (V), se ocupa de la retórica romana, y la tercera abarca el capítulo restante (VI), que trata sobre la época imperial. El número de páginas es de 100, 55 y 95, respectivamente, es decir, 250 páginas. El número total de páginas es casi igual en ambos libros, lo que facilita la comparación de ambas obras.

Parece significativo que Kennedy dedique a la retórica latina casi el doble que Pernot. En realidad la diferencia no es tan amplia, pues el estudioso francés integra la retórica romana de la edad de plata en el último capítulo, el referido al Imperio. En cambio, el orden interno de cada parte sí revela una concepción diferente del desarrollo histórico del arte de la palabra. En la obra de Pernot se observa la retórica de época imperial de una manera más unitaria y articulada, como si la retórica griega y latina confluyeran en ella. Ésta es una diferencia cualitativa importante. El estudioso francés está animado por la idea —adecuada desde mi punto de vista— de que el desarrollo de la retórica no puede verse en el sentido tradicional de nacimiento, desarrollo y decadencia, sino en el de una constante adaptación de la teoría y la práctica a las nuevas condiciones históricas y culturales. Así, en vez de presentar críticas sobre el desarrollo de la retórica, como otros, Pernot ofrece explicaciones puntuales, no sólo válidas sino también iluminadoras. Esto sucede tanto en lo que se refiere a las épocas como a los autores.

Prestemos atención ahora a Reyes para explicar mejor nuestra afirmación. Al comentar sobre Séneca el Rétor, don Alfonso afirma: "[...] es tan abundante y perniciosa aquella recopilación de casos declamatorios que por muy santa que sea la intención, la obra cambia de equilibrio y se convierte en una antología de mal gusto. No es posible cerrar los ojos ante esta evidencia" (1961: 446). A continuación presenta ejemplos que parecen confirmar lo que ha escrito.

En Pernot hay un ánimo diferente. No desconoce las críticas sobre el punto anterior, pues señala (cf. *infra,* p. 182): "Los declamadores citados por Séneca, o quizá Séneca mismo en la elección que operó, nuestra predilección por los casos difíciles y los temas novelescos, descuidando en ocasiones la verosimilitud y la verdad histórica", y poco después subraya que:

> El fenómeno de la declamación suscitó críticas y recelos. Los autores que creían en la decadencia de la elocuencia (Tácito, Pe-

> tronio) consideraban la declamación como uno de los principales síntomas de esta decadencia y no tenían palabras suficientemente duras contra un ejercicio que juzgaban artificial y nocivo (véase *infra,* p. 185).

Sin embargo, luego pondera la importancia del fenómeno cultural de la declamación desde diferentes perspectivas: pedagógica, ideológica y como esparcimiento literario. Además, matiza los supuestos vicios como el carácter fantasioso de la declamación. No hay que exagerar, dice:

> Los tiranos y los piratas constituían una realidad del mundo antiguo, no sólo en la época helenística, cuando la declamación comenzó a desarrollarse, sino incluso bajo el Imperio. Los crímenes, las violencias, las torturas, existían tanto en los hechos como en los discursos. Hasta el adulterio formaba parte de los temas discutidos ante el tribunal. […] no todo era inventado, y estaba lejos de serlo (*infra,* p. 186).

Así pues, Pernot privilegia la explicación de las causas de los fenómenos culturales frente al juicio sobre los acontecimientos y los actores; prefiere mostrar la relación de causa-efecto entre los hechos, en vez de resaltar su oposición. Además, su obra tiene un carácter más didáctico que expositivo, y él se presenta más como maestro que como científico. Por ejemplo, al abordar la retórica de la Roma imperial, expone en sólo dos páginas la situación de esa disciplina con base en las fuentes y dedica un mayor espacio a ofrecer orientaciones. Kennedy, por su parte, elabora un meticuloso análisis de los testimonios antiguos sobre la decadencia de la retórica; maneja con soltura y de manera precisa y objetiva gran cantidad de datos.

Veamos otra muestra, empezando ahora por este último autor: Kennedy dedica un capítulo entero, el séptimo, a la Segunda Sofística (27 páginas), que comprende tres etapas. La primera cubre gran parte de los siglos I y II d. C. (pp. 230-241), y tiene como fuente las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato. Esta primera parte se divide en dos secciones. La primera es una introducción general a la Segunda Sofística, donde se aborda la historia del movimiento, las actividades, sus diferencias con la Primera Sofística, la imitación, su interés por el estilo, el mensaje

cultural sobre la superioridad intelectual del helenismo, y termina con los dos mayores escritores no sofistas del periodo: Plutarco y Luciano. La segunda sección está dedicada, en especial, al estudio de los principales representantes: Dión Crisóstomo, Polemón, Herodes Ático y Elio Arístides. La segunda etapa abarca las últimas décadas del siglo II, el III y, muy en particular, el IV (pp. 241-253). Para describir esta etapa, Kennedy se basa en Filóstrato, Eunapio y Libanio. Se divide también en dos secciones: la primera es una breve caracterización del periodo, y la segunda, presenta una relación de los principales sofistas del siglo IV: Himerio, Libanio, Temistio y Sinecio. La tercera y última etapa está dedicada al desarrollo posterior (pp. 254-256). Se aborda brevemente la "Universidad" de Constantinopla, la escuela de Gaza y la decadencia de las escuelas durante el siglo VI.

Por su parte, Pernot trata el tema de la Segunda Sofística en una de las últimas partes del sexto capítulo (13 páginas). Divide esta parte en dos secciones. En la primera aborda el problema terminológico, semántico y referencial en torno a la Segunda Sofística; luego, la descripción de Filóstrato y su valoración, y, al final, las características de aquel movimiento (educativa, política, social y cultural), además de señalar su relación con la filosofía. En la segunda sección trata a los siguientes autores: Dión de Prusa, Favorino de Arles, Luciano, Casio Longino y Elio Arístides.

De lo anterior se desprenden algunas observaciones interesantes.

a) Pernot se limita a lo que tradicionalmente se llamó Segunda Sofística, que fue un movimiento intelectual de la segunda mitad del siglo I a la primera parte parte del III. No toca, en cambio, el siglo IV, en el cual se desarrolló el movimiento conocido por otros autores como Tercera Sofística, aunque después menciona esta cuestión en las conclusiones. Mucho menos aborda la historia posterior.

b) Ambos autores estudian a varios personajes de la Segunda Sofistica, e incluso comienzan y terminan con los mismos autores. Pero hay cambios significativos. Kennedy prefiere utilizar el nombre Dión Crisóstomo; Pernot, en cambio, Dión de Prusa. Podríamos pensar que el estudioso francés sigue más la tradición cristiana y el estadounidense más la pagana. El primero le da un lugar especial a Elio Artístides; el segundo, a Crisóstomo. Pernot toca a Polemón y a Herodes Ático en la parte general del apartado en cuestión; Kennedy trata a Luciano y a

Casio Longino como si no pertenecieran a la Segunda Sofística, y no encuentra espacio para Favorino de Arles.

También podrá observarse que la obra de Pernot es más orientativa que descriptiva; la de Kennedy, más erudita y analítica que exhortativa. Son, pues, dos tratamientos distintos, muy válidos ambos.

En suma, parece claro que *La retórica en Grecia y Roma* es una obra diferente tanto desde el punto de vista cuantitativo como del cualitativo: es un manual de divulgación claro y atractivo; tiene como objeto de estudio la retórica pagana y destaca por ofrecer preciosas orientaciones al lector. Pernot quiere que sus destinatarios tengan una guía clara y adecuada que les ayude a entender cómo se fue desarrollando, propagando y modificando ese legado cultural. Lo hace con un espíritu abierto y un ánimo equilibrado. La retórica fue una doctrina de gran utilidad práctica en los diferentes ambientes de la cultura. *La retórica en Grecia y Roma* nos enseña a apreciarla como tal.

Bibliografía citada

Baldwin, C. S. (1924). Cf. p. 262.

Barilli, R. (1979). *Retorica.* Milán: ISEDI (Enciclopedia Filosofica ISEDI).

Barthes, R. (1970). "L'ancienne rhétorique. Aide-mémoire", *Communications,* 16: 172-229.

Chaignet, A. E. (1888). *La Rhétorique et son histoire.* París: F. Wieveg Libraire-Editeur.

Desbordes, F. (1996). Cf. p. 262.

Einsenhut, W. (1974). *Einführung in die antike Rhetoric und ihre Geschichte.* Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Florescu, V. (1971). *La retorica nel suo sviluppo storico.* Bolonia: Il Mulino.

Gros, E. (1935). *Étude sur l'état de la rhétorique chez les Grecs, depuis sa naissance jusqu'à la prise de Constantinople (an de J.-C.1453).* París: Typographie de Fermin Didot.

Hernández Guerrero, J. A. y Ma. C. García Tejera. (1994). *Historia breve de la retórica.* Madrid: Síntesis.

Kennedy, G. A. (1963). *The Art of Persuasion in Greece.* Princeton: Princeton University Press.

—— (1972). *The Art of Rhetoric in the Roman World. 300 B. C.-A. D. 300*. Princeton: Princeton University Press.

—— (1975). "The Present State of the Study of Ancient Rhetoric". *Classical Philology,* 70.4: 278-282.

—— (1983). *Greek Rhetoric Under Christian Emperors*. Princeton: Princeton University Press.

—— (1994). *A New History of Classical Rhetoric*. Princeton: Princeton University Press.

López Eire, A. (1966). Cf. p. 275.

Meyer, M. (ed.) (1999). *Histoire de la rhétorique des Grecs à nos jours*. París: Librairie Génerale Française.

Mortara Gravelli, B. (1988). *Manuale de retorica*. Milán: Tascabali Bompiani.

Murphy, J. J. (1972). *A Synoptic History of Classical Rhetoric*. Nueva York / Toronto: Random House. [(1983^2). Davis: Hermagoras]. [Traducción española: 1989. Madrid: Gredos (Manuales 22)].

Nagy, G. (2001). *Classical Period: Rhetoric of Oratory and Other Prose Forms*. Londres: Routledge (Greek Literature 4).

Navarre, O. (1900). *Essai sur la rhétorique grecque avant Aristote*. París: Hachette.

Norden, E. (1898^3). Cf. p. 263.

Plebe, A. (1988). *Breve storia della retorica antica*. Roma-Bari: Laterza.

Radermacher, L. (1951). Cf. p. 262

Reboul, O. (1984). *La Rhétorique*. París: Presses Universitaires de France.

Reyes, A. (1942). Cf. p. 276.

Reyes Coria, B. (1995). Cf. p. 276.

Stroh, W. (2009). *Die Macht der Rede. Eine kleine Geschichte der Rhetorik im alten Griechenland und Rom*. Berlín: Ullstein Verlag.

Vickers, B. (1988). Cf. p. 263.

Walker, J. (2000). *Rhetoric and Poetics in Antiquity*. Oxford: Oxford University Press.

Volkmann, R. (1872). Cf. p. 263.

Gerardo Ramírez Vidal

PRÓLOGO

La palabra *retórica* proviene del griego *rhêtorikê,* que significa "arte de la palabra": la etimología señala ya el papel que desempeñaron los antiguos en el ámbito que constituye el tema de la presente obra. Si la antigüedad grecorromana no inventó ella sola el arte de hablar —otras civilizaciones más antiguas podrían pretender ese honor—, le otorgó un desarrollo particular y la teorizó con un rigor y una riqueza sin precedentes. Este arte ocupó un lugar importante en la historia de la cultura occidental y continúa ejerciendo una influencia efectiva, aunque más oculta que en el pasado, en las formas de expresión y las formas de pensar del mundo moderno.

Pero al legarnos el arte de la palabra, Grecia y Roma nos legaron también el temor por este arte. Algunos autores antiguos hacían público su recelo hacia la retórica. Incluso ahora, el sustantivo y el adjetivo *retórica* siguen siendo peyorativos en sus acepciones normales, en las que se designan palabras vacías o engañosas. Al lado de *literario, prosaico, sofístico* —términos con los que se la relaciona—, la palabra *retórica* es en ocasiones portadora de un rechazo y de una sospecha, que responden a miedos muy profundos ante el poder del lenguaje, ante su facultad de autonomía en relación con las cosas y con las ideas, y ante los riesgos de su mal uso.

El presente trabajo busca ir más allá de esta apariencia, superar los miedos y tratar de comprender mejor un tema esencial y controvertido. En primer lugar, ¿qué es la retórica? Para responder a esta pregunta, podemos referirnos al tratado de Quintiliano sobre la formación del orador, quien dedica un capítulo a las diferentes definiciones propuestas en la Antigüedad (*Institución oratoria,* II, 15; siglo I d. C.). La opinión más difundida consistía en definir la retórica como el "poder de persuadir" *(uis persuadendi).* De manera general, esta definición significaba que el orador era aquel cuyos discursos sabían obtener el asentimiento del auditorio y que la retórica era el medio para alcanzar ese resultado. La

persuasión en cuestión se efectúa mediante la palabra (y no, por ejemplo, sólo por los gestos, o por el dinero, los brebajes, el crédito, la autoridad). Se practica principalmente en el ámbito del discurso público, referente a las cuestiones *políticas* y *civiles* (es decir, que ponen en juego el interés de la ciudad y de los ciudadanos), pero puede también tener un lugar en los diálogos y en las conversaciones privadas.

En lugar de "poder", muchos preferirían hablar de "arte" (en griego *tekhnê,* en latín *ars*). Esta palabra, en su sentido antiguo, no insiste tanto en lo que los modernos entienden por creación artística, sino en la idea de un método razonado, de un sistema de reglas destinadas al uso práctico, de una producción técnica y de un oficio. Otros empleaban las palabras *virtud, ciencia* o —peyorativamente— *rutina.* Quintiliano, por su parte, se detiene en una definición diferente: la retórica como "ciencia del bien decir" *(bene dicendi scientia).* La sustitución de *decir* por *persuadir* pretende ampliar el campo de la retórica al extenderlo a todas las formas de discurso, sea cual sea tanto el objetivo como el efecto. En cuanto al adverbio *bien,* éste encierra cierta ambigüedad, ya que puede abarcar al mismo tiempo la corrección gramatical, la belleza estética, el valor moral y la eficacia práctica del discurso. Esta última definición es la más general y la más sintetizadora.

Este breve recorrido a través de las diferentes definiciones de la retórica ofrece, por sí mismo, un esbozo general del tema. En primer lugar, se encuentra la persuasión: el enigma de la persuasión. ¿Cómo explicar ese fenómeno, común y misterioso a la vez que consiste en llevar al otro, sin coacción aparente, a pensar algo que antes no pensaba, o aún no pensaba? La retórica se inventó para responder a esta pregunta. Fundamentalmente, se dirige a entender, producir y regular la persuasión.

En estas condiciones, la retórica es una técnica que pretende alcanzar la eficacia, un método de producción del discurso persuasivo basado en una habilidad e incluso en recetas. Detrás de esa habilidad, hay un saber, una ciencia si se quiere, en todo caso, una reflexión profunda y sistemática sobre la naturaleza y funcionamiento de la palabra. Ese conocimiento y esa habilidad son objetos de enseñanza. Por otro lado, la retórica se desarrolla en contextos políticos e institucionales, y en formaciones ideológicas precisas y determinadas temporalmente: la retórica está anclada en la sociedad, y, en consecuencia, tiene una

historia que se desarrolla en relación con la historia general de las sociedades antiguas. También se orienta a la belleza y se liga al gusto, a la estética. Finalmente, en todas las épocas se plantea el problema moral y filosófico de la validez del discurso retórico, de su conformidad con la verdad y la virtud. En toda época se plantea el problema de la extensión de la retórica, en relación con otras formas de discurso y con otros aspectos del lenguaje, y el de sus relaciones con la lingüística y con la literatura.

Aclaramos que tomamos la palabra *retórica* en su sentido pleno. En la lengua contemporánea, esta palabra tiene, de manera esquemática, dos usos: un empleo restringido, que designa sólo la teoría del discurso (en este caso, *retórica* se opone a *elocuencia,* como la teoría se opone a la práctica), y un empleo más amplio, que abarca la teoría y la práctica juntas. Como dicha vacilación terminológica es fuente de confusiones, conviene eliminar la ambigüedad. A diferencia de otros libros en francés sobre retórica grecolatina, que de hecho se limitan a la teoría, la presente obra considera la retórica en toda su extensión, la cual comprende, a la vez, la teoría y la práctica del discurso; es decir, los tratados, los manuales, las discusiones abstractas y las composiciones oratorias, arengas, alegatos judiciales, panegíricos, etc. Este acercamiento nos parece, en efecto, el más adecuado al pensamiento antiguo y el más fecundo para una reflexión moderna sobre este tema. Entre los antiguos tenía un sentido pleno. Para ellos, la retórica era un saber productivo, un conjunto de conocimientos y de reglas que permitían una ejecución verbal eficaz. Separar la teoría de la práctica oratoria, equivale a establecer una separación entre dos aspectos que se encontraban en constante diálogo y que se influían mutuamente. Es correr el riesgo de desvalorizar tanto la una como la otra, al transformarse la teoría en una escolástica separada de la realidad y al diluirse la práctica en la literatura. Es pasar al lado de la especificidad del fenómeno retórico, que consistió precisamente en tratar de concebir la actividad del discurso como una totalidad compleja, que va del problema intelectual al acto social. En realidad, la teoría y la práctica son las dos caras de un mismo arte, incluso si, entre los representantes de este arte, unos pueden ser más teóricos y otros más prácticos. Cicerón, autor tanto de tratados como de discursos, trazó el perímetro de la retórica en su totalidad, y es éste el que se debe explorar.

La exploración será diacrónica. Puesto que la retórica está ligada a condiciones históricas, a un estado social, político, intelectual, y ha evolucionado en medio de esas condiciones, resulta indispensable señalar los momentos cruciales y las etapas: los seis capítulos de esta obra reconstituyen pues la historia de la retórica a lo largo de la antigüedad clásica, desde Homero hasta el final del Imperio pagano (siglos VIII a. C.-III d. C.). Lo singular del título, *La retórica en Grecia y Roma,* postula la coherencia del tema a través de sus mutaciones y variaciones históricas y geográficas. Al ser la historia de la retórica una disciplina relativamente nueva, la investigación, en muchos aspectos, está en proceso y no ha llegado todavía el momento —si es que ha de llegar— de presentar verdades admitidas, como en un manual; por esa razón, no hemos dudado en señalar las dificultades que se suscitan en relación con las fuentes, en plantear interpretaciones y en escribir, cuando era necesario, una historia problemática. Los *excursus,* incluidos en diferentes partes de la exposición, constituyen llamadas de atención respecto de puntos polémicos o ejemplos significativos. La conclusión proporciona pistas en relación con la herencia de la retórica grecorromana, en el cristianismo y en la modernidad. Finalmente, el *thesaurus,* dedicado al sistema de la retórica antigua, se ciñe a la sincronía pues presenta conceptos y clasificaciones que existieron en diferentes épocas y que han persistido por mucho tiempo (muchos aún son utilizados).

Una obra como ésta se basa no sólo en la investigación, sino también en la enseñanza. A ello se debe que dedique estas páginas, con profunda amistad, a los colegas y estudiantes que participaron en mis seminarios sobre la retórica en la Escuela Normal Superior y en la Universidad de Estrasburgo. Mis agradecimientos para Paul Demont por su lectura del original y sus observaciones.

***

Nota sobre las ediciones y traducciones utilizadas. Para comodidad del lector, las referencias a los textos antiguos remiten de manera uniforme, siempre que sea posible, a las ediciones de la *Collection des Universités de France*. Cuando no exista edición en esta colección, la llamada se hace a las ediciones más autorizadas. En caso de duda sobre el significado de la referencia (números de fragmentos, de páginas, etc.), así como respecto de las publicaciones de textos epigráficos

y papirológicos, se precisa el nombre de la edición utilizada. Para la traducción al español, las citas de pasajes se han tomado de o apoyado en las traducciones de la Colección Gredos de Madrid, de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana y en las traducciones que presenta el libro original en francés. El editor ha realizado las adaptaciones o realizado las traducciones cuando lo ha creído necesario.

Excursus número 1
Retórica de…

En los últimos años, hemos visto multiplicarse los libros y artículos dedicados a la Antigüedad, que emplean el título "Retórica de…", particularmente en inglés, pero también en otras lenguas. He aquí algunos ejemplos (la lista no es exhaustiva):

Battisti, D. G. (1996). *La retorica della misoginia (la satira sesta di Giovenale)*. Venosa: Osanna.

Cahn, M. (1993). "The Rhetoric of Rhetoric: Six Tropes of Disciplinary Self-Constitution", en J. M. M. Good, y R. H. Roberts (eds.). *The Recovery of Rhetoric*. Londres: Routledge: 54-84.

Conte, G. B. (1992). "La retorica dell'imitazione come retorica della cultura: qualche ripensamento". *Filologia Antica e Moderna,* 2: 41-52.

DuBois, P. (1993). "Violence, Apathy, and the Rhetoric of Philosophy", en *Rethinking the History of Rhetoric*. Boulder, Colorado: Takis Poulakos: 119-134.

Farrell, J. (1997). "Towards a Rhetoric of (Roman?) Epic", en W. J. Dominik (ed.). *Roman Eloquence*. Londres: Routledge: 131-146.

Flaherty, S. M. (1994). *The Rhetoric of Female Self-Destruction: a Study in Homer, Euripides, and Ovid* (tesis doctoral). Yale University.

Hesk, J. (1999). "The Rhetoric of Anti-Rhetoric in Athenian Oratory", en *Performance Culture and Athenian Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press: 202-241.

Kennell, N. G. (1997). "Herodes Atticus and the Rhetoric of Tyranny". *Classical Philology,* 92: 346-362.

Mariotti, M. (1997). "Sul contrasto di modelli nella retorica dell'*aegritudo: «consolatio per exempla»* e *«fletus immodicus»,* en AL 692 R. e Petron. 115. 6-20", en *Materiali e discusioni per l'Analisi dei Testi Classici,* 38.

Most, G. W. (1992). "Disiecti membra poetae: the Rhetoric of Dismemberment in Neronian Poetry", en *Innovations of Antiquity*. Nueva York: De Gruyter.

Oliensis, E. (1998). *Horace and the Rhetoric of Authority*. Cambridge: Cambridge University Press.
Rose, P. W. (1995). "Cicero and the Rhetoric of Imperialism". *Rhetorica,* 13.
Sullivan, D. (1992). "Kairos and the Rhetoric of Belief". *Quarterly Journal of Speech,* 78.
Tood, S. C. (1998). "The Rhetoric of Enmity in the Attic Orators", en *Kosmos. Essays in Order, Conflict and Community in Classical Athens*. Cambridge: Cambridge University Press.
Too, Y. L. (1995). *The Rhetoric of Identity in Isocrates*. Cambridge: Cambridge University Press.
—— y N. Livingstone (eds.) (1998). *Pedagogy and Power: Rhetorics of Classical Learning*. Cambridge: Cambridge University Press.
Webb, P. (1997). "Salome's Sisters: the Rhetoric and Realities of Dance in Late Antiquity and Byzantium", en *Women, Men and Eunuchs*. Londres / Nueva York: Routledged.
Wittmer, G. B. (1991). *Isocrates and the Rhetoric of Culture* (tesis doctoral). Pittsburgh.

[Nota del Editor]
A los anteriores se puede agregar algunos de los numerosos títulos de trabajos publicados en México.

Albaladejo Mayordomo, T. (2008). "Retórica de la comunicación y retórica en sociedad", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Crisis de la historia, condena de la política y desafíos sociales. Respuestas retóricas*. México: unam: 39-58 (Bitácora de Retórica 25).
Azuela Bernal, C. (2000). "La retórica del amor y su "anti-retórica", en la literatura medieval francesa", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *La dimensión retórica del texto literario*. México: unam, 131-146 (Bitácora de Retórica 17).
Bungaard, A. (2001). "La retórica de la razón poética en el discurso filosófico de María Zambrano", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica*. México: unam: 169-191 (Bitácora de Retórica 14).
Cid Jurado, A. T. (2008). "La retórica de la imagen en un monolito azteca: la piedra de Tizoc", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.).
El cuerpo, el sonido y la imagen (Ensayos retóricos). México: unam: 33-65 (Bitácora de Retórica 22).
Durán, N. (2008). *Retórica de la santidad. Renuncia, culpa y subjetividad en un caso novohispano*. México: Universidad Iberoamericana.

Fernández López, J. (2005). "La retórica de la retórica: los primeros humanistas y algunos loci communes clásicos, en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: unam: 163-179 (Bitácora de Retórica 20).

Goutman Bender, A. A. (1997). "Retórica del espectáculo o retórica de la comunicación", en A. López *et al.* (eds.). *Retóricas verbales y no verbales.* México: unam: 187-205 (Bitácora de Retórica 5).

Herrera, A. (2002). "La retórica de la pintura en el Renacimiento y el Barroco". *Acta Poetica,* 22: 99-144.

—— (2008). "La retórica de la imagen", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *El cuerpo, el sonido y la imagen (Ensayos retóricos).* México: unam: 157-179 (Bitácora de Retórica 22).

Hinojo Andrés, G. (2000). "La retórica de la seducción amorosa: Catulo", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *La dimensión retórica del texto literario.* México: unam: 81-92 (Bitácora de Retórica 17).

Lara, Á. (2005). "La retórica del amor divino", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: unam: 259-266 (Bitácora de Retórica 20).

Mariniello, S. (2002). "Retórica del cine". *Acta Poetica,* 2: 145-164.

Rose, P. W. (2002). "Che Guevara y la retórica del imperio", en H. Beristáin (comp.). *Lecturas retóricas de la sociedad.* México: unam: 179-192 (Bitácora de Retórica 15).

Rossetti, L. (2001). "Retórica de la filosofía, filosofía de la retórica", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica.* México: unam: 13-34 (Bitácora de Retórica 14).

Rozat, G. (abril 1996). "Las representaciones del indio, una retórica de la alteridad". *Debate Feminista,* 13/7: 40-75.

Hace treinta años, en muchos casos, se hubiese escrito, *teoría, códigos, ideología, poética, política.* Actualmente, se escribe *retórica* (a veces, incluso, de forma abusiva): signo de los tiempos. La retórica aparece como un instrumento crítico indispensable para estudiar las formas de expresión y las estructuras de pensamiento, no sólo en los textos propiamente retóricos, sino más allá, en el ámbito de la poesía, de la filosofía, de la religión, de la historia… Este fenómeno es un indicio del desarrollo actual de los estudios de retórica antigua.

Dicho desarrollo puede explicarse por dos razones fundamentales. Por un lado, se inserta en un progreso general de las ciencias de la Antigüedad, las cuales, al intensificar la investigación en todos los dominios, con los medios y las exigencias actuales, favorecen entre otras cosas, la exploración metódica de ese sector de la cultura antigua que antaño había sido un poco

abandonada y que aún es sólo conocida parcialmente. La historia de la retórica es un ángulo de acercamiento nuevo para comprender mejor la Antigüedad. Por otro lado, la retórica antigua, por su propia naturaleza, entra en consonancia con preocupaciones del pensamiento moderno y posmoderno, por ejemplo, el estructuralismo, el formalismo, la intertextualidad, el lenguaje de las artes, la historia de las mentalidades, la nueva historia literaria, la ética, la política: de ahí su preeminencia actual (volveremos a este tema en la conclusión). La importancia de la retórica no está, por lo demás, limitada a los estudios referidos a la Antigüedad: la podemos observar también a propósito de otros periodos. La retórica antigua goza, desde ese punto de vista, del estatus privilegiado de fuente y de modelo.

CAPÍTULO I
LA RETÓRICA ANTES DE LA RETÓRICA

Homero

Desde los poemas homéricos, que son los primeros textos de la literatura griega, la palabra y la persuasión ocupan un lugar preeminente. I. J. F. de Jong (1987) ha calculado que en la *Ilíada* los discursos en estilo directo representan, por su número de versos, el 45% del total del poema: la epopeya reúne, pues, en partes casi iguales, la narración y el discurso, al hacer hablar, en estilo directo, a los personajes cuyas aventuras relata. Incluso en medio de los combates y los peligros, las "palabras aladas", según una expresión recurrente, constituyen una dimensión esencial de la poesía homérica.

Esta dimensión merece ser subrayada, pues no es de ninguna forma evidente. Otras opciones hubieran sido posibles. Consideremos, por ejemplo, la célebre escena de la *Odisea* en la que Ulises se presenta ante Nausícaa. Extranjero, arrojado por la tempestad en tierra feacia, Ulises necesita la ayuda de la doncella, pero teme ahuyentarla por su aspecto repulsivo. Así, delibera consigo mismo: "¿Debo tomar a Nausícaa de las rodillas y suplicarle o permanecer inmóvil, sin avanzar, y contentarme con dirigirle *dulces súplicas*?". ¿Debía, pues, recurrir al gesto o a la palabra? Ulises elige la palabra, y "el astuto hombre al punto encontró razones conmovedoras" (*Odisea,* VI, 148). Sigue un largo discurso de Ulises a la vez adulador, sutil y seductor que alcanzará su propósito. Entre los múltiples puntos de interés que presenta semejante escena (aventuras en un país extranjero, el papel de los dioses, alusiones a la vida cotidiana, aspectos sociales, atmósfera erótica), el poeta ha elegido visiblementemente privilegiar el uso de la palabra. Es la prueba de la atención que otorga al discurso.

Esta atención es ya sensible dentro de estos marcos estructurales de la poesía épica, que son el lenguaje formulario y las escenas típicas.

Un buen número de versos formularios sirven para introducir los discursos: "Entonces, dirigiendo sobre él una mirada sombría, dice [...]"; "Sabiamente, toma la palabra y dice [...]"; "Entonces gimió, los ojos elevados hacia el vasto cielo..."; "Tranquilamente Telémaco la miró y le dijo [...]". Numerosas escenas o secuencias construidas según esquemas tradicionales están destinadas a insertar discursos o a preparar intercambios discursivos, como las escenas deliberativas, recibimiento de un huésped, de un festín, de súplica […] Así, la palabra está presente en los elementos más básicos y originarios de la dicción épica, los elementos heredados con los que el poeta juega plásticamente.

Tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea,* los personajes —hombre y dioses— llevados por la intriga hacen uso de la palabra en toda clase de situaciones, y sus expresiones reflejan todas las formas imaginables de intercambio verbal: monólogo y diálogo, pregunta y respuesta, narración, enumeración y catalogación, mandato, promesa, desafío, injuria, bravata, predicción, consolación, transacción […] Con frecuencia es manifiesta y clara la voluntad de influir en el interlocutor, como, por ejemplo, en las escenas de plegaria, de petición, de súplica. Al lado de los intercambios entre individuos, se dan momentos de discursos institucionalizados, en los que el discurso se utiliza para persuadir y para aconsejar, como sucede en el caso de las frecuentes escenas de asamblea, donde los que intervienen se expresan públicamente para hacer prevalecer su opinión (cf. "el ágora locuaz", en *Odisea,* II, 150). El uso reglamentado de la palabra se da también en las embajadas (ante Aquiles, *Ilíada,* IX), o en las exhortaciones previas a la batalla; el uso ritual, en las lamentaciones (sobre Héctor, *Ilíada,* XXIV). En el Escudo de Aquiles se representa la escena de un debate judicial (*Ilíada,* XVIII 497-508). En fin, los poemas homéricos conceden un amplio espacio a la palabra engañosa, a los embustes y a las expresiones de doble sentido, sea que se trate del discurso del Sueño de Agamenón, al que sigue una sutileza desdichada de Agamenón frente a la Asamblea (*Ilíada,* II), o bien de falsos relatos que Ulises reproduce, haciéndose pasar por un cretense, en la segunda mitad de la *Odisea.*

Entre todos los personajes que hablan y son caracterizados a través de sus palabras, algunos se distinguen por una habilidad oratoria particular, como Néstor, dador de buenos consejos en las reuniones, o como Ulises. Otros, por el contrario, se desprestigian por sus expresiones im-

prudentes o fuera de lugar, como Tersites o Iros. La epopeya presenta así, en cierto sentido, una galería de oradores.

Pero lo más significativo es que Homero no se contenta sólo con hacer hablar a sus personajes: describe su manejo de la palabra y los juzga. La epopeya homérica no sólo contiene un uso constante del discurso, sino también una reflexión sobre él. La lengua homérica contiene numerosos términos que designan la acción de decir y de hablar, las palabras, los discursos y las diferentes formas de hacer uso de la palabra. Por ejemplo, para la idea de "consejo expresado" se encuentran, entre otros términos, *boulê* ("consejo"), *paraiphasis* ("exhortación"), *ephetmê* ("mandato"), *mêdea* ("planes"), *symphrazesthai* ("deliberar consigo mismo"), *keleuein* ("ordenar"). La riqueza y la maleabilidad del vocabulario permiten así una descripción fina y matizada de las variaciones discursivas. Además, el hecho de que los discursos de los personajes se encuentren intercalados dentro de una trama narrativa provoca un distanciamiento crítico con respecto a estos mismos discursos; unas veces es otro personaje el que juzga el discurso que acaba de pronunciarse; otras, es la propia acción la que se encarga de mostrar, por la secuencia de acontecimientos, si un discurso era justo o no [lo ha sido], o si era apropiado o no. Existen también casos en que numerosos personajes pronuncian, cada uno en su turno, un discurso sobre el mismo asunto, lo que lleva implícitamente a una comparación entre distintas formas de elocuencia, como sucede, por ejemplo, con los tres discursos paralelos de los embajadores (*Ilíada,* IX) o las dos arengas paralelas de Héctor y Áyax (*Ilíada,* XV).

Las afirmaciones que hace el poeta no dejan duda alguna sobre su conciencia crítica con respecto al discurso, como lo muestran algunos pasajes:

1. Bien se ve que los dioses no dieron a todos los hombres
por entero sus gracias, talento, facundia y belleza.
Es el uno de aspecto mezquino y en cambio le colma
de perfecta hermosura algún dios sus discursos; los otros
arrobados le observan y él habla seguro en la plaza
con modesta dulzura; distínguense a sí en la asamblea
y le miran como a una deidad cuando pasa entre el pueblo.
Hay tal otro que iguala en belleza a los dioses sin muerte,
mas sus dichos están desprovistos de gracia [...]

(*Odisea,* VIII, 167-175)

2. [Agamenón a Néstor]:
Otra vez, anciano, has superado a los hijos de los aqueos
en la asamblea. ¡Zeus, padre, Atenea y Apolo, ojalá
tuviera yo diez consejeros así entre los aqueos!
Entonces pronto se combaría la ciudad del soberano Príamo,
bajo nuestras manos conquistada y saqueada.
(*Ilíada,* II, 370-374)

3. No obstante,
pensemos aún ahora en cómo persuadirle y repararlo
con amables regalos y lisonjeras palabras.
(*Ilíada,* IX, 111-113)

4. Entre ellos Néstor,
de meliflua voz, se levantó, el sonoro orador de Pilos,
de cuya lengua más dulce que la miel, fluía la palabra.
(*Ilíada,* I, 247-249)

5. Pero cuando hilvanaban ante todos discursos y pensamientos,
Menelao, sin duda, pronunciaba de corrido ante el auditorio
pocas palabras, mas muy sonoras, ya que no era muy prolijo
ni divagador en razones; pues era además inferior en edad.
Pero cada vez que el muy ingenioso Ulises se levantaba,
se plantaba, miraba abajo, clavando los ojos en el suelo,
y el cetro no lo meneaba ni hacia atrás ni boca abajo,
sino que lo mantenía inmóvil, como si fuera un ignorante,
habrías dicho que era una persona enfurruñada o estúpida;
pero cuando ya dejaba salir del pecho su elevada voz
y sus palabras, parecidas a invernales copos de nieve,
entonces con Ulises no habría rivalizado ningún mortal.
Desde entonces la figura de Ulises no nos ha admirado tanto.
(*Ilíada,* III, 212-224)

6. Así dijo, [Ulises] ensamblando plausibles mentiras [...]
(*Odisea,* XIX, 203)

7. Y, dejándose oír, dirigióle palabras aladas
no diciendo verdad, mas volviendo a su traza primera
sin dar nunca descanso a su mente de astucias y engaños.
(*Odisea,* XIII, 253-255)

8. Versátil es la lengua de los mortales; en ella hay razones
de toda índole, y el pasto de las palabras es copioso aquí y allá.
Según hables, así oirás hablar de ti seguramente.
(*Ilíada,* XX, 248-250)

9. De seguro, Telémaco, inspiran los dioses palabras
tan ufanas y te hacen hablar con tamaña osadía
(*Odisea,* I, 384-385)

10. [Fénix a Aquiles:]
Por eso me despachó contigo para que te enseñara todo eso,
a ser decidor de palabras y autor de hazañas.
(*Ilíada,* IX, 442-443)

El primer pasaje muestra que la aptitud oratoria forma parte de las cualidades del héroe en el mismo grado que la belleza y la inteligencia (aquélla, además, ligada a esta última). El consejo y la embajada son dos ámbitos en que se ejerce dicha aptitud (núms. 2 y 3). El poeta caracteriza a los héroes desde este punto de vista, subrayando la dulzura de las palabras de Néstor (núm. 4) y dando motivo a Anténor de hacer un profundo examen comparativo del talento oratorio de Menelao y de Ulises (núm. 5). Además, la palabra de Ulises en la *Odisea* es frecuentemente descrita como engañosa (núms. 6 y 7), lo que conduce a una reflexión más general sobre la versatilidad fundamental del lenguaje (núm. 8). Los dos pasajes siguientes indican que la elocuencia es una aptitud que puede ser enseñada, sea por los dioses (núm. 9) o por un hombre, como en el caso de Fénix, el preceptor de Aquiles (núm. 10). La elocuencia, para Homero, es materia de enseñanza de parte de los dioses o de los hombres, en el mismo grado que la medicina (enseñada a Aquiles por Quirón), o incluso que la caza, el manejo de los caballos, la guerra, o el oficio del aedo. Más aún, la elocuencia forma parte de una educación global, que prepara a la vez para la palabra y para la acción. El fragmento 10 emplea en griego dos palabras claves, el verbo *didaskein* ("enseñar") y el sustantivo *rhêtêr* ("orador"), que continuarán siendo utilizados durante toda la historia del helenismo hasta el griego actual, con la única salvedad de que *rhêtêr,* al cambiar ligeramente de sufijo, se convirtió a partir de la época clásica en *rhêtôr.*

Ya los antiguos habían advertido el papel que tiene la palabra en los poemas homéricos. Néstor y Ulises fueron mencionados en el contexto de las discusiones acerca del buen uso del discurso (Aristófanes, *Nubes,* 1057; Sócrates, según Jenofonte, *Memorables,* IV 6, 15). Antístenes interpretó el epíteto homérico *polytropos* ("fecundo en astucias"), aplicado a Ulises, relacionándolo con la agilidad y habilidad retóricas del héroe (fragmento B XIX 10, en Radermacher *Artium scriptores;* de hecho, este epíteto se refiere a los numerosos viajes de Ulises o, como se decía también en la Antigüedad, a su carácter astuto y lleno de recursos).

Por otra parte, entre los teóricos se desarrolló el tema de "la retórica de Homero", que consistía en afirmar que Homero había practicado la retórica (tanto en las narraciones, donde habla a título personal, como también a lo largo de los discursos de los personajes que pone en escena), y que la había practicado de manera magistral, fijando las reglas ya sea mediante el ejemplo, gracias a los modelos inigualables que ofrecía, como mediante las indicaciones teóricas diseminadas en su obra. Esta concepción de un Homero maestro de retórica se inscribía en la idea más general de que él había sido el modelo y legislador de todas las artes y de toda sabiduría. Muchos fueron quienes sostenían tal concepción, como el gramático Télefo de Pérgamo que, en el siglo II d. C., compuso un tratado (hoy perdido) intitulado *Sobre la retórica según Homero.* Los retóricos antiguos se afanaron por encontrar en los poemas homéricos las nociones, las distinciones y los preceptos de la retórica de su tiempo. Por ejemplo, las citas antes mencionadas (núms. 4 y 5), combinadas, fueron interpretadas como el primer testimonio del sistema de tres géneros de estilo (los *genera dicendi*), que distingue el estilo simple (el cual estaría representado aquí por Menelao), el estilo medio (Néstor) y el estilo elevado (Ulises) (Quintiliano, *Institución oratoria* XII, 10, 64; Aulo Gelio VI, 14, 7). En estas condiciones, Menelao será la prefiguración de Lisias; Néstor, la de Isócrates, y Ulises, la de Demóstenes (Anónimo en Spengel, *Rhetores Graeci,* III, pp. 152-153). O incluso, Homero habría trazado, a través de Ulises, la verdadera definición de la virtud *(deinotês)* oratoria (Hermógenes, pp. 370-371, ed. Rabe).

Cualquiera que sea la fuerza y la precisión con la que los antiguos desarrollaron el tema de "la retórica de Homero", evidentemente nosotros, los modernos, no tenemos que seguirlos en este camino. Hay que cuidarse de una interpretación retrospectiva que transplante *a posteriori* el arte

de esa retórica en textos que no lo conocían aún. Sin embargo, se debe considerar igualmente que los hechos están ahí: presencia del discurso, conciencia del discurso ¿Qué conclusiones deben sacarse?

De manera global y desde una perspectiva antropológica, se puede situar el uso homérico de la palabra entre "discurso mágico-religioso" y "discurso-diálogo" (nociones de M. Detienne), más cerca de la segunda que de la primera. Algunos pasajes están emparentados con la concepción de un discurso autorizado, en el sentido enfático del término, y dotado de una eficacia intrínseca, la palabra de los "maestros de la verdad", que son también maestros de engaño. Pero, más frecuentemente, la palabra se utiliza, en Homero, como medio de intercambio entre individuos o en el seno de un grupo; en este caso no tiene inmediatez, sino que se inscribe en el tiempo; no es acción por sí misma, sino que prepara, provoca o comenta las acciones de los héroes. Este discurso-diálogo es portador de reflexiones, pero también de emociones y de astucias. Recurre a argumentos, a efectos de estructura y de estilo. Sin embargo, no tiene aún formas codificadas (como sí las tendrá más tarde el discurso retórico).

Este uso de la palabra presenta un interés documental, en la medida en que es posible obtener de los poemas homéricos un testimonio sobre la sociedad, entendida esta última en un sentido amplio, ya que Homero, como sabemos, no describe una sociedad precisa ni que se pueda fechar. El "mundo homérico" es un mundo ficticio y compuesto, que combina rasgos pertenecientes a muy distintas épocas. Están, además, las diferencias que separan la *Ilíada* de la *Odisea*. Tomando en cuenta todas estas consideraciones, se puede decir que los poemas homéricos muestran desde el comienzo del primer milenio —entre época micénica, "edad oscura" y época geométrica— una práctica de la palabra y una importancia otorgada al discurso, especialmente al discurso público empleado en las asambleas.

Pero la epopeya homérica es como la gesta caballeresca, según Víctor Hugo: "es la historia escuchada en los umbrales de la leyenda" (prefacio de *La leyenda de los siglos*). Más allá del testimonio histórico, el problema es de magnificación y de valoración. Si se estudian los poemas homéricos bajo esta perspectiva, se puede constatar que, dentro del sistema de valores del poeta, la habilidad de la palabra forma parte de la dimensión sobrehumana de los héroes, al igual que la fuerza en el

combate o la habilidad para superar las pruebas. Fuertemente estimada, la elocuencia es un elemento de la proeza, y la epopeya es su vitrina. El placer del oyente, así como gusta de las grandes hazañas, consiste en disfrutar los bellos discursos que la epopeya le ofrece en su lengua (es decir, en verso). Serán particularmente apreciados los argumentos sutiles, las fórmulas acuñadas o, al contrario, la expresión simple y directa, y, sobre todo, el momento del clímax, paradójico, cuando el discurso se revela más útil que los actos y permite obtener lo que la fuerza no habría podido lograr: ése es el sentido de la conducta de Ulises ante Nausícaa, como se ha visto, o incluso el de la conducta de Príamo al reclamar el cuerpo de Héctor ante Aquiles (*Ilíada,* XXIV), o bien, la de Tetis ante Zeus (*Ilíada,* I).

Es necesario leer la historia de manera adecuada. Homero no formuló con anticipación las leyes de la retórica, pero sí planteó, de acuerdo con las concepciones de su época, la importancia de la palabra. La influencia de Homero, que será inmensa, llevará a tal punto y contribuirá, junto con muchos otros factores, al prestigio de la retórica en el mundo antiguo.

Del mundo homérico al mundo clásico

En el largo periodo que se extiende desde el mundo homérico hasta el clásico (del siglo VIII al V), se recordará un pequeño número de impulsos fundamentales. La Persuasión *(Peithô)* ocupa un lugar significativo en el pensamiento griego de la época, al ser representada en la literatura y en la pintura de vasos, no sólo como noción literaria e intelectual, sino como personificación de una fuerza humana y como una divinidad, dotada de una genealogía mitológica y objeto de culto en los santuarios (en Atenas, Megara, Argos, Sición, Tasos...). Simboliza unas veces la seducción y el engaño; otras, el rechazo a la violencia y la búsqueda de la concordia en las relaciones sociales.

Paralelamente, la poesía después de Homero continúa su representación del lenguaje a través de los discursos de los dioses, de los hombres, del propio poeta; prosigue también su reflexión sobre los ambiguos poderes de la palabra, capaz al mismo tiempo de decir la verdad, de proceder con justicia y de mentir, como lo muestra el comienzo de

la *Teogonía* de Hesíodo o el *Himno homérico a Hermes*. Pero justo entonces aparece un nuevo vehículo de expresión literaria: la prosa. A partir del siglo VI comienzan a difundirse obras filosóficas e históricas en prosa; antes de este siglo, la literatura griega había sido exclusivamente poética. Este desarrollo de la literatura sin metro era una condición necesaria para que fueran reconocidos posteriormente la dignidad y el valor del discurso retórico.

Desde el punto de vista institucional, la característica fundamental del periodo es la aparición de la ciudad *(polis),* que ofrece un nuevo marco a los usos públicos de la palabra. En las ciudades dorias, el régimen oligárquico no excluyó la deliberación en el seno de las asambleas, del consejo, ni de los colegios de magistrados. En Atenas, el desarrollo gradual de la democracia multiplicó las ocasiones en las que los ciudadanos se expresan mediante el discurso. Progresivamente, comienzan a aparecer las instituciones que describiremos más adelante cuando abordemos la época clásica. La noción de *isêgoria,* que designa, a través de su sentido primario de "igualdad de palabra", la igualdad política en su totalidad, manifiesta el vínculo establecido entre el uso del discurso y las instituciones políticas. Se escucha hablar de hombres de Estado que habrían sido grandes oradores (Temístocles).

La literatura acompaña la dimensión retórica de la democracia ateniense, valorándola o reproduciéndola. Las elegías de Solón (comienzos del siglo VI) son auténticos discursos políticos en verso, en los que el autor explica sus actos y exhorta a sus conciudadanos. La tragedia pone en escena discursos y debates, ofreciendo un ejemplo notable en el proceso de Orestes en las *Euménides* de Esquilo (458 a. C.). Todavía en Esquilo, el rey de los pelasgos, caracterizado como orador político, obtiene la decisión favorable del pueblo argivo gracias "a las persuasivas razones de una hábil arenga" (*Suplicantes,* 623).

Estos ejemplos muestran que a mediados del siglo V a. C. el discurso público en prosa había adquirido derecho de ciudadanía, particularmente en Atenas. Heródoto da un último impulso, que al mismo tiempo nos conduce a la siguiente etapa: la de los sofistas. En efecto, el historiador incluye discursos y debates en sus *Historias,* especialmente en los últimos libros donde recrea la escena de un consejo (VII, 8 y ss.: Jerjes consulta antes de decidir invadir la Hélade) y escenas de embajada (VII, 157 ss.; VIII, 140 ss.). Analiza y juzga una alocución

de Temístocles, que le parece excelente (VIII, 83). Relata un debate que se cree que tuvo lugar en Persia, tras el asesinato del usurpador que entonces ocupaba el trono, entre los conjurados que deliberaban sobre la elección del mejor régimen político, con refuerzo de antítesis y de sutiles refutaciones de argumentos (III, 80 ss.). Se supone que este famoso texto pudo haber sido influido por los temas políticos y las formas retóricas (sobre todo por la antilogía o confrontación de discursos contradictorios) desarrollados por los sofistas.

CAPÍTULO II
LA REVOLUCIÓN SOFÍSTICA

Los "primeros inventores"

Era costumbre en la Antigüedad recurrir a la noción de "primer inventor" *(prôtos heuretês)* para describir el nacimiento de las diferentes actividades, artes y técnicas, a fin de racionalizar, de alguna manera, su surgimiento al relacionarlo con la acción decisiva de un individuo, de un hombre, dios o héroe. Así, la invención de la retórica se atribuyó a Hermes —dios de las encrucijadas y de los caminos, del movimiento, del tránsito, de la comunicación en todos los sentidos del término— o, como se ha visto, a Homero y, en fin, a tres hombres del siglo v a. C., por una parte, a Empédocles, y por otra, a Córax y Tisias.

Empédocles de Agrigento, célebre filósofo, que fue también un hombre público, es considerado como el inventor de la retórica según una tradición que se remonta a Aristóteles. Se pensaba que Gorgias había sido su discípulo, pero los textos poco agregan a lo anterior.

Sobre Córax y Tisias, también sicilianos, las fuentes son más elocuentes, aunque bastante tardías la mayoría de ellas. Estos dos personajes eran considerados los primeros en haber redactado un tratado de retórica, ya se trate de dos obras distintas, ya de una sola que reúne la doctrina de ambos (uno, Tisias, era el discípulo; Córax, el maestro). Según Platón y Aristóteles, estaban particularmente interesados en la noción de "verosimilitud" *(eikos),* que permite, en los procesos, presentar argumentos probables a falta de una verdad segura (Platón, *Fedro,* 267a, 273a ss.; Aristóteles, *Retórica,* II, 1402a18). Merece citarse una información significativa acerca de las condiciones históricas de su trabajo:

> Según Aristóteles, luego de la abolición de la tiranía en Sicilia, cuando los procesos fueron de nuevo llevados ante los tribunales

> regulares después de una larga interrupción, en el pueblo siciliano dotado de una inteligencia aguda [...], dos hombres, Córax y Tisias, compusieron una teoría de la retórica con preceptos (Cicerón, *Bruto,* 46).

De acuerdo con Cicerón, que se refiere a una obra perdida de Aristóteles, Córax y Tisias habrían escrito entonces su tratado como respuesta a las necesidades de las partes en los juicios, tras la caída de las tiranías y la instauración de la democracia en diferentes ciudades de Sicilia, hacia mediados del siglo v a. C. Podríamos preguntarnos, siguiendo esta explicación, por qué no se habían escrito antes obras semejantes en otras ciudades que, antes de Sicilia, conocieron las instituciones democráticas (Atenas, por ejemplo). Poco importa: lo que cuenta es el carácter judicial y democrático de la nueva invención. A pesar de los problemas que plantea referentes al establecimiento del texto y a su interpretación, este pasaje permite percibir un vínculo esencial entre retórica y política.

Pero he aquí otro eco al respecto:

> Un joven, muy ansioso de aprender retórica, fue en busca de Córax, comprometiéndose a pagarle el salario que él fijara, a condición de ganar su primer juicio. Concluido el trato, luego que el muchacho mostró una aptitud suficiente, Córax reclamó su salario, mas aquél se rehusó. Habiéndose presentado ambos ante el tribunal para dirimir el asunto, Córax empleó por primera vez, según se dice, una argumentación del género siguiente: afirmó que, ganara o no el pleito, él debía recibir su paga: si ganaba, porque había ganado, y si era vencido, también, por los términos del acuerdo, ya que la parte contraria había convenido entregarle el salario a condición de ganar su primer proceso, y al haberlo precisamente ganado, debía cumplir su promesa. Los jueces exclamaron que Córax tenía razón; pero el joven, tomó la palabra y utilizó el mismo argumento sin cambiar nada: "gane o pierda" dijo, "no debo pagar su salario a Córax: si gano, porque habré ganado; si pierdo, también, por los términos de nuestro acuerdo, puesto que prometí entregarle su salario con la condición de ganar mi primer proceso. Si soy vencido, no pagaré". Entonces los jueces, ante la indecisión y el aprieto por la igualdad de fuerza en los dos discursos retóricos, echaron del tribunal a las partes en el juicio diciendo: "¡Para un

> mal cuervo, una mala cría!" *[Kórax*, en griego, quiere decir *cuervo]* (Sexto Empírico, *Contra los profesores,* II, 97-99).

La misma anécdota figura en numerosas introducciones a la retórica, donde se especifica que el alumno se llamaba Tisias (cf. Rabe, *Prolegomenon sylloge,* pp. 26-27, 52-53, 67, 272; Walz, *Rhetores Graeci,* V, pp. 6-7).

En este relato, imposible de verificar y muy probablemente apócrifo, Córax se presenta como un profesor de retórica que enseña a cambio de un salario en efectivo. Su habilidad se lleva a cabo en el tribunal, como en el texto precedente, pero esta vez dentro del marco de una disputa privada y ya no de los procesos públicos. Sobre todo se trata de una habilidad que desdeña la moralidad y la justicia, tanto por parte del maestro como por parte del discípulo. Semejante anécdota expresa al mismo tiempo la admiración y la inquietud ante cierta utilización de la retórica, como la satisfacción de ver cómo la artimaña se vuelve contra su autor. Estos temas se encuentran en las críticas contra los sofistas, por ejemplo, en Aristófanes: el arte de litigar que permite eludir justamente las legítimas reclamaciones de los acreedores; en una palabra, la retórica que sirve para no pagar las deudas es exactamente lo que busca Estrepsíades en las *Nubes.* Una anécdota parecida se contaba, también, de Protágoras y de su alumno Evatlo. En resumen, Córax y Tisias aparecen aquí como sofistas propiamente dichos.

Es difícil decir qué sustrato histórico hay debajo del asunto de los "inventores" de la retórica. Las referencias a Sicilia permiten pensar que las investigaciones pudieron haberse efectuado particularmente en esta isla, para luego difundirse por intermediación de Turios, fundación panhelénica en el sur de Italia, o gracias a las relaciones mantenidas por Atenas con Sicilia. Como quiera que sea, las historias sobre su invención constituyen ante todo una manera de reflexionar sobre el objeto; subrayan sus rasgos esenciales: relaciones con la filosofía, la política y la moral, sutileza intelectual, importancia del discurso judicial, redacción de tratados escritos. Estas características reaparecerán en los sofistas.

Los sofistas

Se agrupa tradicionalmente bajo el nombre de *sofistas (sophistai)* a un cierto número de pensadores de la segunda mitad del siglo v, originarios

de diferentes partes del mundo griego, que viajaron, enseñaron, dieron conferencias y publicaron obras. No formaban una escuela ni un movimiento organizado: fue el juicio de otros, de sus admiradores y detractores, lo que los hizo existir como sofistas y les otorgó una identidad de pensamiento a la que quizá ellos mismos no aspiraban. Por esta razón, la lista de sofistas no era fija *ne varietur*. La que se acepta en nuestros días incluye a Protágoras, Gorgias, Pródico, Hipias, y algunos otros. Se discute sobre los casos dudosos, como el de Critias. Es seguro, por otra parte, que los sofistas fueron muchos más que aquellos de los que tenemos noticia. La mayor parte de sus obras se ha perdido y, en la mayoría de los casos, sabemos de ellos gracias a fragmentos y testimonios tardíos. Hay que recordar, en fin, que la descripción de la sofística como "presocrática", es decir, anterior a la muerte de Sócrates (399 a. C.), es arbitraria, y que siguieron existiendo sofistas después de esta fecha. No nos detendremos más sobre estos problemas historiográficos. Basta con haberlos señalado aquí para llamar a la prudencia necesaria cuando se trata de distinguir los grandes rasgos de un pensamiento sofístico en materia de retórica.

Entre las ideas expuestas por los sofistas muchas inciden de manera directa sobre la retórica. Dos célebres fórmulas de Protágoras ponen en duda la existencia de valores inmutables y de realidades inteligibles: "Con respecto a los dioses no puedo saber si existen o no" (fragmento B 4, Diels-Kranz); "El hombre es la medida de todas las cosas" (fragmento B 1). Más allá del problema de la religión, todos los puntos de referencia son socavados aquí, en beneficio de una concepción fenomenológica y relativista del mundo. El tema del "momento oportuno" *(kairos),* frecuentemente retomado por los sofistas, va en el mismo sentido y sugiere un comportamiento según el momento. A partir de tales concepciones se deduce, en consecuencia, que no existe una verdad ni una justicia definidas de una vez y para siempre a las que debería conformarse el discurso, sino que, al contrario, la justicia y la verdad se construyen al instante, golpe tras golpe, a través del discurso que las hace existir. De ahí la afirmación de que "sobre cualquier asunto se puede sostener tanto un punto de vista determinado como el punto de vista contrario, empleando un argumento igual", y que se puede "hacer que el argumento más débil sea el más fuerte" (Protágoras, fragmentos A 20-21, B 6). De esta manera Protágoras había escrito las *Antilogías,* re-

copilación de argumentos contrarios aplicados a un mismo asunto. Una pequeña obra anónima titulada *Discursos dobles* expone del mismo modo razonamientos opuestos sobre asuntos de moral y política. Expertos en la reversibilidad de los argumentos, los sofistas se consideraban igualmente capaces de amplificar y atenuar a su gusto: "por la fuerza de su palabra dan a las cosas pequeñas la apariencia de grandeza, y a las grandes la de la pequeñez; dan a lo novedoso un aire de antigüedad, y a las cosas antiguas un aire de novedad" (Platón, *Fedro,* 267a, con respecto a Tisias y Gorgias; igualmente Isócrates, *Panegírico,* 8). Se consideraban incluso maestros en la amplificación del discurso, siendo capaces de hablar ya con amplitud, ya con brevedad sobre un mismo asunto (Platón, *Protágoras,* 334e-335a; *Gorgias,* 499c-d; *Fedro,* 267b).

Estas fórmulas mordaces ocultan una profunda reflexión sobre el uso de la palabra en todas las situaciones en las que la verdad no es identificable de antemano y, exteriormente, donde la discusión se basa en el orden de los valores y de las probabilidades, no de las afirmaciones ciertas ni de las demostraciones científicas. El carácter provocador de la sofística consiste en decir que no existen sino situaciones de este tipo. Este postulado se ilustra, y en parte se inspira, en el ámbito judicial, escena retórica arquetípica en la que los discursos se oponen y la justicia y la verdad no son preexistentes, sino que son pronunciadas al final, al término de los debates que las hacen aparecer. La deliberación política es otro ejemplo de la misma característica esencial: la persuasión se encuentra a la par de la antilogía, el enfrentamiento de argumentos contrarios. La retórica así concebida se desarrolla en los ámbitos de la actividad humana que requieren discusión, negociación, intercambio, en las antípodas de las verdades reveladas y del pensamiento único. Detrás de una apariencia de cinismo y manipulación, la retórica de los sofistas en el fondo se considera, sin duda —es una de las lecturas posibles—, como una fuerza de progreso y de libertad.

En estrecha relación con esta concepción fundamental, los sofistas realizaron investigaciones sobre diferentes aspectos del discurso y de la lengua. Se interesaron por la *erística,* arte de la refutación y de la lucha mediante el discurso. Discutieron sobre conceptos, por ejemplo, sobre la naturaleza y la ley, o la definición de la causalidad y de la responsabilidad. Sentaron las bases de la gramática, siendo Protágoras, según parece, el primero en distinguir los géneros de los nombres y en reflexionar

sobre la corrección del lenguaje. Pródico se especializó en la distinción de sinónimos e Hipias profundizó en la investigación sobre las letras, las sílabas y los ritmos.

Lejos de limitarse a consideraciones teóricas, todos los sofistas fueron maestros. En un tiempo en que la educación estaba enfocada, principalmente, hacia la música, la poesía y el ejercicio físico, introdujeron un tipo nuevo de educación, de carácter intelectual, impartido por maestros itinerantes muy solicitados y, por lo regular, bastante caros, que instruían a los jóvenes ricos de las ciudades. Ahora bien, en este tipo de enseñanza la retórica jugaba un papel esencial, pues era al mismo tiempo el objeto y el medio. Sujeto, en la medida en que el sofista pretende "hacer a los demás hábiles para hablar" (Platón, *Protágoras,* 312d; *Gorgias,* 449e) —objetivo importante que está estrechamente ligado con las otras formulaciones del proyecto sofístico y que va de la mano con ellas: preparación para desempeñar un papel en los asuntos públicos y privados, desarrollo de la inteligencia, formación del ciudadano, enseñanza de la política, e incluso de una cierta forma de virtud. Para alcanzar estos objetivos, la enseñanza misma toma la vía de la retórica. Los sofistas pronuncian conferencias *(epideixeis)* que constituyen la forma básica de sus lecciones; éstas son más o menos largas, más o menos costosas y pueden girar en torno a cualquier tema. A veces —colmo de la virtuosidad— son improvisadas sobre un tema propuesto por el auditorio. Protágoras componía también por escrito lugares comunes y Gorgias, argumentos a favor y en contra (Cicerón, *Bruto,* 46-47). Eran éstos los modelos que los alumnos trataban de imitar y reproducir, como sucede en la escena delineada por Platón al comienzo del *Fedro.*

Gorgias

Gorgias es el único sofista del que hemos conservado algunas obras. Es también, de acuerdo con nuestras fuentes, el que más ampliamente se consagró a la retórica. Nació en Leontini, al norte de Siracusa, hacia el 480, y vivió más de cien años. En 427 viajó a Atenas, enviado como embajador por su patria, y su elocuencia impresionó en gran manera a los atenienses. Enseñó y pronunció discursos en diferentes ciudades griegas y en Tesalia. De él poseemos cuatro escritos:

- El tratado *Del no ser o De la naturaleza* es una obra paradójica que pone en duda la noción del *ser,* siguiéndose una demostración en tres puntos: 1) Nada es (o nada existe), 2) Si existe algo, ese algo no puede ser comprendido por el hombre y 3) Si ese algo puede ser comprendido, no puede ser enunciado. Filosofía y retórica son indisociables en el proceso argumentativo del autor que se entrega al mismo tiempo a una crítica de la ontología y a una demostración de virtuosismo argumentativo. La tesis final, según la cual el ser, incluso si es comprensible, no sería comunicable a los demás, podría parecer que niega incluso la idea misma de comunicación y, por ende, que destruye los cimientos de toda retórica; pero, en realidad, no destruye el lenguaje, sino que lo relativiza al admitir que, a falta de una palabra portadora de la verdad, existen discursos, múltiples y variados.
- El *Elogio de Helena* intenta justificar a la heroína contra quienes le reprochan haber sido, por su mala conducta, responsable de la guerra de Troya y, por ende, de grandes males para los griegos. Después de un breve elogio del nacimiento y la belleza de Helena, Gorgias se dedica a absolverla afirmando que si ella siguió a Paris lo hizo tal vez sólo por una de las cuatro razones siguientes: 1) por haber obedecido los designios de los dioses, 2) porque fue llevada por la fuerza, 3) porque fue persuadida por la palabra, 4) por haber sucumbido al amor. En cualquiera de los casos, Helena no es responsable, concluye el autor, quien al final indica que su discurso es un "juego" *(paignion)*. Consideremos esto como una demostración de habilidad en el manejo de la argumentación y de la paradoja, pero una demostración de habilidad que no excluye intenciones serias, particularmente en la exposición de la tercera causa, que da lugar a un análisis del poder del *logos*.
- La *Defensa de Palamedes* es una apología puesta en boca del héroe Palamedes, quien había sido acusado por Ulises de haber pactado con el enemigo. A partir de un caso ficticio, tomado, como el anterior, de las leyendas acerca de la guerra de Troya, Gorgias ofrece un modelo de alegato centrado en el análisis de pruebas y de verosímiles.
- De la *Oración fúnebre,* que pertenece al género del *epitaphios* colectivo, se conserva solamente una página donde se alaban las cualidades morales de los difuntos.

A lo largo de estos cuatro textos se ve el proceso del diseño coherente de una visión filosófica del mundo y de una teoría de la persuasión. La crítica de la ontología somete a juicio la realidad y los valores,

y pone en evidencia las nociones de opinión, de emoción, de ilusión, de momento oportuno. En estas condiciones, el poder del lenguaje adquiere toda su importancia. Tal como la describe el *Elogio de Helena* (8-14), esta fuerza consiste en persuadir; el lenguaje ejerce una coacción violenta sobre el alma comparable a la acción de las drogas sobre el cuerpo, y a las artes de la hechicería y la magia; suscita o suprime opiniones y emociones; toma formas diversas entre las cuales están la poesía, los encantamientos, los discursos escritos con *arte* (la palabra *tekhnê* es empleada en el §13) que se pronuncian en los debates, las controversias entre filósofos. Este pasaje tan importante del *Elogio de Helena* muestra una reflexión profunda sobre la naturaleza y la función del lenguaje en sus relaciones con la persuasión. Firme en estos principios generales, Gorgias se inclinaba a la técnica de los discursos particulares, como lo prueba la *Defensa de Palamedes,* en cuanto al género judicial. Sus investigaciones no se podían separar de su actividad pedagógica, lo que explica el marcado carácter didáctico de las obras conservadas, el plan bastante claro, las transiciones fundadas, los anuncios explícitos, que traicionan su función de modelo.

En fin, teórico y profesor, Gorgias también era un orador, como se trasluce en el fragmento de la *Oración fúnebre* (aun cuando no es seguro que este discurso haya sido efectivamente pronunciado), y, como lo confirman los testimonios, fue un político importante en su ciudad; habló como embajador en Atenas y pronunció panegíricos en Olimpia y en Delfos, e incluso un discurso sobre los Eleos.

Gorgias era célebre también por su estilo. Guiado por la idea de que el *logos* debe encantar y embelezar, escribía una prosa artística y altamente artificial que buscaba rivalizar con la poesía, compensando con efectos de estilo la ausencia de metro y de acompañamiento musical. Los textos conservados impactan por el repiqueteo de palabras, las repeticiones y las oposiciones de términos. Por ejemplo al final del fragmento de la *Oración fúnebre* se lee (la traducción no puede ofrecer sino una pálida idea del original):

> […] honorables en su justicia con los dioses; piadosos en su cuidado de sus padres; justos en su igualdad con sus conciudadanos; celosos en su palabra a sus amigos. Por tanto, su anhelo no murió con su muerte sino que vive sin vivir, inmortal en cuerpos no inmortales (Fragmento B 6, 12-17, ed. Diels Kranz. Trad. del editor).

Los antiguos resaltaron el carácter poético del estilo de Gorgias (Aristóteles, *Retórica,* III, 1404a26). Señalaron su gusto por las metáforas que lo llevó a escribir "Jerjes, el Zeus de los persas" o "los buitres, tumbas vivientes" (Pseudo Longino, *De lo sublime,* 3, 2). Bautizaron como "figuras gorgianas" a un conjunto de procedimientos que comprendía el uso de miembros de la frase de estructura paralela y de igual extensión *(isokôla),* las antítesis en el contenido o en la expresión *(antitheseis)* y el empleo de palabras fonéticamente vecinas que producen efectos de asonancia y aliteración *(paronomasiai)* y rima *(homoioteleuta)* (Diodoro de Sicilia, XII, 53, 4; Dionisio de Halicarnaso, *Demóstenes,* 4, 4; 25, 4). Si Gorgias no fue el primero en utilizar cada uno de estos procedimientos, o si tampoco inventó los términos técnicos que sirvieron para designarlos desde entonces, parece que sí los multiplicó deliberadamente, lo que le valió figurar en la historia de la retórica como el primer creador de la prosa artística y el inventor de un estilo, el estilo gorgiano, caracterizado por efectos audaces y vistosos.

El impacto provocado por los sofistas —éxito y escándalo— fue profundo en la sociedad ateniense. Se refleja en la literatura de la época, particularmente en el teatro de Eurípides y el de Aristófanes, quienes, desde la década anterior al 430, en el caso del primero, y la anterior al 420, en el caso del segundo, llevan a escena las numerosas formas que fueron adquiridas por el arte de la palabra; se maravillan del poder del discurso y de las innovaciones recientes introducidas en este campo, pero reprueban los discursos demasiado habilidosos y a los maestros de sutileza razonable mediante el empleo de las palabras *sophos, sophisma, sophistês.* Los textos escritos posteriormente, pero referidos al mismo periodo del último tercio del siglo v, presentan un testimonio parecido: particularmente algunos diálogos de Platón en los que Sócrates conversa sobre retórica con los principales sofistas, o el pasaje de Tucídides donde hace decir a Cleón, en 427, que los atenienses, amantes de torneos de palabras y de argumentos nuevos, trasladan los procedimientos de los sofistas a la elocuencia deliberativa, transformándola en política-espectáculo: "[esas] personas dominadas por el placer de escuchar", cuando asisten a la asamblea, "se asemejan más a un público instalado ahí para escuchar a los sofistas que a ciudadanos que deliberan sobre su ciudad" (Tucídides, III, 38, 7). La atracción pedagógica que ejercían los maestros de elocuencia se manifiesta en el *topos* de la visita al sofista, que

consiste en mostrar a un futuro alumno ansioso de ser aceptado por el maestro y dispuesto a entregarse a él sin ningún recelo, con tal que le enseñe a hablar (Aristófanes, *Nubes,* 427 ss.; Platón, *Protágoras,* 312).

La afinidad de estos textos, tan diferentes en sus intenciones, testimonia la repercusión de las innovaciones introducidas por los sofistas. Desde entonces, sofística y retórica quedarán ligadas para siempre en el pensamiento antiguo, incluso cuando la sofística no se limita sólo a la retórica y aun cuando muchos oradores se oponen a ser llamados sofistas. Platón insiste en ello, no sin malicia: a pesar de todas las diferencias que se pueden establecer entre las dos categorías, "sofistas y oradores se mezclan, confusamente, en un mismo ámbito, en torno a los mismos temas" (*Gorgias,* 465c, 520a). Y en efecto, con los sofistas, la palabra se constituyó en disciplina autónoma y teorizada. El objeto "hablar" se aisló y se convirtió en sí mismo en objeto de reflexión y de arte. Este arte englobó teorías sobre la persuasión y sobre los fundamentos filosóficos del discurso, investigaciones técnicas (en el campo de la argumentación y del estilo), es decir, una enseñanza. Los discursos comenzaron a ser publicados y no sólo pronunciados. La confluencia de estas innovaciones se dio en Atenas, donde los sofistas se establecieron por periodos más o menos amplios.

Una figura ejemplar de esta época fue Antifonte (hacia el 480-411 a. C.), quien fue elogiado por Tucídides como un hombre que "entre los atenienses de su tiempo [...], predominaba tanto en concebir como en expresar sus ideas", pero "era temido por la muchedumbre por su reputación en la elocuencia" (Tucídides, VIII, 68, 1). El corpus transmitido bajo su nombre, que data de los últimos veinte o treinta años de su vida, comprende, por una parte, tres alegatos relativos a asuntos de homicidio, compuestos por el orador para sus clientes; por otra, ejercicios escolares, intitulados *Tetralogías,* que consistían en imaginar, para un mismo caso, cuatro discursos distintos (dos para la parte acusadora y dos para la parte acusada). A todo ello se añade un tratado conservado parcialmente, *Sobre la verdad,* y fragmentos de tratados y discursos. Se ha cuestionado si todas estas obras pertenecieron a un mismo hombre o si habría que distinguir entre Antifonte el sofista y Antifonte el orador: la investigación actual tiende a admitir la unidad de una obra que asocia la práctica oratoria, adiestramiento para la elocuencia y reflexión filosófica.

La teorización de la elocuencia judicial estaba en curso en la Atenas de finales del siglo v. Platón, en el *Fedro* (226d-267d), elaboró una larga lista de estos maestros de retórica —Teodoro de Bizancio, Eveno de Paros, Tisias, Gorgias, Pródico, Hipias, Polo, Licimnio, Protágoras, Trasímaco de Calcedonia— quienes componían tratados y establecían preceptos sobre el plan y las partes del discurso judicial, los procesos de la argumentación, el estilo, las pasiones.

Otra fuente capital es la *Historia* de Tucídides, quien considera, en efecto, que la materia que va a tratar se divide en dos categorías: las acciones llevadas a cabo y las palabras pronunciadas. En consecuencia, los discursos constituyen la mitad de su materia (I, 22). En este sentido, su obra ofrece un documento invaluable sobre la elocuencia política (asambleas, embajadas, debates y arengas de diverso género) tal como se practicaba en el mundo griego, particularmente en Atenas, en la época de la guerra del Peloponeso. Es gracias a Tucídides que tenemos un eco de los discursos pronunciados por Pericles, quien fue, según sus contemporáneos, un gran orador, apodado el "Olímpico". Pero Tucídides, como se sabe, reelabora los discursos de sus personajes, lo que cambia todo.

El historiador es orador. Tucídides muestra, a lo largo de numerosos discursos, una indiscutible facultad retórica, que a la vez que se nutre de los progresos de la época en este terreno, constituye por sí misma una nueva avanzada. Ahora bien, estos discursos no son piezas gratuitas; son parte integral del proyecto histórico, y en eso consiste la profundidad de la retórica de Tucídides. Así como el historiador piensa y estructura las acciones, transformando el residuo del acontecimiento en objeto de narración inteligible y racional, también recompone los discursos para hacerlos útiles a la construcción de la verdad histórica. Los discursos, para Tucídides, permiten presentar de manera sintética una situación dada o la actitud de un hombre; agrupados en antilogías, permiten presentar dos puntos de vista opuestos y son un instrumento de imparcialidad; finalmente, y sobre todo, son el medio para aclarar los acontecimientos, para extraer de éstos el sentido y las condiciones, y así hacer comprensibles los hechos. Si la alternancia entre narración y discurso era tradicional a partir de la epopeya, Tucídides es el primero en hacer del discurso un instrumento de análisis histórico. Con ello también ilustra la sofística. El discurso es para él no sólo un hecho so-

cial y una forma literaria que cultivar, sino, más bien, un camino hacia la verdad.

Una última muestra de la importancia adquirida por la retórica en esta época es el desarrollo de la forma de conferencia *(epideixis),* utilizada por diferentes clases de especialistas, sabios o técnicos, para presentar su arte ante un público restringido o numeroso. Los textos se ponían por escrito y se publicaban. Ejemplos de conferencias de este tipo se han conservado en la Colección hipocrática: los tratados *De los vientos* y *Del arte,* que pueden fecharse en el último cuarto del siglo V, que son verdaderos discursos persuasivos —polémico el segundo de ellos— en estilo ornamentado. La presentación podía igualmente adquirir la forma de la antilogía con exposición de opiniones contrarias, debates en varios turnos y fases de contra interrogatorio.

Excursus número 2
El acta de nacimiento de la palabra *rhêtorikê*

La palabra *rhêtorikê,* empleada como sustantivo, aparece por primera vez en griego en dos obras de comienzos del siglo IV a. C.:

- Alcidamante, *Sobre los autores de discursos escritos o Sobre los sofistas,* 2: "considerando que aquellos que consumen su vida en esta actividad [de escribir] están muy alejados de la retórica o de la filosofía, estimando que sería mucho más justo llamarlos poetas o sofistas [...]" (en el parágrafo anterior, Alcidamante ya ha criticado a "algunos de esos que llaman sofistas, [que], sin poseer más que una parte mínima de la facultad retórica, reivindican todo el arte").
- Platón, *Gorgias,* 448d-449a: "Sócrates. —El propio lenguaje de Polo me demuestra que se ha ejercitado más en eso que llaman retórica que en el diálogo [...]. O más bien, Gorgias, dinos tú mismo cuál es el arte que tú practicas y en consecuencia cómo te debemos llamar. Gorgias. —Mi arte es la retórica, Sócrates" (la palabra *rhêtorikê* vuelve a aparecer muchas veces en la parte restante del diálogo).

Los editores datan el texto de Alcidamante hacia el 390 (G. Avezzù) y el *Gorgias* en 387-385 (E. R. Dodds), pero estos datos son sólo aproximados. En cuanto a la datación dramática del *Gorgias* (época en la que se ha creído que se desarrolla la escena descrita en el diálogo), ésta no se

ha fijado con precisión, pues el texto asocia libremente indicaciones que remiten a diferentes momentos del último cuarto del siglo v.

En textos anteriores, se encuentran en griego las palabras *logos* y *legein* ("palabra", "discurso", "hablar", "discurrir"), así como la expresión *logôn tekhnai* ("artes del discurso") (*Discursos dobles,* 8: datable tal vez hacia el 400 a. C.). La palabra *rhêtôr* (atestiguada desde Homero, como se ha visto, bajo la forma *rhêtêr*) se emplea en el siglo v con el sentido de "orador" y *rhêtoreia,* "elocuencia", vuelve a aparecer hacia el 390 en el *Contra los sofistas* de Isócrates (21). Estos términos seguirán en uso a lo largo de toda la historia de la lengua griega, mientras que *rhêtorikê* continúa su carrera en Platón, Aristóteles y otros autores posteriores.

Estos hechos suscitaron entre los estudiosos discusiones que giran en torno a dos puntos:

1) *La aparición de la palabra*. E. Schiappa (1990: 457-470) ha sostenido que Platón inventó deliberadamente la palabra *rhêtorikê* en el *Gorgias*.
2) *La aparición de la materia*. La tesis de E. Schiappa está en consonancia con los trabajos de T. Cole (*The Origins of Rhetoric in Ancient Greece,* Baltimore, 1991), según los cuales la retórica propiamente dicha fue inventada por Platón y Aristóteles, mientras que todo lo que había precedido a estos autores no era sino "pre-retórica" o "proto-retórica".

En lo que respecta al primer punto, hay que señalar que la idea de una creación platónica no se sostiene a no ser que bajemos la fecha del texto de Alcidamante y situemos éste después del *Gorgias,* lo cual es conjetural. El giro empleado por Platón ("la llamada retórica", *tên kaloumenên rhêtorikên*) indica, si se interpreta de la forma más natural, que la palabra *rhêtorikê* se considera usual en la época del diálogo (de cualquier manera que la abordemos): ello confirma precisamente el texto de Alcidamante, donde la palabra no tiene el carácter de neologismo. La gran cantidad de textos perdidos —especialmente los textos de los sofistas— obliga, además, a tomar la más extrema cautela. Nos limitaremos, pues, a concluir que la palabra *rhêtorikê* se encuentra atestiguada en las fuentes conservadas a partir del 390 aproximadamente, y que aparece de una manera que permite pensar que existía ya previamente. Sin embargo, E. Schiappa tiene razón al observar que la total ausencia en los textos conservados del siglo v no puede ser fortuita. Sin llegar a afirmar que la palabra era inexistente, se puede admitir que probablemente era un término raro. *Rhêtorikê* era una palabra técnica, especializada, un término de oficio, portadora de una

connotación intelectual debido a su sufijo *-ikos*. Es con este sentido con el que Platón la pone en boca de Gorgias, con ironía: se trata de una especialidad, de una palabra en *-ica,* que no deja de despertar una sospecha de charlatanería. Alcidamante, que pertenece a la profesión, no se avergüenza del término. Pero otros sí se avergonzarán, como Isócrates, que nunca emplea *rhêtorikê,* porque no quiere verse reducido al estatus de un simple técnico, pues tiene aspiraciones más altas en la cultura y en la filosofía. Esta discusión permite apreciar mejor los matices exactos de la palabra *rhêtorikê,* que fue y siguió siendo por siempre una palabra técnica y marcada, susceptible, por consiguiente, de seducir o de atemorizar.

En cuanto al segundo punto de discusión, se trata en el fondo de un problema de definición: la cuestión es saber si se debe limitar el empleo de la palabra *retórica* a las doctrinas de Platón y de Aristóteles en la materia (o a la imagen que se hace de estas doctrinas), o si se tiene el derecho de aplicar este término al pensamiento del siglo v. Al considerar las fuentes de cerca, sucede que el siglo v comenzó a explorar bastante bien la retórica en los sentidos principales del término, ya se trate de las acepciones más comunes (práctica y teoría de la elocuencia, reflexión sobre la persuasión) ya del sentido restringuido de "manipulación deliberada por un orador o un escritor de su medio de expresión, a fin de asegurar que su mensaje tuviera una recepción lo más favorable posible por parte del auditorio específico al que este mensaje estaba destinado". (T. Cole, *op. cit.,* p. IX; en cuanto a las tesis maestras de este libro, por lo demás estimulante, compartimos la opinión expresada por D. A. Russel en *Journal of Hellenic Studies,* 112, 1992, pp. 185-186, y por D. M. Schenke-veld en *Mnemosyne,* 45, 1992, pp. 387-392). El interés del debate abierto por T. Cole es el de subrayar que el siglo v fue solamente una etapa y que el siglo iv significó una gran aportación a la historia de la retórica.

Se tomará como referencia, por comparación, el problema de los orígenes de la filosofía y de la existencia de la filosofía antes de la palabra *philosophia,* tal como lo ha expuesto P. Hadot, *Qu'est-ce que la philosophie antique?,* París, 1995, 1ª parte.

CAPÍTULO III
EL MOMENTO ATENIENSE

En el siglo IV a. C., entre los dos puntos cómodos de referencia histórica que son el fin de la guerra del Peloponeso (404) y la muerte de Alejandro (323), es forzoso centrarse en Atenas. Las fuentes son incomparablemente más ricas para esta ciudad que para el resto del mundo griego, y esta situación no se debe al azar, sino a la existencia de prácticas, de codificaciones y de discusiones frecuentes en el terreno de lo que se denomina, a partir de entonces, *retórica.*

La práctica oratoria

La práctica oratoria ateniense se desarrollaba en circunstancias muy diversas, y en principio, dentro del marco judicial y político. En los tribunales, las partes estaban obligadas a defender personalmente su caso y no podían hacerse representar por un abogado. No existía el ministerio público, de suerte que las acusaciones eran presentadas necesariamente por particulares: en el juicio privado *(dikê),* por la parte perjudicada; en el juicio público *(graphê),* por cualquier ciudadano. Un sistema de este tipo suponía una participación real de parte de los ciudadanos, como defensores y como acusadores, en la vida judicial. Esta participación se facilitaba recurriendo a diferentes clases de ayuda: cuando el quejoso temía no estar a la altura de su tarea, podía hacerse asistir por un pariente o un amigo, al que se llamaba *sinégoro,* con el que compartía su tiempo para hablar; o bien podía encargar a un experto llamado *logógrafo,* a cambio de una remuneración, un discurso que aprendía de memoria y recitaba ante el tribunal. Ahora bien, en ocasiones los procesos eran iniciados por los *sicofantas,* acusadores permanentes que usaban su derecho de presentar una queja en contra de los ciudadanos ricos con el fin de cobrar una recompensa (una parte de la multa) en caso de condena,

o, mediante chantajes, amenazaban con intentar una acusación si no se les disuadía de ello pecuniariamente. Se tomaron algunas medidas con el fin de obstaculizar el flagelo de la *sicofantía.*

Los tribunales sesionaban alrededor de 200 días durante todo el año. Si dejamos de lado los procedimientos de arbitraje utilizados en los litigios privados y las facultades judiciales reservadas a algunos magistrados, los veredictos eran dictados por jurados elegidos mediante sorteo al comienzo del año entre los ciudadanos mayores de treinta años y designados cada mañana (de nuevo mediante sorteo) para uno de los asuntos que se debían abordar durante el día. Los jurados se componían de 201 o 401 miembros para los litigios privados y de 501 y a veces más para los litigios públicos (se menciona el caso de un jurado de 2 500 miembros, en Dinarco, I, 52). Los juicios públicos duraban toda el día (lo que da aproximadamente tres horas para cada uno de los alegatos, el de la acusación y el de la defensa), y quizá varios días, en casos excepcionales, mientras que los juicios privados eran más breves. Encargados de múltiples tareas, que iban desde las controversias privadas y los asuntos criminales hasta el control administrativo y político, los tribunales del pueblo (a los que se agregaba el Areópago para algunos asuntos particulares) constituían un engranaje muy importante del Estado.

Los órganos principales, en el terreno político, eran la asamblea *(ekklêsia),* que ejercía el poder ejecutivo al votar los decretos y al elegir a los magistrados, y el consejo *(boulê),* que preparaba los trabajos de la asamblea. El consejo, compuesto por quinientos ciudadanos mayores de treinta años, sesionaba todos los días laborables en la sala del consejo *(bouleutêrion),* en el ágora; sus deliberaciones eran confidenciales. La asamblea, compuesta por todos los ciudadanos adultos, se reunía treinta o cuarenta veces por año en la colina de la Pnyx, en un lugar que fue reacondicionado hacia el 400 a. C. y que probablemente estaba provisto de asientos de madera, así como de una tribuna *(bêma)* para los oradores. El quórum era de 6000 votantes (es decir, una quinta parte del número total de ciudadanos atenienses). La duración de las sesiones no podía exceder de una jornada. Sobre cada punto de la orden del día, el heraldo lanzaba la pregunta ritual: "¿Quién quiere tomar la palabra?" (*Tis agoreuein bouletai:* Demóstenes, *Sobre la corona,* 170). El debate consistía en una sucesión de discursos seguidos de una votación.

Así pues, las propias instituciones atenienses fomentaban la actividad retórica: una actividad casi cotidiana, si se toma en cuenta la frecuencia con la que se reunían las asambleas y los tribunales, y una actividad que se desarrollaba ante un gran público, dado el número extremamente elevado de oyentes en cada caso (de varias centenas a varios millares de personas). "Hablar al pueblo", en la Atenas del siglo IV, constituía una situación de comunicación de la que difícilmente podemos darnos una idea en nuestros días. Se trataba de hacerse escuchar por verdaderas multitudes en condiciones materiales y acústicas bastante incómodas, y en vista de decisiones inmediatas y reales. Para los oyentes, asistir y escuchar era una actividad seria, remunerada con una compensación (el *misthos*), bajo juramento (en el tribunal), acompañada de ritos religiosos y manifiestamente esencial para el funcionamiento de la ciudad. Para los oradores, persuadir era una necesidad. En el tribunal, en efecto, los debates no eran dirigidos por magistrados profesionales, la noción de precedencia era inexistente y los jurados no tenían la posibilidad de comunicarse entre ellos antes de la votación (Aristóteles, *Política,* II, 1268b9-11): era pues la impresión producida por los alegatos (unida a las opiniones previas de los oyentes) la que determinaba el veredicto. Asimismo, en la asamblea, a falta de partidos políticos en el sentido moderno del término y de disciplina en el voto, el desarrollo de la sesión y, por ende, en primer término, los discursos pronunciados condicionaban las votaciones.

En el Cerámico, el cementerio de Atenas, se llevaba a cabo otro rito oratorio con la "oración fúnebre" *(epitaphios logos)* pronunciada en el marco de los funerales nacionales en honor de los soldados atenienses caídos por la patria. Este discurso era un acto oficial, cuyo orador era escogido por el pueblo, a propuesta del Consejo. Su contenido, dictado por la costumbre, comprendía un elogio de los muertos y de los ancestros, así como palabras de exhortación y de consolación dirigidas a los vivos. A través de los ancestros, era celebrada Atenas en su conjunto: su historia, su régimen democrático, sus conquistas militares, sus beneficios a favor de otras ciudades griegas. Al rendir homenaje a sus combatientes, la ciudad se celebraba a sí misma, creaba su propia leyenda y afirmaba sus valores. Discurso institucional y cívico, la oración fúnebre era un género dotado de un poderoso contenido ideológico.

Los atenienses pronunciaban igualmente, a título oficial, discursos fuera de Atenas. Por ejemplo, las alocuciones de embajadores en otras ciudades o con soberanos extranjeros, con la finalidad de negociar tratados, hacer peticiones, mostrar agradecimiento o tributar honores; este tipo de discursos era frecuente, porque en Grecia los actos de política exterior descansaban en el envío de delegados. A la misma categoría pertenecían los discursos pronunciados en el campo de batalla, con los cuales los generales exhortaban a sus tropas antes del combate. Los historiadores que elaboran tales discursos los amplifican y los embellecen ciertamente. Sin embargo, no hay duda de que hubieran existido realmente estas arengas, que formaban parte de las obligaciones del estratega. Por otra parte, podían ser breves y pronunciarse poco antes del combate propiamente dicho.

Los hombres prominentes escribían discursos políticos, dirigidos a sus compatriotas o a estados extranjeros; no estaban destinados a ser pronunciados en el transcurso de los debates oficiales, sino que eran dirigidos a sus destinatarios en forma de carta y circulaban, en todo el mundo de habla griega, mediante recitaciones orales y copias escritas. Estas obras de publicistas que no involucraban más que a su autor y a sus amigos, imitaban de manera deliberada las formas del discurso público institucional. Se multiplicaron en la segunda mitad del siglo IV, cuando todos quisieron dirigirse a los soberanos macedonios.

Los discursos panegíricos, pronunciados, por ejemplo, en las fiestas de Olimpia o de Delfos, estaban dirigidos al público panhelénico reunido para la ocasión y trataban los temas relativos a la situación del momento: las relaciones internacionales y, particularmente, las relaciones entre los griegos; los valores de política general.

Finalmente, había otra clase de discursos, pronunciados en casas privadas en situaciones particulares de cualquier tipo, que pertenecían al género de la conferencia; versaban sobre diversos temas, como, por ejemplo, alegatos puestos en boca de personajes mitológicos o históricos, ensayos, manifiestos; panfletos, elogios absurdos (elogio de la sal, de las marmitas, de la piedra, de la muerte, de la pobreza…), juegos *(paignia)* de todo género.

De esta práctica asidua y polifacética, no hemos conservado más que los restos escritos. Los discursos judiciales cuyo contenido era preparado con antelación se prestaban de preferencia a ser puestos por escrito, lo que era necesario de cualquier forma cuando intervenía un

logógrafo. Por el contrario, los discursos dirigidos a la asamblea, que dejaban un amplio margen a la improvisación en función de las propuestas presentadas en sesión y del giro que tomaba el debate, fueron confiados a la escritura más raramente y sólo más tarde. Los textos publicados no reproducían necesariamente con fidelidad las palabras realmente pronunciadas, sino que eran revisados con fines artísticos y para tomar en cuenta, *a posteriori,* argumentos de la parte contraria. Entre oralidad y escritura el intercambio era constante en la retórica ateniense del siglo IV.

Los dos corpus más importantes, en cantidad y en calidad, son los de Isócrates y Demóstenes. Ellos ilustran la retórica ateniense en toda su extensión.

Isócrates

Isócrates (436-338), nacido en el seno de una familia acomodada, fue discípulo, según se dice, de los sofistas Pródico y Gorgias. Dedicó su vida a la retórica, distinguiéndose por el hecho de que él no pronunciaba sus discursos. Como le faltaba la voz y el aplomo necesarios para hablar ante la multitud, no se presentaba en público y en consecuencia se abstenía de toda participación física en el debate político, contentándose con leer su obra en algunos cenáculos y publicarla por escrito. Poseemos veintiún discursos de su autoría (de los cuales, uno, el *A Demónico,* probablemente sea espurio), elaborados entre el 403 y el 399, así como unas cuantas cartas.

Habiendo quedado arruinada su familia por la guerra del Peloponeso, comenzó por ejercer, durante doce años, el oficio de logógrafo, actividad de la que dan testimonio seis discursos judiciales que tratan sobre asuntos de hipoteca, de herencia, de agresiones (entre los cuales se puede mencionar el célebre *Sobre el tiro de caballos,* a favor del hijo de Alcibíades). Hacia el 390, volvió la espalda a los tribunales y fundó una escuela de retórica, que dirigió hasta su muerte. La apertura de esta escuela está señalada por discursos programáticos *(Contra los sofistas, Elogio de Helena, Busiris)* en los que Isócrates critica a sus rivales —maestros de filosofía y maestros de retórica indistintamente—, muestra que sabe vencer a los sofistas en su propio terreno —el de la paradoja— y define

sus métodos personales. En 380 publica el *Panegírico,* obra largamente madurada, presumiblemente destinada a la panegiria olímpica, que debe mucho a la tradición del *epitaphios logos* y en la que se expresan las concepciones más importantes del autor: en política, el tema de la necesaria unidad entre los griegos y de la no menos necesaria lucha contra los persas; en cuanto a la argumentación, la mezcla del elogio y del consejo; en el terreno del estilo, la búsqueda de una prosa elegante y artística, que usa abundantemente las figuras gorgianas, pero sin reproducir las audacias del sofista de Leontini. Con el *Panegírico,* Isócrates encontró su dominio: el de los discursos helénicos y políticos que se ocupan de los grandes temas de interés general, útiles para Atenas y para todos los griegos; desde entonces, no dejará de intervenir, participando activamente en la vida política por medio del debate de ideas. Durante los años 370-360, apoya a los reyes de Salamina, en Chipre, dinastía griega vasalla del Gran Rey *(A Nicocles, Nicocles, Evagoras),* y aborda los asuntos de Beocia y del Peloponeso *(Plataico, Arquídamo).* Las obras de este periodo contienen importantes búsquedas e innovaciones retóricas, particularmente un discurso ficticio acompañado de una caracterización del orador (cuando Isócrates hace hablar al espartano Arquídamo) y el primer elogio en prosa de un contemporáneo (elogio de Evagoras), así como los prefacios relativos a problemas teóricos del discurso oratorio *(Nicocles, Evagoras).*

En los años 350, Isócrates dirige a los atenienses consejos sobre política exterior e interior *(Sobre la paz, Areopagítico).* Publica también el discurso *Sobre el cambio de fortunas,* largo discurso judicial en el que defiende su vida y sus obras y expone sus concepciones en materia de cultura intelectual. En realidad, la acusación a la que el discurso supuestamente respondía no existió, y esa defensa ficticia es el medio retórico que imaginó Isócrates para responder a las críticas que le habían hecho en el transcurso de su carrera y para tomar el camino, entonces inexistente en Grecia, de la autobiografía. En los años 340, Isócrates se dirige a Filipo de Macedonia, en quien ve al soberano capaz de unificar a los griegos y combatir a los bárbaros *(Filipo).* Finalmente, en el año 339, a la edad de casi cien años, concluye su último discurso, el *Panatenaico,* obra compleja y sutil, donde las concepciones políticas y retóricas caras al autor se presentan a través de disonancias, de ambigüedades intencionales, de digresiones calculadas y de la introducción

de un personaje anónimo que lo contradice y otorga a este testamento oratorio un carácter polifónico inesperado.

Demóstenes

El corpus demosténico consta de sesenta y tres obras; dos terceras partes, aproximadamente, son de autenticidad segura, mientras que el resto son apócrifas o de autoría dudosa (entre los discursos de Demóstenes se intercalaron algunos discursos de autores contemporáneos). Si hacemos a un lado las *Cartas* y una curiosa sutileza amorosa *(Erôtikos),* de dudosa autenticidad, así como la recopilación de *Prólogos* redactados para intervenir en la tribuna, los discursos propiamente dichos se distribuyen en cuatro categorías: las *Arengas,* pronunciadas ante la Asamblea; los *Discursos políticos,* relativos a acciones públicas; los *Discursos civiles,* relativos a acciones privadas, y la *Oración fúnebre.* La obra demosténica cae así dentro de las categorías institucionales del discurso público ateniense, sin búsqueda de innovación formal. Su importancia está en otra parte: en su interés histórico excepcional y el talento oratorio del autor, que sabe ser a la vez centrado y ágil, lógico y apasionado.

Demóstenes (384-322) perdió a su padre a la edad de siete años, y el patrimonio familiar fue confiado a tutores que lo dilapidaron. Cumplida la mayoría de edad, Demóstenes emprendió la tarea de reclamar su herencia; entró en la escuela de un gran orador, Iseo, especializado particularmente en los asuntos de sucesión, y litigó contra sus tutores con un éxito al menos parcial, según parece (discursos *Contra Afobo, Contra Onetor*). Se dedicó en seguida al oficio de logógrafo, que continuó ejerciendo (en acciones privadas y en acciones públicas), incluso después de convertirse en una celebridad, y que le procuró riqueza y relaciones. Pero al mismo tiempo se preparaba para la carrera política leyendo a Tucídides y esforzándose por mejorar su "acción" oratoria (esto es, la manera de pronunciar sus discursos). Plutarco cuenta que tomó lecciones con un actor, que acondicionó una sala subterránea donde se ejercitaba declamando, que hablaba con unas piedras en la boca para corregir sus defectos de pronunciación y que recitaba versos y prosa mientras corría para fortalecer su voz y su respiración (*Vida de Demóstenes,* 7 y 11). A estos esfuerzos, sin duda tenaces, así como

a su temperamento, se debió la "acción" vehemente que le ganó la admiración de sus contemporáneos, y que nosotros hemos de intentar representarnos mentalmente para que los discursos que leemos no resulten letra muerta.

A sus treinta años, Demóstenes pronunció en la Asamblea su primera arenga conservada *(Sobre las symmorías).* Buscó por algún tiempo su camino hasta que identificó a Filipo de Macedonia como el nuevo protagonista de la política griega y lo señaló ante sus conciudadanos como la principal amenaza para Atenas: ésa fue la *Primera filípica* (351), donde reprochó a los atenienses su inacción y propuso un plan militar y financiero para detener el peligro. En 349-348, desarrolló en las tres *Olintíacas,* la misma línea de argumentación, llamando a defender enérgicamente la ciudad de Olinto atacada por Filipo. Al no ser escuchado, Demóstenes se adhiere a la paz que se pactó entre Atenas y Filipo en 346. Esta paz, llamada de Filócrates, dio lugar en los años siguientes al proceso de la embajada, uno de los procesos más célebres de la historia ateniense, bastante instructivo en cuanto al papel de la retórica en los enfrentamientos políticos de aquel tiempo. Desde el 346, Demóstenes quiso deslindarse de la paz que él mismo y Esquines, junto con otros colegas, acababan de concretar. Encargó a Timarco, un amigo, que acusara a Esquines de deslealtad por su conducta en una de las embajadas en las que se había negociado la paz. Esquines respondió acusando a Timarco de haberse prostituido durante su juventud, lo que era un caso de deshonra cívica, y ganó el proceso. Demóstenes dejó pasar un tiempo, y luego, en 343, retomó la acusación contra Esquines a título personal, quien fue absuelto por apenas treinta votos. Poseemos los dos discursos de Esquines (*Contra Timarco* y *Sobre la embajada),* así como el de Demóstenes *(Sobre la embajada),* en versiones seguramente retocadas para su publicación. Estos monumentos del arte retórico muestran cómo discursos pronunciados en una situación específica, nacidos de cálculos conjeturales y con el propósito de alcanzar un éxito inmediato, no son sólo documentos, testimonios históricos, sino que pueden aspirar, al mismo tiempo, al estatus de modelos retóricos y de obras literarias por la calidad del lenguaje, el estilo, la argumentación, las concepciones históricas y políticas, la verdad humana.

En el periodo 346-338, Demóstenes fue uno de los inspiradores de la política ateniense e intervino con sus discursos, hasta la batalla

de Queronea (338), que significó la derrota final de los griegos frente a Filipo. Demóstenes fue elegido entonces para pronunciar el *epitaphios*. El discurso así intitulado y que figura en el corpus ha sido considerado espurio, porque es demasiado banal, pero probablemente deba tenerse por auténtico y reconocer el peso de las convenciones que rigen esta forma oratoria.

Más tarde se llevó a cabo el último acto de la oposición entre Esquines y Demóstenes. Ctesifonte, amigo de Demóstenes, propuso que se le otorgara a éste una corona como recompensa por los servicios prestados. Esquines presentó una acusación inmediata contra Ctesifonte por haber hecho una propuesta falsa e ilegal. El proceso, entablado en 336, no se llevó a cabo sino hasta 330, en un contexto que Esquines creía favorable. Esquines habló contra Ctesifonte; Ctesifonte respondió con una breve defensa, seguida de un largo discurso de Demóstenes que intervenía en calidad de sinégoro. Ctesifonte fue absuelto, mientras que Esquines, por haber obtenido menos de la quinta parte de los votos, fue multado y castigado con la prohibición de intentar en el futuro acusaciones del mismo tipo. Esta pena, que lo privaba de un medio esencial de acción política, lo determinó a exiliarse. Es muy probable que en Atenas se hubiera continuado por mucho tiempo comentando este proceso memorable de la corona, "el combate de los oradores" (Teofrasto, *Caracteres,* 7, 6). El discurso de Esquines *(Contra Ctesifonte)* y el de Demóstenes *(Sobre la corona),* conservados ambos, ofrecen la rara oportunidad —como en el caso del proceso de la embajada— de leer en antilogía las dos versiones; la de la acusación y la de la defensa. El discurso *Sobre la corona* presenta, además, el interés de proporcionar una presentación sintética y retrospectiva de la carrera política de Demóstenes redactada por él mismo.

Al lado de los discursos políticos de Demóstenes, los de carácter privado aportan mucho a nuestro conocimiento de las costumbres de la sociedad ateniense y son ricas fuentes de información sobre el derecho ático. Muestran a un abogado de gran talento.

No poseemos discursos de Demóstenes posteriores al 330, aunque sabemos que sí pronunció algunos, particularmente para defenderse cuando fue acusado y condenado por corrupción en el proceso del dinero de Hárpalo (323). Su muerte, en fin, pertenece aún a la historia de la retórica, porque coloca a la figura emblemática del orador perse-

guido por soldados y cayendo heroicamente, en circunstancias simbólicas, a causa de sus ideas. Después del levantamiento de Grecia contra Macedonia, tras el anuncio de la muerte de Alejandro, la represión fue severa. Entre las condiciones impuestas a Atenas, estaba la de entregar a los oradores antimacedónicos. Hipérides y Demóstenes huyeron: el primero, luego de ser capturado, fue torturado (le cortaron la lengua) y asesinado; el segundo se suicidó bebiendo un veneno escondido, según se dice, dentro del cálamo que le servía para escribir.

La comparación entre Isócrates y Demóstenes saca a la luz diferencias evidentes, tanto en el carácter de los dos hombres como en sus decisiones políticas (con respecto a Filipo) y en sus métodos retóricos: vemos, de un lado, a un orador de estudio, que practicó y teorizó un ideal de "ocio" (sobre el cual P. Demont ha demostrado que quería reivindicar, lejos de la multitud, una nueva forma de acción política); del otro, a un orador comprometido que se involucró en todas las luchas; de un lado, un estilista, del otro, una fiera de la tribuna que afirmaba que la parte más importante de la retórica era la acción. De esta manera, Isócrates y Demóstenes se convirtieron, dentro del pensamiento antiguo, en los símbolos de dos actitudes diferentes e incluso opuestas: una consagrada a la belleza de la palabra y de las ideas; la otra, a su eficacia. El propio Filipo habría comparado los discursos de Demóstenes con soldados, por su belicosidad, y los de Isócrates con atletas, porque procuran placer al espectador (Pseudo Plutarco, *Vida de los diez oradores,* 845d). Si hay una parte de verdad en esta oposición, no hay que olvidar, sin embargo, los puntos en común entre ambos oradores, dos puntos, sobre todo, que serán desarrollados de aquí en adelante. Isócrates, al igual que Demóstenes, vio en la retórica un medio de acción política; Demóstenes, al igual que Isócrates, experimentó en ese terreno la importancia del esfuerzo, de la educación, de la formación.

La república de los oradores: realidad y representación

Las consideraciones que preceden han mostrado la importancia de la retórica en la vida política ateniense. Esta importancia, que es una realidad, se convirtió por añadidura en un mito, en el sentido de que fue interpretada y erigida como un modelo por los antiguos y los modernos.

Demóstenes hace notar el papel de los discursos, que son, a sus ojos, una especialidad ateniense "cuyo régimen reposa en la palabra […]" (*Sobre la embajada,* 184); igualmente sobre el *epitaphios:* "Ustedes son el único pueblo en el mundo que honra a los ciudadanos muertos por la patria con funerales públicos acompañados de elogios fúnebres" (*Contra Leptines,* 141). De igual modo Isócrates: "Los más grandes oradores y los más ilustres han sido los mejores bienhechores del Estado"; "Ustedes tienen una educación superior a los otros por el pensamiento y la palabra […]. Es aquí que todo el mundo adquiere la práctica del discurso que tanto contribuye a la elocuencia" (*Sobre el cambio de fortuna,* 231, 294-296). Con base en tales afirmaciones, los autores atenienses pusieron en primer plano "la libertad de palabra" *(parrhêsia),* el papel del discurso público y, en particular, del debate y de la deliberación, así como la figura del orador como consejero del pueblo. Pericles lo hace notar de hecho en Tucídides (II, 40, 2): "La palabra no es, a nuestro modo de ver, un obstáculo para la acción: lo es, por el contrario, el no estar informados mediante la palabra, antes de abordar la acción que se debe realizar".

Las obras de los historiadores y de los oradores están adornadas con reflexiones de este tipo, que buscan subrayar la utilidad para Atenas de los discursos y de las deliberaciones. Cuidadosamente diferenciado de sus imitadores asalariados y pervertidos que constituyen el sofista, el logógrafo, el sicofanta y todos los malos "perros del pueblo" que devoran el rebaño confiado a su cuidado (Demóstenes, *Contra Aristogitón,* I, 40), el orador, en el verdadero sentido del término *(rhêtôr),* aparece como el consejero, dedicado al interés común, que sabe aprender las lecciones de la historia para proponer la mejor solución (cf., por ejemplo, Tucídides, III 42-43; Isócrates, *Panegírico,* 1-10; Demóstenes, *Sobre la corona,* 276-288). El pueblo, por su parte, es alabado por su capacidad deliberativa: "Porque la facultad de discernir y de tomar la mejor decisión, nadie os la podrá quitar" (Demóstenes, *Contra Timócrates,* 37). La filosofía aristotélica proporciona un fundamento a esta concepción al vincular la deliberación a la indeterminación de lo futuro, a la teoría de la contingencia y a la teoría de la acción: la actividad de deliberar, no solamente *in petto,* sino en muchos casos, es constitutiva de la esencia del hombre y de su relación con el tiempo. Pone en juego la virtud de la "prudencia" *(phronêsis)* y desempeña un papel esencial en los asuntos humanos (*Retórica,* I, 4-5; *Ética a*

Nicómaco, III, 5; VI). En un régimen democrático, la multitud tomada en su conjunto es capaz, dentro de ciertos límites, de dilucidar con sabiduría y de mostrarse superior al valor de los diferentes individuos que la componen (*Política,* III, 11). El orador es la antítesis del tirano, porque la conquista del poder por medio de las armas no tiene que ver con él (*Política,* V, 1305a7-15).

Así se construyó una imagen de la retórica política ateniense, una representación que la ciudad se hacía de sí misma. Ahora bien, esta imagen fue retomada por los modernos; desempeñó un papel capital en las reflexiones sobre la democracia, reflexiones en las que las nociones de palabra, libertad de expresión y de decisión tomada en común ocupan un lugar esencial. Esta lectura de la historia de la retórica ateniense puede resumirse en la famosa fórmula de Fenelón: "Entre los griegos todo dependía del pueblo y el pueblo dependía de la palabra" (*Carta a la Academia,* IV). Por citar reflexiones de hoy en día, se puede señalar, junto con Paul Ricoeur, que en el Estado democrático "el lenguaje político está esencialmente implicado en las actividades de deliberación pública que se desarrolla en un espacio libre de discusión pública" ("Lenguaje político y retórica", en *Lectures,* I, París, 1991, p. 166). Las problemáticas de "espacio público" y "espacio político", discutidas en la filosofía contemporánea por Jürgen Habermas y Hannah Arendt, implican el debate sobre los asuntos que interesan a los miembros de la ciudad, la persuasión y la argumentación. El espacio de la comunicación política es un espacio de discurso. Y en última instancia todo ello viene de Atenas, de una imagen de Atenas, a la vez verdadera y mitificada.

Por ello es necesario, aunque se subraye la importancia capital de la práctica oratoria ateniense, marcar también sus límites. En principio, los oradores no eran los únicos que dirigían la política del Estado: también estaban los magistrados elegidos —*stratêgoi* y responsables financieros—, que jugaban un papel decisivo sin necesariamente pronunciar discursos. Además, aunque todo ciudadano tenía en principio el derecho a intervenir en la asamblea, en la práctica sólo una minoría tenía el talento y la motivación necesarias; también a menudo eran los mismos aquellos a los que se veía subir a la tribuna para ponerse frente a un auditorio a menudo tumultuoso. Era orador, en el sentido legal, cualquier ciudadano que tomaba la palabra o proponía un decreto; era orador, en sentido pleno, aquel que hacía uso de la palabra regular-

mente e inspiraba la política de la ciudad. Según los cálculos de M. H. Hansen, en la asamblea, si los participantes se contaban por millares, los ciudadanos que intervenían ocasionalmente se contaban por centenas, y nunca había más de una veintena de figuras dominantes, los que constituían una elite restringida. En fin, recordemos que la condición de ciudadano estaba reservada a los hombres libres, y que las mujeres y los esclavos no tenían derecho a la palabra: muchos eran excluidos de la deliberación. Las fuentes privilegian la dimensión oratoria y pública de la acción política, en detrimento de otros aspectos, y construyen así un marco de interpretación fecundo, pero teórico y tergiversado en parte para la más grande gloria de la retórica.

Excursus número 3
El canon de los diez oradores áticos

El canon de los diez oradores áticos comprende tradicionalmente a Andócides, Antifonte, Demóstenes, Dinarco, Esquines, Hipérides, Iseo, Isócrates, Licurgo y Lisias. Esta lista se elaboró en una fecha imposible de precisar, entre la época alejandrina y el imperio romano. Su primera mención parece figurar en el crítico Cecilio de Calacte (siglo I a. C.), quien fue el autor de un tratado, hoy perdido, intitulado *Sobre el carácter de los diez oradores* (*Suda,* K 1165). Quintiliano (siglo I d. C.) habla de diez oradores en Atenas (*Institución oratoria,* X, 1, 76). El Pseudo Plutarco, de fecha incierta, escribe las *Vidas de los diez oradores.* En los siglos II y III, la "decena ática", como dice Luciano (*El Escita,* 10), está bien atestiguada. Hermógenes dedica un esbozo a cada uno de los oradores que la componen (pp. 395-403, ed. Rabe; Demóstenes queda fuera de la lista, ocupando el lugar vacante Critias). Los gramáticos publican léxicos de los diez oradores (el de Valerio Harpocración se conserva; Focio, *Biblioteca,* 150, menciona los de Juliano, Filóstrato de Tiro y Diódoro). El neosofista Herodes Ático, a quien sus oyentes gritaban para alabarlo "Tú eres uno de los diez", respondió ingeniosamente "¡Soy, sin duda, mejor que Andócides!" (Filóstrato, *Vida de los sofistas,* pp. 564-565) (Andócides, que practicó la elocuencia como aficionado, era el menos acreditado de los oradores áticos). A fin de cuentas, esta lista no siguió necesariamente una evolución lineal; no pudo imponerse en todas partes al mismo tiempo, y su composición pudo variar. En cuanto al término *canon,* su uso en esta acepción no es antiguo (aunque existe una pala-

bra griega *kanôn,* "regla", "norma"), sino que fue introducida en el siglo XVIII por la *Historia critica oratorum graecorum* de David Ruhnken, quien lo tomó del ámbito cristiano. Este uso (una catacresis) presenta el inconveniente de sugerir un carácter más restrictivo del que tenía en la realidad, una lista de oradores que no pretendía evidentemente tener la misma autoridad que un canon de libros sagrados.

El canon de oradores no fue un fenómeno aislado. Por el contrario, la Antigüedad estableció listas semejantes para los poetas, los historiadores, los filósofos, los artistas, etc. En cada caso se trataba de trazar la lista de clásicos reconocidos en un género dado, a fin de fijar un corpus de referencia para la crítica, para la imitación y para la enseñanza. En literatura, las obras reconocidas como canónicas fueron copiadas con más frecuencia, y son éstas las que nos han llegado, mientras que la mayor parte de las obras que no formaban parte de la selección se perdieron. Según el punto de vista que se quiera adoptar, se puede decir que los cánones desempeñaron un papel "destructor" (I. Worthington), en el sentido de que condenaron al olvido todo lo que no estaba incluido en ellos o, inversamente, que prestaron un gran servicio al asegurar la preservación de las obras juzgadas como las mejores.

En el caso de los oradores, los autores incluidos en el canon se enlazan desde el fin del siglo V hasta el final del IV. Eran atenienses (Andócides, Antifonte, Demóstenes, Esquines, Hipérides, Isócrates y Licurgo), extranjeros, pero que habían trabajado en Atenas (Dinarco de Corinto, Lisias, nacido en una familia originaria de Siracusa, e Iseo era originario bien de Atenas, bien de Calcis, en Eubea). Sus discursos conservados, cuyo número asciende a más de una centena, son principalmente discursos judiciales y, en menor cantidad, arengas; a éstos se agregan algunos ejemplos de *epitaphioi* (Demóstenes, Hipérides, Lisias), panegíricos (Isócrates, Lisias), discursos ficticios, pedagógicos o literarios (Antifonte, Demóstenes, Isócrates). La selección refleja de esta forma una toma de posición; pone por delante el momento ateniense, el dialecto ático y los grandes géneros de la elocuencia pública.

Esto no impide que la diversidad en los contenidos sea muy grande. Los discursos de los oradores áticos trataban lo mismo sobre asuntos ínfimos —herencias, injurias o golpes— que sobre los conflictos más graves del Estado —la tiranía de los Treinta, la guerra contra Filipo—, y ponían en escena tanto a personajes de dudosa reputación como a ciudadanos respetables. Los talentos que se despliegan en esta selección son notables

(además de los de Isócrates y Demóstenes, está la simplicidad persuasiva de Lisias; la elegancia y el brío de Esquines, etc.) y la lengua empleada —el dialecto ático, con toda su fineza— se presta admirablemente, de acuerdo a las necesidades de la ocasión, a la expresión de hechos, de razonamientos o de emociones.

Entre los autores de obras retóricas que sobrevivieron fuera del canon, se puede citar a Antístenes (ca. 445-365), el fundador de la escuela cínica, que frecuentaba a los sofistas y a Sócrates, y de quien se conservan dos discursos contrapuestos de Áyax y de Ulises que reclamaban las armas de Aquiles; a Alcidamante (primera mitad del siglo IV), quien escribió *Sobre los autores de discursos escritos o Sobre los sofistas* y una acusación de Palamedes por Ulises; así como a dos contemporáneos de Demóstenes: Apolodoro, de quien se conservan muchos discursos judiciales en el corpus demosténico, y Hegesipo, de quien se ha conservado una arenga por la misma vía. La literatura ofrece también discursos imaginarios o reelaborados, como en los diálogos de Platón o en las obras históricas de Jenofonte, particularmente, las apologías que ambos dedican a Sócrates.

Sobre el canon de los oradores áticos, véanse los dos estudios de I. Worthington, "The Canon of the Ten Attic Orators", en *id.* (ed.) (1994). *Persuasion: Greek Rhetoric in Action*. Londres / Nueva York: Routledge: 224-263, y de Smith, R. M. (1995). "A New Look at the Canon of the Ten Attic Orators", *Mnemosyne,* 48: 66-79. Estos autores están en desacuerdo en cuanto al origen del canon (Cecilio, según Worthington; la erudición alejandrina de los siglos III y II a. C., según Smith). Sobre la noción de canon en general, véase Metzger, B. M. (1987). *The Canon of the New Testament.* Oxford: Oxford University Press (Appendix I); Nicolai, R. (1992). *La storiografia nell'educazione antica.* Pisa: Biblioteca di "Materiali e discussioni per l'analisi dei testi classic" (parte III).

Enseñanza y teoría de la retórica

La práctica oratoria se apoyaba en una enseñanza muy activa. Eran numerosos los maestros de retórica en Atenas, desde los más afamados hasta los más modestos. Eran muchas las escuelas, caracterizadas por niveles diferentes y diferentes finalidades. Se podía aprender a hablar, como dice Platón, ya fuera en función del arte *(tekhnê)* ya fuera en función de la educación *(paideia)* (*Protágoras,* 312b), es decir,

ya fuera con el fin de hacer de la retórica un oficio, o bien, de manera desinteresada, con el fin de instruirse y cultivarse. Los métodos eran ciertamente variados y, en gran medida, orales. Podemos imaginar sin dificultad que comprendían lecciones teóricas, estudios de caso, aprendizaje de discursos modelo propuestos por el maestro, ejercicios prácticos de composición sobre asuntos reales o ficticios, e incluso competiciones entre estudiantes, sin olvidar el entrenamiento del gesto y de la voz.

La escuela más conocida es la de Isócrates, gracias sobre todo a las indicaciones proporcionadas en el *Sobre el cambio de fortuna* (en contra de lo que se decía en la Antigüedad, Isócrates probablemente no compuso ningún tratado de retórica). El ciclo de estudio duraba tres o cuatro años. Los estudiantes, llegados no sólo del Ática sino de todo el mundo griego, pagaban elevados honorarios y ofrecían regalos, gracias a lo cual se les proponía dos tipos de enseñanza. Primero, el trabajo sobre lo que el maestro llamaba las *ideai,* concepto muy amplio que designaba todas las "formas" del discurso, desde el contenido (acusación, elogio, etc.) hasta las figuras de estilo, pasando por las ideas, los temas y las formas de razonamientos; es decir, todo el espectro del arte de la palabra. Luego venía la audición de discursos compuestos por el maestro, que eran discutidos y explicados en común, en una atmósfera de seminario, como fue el caso del *Filipo* y del *Panatenaico*. Más allá de los preceptos técnicos, Isócrates buscaba otorgar una formación completa, a la vez intelectual y moral, pues estaba convencido de que no es posible hablar bien sino a condición de pensar bien y de ser un hombre de bien. Realista, además, el maestro subrayaba que la educación no lo puede ser todo y que ella no da frutos a menos que encuentre un terreno favorable: las lecciones y los ejercicios debían apoyarse en los dones naturales. Los numerosos alumnos surgidos de la escuela de Isócrates ilustran el carácter general de una educación que formó oradores, escritores (como los historiadores Teopompo y Éforo), ciudadanos activos en los asuntos públicos y políticos importantes, entre ellos, el estratega Timoteo, hijo de Conón.

La enseñanza ateniense recurría a textos escritos: discursos modelo, recopilaciones de exordios y de peroraciones y, sobre todo, esos manuales o tratados llamados *tekhnai* ("artes", sobreentendido "de retórica"). Las *tekhnai,* en su mayor parte, trataban sobre el género

judicial; utilitarias, facilitaban los medios de componer al menor costo un discurso. Pero los dos ejemplares que conservamos son, por casualidad, de otra naturaleza. Se trata de cursos completos de retórica que, compuestos en la segunda mitad del siglo IV, sintetizan los logros adquiridos en la época clásica y profundizan en ellos.

La *Retórica a Alejandro,* cuya fecha de composición se sitúa entre los años 340 y 300 a. C., fue transmitida por los manuscritos bajo el nombre de Aristóteles, pero esta atribución es sin duda incorrecta. Su autor podría ser el orador e historiador Anaxímenes de Lámpsaco. El marco del tratado es una división del discurso retórico en siete especies: exhortación, disuasión, elogio, censura, acusación, defensa y examen.

I. El autor presenta los temas y los argumentos propios de cada especie (1-5; aquí se encuentran reunidos los criterios importantes de la acción que constituye la armadura del discurso deliberativo).
II. Después analiza los medios de persuasión comunes a todas las especies, tanto en el campo de la argumentación como en el ámbito del estilo (6-28).
III. Finalmente, indica cuáles deben ser la estructura y las partes del discurso en cada una de las especies consideradas (29-37).

La finalidad era proporcionar un método lo más detallado posible que permitiera a los oradores producir, en cada caso, discursos ricos, elegantes y persuasivos, evitando los riesgos del desorden, de la extravagancia o de la falta de inspiración. Con este propósito, ofrece definiciones, consejos y reglas, que deduce a la vez de un estudio sistemático del objeto, y de un examen de los usos y de las normas en vigor en su época. Si no se puede determinar con precisión cuáles fueron sus fuentes, está claro, en todo caso, que la *Retórica a Alejandro* se inspira en trabajos anteriores: los de los sofistas e Isócrates en particular, por ejemplo, en lo que respecta a las especies oratorias, a las pruebas, a los *topoi* del elogio, a las partes del discurso, a las figuras de estilo. Además, muchas explicaciones detalladas parecen apoyarse en la experiencia y el oficio, por ejemplo, todo lo que concierne a los exordios. Se puede ver, pues, en la *Retórica a Alejandro,* una suerte de sistematización de la retórica anterior y contemporánea. Pero al mismo tiempo este tratado ofrece ciertas semejanzas con la *Retórica* de Aristóteles. Así lo demues-

tra el hecho de que las siete especies estén agrupadas en tres géneros, o incluso ciertos aspectos del tratamiento de los *topoi* y de las pruebas. Estas semejanzas deben provenir, por un lado, de la utilización de una misma fuente común (pues Aristóteles se apoyó a su vez en la teoría y la práctica ya existentes), y pueden haber sido reforzadas por una restauración de la *Retórica a Alejandro,* si se admite la hipótesis de que este texto sufrió, en el transcurso de su transmisión, modificaciones (a consecuencia de su falsa atribución) con el fin de acoplarlo al tratado aristotélico.

La Retórica *de Aristóteles*

La *Retórica* de Aristóteles es, pues, la que corona la teoría de la retórica griega clásica. Este tratado se inserta en una serie de investigaciones que el filósofo consagró a la retórica y está marcada por dos obras hoy perdidas, el *Gryllos,* diálogo de juventud, y la *Synagôgê tekhnôn* ("Antología de artes"), que fue una compilación de las *tekhnai* existentes. La *Retórica* data aproximadamente, según se admite, del segundo tercio o tercer cuarto del siglo IV. Como la mayor parte de las obras conservadas del Estagirita, no era una obra destinada a la publicación, sino un escrito de trabajo, redactado por el maestro para utilizarlo en su enseñanza y cuya composición pudo haberse extendido por un largo periodo de tiempo, de donde surge la cuestión de saber si el actual libro tercero formaba parte del proyecto inicial o si se trataba de un escrito distinto, que habría sido añadido a los dos libros precedentes por un editor posterior. La *Retórica* presenta numerosos puntos de contacto con el resto de la obra de Aristóteles, sobre todo con la *Poética,* los *Tópicos,* las *Refutaciones sofísticas,* la *Política* y la *Ética.*

Aristóteles aborda el tema con un espíritu *científico,* es decir, tratándolo como un ámbito de la realidad, sobre el que debe llevarse a cabo una investigación específica, en vista de la constitución de un saber que será puesto en relación con los demás saberes. El ámbito considerado es el del discurso persuasivo. Por consiguiente, la retórica será no sólo el arte de persuadir, como se dice de ordinario, sino más objetivamente "la facultad de descubrir especulativamente, lo que, en cada caso, puede ser apropiado para persuadir" (I, 1355b25-26), y el tratado aristotélico proporciona los medios de un descubrimiento se-

mejante al analizar todo lo que contribuye a la persuasión. La retórica concebida de esta forma es análoga a la dialéctica, en la medida en que ambas, cada una a su manera, "tratan sobre cuestiones que son, desde ciertos puntos de vista, de la competencia común a todos los hombres y no requieren de ninguna ciencia especial" (I, 1354a1-3). "En todo su estudio, la retórica no se apega sino a la opinión" (III, 1404a1-2). Bajo estas condiciones, el estudio de la retórica reviste una utilidad al mismo tiempo intelectual y práctica; permite hacer triunfar la verdad y la justicia en el marco de los juicios; sirve para persuadir en todos los casos en los que no se da una exposición didáctica y donde hace falta ganar la convicción mediante las nociones comunes (frente a grandes auditorios); confiere la capacidad para sostener tesis opuestas, lo que permite "no ignorar nunca cómo se plantean las preguntas, y, si hay otro argumento contra la justicia, refutarlo de la misma manera"; otorga los medios para defenderse mediante la palabra en caso de peligro (I, 1355a21-b2).

Aunque aspiraba a lo universal, Aristóteles razona como hombre de su tiempo a través de las categorías y las formas oratorias de la Atenas del siglo IV. Por ello privilegia la arenga dirigida al pueblo, en la que ve el discurso más bello, el más político y el más difícil (I, 134b24-25; III, 1418a22), de conformidad con el modelo institucional e ideológico ateniense.

Presentamos aquí, brevemente resumida, la arquitectura de la *Retórica*:

LIBRO I:

Capítulos 1-2. Introducción. Definiciones.

Capítulos 3-15. Los tres géneros discursivos: género deliberativo (consejo y disuasión), género judicial (acusación y defensa), género epidíctico (elogio/alabanza y reproche). Temas y argumentos ("lugares específicos") propios de cada género.

LIBRO II:

Tras haber expuesto en el libro I las pruebas lógicas y objetivas propias de cada género, Aristóteles pasa a tratar los medios de persuasión válidos para todos los géneros.

Capítulos 1-17. Pruebas subjetivas y morales: carácter bajo el cual se presenta el orador (cap. 1); pasiones despertadas entre el auditorio (caps. 2-11: cólera, amistad, temor, vergüenza, complacencia,

compasión, indignación, envidia, emulación); adaptación al carácter del auditorio (caps. 12-17: carácter determinado a partir de las edades y las condiciones sociales).
Capítulos 18-26. Pruebas lógicas comunes a los tres géneros: "lugares", entimemas, ejemplos.

Libro III:
Capítulos 1-12. El estilo: sus cualidades, sus procedimientos.
Capítulos 13-19. Las partes del discurso (exordio, narración, argumentación, peroración).

Aquí se abordan o formalizan, por primera vez hasta donde sabemos, muchos de los puntos esenciales: la definición de la retórica y su lugar dentro del campo del saber; la constitución del arte en sistema, con clasificaciones y una terminología propia; la identificación de tres géneros a los que deben remitirse todos los discursos retóricos posibles; la identificación de dos formas principales de persuasión: la persuasión lógica, por la demostración, y la persuasión moral, por el carácter *(êthos)* y la pasión *(pathos),* entrando así la psicología en el arsenal de pruebas; la sistematización de los "lugares" *(topoi);* la distinción entre pruebas técnicas (elaboradas por el discurso) y no técnicas (obtenidas desde el exterior, como por ejemplo los testimonios); la distinción entre razonamiento deductivo (entimema) e inductivo (ejemplo), así como la noción de amplificación; la lista de las cualidades del estilo; el análisis de la frase (periodo), de la metáfora, de los ritmos de la prosa.

Aristóteles puso en evidencia la idea fundamental de que, para persuadir, es necesario explotar los resortes presentes ya en el oyente. El buen orador conoce las competencias cognitivas y las conexiones pertinentes de quienes lo escuchan. Se apoya en las ideas preexistentes, en los valores reconocidos, y es así como puede llevar a cabo el misterio de la persuasión (al que nos hemos referido antes en la introducción): llevar a otro a pensar lo que no pensaba previamente. La innovación se introduce en el espíritu del oyente a partir de premisas conocidas y bien identificadas. La *Retórica,* en todas sus partes, se reduce, en el fondo, al vasto inventario de estas premisas y de los medios de persuadir que se apoyan en ellas.

La paradoja es que este tratado, lleno de puntos de vista novedosos, fue relativamente poco leído en la Antigüedad, porque formaba

parte de las obras no publicadas de Aristóteles, que, aunque no eran por completo inaccesibles, tuvieron una escasa difusión hasta el trabajo de los "editores" del primer siglo a. C. Ahora bien, en estas fechas era demasiado tarde para que hubiera alcanzado el éxito, cuando se habían impuesto ya otros tratados. Además, la *Retórica* está redactada en un estilo elíptico y simple que pudo desalentar por su dificultad. Sin embargo, a falta del texto mismo, la doctrina de la *Retórica* se extendió ampliamente gracias a la enseñanza del maestro y a los escritos de sus discípulos. Así fue como las ideas de Aristóteles tuvieron una repercusión importante en las escuelas de filosofía y de retórica, imponiéndose algunas de ellas casi como dogmas (por ejemplo, la distinción de los tres géneros), y dando origen otras a discusiones e investigaciones posteriores.

El problema filosófico y moral de la retórica

Los atenienses no sólo practicaron y teorizaron la retórica, también la sometieron a la crítica. Esto no debe causar sorpresa si se considera como una característica del pensamiento griego, de esta época, y en particular ateniense, el hecho de no contentarse con la práctica de las cosas, sino de aplicar sobre ellas una reflexión conceptual y de someterlas a discusión. El genio helénico radica, quizá, en ello. Ya sea que se trate de política, de filosofía, de mitología, los griegos, al mismo tiempo que introducían nuevas concepciones, nuevos sistemas, sometían a discusión esos conceptos y esos sistemas analizando los problemas que les eran inherentes. La retórica fue sometida a un tratamiento semejante.

Mientras que el fenómeno retórico se desarrollaba y cobraba gran relevancia, la sociedad contemporánea, en efecto, manifestaba sus reservas e inquietudes frente a un arte nuevo que escondía posibilidades de sutileza excesiva, manipulación y engaño. Fuera de Atenas, eran numerosos, sin duda, los que decían, a la manera del espartano Estenélidas: "no logro entender los largos discursos de los atenienses" (Tucídides, I, 86, 1). En la misma ciudad, los críticos se expresaban abiertamente: en el teatro, donde los personajes trágicos y cómicos, como lo vimos, no dudaban en cuestionar el arte del discurso, y hasta en el tribunal, que era el lugar común útil, para los quejosos, quienes, a fin de granjearse

la benevolencia de los jueces, se presentaban como ignorantes de los pleitos de barandilla, inexpertos e incapaces de bellas palabras y de argumentos mañosos. Tales afirmaciones testimonian la existencia de una desconfianza generalizada en contra de la retórica.

Platón y la retórica

Esta desconfianza encontró una expresión radical y superior en los diálogos de Platón, que representan un capítulo esencial en la historia de la retórica. Platón abordó con frecuencia la retórica, que constituye uno de los temas importantes de su obra.

El punto de partida reside en la crítica de Sócrates contra los sofistas. Uno de los objetivos del diálogo socrático, en Platón, consiste en denunciar a los falsos especialistas y sus falsos valores. Desde esta perspectiva los sofistas ofrecen un blanco fácil, en tanto que pretenden tener competencia particular en los dominios más importantes, los mismos que la filosofía reivindica para sí misma: la educación, la palabra, la política, la virtud. Así, muchos diálogos ponen a Sócrates frente a frente con los más eminentes representantes de la sofística. El filósofo denuncia a los sofistas como charlatanes peligrosos y critica en particular su pretensión de ser "hábiles para hablar" y de enseñar esta habilidad a otros (sobre todo en *Protágoras, Gorgias* y los dos *Hipias*). Aun más, Sócrates-Platón cava la fosa a placer. No se contenta con denunciar a personajes reales, sino que construye conceptualmente la figura del sofista, para hacer de éste el doble malo del filósofo (especialmente en el *Sofista*). El sofista, como el filósofo, hace referencia a la "sabiduría" y al "saber" (dos nociones contenidas en la palabra griega *sophia*), pero el primero pretende poseerla mientras que el segundo busca investigarla; uno se dice "experto en *sophia*" *(sophistês);* el otro, "amigo de la *sophia*" *(philosophos).* Este antagonismo esencial tiene por consecuencia, desde el punto de vista de la retórica, instaurar una oposición radical entre el arte sofístico de la palabra y la filosofía. Incidentalmente, busca rechazar la amalgama entre Sócrates y los sofistas —tal como había sido efectuada, entre otros, por Aristófanes, en las *Nubes*—, trazando, por el contrario, una separación total.

Por otra parte, la crítica platónica de la retórica tiene una vertiente política. En tanto que adversario de la democracia, el filósofo Platón

no puede sino denunciar el arte retórico que es uno de los resortes de este régimen.

Finalmente, y este punto se vincula al anterior, Platón tenía una razón personal para guardar rencor contra la retórica, pues, en el curso de un proceso, su maestro Sócrates había sido condenado a muerte por un jurado popular. Sócrates se había defendido y no había convencido a los jueces: para Platón, este resultado era en deshonor de los jueces no de Sócrates. El sistema judicial, fundado en la audición de los discursos de las partes, había probado así su perversidad. También Platón consideró importante publicar, luego de rescribirlo, el discurso que había pronunciado Sócrates en esa ocasión: se trata de la *Apología de Sócrates* que podemos leer como un modelo de discurso judicial, conforme a las exigencias filosóficas, y por tanto (o más bien: por esto mismo) ineficaz en el plano de la persuasión inmediata en la ciudad de Atenas. El problema de la retórica se plantea aquí seriamente, aunque de nuevo de manera implícita.

Sobre estas bases, a la vez teóricas y personales, se desarrolla el pensamiento de Platón a lo largo de muchos diálogos, principalmente el *Gorgias,* el *Menexeno,* el *Banquete* y el *Fedro.*

El *Gorgias* lleva por subtítulo *De la retórica* (subtítulo debido a los editores posteriores y no al autor, pero que resulta apropiado); en él se ataca directamente al maestro de la disciplina que da su nombre al diálogo. Siguiendo el método que le es familiar, Sócrates emprende la tarea de frustrar las pretensiones del que se dice especialista en ese arte, mostrándole que ignora todo acerca del objeto que cree conocer. El objeto en cuestión es la retórica practicada en las reuniones de ciudadanos, es decir, esencialmente, en los tribunales y en las asambleas. Luego que Gorgias declara descollar en este arte, Sócrates le pide que lo defina. Esta pregunta se revela como más delicada de lo que parecería en primera instancia y se requiere de varias tentativas infructuosas para llegar a la definición de la retórica como "obrera de persuasión" (453a). De nuevo será necesario intentar precisar de qué género de persuasión se trata y en relación con qué. Esta primera discusión da ya la impresión de que la retórica es una disciplina escurridiza y mal definida, que se ocupa de los discursos y de la persuasión en sí mismos sin preguntarse suficientemente sobre su objeto de estudio. Se trata de un saber superficial, de una apariencia del saber. La retórica, según Sócrates, no es un arte, sino

un simulacro de arte, en tanto que no reposa sobre un conocimiento efectivo de su objeto.

Este reproche, de tipo epistemológico, conduce a un segundo reproche de orden moral. Al tratar de precisar el objeto de la persuasión retórica, Gorgias asegura que este objeto debía estar en conformidad con la justicia, pero la continuación del diálogo muestra que esta afirmación no es sino una falsa apariencia. Luego que Gorgias deja el primer plano de la escena, los personajes que lo suceden para dialogar con Sócrates —Polo y Calicles—, presionados por las preguntas del filósofo, terminan por reconocer que no toman en cuenta la justicia, de la cual, además, no poseen ningún conocimiento, y que el arte de persuadir no es para ellos otra cosa que el medio de dominar al otro y de imponerle su propia voluntad. Por una serie de revelaciones progresivas, las máscaras caen, y Calicles devela con brutalidad lo que se escondía en germen en el respetable discurso de Gorgias: la retórica es inmoral, es el medio de tener éxito en la ciudad, de salvar su vida, de conquistar una libertad que no es sino licencia y de tomar el poder a costa de cualquier precio. Detrás del problema de la retórica se plantea, pues, el problema de la política. La retórica es la expresión de una manera desviada de mirar la política, aquella que estaba en curso en la democracia ateniense.

El colmo de la habilidad es que, para alcanzar sus fines, la retórica se hace pura dulzura. Lejos de sostener un lenguaje válido para conducir a los ciudadanos hacia el bien, lo cual sería lo propio del verdadero arte político, la retórica dice a los oyentes justo lo que ellos esperan y busca serles agradable, lo que permite persuadir más fácil al reducirse las exigencias al comienzo. El filósofo reprocha a Calicles: "Lo que gusta [al pueblo y a los amigos del pueblo] es encontrar en tus discursos su propio pensamiento: cualquier pensamiento extraño les molesta" (513b-c). El poder tan loado del *logos* es un falso poder, ya que no se ejerce sino para ir por el sentido de los valores establecidos (éxito, bienes materiales, etc.) y se apoya sobre una falsa concepción del bienestar y de la felicidad.

El problema de la retórica, en consecuencia, abarca en última instancia el problema del objetivo de la vida: "se trata de saber qué género de vida debemos adoptar" (500b-c). La respuesta, según Sócrates, se presenta como un dilema. De un lado, la vida retórica, que consiste en buscar el éxito material para sí mismo y para los demás, y que aparece simbolizada por los grandes hombres de Estado atenienses: Milcía-

des, Temístocles, Cimón, Pericles, que desarrollaron el poder militar y económico de la ciudad sin preocuparse de otra cosa. Del lado opuesto, la vida filosófica, dirigida hacia el bien, que consiste en cuidar uno de su propia alma y educar a los conciudadanos, a cualquier precio, la que está representada por el caso del propio Sócrates, muy cuidadosamente omnipresente, quien da el ejemplo al mismo tiempo del éxito moral y —por su condena— del fracaso en la ciudad (la antítesis entre el orador y el filósofo vuelve a aparecer en *Hipias Mayor,* 304a-b; *Teeteto,* 172c y ss.).

El *Gorgias* constituye, de esta manera, una acusación terrible contra la retórica, en la que Platón no ve sino debilidad intelectual y moral, apetito de poder, ignorancia de los verdaderos bienes, elección de cometer injusticia más que de sufrirla, política desviada y antítesis de la filosofía. Esta denuncia da lugar a imágenes expresivas, como la del médico llevado ante un tribunal de niños por un cocinero y condenado a causa de que sus pócimas son amargas, mientras que los platos del cocinero son agradables (521e): el médico representa al filósofo; el cocinero, al orador. El diálogo está recubierto de expresiones crueles, llamadas a perdurar, que estigmatizan la retórica: "adulación" o "complacencia" (*kolakeia:* 463b), "empirismo y rutina" (463b), imitación de la política (más exactamente "de una parte de la política") (463d), dominación del más fuerte "según la ley de la naturaleza" (483e).

Sin embargo, en varios pasajes del diálogo se considera la posibilidad de una buena retórica, completamente diferente de la precedente, que consistiría en "mejorar las almas de los ciudadanos y esforzarse siempre en decir lo mejor", según la cual, lo propio de un orador sería "a la vez ser experto en el arte y bueno" *(tekhnikos te kai agathos)* (503-504)". Parece que hasta entonces no había existido ningún ejemplo de esta clase de orador, a menos que se quiera invocar a Arístides el Justo (526a-b) o a Sócrates mismo (521d), que, empero, son citados desde el punto de vista político más que desde el estrictamente retórico. A final de cuentas, el *Gorgias* prepara una apertura reconociendo la existencia, al menos teórica, de una retórica utilizada para el servicio de la justicia (527c), "la verdadera retórica" (517a).

El *Menexeno,* diálogo contemporáneo del *Gorgias* (escrito hacia el 385 a. C.), aborda por su parte, de manera muy precisa, el género del *epitaphios logos.* Se trata siempre de Atenas, de la retórica y de la política (el joven Menexeno se apresta a dar sus primeros pasos en la vida públi-

ca), pero esta vez Sócrates ha cambiado de táctica; ahora escoge el arma de la burla y del pastiche. La introducción del diálogo contiene una conversación entre el primero y Menexeno, en la que Sócrates alaba la habilidad de los oradores que pronuncian los discursos fúnebres. Todo este pasaje (¡un elogio del elogio!) es irónico, y las palabras elogiosas de Sócrates suenan en realidad como críticas: crítica del engaño inherente a este género de discurso, que ensalza a los difuntos en grupo y cualquiera que haya sido su verdadero valor durante su vida; crítica de la lisonja que consiste en alabar a Atenas frente a los atenienses; crítica de los prestigios del estilo; crítica a las pretensiones de la improvisación, cuando en realidad los oradores disponen de discursos preparados con anterioridad. Sobre esto último, Sócrates se pone él mismo a recitar una oración fúnebre que aprendió, dice, de su maestra de retórica, Aspasia (detalle doblemente sarcástico, porque Aspasia era una mujer y porque era la compañera de Pericles, que por este hecho resulta involucrado). El discurso pronunciado por el filósofo es un pastiche que ilustra los reproches formulados en la introducción del diálogo: insinceridad, lugares comunes, estilo ampuloso, plan mecánico y artificial.

De esta manera, el *Menexeno* completa la crítica del *Gorgias:* después de la elocuencia en los tribunales y en las asambleas, el elogio; después de la reflexión sobre la retórica en sí misma, el examen de un género particular y el estudio atento de su composición; después de la vehemencia y la gravedad, la ironía y la burla. Esto no impide que el ataque desplegado en el *Menexeno* tenga mucha seriedad, en lo que tiene que ver con el propio patriotismo de los atenienses y su celebración de las glorias nacionales. Resulta irónico observar que toda la Antigüedad se haya equivocado al respecto (como sucede con algunos modernos): los lectores griegos y romanos tomaron en serio el *epithaphios* del *Menexeno,* sin ver la ironía, a la vez, sin duda, porque la parodia es relativamente discreta y porque era difícil imaginar un diálogo tan resueltamente iconoclasta.

En el *Banquete* (hacia el 380-375 a. C.), los invitados pronuncian, por turnos, discursos sobre el amor. El hecho de que Platón se refiera a la retórica en un diálogo tan importante y profundo como el *Banquete* es el signo manifiesto de su interés por el tema: el filósofo tiene necesidad de discursos retóricos, como puntos de comparación y de prolegómenos, para pensar el discurso filosófico. Como en el *Menexeno,* el género

abordado aquí es el del elogio, con la diferencia de que se trata de intervenciones en un marco privado y no de discursos oficiales. De nuevo, teoría y práctica aparecen estrechamente asociadas en forma de discursos pronunciados por cada invitado y reflexiones críticas sobre los mismos discursos. El discurso de Agatón, particularmente elaborado, es un remedo de estilo gorgiano que Sócrates alaba irónicamente. En general, se desprende de este conjunto una serie de críticas contra el elogio retórico, que repiten los temas ya encontrados en el *Menexeno:* se denuncia en particular la mala elección de los temas, la ausencia de la verdad, los procedimientos estereotipados, los argumentos formales, el rebuscamiento del estilo. Pero el *Banquete* va más lejos que el *Menexeno,* en cuanto que a las críticas añade consideraciones positivas, que vuelven a definir una suerte de metodología del buen elogio. Es importante sobre todo, dice Sócrates (198-199), conocer el objeto que se quiere elogiar, saber de qué clase es, decir la verdad a propósito de él; las articulaciones del discurso se deducirán de la naturaleza de este objeto, y las palabras vendrán por sí solas, "de manera espontánea". El lector que busca en el *Banquete* ejemplos en concordancia con estos principios podrá encontrarlos en las palabras de Diótima y de Acibíades, que ocupan las dos últimas secciones del diálogo. El discurso de Diótima es, en un sentido, un elogio del amor (212c), y el de Alcibíades, un elogio de Sócrates (215a).

La construcción de la obra sugiere de esta manera (Platón se cuida de no decirlo explícitamente) que estos pasajes, en tanto que discursos filosóficos, son como la versión corregida de los discursos retóricos pronunciados antes y, por tanto, la realización de la "verdadera retórica" vislumbrada en el *Gorgias.* A ello se debe que estos pasajes se asemejen exteriormente a los discursos retóricos, por su tema y su intención manifiesta, a la vez que son radicalmente diferentes en cuanto a su contenido y a su presentación. El *Banquete* da así un paso decisivo en dirección a una retórica filosófica.

La etapa siguiente se cumple en el *Fedro* (hacia el 370 a. C.), otro diálogo particularmente profundo y complejo, en el que se retoman ejemplos de discursos y de reflexiones teóricas, siempre sobre el tema del amor, así como críticas contra las *tekhnai* y los oradores. Lisias e Isócrates son citados por su nombre. La novedad del *Fedro* consiste en que desarrolla una parte positiva, dedicada a las condiciones de posibilidad de un verdadero arte del discurso (269-274). Este cambio de perspecti-

va está simbolizado en el cambio de actitud hacia Pericles que, después de haber sido atacado en el *Gorgias* y ridiculizado en el *Menexeno,* es presentado ahora, al contrario, como un orador valioso (269e-270a, en caso de que el pasaje no sea irónico). Ilimitado en su objeto, el arte del discurso —"si es que existe"— "debe extenderse a todas las formas de la palabra". Tendrá como fin producir la persuasión, al ser una "psicagogía" (*psykhagôgia,* es decir "conducción de almas"). Su criterio esencial es el de la verdad: para hablar bien es necesario conocer la verdad sobre el asunto que se va a tratar y decir esta verdad que no puede ser alcanzada sino por el método dialéctico de la división y la unificación. Por otra parte, puesto que la retórica es "psicagogía", es necesario conocer el alma de los oyentes (lo que implica saber qué es el alma en sí misma). A ello se añaden condiciones accesorias y, sin embargo, muy importantes, como el conocimiento de los diferentes tipos de discursos; la combinación de los dones naturales, del saber y la práctica; la capacidad de discernir el "momento oportuno" *(kairos);* el cuidado por componer el discurso como "un ser viviente", a fin de que presente una unidad y forme un todo orgánico. Si todas estas condiciones se cumplen, entonces el discurso será legítimo. Así se concluye en el *Fedro* el camino que se había comenzado en el *Gorgias*.

Para resumir este recorrido, podemos emplear los términos de desdoblamiento y de "transposición" (A. Diès). Hay un desdoblamiento, en el sentido en que Platón ha hecho del problema de la retórica el problema de *las retóricas,* al trazar una distinción entre la retórica vulgar, por una parte, y la verdadera retórica, por otra. Este desdoblamiento es más que una distinción o una oposición: es una transposición, en la medida en que la verdadera retórica rebasa a la retórica ordinaria y la transporta al dominio de la filosofía. La verdadera retórica tiene poco en común con aquello que se llama ordinariamente retórica. Es, en realidad, ciencia y enseñanza, es el discurso del filósofo. Llevada al límite, en su perfección, ni siquiera es hecha para los hombres sino para los dioses: "No es para hablar y tratar con los hombres que el sabio se tomará todo este trabajo, sino para volverse capaz de un lenguaje agradable a los dioses y de una conducta que les agrade en todo, hasta donde le sea posible" (*Fedro,* 273e). A ello se debe que Platón deje totalmente de lado la retórica vulgar. En la ciudad ideal que describen las *Leyes,* por ejemplo, los discursos ordinarios no tienen lugar. No se

discute, en absoluto, el hecho de que el Estado sea dirigido mediante arengas pronunciadas ante agitadas asambleas. El arte de argumentar está prohibido y es reprimido mediante castigos que llegan incluso a la pena capital (937-938). En cuanto al elogio sólo se tolera la poesía bajo la forma cuidadosamente enmarcada de himnos a los dioses, de poemas que rindan homenaje a los ciudadanos que lo merezcan —poemas sometidos a una rigurosa censura previa—, de cantos fúnebres en honor de los sacerdotes y de epitafios limitados a cuatro versos como máximo (801, 829, 947, 958). Si hay una retórica admisible en las *Leyes* es la de las propias leyes, y en particular de preámbulos de las leyes, que representan el uso justo y reglamentado del discurso. Se está ahí muy lejos de la práctica oratoria ateniense.

Los textos de Platón han influido en toda la historia de la retórica, debido a la autoridad del filósofo, al carácter a la vez fundamental, completo y matizado de su crítica y también en razón del genio literario, e incluso propiamente oratorio, con el que las críticas fueron formuladas. En una primera aproximación se puede pensar que Platón hizo mucho mal a la retórica, al denunciar de manera implacable los peligros que entrañaba y sus debilidades. Es verdad que el *Gorgias* jamás ha dejado de dar armas a quienes desprecian la *tekhnê*. Pero sería inexacto, desde un punto de vista histórico, contentarse con esta observación. Si se toma en consideración la retórica antigua en su conjunto, el fallo que se impone es, mucho más, el de una fecundidad del pensamiento platónico sobre el tema. Fecundidad doble: Platón hizo entender a los filósofos que la retórica les concernía, y por esta razón no hay una sola escuela filosófica en la Antigüedad que no se haya ocupado de la retórica; Platón hizo comprender a los rétores que la filosofía les concernía, y por ello están presentes en el pensamiento de numerosos oradores y en las prescripciones de numerosos tratados de retórica las nociones y los problemas filosóficos. La obra platónica instaura un diálogo entre filosofía y retórica, y este diálogo es una característica fundamental en toda la historia de la retórica antigua.

Intercambios entre filosofía y retórica

La influencia de la filosofía sobre la retórica merece ser subrayada, pues en ocasiones se desconoce. Frecuentemente se aborda la retórica anti-

gua en términos de oposición con la filosofía, lo que es inexacto. Cierto, ningún representante de la retórica fue un gran filósofo. Existieron, en efecto, muchos oradores y teóricos que no se preocuparon mucho de la moral: litigantes taimados, políticos cínicos, sofistas contradictorios, trabajadores eventuales que venden al menudeo los trucos del oficio, conocedores sin conciencia. Pero, en su gran mayoría, los oradores reconocieron que, para persuadir, había que apoyarse en valores más elevados que la situación concreta que se debatía en cada caso; no se ganaba la adhesión del auditorio sin referirse a la justicia, al interés general, a la utilidad superior, al bien. La figura del consejero del pueblo, a la que ya se ha hecho antes referencia, resume en sí misma esa noción de un orador que apela necesariamente a fines superiores. Por consiguiente, la teoría retórica integró valores y conceptos tomados de la filosofía. Esta filosofía de importación, más o menos en concordancia con las opiniones que la colectividad reconocía, a veces sólo en apariencia, no siempre fue del gusto de los filósofos, pero no por ello es menos cierto que fue una fuente de inspiración para la retórica. ¿No se dijo y se repitió durante toda la Antigüedad (erróneamente o con razón) que Demóstenes había sido discípulo de Platón?

Regresemos, para terminar, a dos autores que desempeñaron un papel esencial en el tránsito entre retórica y filosofía: Aristóteles e Isócrates.

Aristóteles, teórico de la retórica, era un filósofo: acta de evidencia que muestra la articulación de las dos disciplinas. De acuerdo con su postura de objetividad, Aristóteles escogió estudiar los medios de persuadir en sí mismos, abstracción hecha del valor científico y moral de las proposiciones sobre las que se basa la persuasión. De ahí proviene una serie de análisis que puede sorprender e incluso escandalizar. Así, Aristóteles cataloga todas las formas de prueba, todos los procedimientos, incluidos los más artificiales. Explica cómo, sobre un mismo asunto, se puede argumentar en dos sentidos opuestos. Por ejemplo, si se quiere ofender a un tiro de mulas, se las llamará "hijas de asnos", mientras que si se quiere alabarlas, se les llamará "hijas de yeguas de pies veloces como la tempestad" (*Retórica,* III, 1405b). Aristóteles indica de nuevo que el orador debe adaptarse al auditorio, incluso a sus debilidades y a sus prejuicios, y colocarse de manera constante en concordancia con el punto de vista de la opinión. Sobre todos estos puntos, Aristóteles da la

impresión de estar jugando un juego a fondo y de dar mayores concesiones a la retórica vulgar. Pero es necesario comprender bien que no se trata sino de un momento de su reflexión sobre la retórica: un momento de amoralidad metódica, requerido por el estudio objetivo de la *tekhnê*.

En lo que respecta al ámbito de los fines, la exigencia moral permanece intacta, como lo subrayan declaraciones expresas: "Lo verdadero y lo justo tienen una fuerza natural más grande que sus contrarios"; "Las proposiciones verdaderas y las proposiciones más morales son por naturaleza más propias del razonamiento silogístico y de la persuasión"; "No se debe persuadir de lo inmoral" (*Retórica,* I, 1355a). Más aún, la retórica, según Aristóteles, no constituye en sí misma un saber sobre los temas de que trata: debe apoyarse, para tratar estos temas, en los saberes que existen fuera de ella, como la ética, la política, la lógica. Por consiguiente son reinsertadas en la retórica nociones filosóficas cruciales, como, por ejemplo, la noción de felicidad, que constituye el tema de las deliberaciones; la lista de virtudes que dicta la tópica del elogio; el estudio de las pasiones y de los caracteres que es ampliamente desarrollado en el libro II, o la teoría del entimema que traslada a la retórica la lógica del silogismo. De esta manera, la *Retórica* de Aristóteles crea una vinculación estrecha entre retórica y filosofía. Se parece a la vez, desde ciertos ángulos, a las *tekhnai* criticadas en el *Fedro* (técnicas de persuasión, partes del discurso) y, desde otros, a la verdadera retórica esbozada en ese mismo diálogo (relaciones con la dialéctica, tipología de los discursos, papel de la psicología). Aristóteles abre un camino original que tiende a conciliar la "neutralidad axiológica" (P. Aubenque) de la técnica y las exigencias filosóficas. Muchos lo seguirán en esta dirección.

La misma preocupación por conciliar, pero por un camino diferente, se encuentra en Isócrates (quien, según la tradición, habría tratado a Sócrates). Mientras que Aristóteles era un filósofo que recuperaba la retórica, Isócrates es un orador y profesor de retórica que recuperó la filosofía. Se arrogó este término para designar su propia actividad, durante toda su vida, mediante la palabra *philosophia,* de la cual no ignoraba evidentemente la carga conceptual y simbólica, pues, para él, la elocuencia era inseparable de la inteligencia y de la virtud. "Hacemos de la palabra precisa el testimonio más seguro del pensamiento justo; una palabra verdadera, de conformidad con la ley y la justicia, es la imagen de un alma sana y leal" (*Nicocles,* 7 = *Sobre el cambio de fortunas,* 255).

De hecho, las ideas de Isócrates no son sostenidas por un verdadero sistema filosófico. Son, sobre todo, intuiciones de moral social. En el número de estas instituciones figuran la certidumbre de que el bien está ligado al éxito, porque aquel que es justo y hace discursos justos, es reconocido y tiene éxito "la mayoría de la veces", o incluso el sentimiento de que la ciencia está fuera del alcance, que domina la opinión, que no hay nada absoluto.

Apoyado en tales convicciones, Isócrates reflexionó sobre la noción de *logos,* reflexión expresada en unas célebres páginas (*Panegírico,* 47-49; *Nicocles,* 5-9 = *Sobre el cambio de fortunas,* 253-257). La palabra *logos,* en griego, significa a la vez "palabra" y "razón". Para Isócrates esta ambivalencia no es una ambigüedad. Indica que el lenguaje pone en juego el pensamiento. Partiendo de esta constatación, Isócrates hace el elogio del *logos,* subrayando que es un don de los dioses, que distingue al hombre del animal y que permite la vida en sociedad. Sobre el *logos* reposan la civilización y la vida política (deliberaciones, leyes, artes, invenciones), la justicia y la moral, la educación, el conocimiento y la reflexión. Adoptando una postura de alguna forma realista frente a la retórica, Isócrates afirma, en suma, que la sociedad humana no puede privarse de la palabra y que debe, por el contrario, sacar provecho de esa oportunidad de la que dispone.

Pero aprovechar no quiere decir, en absoluto, abusar. Al contrario, hay que hacer buen uso del *logos*. Para Isócrates esto significa predicar una retórica preocupada por la verdad y la moral. Toda su enseñanza, ya se ha visto, reposaba sobre este principio, y toda su carrera estuvo marcada por una insistencia en este sentido. La primer etapa se caracterizó por el repudio de los discursos paradójicos y de la retórica judicial, en beneficio de los discursos de interés general (cf. *Elogio de Helena,* 1-3; *Contra los sofistas,* 19-20; *Panegírico,* 188-189); el segundo momento, en una insistencia creciente en la cuestion de la utilidad del discurso, hasta el punto de que el orador tomó, al final de la vida, una cierta distancia incluso frente a la elocuencia de aparato, al elogio y al rebuscamiento de estilo, en beneficio del puro consejo (*Filipo,* 12-13, 27-28; *Panatenaico,* 1-4).

La concepción isocrática de una elocuencia "filosófica" sentó las bases del humanismo, de la cultura oratoria y literaria, y ha ejercido una profunda influencia en la historia de la educación en Occidente.

Cuando se extingue el siglo IV a. C., la retórica aparece muy diferente de lo que había sido cien años antes. Atenas, ciudad gigante en com-

paración con el resto de las ciudades de la época, era de todas formas un pequeño mundo, donde las ideas se encontraban y se mezclaban como en un crisol. También la retórica se desarrolló con una gran rapidez, mediante contactos e intercambios constantes entre las personas, las instituciones, las doctrinas y los problemas. Los elementos establecidos en la Atenas clásica —ese lugar y ese tiempo circunscritos— no serán olvidados jamás. Constituyen, por su fuerza y su complejidad, una base para la historia ulterior de la retórica.

CAPÍTULO IV
LA GLOBALIZACIÓN HELENÍSTICA

El periodo que va de la muerte de Alejandro a la instauración del poder de Augusto (323-27 a. C.) difiere radicalmente del periodo que lo precede. Después de la relativa brevedad del clasicismo griego, se tiende un puente de tres siglos, fértil en actualizaciones, que ve la creación de las grandes monarquías helenísticas y luego la conquista de la cuenca mediterránea por Roma. Después de una fase de relativa concentración geográfica, el helenismo se difunde por todo el mundo antiguo, y entra en contacto con otras civilizaciones. Los Estados se encuentran, los Estados se enfrentan, y en particular el mundo griego se encuentra con Roma. Todas estas conmociones tuvieron repercusiones políticas, sociales, económicas, intelectuales, religiosas, que afectaron, entre otras cosas, a la retórica. Al cambiar de ámbito temporal y espacial, la retórica experimentó la prueba de la mundialización. Debió adaptarse a las crisis en un mundo en expansión y constante mutación.

Así, este periodo fue muy rico, al contrario de lo que se cree —un error que se debe a lagunas en la información. Ningún discurso de ningún orador griego se transmitió de manera directa entre los siglos IV a. C. y I d. C. Casi todos los tratados teóricos anteriores al siglo I a. C. desaparecieron, eclipsados por sus sucesores que los utilizaron y que, por este hecho, los reemplazaron. En consecuencia, la investigación sobre la retórica griega debe recurrir, en este caso más que en ningún otro, a todas las fuentes disponibles, incluyendo las fuentes latinas, los fragmentos y los testimonios indirectos, y los documentos epigráficos y papirológicos. De este modo, la reconstrucción permite apreciar avances apasionantes. Estos avances pueden resumirse en la palabra hoy en boga de *globalización*.

Entendamos por ésta la expansión de la retórica al ámbito, si no del mundo entero, por lo menos del mundo griego y romano, la elaboración progresiva de un sistema global de la retórica que integra aspectos

técnicos nuevos y la definición de perspectivas globales, por la confrontación entre la retórica y la filosofía.

Los avances de la técnica retórica

En el campo de la teoría, era el momento del desbroce de nuevos territorios y de la articulación de los saberes. Los técnicos, al explorar nuevos sectores apenas vislumbrados en la época clásica, introdujeron en la época helenística innovaciones relativas al estilo, la argumentación y la acción oratoria, y pusieron en red esas innovaciones. La constitución de la retórica en sistema es la gran creación de la época helenística.

El estilo

El "estilo" o la "expresión" se dice en griego *lexis, phrasis* o *hermêneia;* en latín *dictio* o *elocutio*. Las investigaciones en este terreno se vinculan al nombre de Teofrasto (*ca.* 370-285 a. C.), que fue alumno de Aristóteles y su sucesor en la dirección del Liceo. Se muestra que, a pesar de respetar la autoridad de su maestro, no temía estar en desacuerdo con él (Quintiliano, *Institución oratoria,* III 8, 62). Entre las numerosas obras compuestas por Teofrasto, una veintena de títulos, todos perdidos en la actualidad, tenían que ver con la retórica. Uno de los más citados es el tratado *Acerca del estilo (Peri lexeôs)*.

Según el testimonio de Cicerón (*Orador,* 79), Teofrasto había establecido cuatro cualidades del estilo: la corrección, la claridad, la propiedad y la ornamentación. Esta cuatripartición ampliaba el número que figuraba en el libro III de la *Retórica* de Aristóteles, y fue retomada por teóricos posteriores, como Cicerón (*Acerca del orador,* III, 37 ss.) o Quintiliano (*Institución oratoria,* I, 5, 1; VIII, 1-3; XI, 1). Los cuatro títulos de la lista se designaban generalmente con el nombre de *virtudes* (en griego *aretai;* en latín *uirtutes*). La constitución de una lista como ésa tenía como propósito definir criterios objetivos, un resumen de condiciones que debían cumplirse para alcanzar la excelencia estilística. Si examinamos la naturaleza de estas condiciones, constataremos que se trataba sobre todo de defender un uso razonable y moderado de los medios estilísticos: la ornamentación era admitida e incluso se requería, pero sólo a

condición de que no perjudicara a las demás cualidades (corrección, claridad, propiedad), que le servían de parapeto. Así, la lista de virtudes del estilo tenía como función principal trazar una vía intermedia entre el desprecio por la forma y el abuso del rebuscamiento, en conformidad con la concepción peripatética de la virtud como mediación *(mesotês),* es decir, como la realización de la excelencia alejada por igual del exceso y del defecto. Por ello mismo, Teofrasto se oponía a los sofistas. No debe sorprender que reprochara que se recurriera a las antítesis, a los miembros uniformes y a los paralelismos (Dionisio de Halicarnaso, *Lisias,* 14, 2-4). Se observa también que la propiedad —que es la tercera de las virtudes— consistía, en la estilística peripatética, en "decir con sencillez las cosas pequeñas y las grandes con grandeza" (Demetrio, *Acerca del estilo,* 120), lo cual es exactamente lo contrario a la pretensión sofística de engrandecer lo pequeño y empequeñecer lo grande.

De forma paralela a la lista de las virtudes del estilo, se desarrolló una lista aún más importante: la de los *géneros de estilo* (en griego *kharaktêres tou logou;* en latín *genera dicendi*), que ya mencionamos de manera general a propósito de la retórica de Homero (capítulo I). Esta lista aparece por primera vez en la *Retórica a Herenio* (IV, 11 y ss.), tratado latino del siglo I a. C., que lo toma sin duda de fuentes griegas anteriores. Se discute si Teofrasto la conoció. Adoptada por Cicerón (*Acerca del orador,* III, 177, 199, 212; *Orador,* 20-21, 75 y ss.), examinada por Quintiliano (*Institución oratoria,* XII, 10, 58-72), esa lista gozó de gran fortuna durante la Edad Media latina. Se distinguen en ella tres géneros principales, cada uno de éstos puede a su vez subdividirse: el estilo grande o grave, el estilo medio y el estilo simple o tenue. El espíritu de esta lista es, pues, distinto del de la lista de las virtudes. No se trata de cualidades que deben estar presentes juntas, sino de opciones de entre las cuales es legítimo escoger: cada uno de los tres géneros tiene su propio mérito, sus modelos y sus recomendaciones de empleo (aquí la interpretación peripatética, que consistiría en privilegiar el estilo medio, está fuera de lugar, puesto que el estilo grave y el estilo simple son posibilidades de igual valor que el estilo medio, y no defectos). La teoría de los géneros del estilo va más allá de una enumeración única de principios normativos y reconoce, en suma, que existen diversas maneras de escribir bien. También los teóricos defienden a menudo un uso alternativo de los tres géneros, siendo el orador completo el que sabe

utilizar a voluntad toda la "gama de estilos" (Dionisio de Halicarnaso, *Demóstenes,* 2, 4) en función del efecto buscado.

El tratado *Del estilo* de Demetrio presenta un sistema un poco diferente, que incluye cuatro géneros, tres de los cuales corresponden en gran medida a la tríada precedente (grande, "elegante" *glaphyros,* simple) y el cuarto es el género "vehemente" *(deinos),* que se caracteriza por el vigor, la concentración, la espontaneidad, los contrastes, y que está ejemplificado por Demóstenes y por Demades. Esta adición original no es el único interés de una obra misteriosa e importante. Misteriosa, porque no conocemos ni a su autor ni su época; los manuscritos la atribuyen al filósofo y hombre de Estado ateniense Demetrio de Falero (350-283 a. C. aproximadamente), pero es probable que se deba a un Demetrio más tardío, verosímilmente de época helenística. Importante, porque si esta datación es correcta, constituye, junto con las obras de Filodemo, el único tratado griego conservado de época helenística, y porque aborda numerosos temas, que no se limitan sólo al terreno de la expresión.

El estudio del estilo implica un estudio de los medios del estilo, es decir, de los diferentes elementos cuya agrupación constituye el estilo en su conjunto, y que contribuye, cada uno por su parte, a su calidad global. Teofrasto, a decir de Dionisio de Halicarnaso (*Isócrates,* 3, 1), distinguía, a este respecto, tres medios o ámbitos: "la elección de las palabras, el ajustamiento entre ellas y las figuras que les corresponden". El primer punto implica una reflexión sobre el vocabulario, en los confines de la lingüística y de la literatura. El segundo tiene que ver con el arreglo de las palabras en la frase, con los efectos de estructura, de sonoridad y de ritmo que manan de ellas. En cuanto al tercero (cualquiera que sea la exactitud con la que Dionisio registra el pensamiento y las palabras de Teofrasto), aborda otro aspecto importante de la estilística helenística.

En la época helenística, en efecto, se constituyó la teoría de los tropos y de las figuras. La práctica era evidentemente muy antigua, y en el campo de la oratoria la obra de Gorgias sirvió para ilustrarla. Algunos procedimientos particulares habían sido aislados y descritos desde la época clásica; el ejemplo más célebre lo ofrecieron los textos de Aristóteles sobre la metáfora (*Retórica,* III, 2-4 y 10; *Poética,* 21). Luego de estos esbozos, y bajo la influencia de las investigaciones gramaticales estoicas, los conceptos adquirieron mayor precisión y se constituyeron algunas listas. De manera fundamental, la teoría de las figuras se basa en

las nociones de expansión y de efecto: los procedimientos catalogados se definen como cambios o desviaciones en relación con el uso "natural" del lenguaje (lo que supone una teoría sobre la naturaleza del lenguaje), y en esas desviaciones se quiere reconocer una expresividad particular.

Se distinguió entre tropo *(tropos)* y figura *(skhêma):* estas dos palabras, bastante vagas en el lenguaje corriente (*tropos,* "vuelta", "manera de decir"; *skhêma,* "forma", "actitud", "construcción"), se especializaron para designar, una, un efecto sobre una palabra aislada; la otra, un efecto sobre varias palabras en conjunto. La noción de tropo se aplicó con menor extensión que la de figura, y en ciertos tratados quedó ausente o no se diferenció de manera explícita. Las figuras a su vez fueron subdivididas en "figuras de pensamiento" *(skhêmata dianoias)* y "figuras de elocución" *(skhêmata lexeôs):* en el primer caso, la figura tiene que ver con el contenido y subsiste si se dice lo mismo con otras palabras; en el segundo caso, la figura está ligada a la materialidad misma de las palabras empleadas. Lo anterior se puede ilustrar con los siguientes ejemplos tomados de la *Retórica a Herenio:*

- La metonimia, que utiliza una palabra vecina de la palabra propia, es un tropo: "Ceres" por "la mies"; "lanzas sarisas" por "los macedonios".
- La prosopopeya, que hace hablar a un ausente o a un concepto abstracto, es una figura de pensamiento: "si nuestra ciudad que jamás conoció la derrota, hablara ahora, no se expresaría así: 'yo que estoy provista de tantos trofeos...'".
- La anáfora, que repite la misma palabra al comienzo de proposiciones sucesivas, es una figura de la elocución: "es a vosotros a quienes se debe atribuir el mérito de esta acción, es a vosotros a quienes se debe testimoniar el reconocimiento, es a vosotros a quienes esta acción dará la gloria".

En la época de Cicerón, la doctrina estaba completamente constituida, aunque permanecía aún presentada como griega (*Bruto,* 69):

> Lo que ornamenta el discurso, según los griegos, es el empleo de cambios de palabras, que ellos llaman "tropos" *(tropous)* y de formas de pensamiento y de discurso, que ellos designan bajo el nombre de "figuras" *(skhêmata).*

Las figuras desempeñan un papel muy importante en Demetrio, en la medida en que, para este teórico, sirven para entender mejor los

géneros del estilo. Otros griegos se habían interesado en el tema, como Ateneo (siglo II a. C.) o Apolonio Molón (siglo I a. C.), autores de definiciones de *skhemata*. En la actualidad, la teoría de los tropos y de las figuras nos es conocida gracias al tratado *Acerca de los tropos,* atribuido al gramático Trifón (siglo I d. C., en Spengel, *Rhetores Graeci,* III, pp. 191-206) y por las fuentes latinas: el libro IV de la *Retórica a Herenio,* las obras de Cicerón (*Acerca del orador,* III, y *El orador*), y el tratado *De las figuras de pensamiento y de elocución,* de Rutilio Lupus (siglo I d. C.); esta última obra es de hecho una traducción parcial de un tratado griego de Gorgias el Joven, rétor del siglo I a. C. Fue en Atenas el maestro del hijo de Cicerón. Todos estos textos ofrecen listas que no agotan el tema, pues las distinciones nunca cesaron de ser discutidas y afinadas, buscando cada teórico enriquecer y arreglar de mejor manera su herbario: "Las figuras de palabra y pensamiento son casi innumerables" (Cicerón, *Del orador,* III, 201). Este asunto representa un progreso considerable hacia una mejor comprensión de la literatura y del lenguaje en general.

De esta forma, muchos fueron los avances helenísticos en el terreno del estilo. Será necesario mencionar aún las investigaciones de Teofrasto sobre los ritmos de la prosa o las de Demetrio sobre las especies de "frases" (periodos) y de "miembros de la frase" *(kôla)*. A lo largo de las listas y los sistemas que se articulan unos sobre otros, entra en escena la concepción propia del estilo, gracias a la retórica. Entre las características originales de esta concepción, nos daremos cuenta de que ella privilegia el estilo de la prosa, que está ligada a una reflexión gramatical y lingüística, que presenta aspectos de crítica literaria a través de la observación del estilo de los autores y en fin, que se refiere a valores: virtudes, géneros reconocidos, listas de efectos catalogados. Esta última característica apunta ciertamente a las influencias filosóficas que se ejercieron sobre la retórica. De lo anterior se desprende que el acto de escribir no es concebido como la expresión de una idiosincrasia, sino referido a normas y modelos. Incluso si buscamos la personalidad de un autor a través de su estilo, esta personalidad se juzga con la medida de valores que sobrepasan al individuo. De esta manera, se puso en juego una aproximación racional y normativa que fue la aproximación dominante a lo largo de toda la Antigüedad.

La argumentación

El segundo sector en el que se desarrolló la investigación retórica griega de la época helenística, después del estilo, es el de la argumentación. Su principal exponente es Hermágoras (siglo II a. C.), nativo de Temnos, en Asia menor, quien desarrolló un sistema bastante inteligente y útil para el análisis de las causas judiciales. La mayoría de los asuntos, según Hermágoras, se reducen a una "cuestión racional" *(logikon zêtêma),* es decir, que reposa en razonamientos. Para emprender el análisis de esta cuestión, se determina "el estado de causa" *(stasis)* en función del siguiente cuadro:

1. Estado de "conjetura" *(stokhasmos).* Esta *stasis* se aplica a los casos donde hay incertidumbre sobre la realidad del hecho. Ejemplo: un hombre es sorprendido al lado de un cadáver y es acusado de homicidio; la discusión trata sobre el punto de saber si el acusado lo asesinó.
2. Estado de "definición" *(horos).* Si la realización del acto queda establecida, falta saber de qué manera definirlo desde el punto de vista jurídico. Ejemplo: una vez admitido que el acusado lo asesinó, ¿se trata de un homicidio imprudente, voluntario o de una muerte con premeditación?
3. Estado de cualidad "accidental" *(kata symbebêkos).* Una vez definido el acto, se cuestiona sobre la manera de calificarlo, de apreciar las circunstancias, el resultado o las responsabilidades. Ejemplo: un asesinato puede ser considerado justificado, oportuno u honorable (es el caso del tiranicida, del asesinato cometido por una orden superior, etc.). Este estado es el más complejo y se subdivide.
4. Estado de "transferencia" *(metalêpsis).* Es el caso en el que la competencia de la corte se puede discutir y donde se plantea la pregunta de si el juicio debe ser transferido a otra instancia.

Otra forma de cuestión era la "cuestión legal" *(nomikon zêtêma),* que se da cuando la discusión se refiere a las leyes aplicables al juicio. No sabemos si Hermágoras empleaba la noción de *stasis* en este sentido (otros lo hicieron). Los casos que pueden entonces presentarse son: "lo dicho y la excepción" (*kata rhêton kai hypexairesin:* oposición entre la letra y el espíritu de la ley); el "conflicto" entre dos leyes *(antinomia);* la "ambigüedad" *(amphibolia)* de la ley, y el "silogismo": (*syllogismos:* aplicación al asunto, por asimilación, de una ley que no se

relaciona directamente con él, por la falta de un texto relativo específicamente al caso en cuestión).

Por último estaba prevista la categoría de las causas "sin estado" *(asystata),* es decir, casos que de hecho es imposible presentar en un pleito, ya sea porque las pruebas a disposición son insuficientes, sea porque una de las dos partes tiene demasiado claro y totalmente todas la posibilidades de vencer a la otra, sea porque el asunto es demasiado difícil u oscuro para ser dilucidado, o bien incluso porque hay una identidad completa entre las posiciones de ambas partes.

Ejemplo: dos hombres eran vecinos y ambos tenían esposas hermosas; una noche se cruzan al salir cada uno de la casa del otro; se acusan mutuamente de adulterio. Un asunto paralelo, según Hermágoras, en el caso de que se presentara, no ofrece ningún asidero a la razón, pues todos los argumentos que el quejoso usara contra su adversario se volverían de inmediato en su contra, puesto que las dos partes se encuentran, hipotéticamente, en una situación exactamente igual la una con la otra.

Tal es, a grandes rasgos, el sistema de Hermágoras de los estados de causa, tal como lo podemos reconstruir a partir de fuentes posteriores (no sin ciertas incertidumbres, sobre todo porque Hermágoras tuvo algunos homónimos, teóricos de la retórica como él mismo). Aunque los discursos deliberativos y epidícticos pudieran ser incluidos en el cuadro (en el nivel de la tercera *stasis*), el conjunto del sistema se refería principalmente a los discursos judiciales. Con toda probabilidad, Hermágoras no fue el inventor propiamente dicho de las *staseis* (ni del término técnico *stasis,* que pudo ser empleado antes de él; ni de la noción, que comenzó a emplearse desde que la elocuencia judicial ática reconoció la necesidad, para toda parte en un juicio, de escoger una línea de argumentación). Sin embargo, cualesquiera que hayan sido sus predecesores, sus antecesores quizá y sus rivales (especialmente Ateneo, antes citado, o Arquedemo), Hermágoras tuvo el gran mérito de construir un sistema que gozó de gran éxito y que influyó en sus contemporáneos y en la posteridad. La reflexión sobre la argumentación judicial descansó en el marco de este sistema, que fue retomado, discutido, modificado de manera permanente, hasta el punto de que dos siglos y medio después de Hermágoras, Quintiliano habría erigido toda una doxografía al respecto (*Institución oratoria,* III, 6). Ello se debió a que el sistema de las *staseis* era de una utilidad evidente para los estudiantes (en el marco de

la declamación), para las partes en el juicio y para los abogados. Ayudado por una presentación pedagógica (se habrá notado, por ejemplo, que Hermágoras puso tanto cuidado en la simetría que llegó a prever cuatro grandes subdivisiones en cada caso), ofrecía listas de cuestiones previas que permitían escoger en el momento oportuno la mejor línea de argumentación.

La "acción" y la memoria

El tercer y último gran sector de la teoría fue el de la pronunciación y el de la memorización del discurso. Aristóteles había señalado que la "acción" era la parte de la retórica que "tiene la mayor eficacia y de la que nunca antes hemos abordado su estudio" (*Retórica,* III, 1403b21-22). Teofrasto intentó llenar esta laguna al escribir un tratado *Sobre la acción* (*Peri hypokriseôs:* en efecto es probable, aunque se ha discutido mucho, que esta obra tratara sobre la acción retórica). Ateneo también se había ocupado del tema. Era un nuevo campo que se ofrecía a la *tekhnê*. Estas investigaciones desembocaron en las exposiciones de *la Retórica a Herenio* (III, 19-27) y de Cicerón (*Acerca del orador,* III, 213-227; *El orador,* 55-60), que estudia en detalle los tonos de la voz, los movimientos del cuerpo y los juegos de la fisonomía mediante los cuales el orador comunica las emociones de su alma.

La memoria, por su parte, era un tema de importancia, puesto que el método más difundido y el más recomendado para pronunciar un discurso era el recitarlo de memoria. Se asumía que la nemotecnia había sido inventada por el poeta Simónides (siglo VI-V a. C) y había sido estudiada por los sofistas (Hipias, testim. A 5a, 11, 12, ed. Diels-Kranz; *Discursos dobles,* 9). Los griegos de época helenística profundizaron sobre ese asunto; se citan a este respecto los nombres de Carmadas y de Metrodoro de Escepsis (siglo II-I a. C.; cf. *Retórica a Herenio,* III, 38, y Cicerón, *Acerca del orador,* II, 360). La teoría que examinan a fondo nos es conocida, una vez más, por las fuentes latinas. El primer texto conservado sobre el arte de la memoria es el de la *Retórica a Herenio* (III, 28-40).

Descubrimos en este texto un sutil sistema fundado en las nociones de "lugares" *(loci)* y de "imágenes" *(imagines)*. Para memorizar un discurso, se debían representar primero ciertos lugares, diferentes los unos de los otros, y ordenarlos en una secuencia determinada (por ejemplo, las

partes de una casa, los compartimentos de los signos del zodiaco o sitios numerados). Luego se formaban mentalmente imágenes que evocaban, por asociación directa o indirecta de ideas, los puntos que se querían memorizar. Por ejemplo, en un juicio de envenenamiento, para acordarse de la víctima, se le representaba, a ella o a cualquiera que pudiera evocarla, acostada en su lecho; para acordarse del acusado, se lo imaginaba de pie junto a la cama, sosteniendo un cuchillo; para acordarse de la herencia, móvil del envenenamiento, se colocaban en la mano del acusado tablillas, y para acordarse de los testigos se le ponían en el dedo anular unos testículos de carnero. La palabra *testiculus* ("testículo") evocaba la palabra *testis* ("testigo") y el mismo material que servía para fabricar bolsas de piel, que hacían alusión al dinero por medio del cual los testigos habían sido comprados. Cada una de estas imágenes se ordenaba mentalmente en el lugar apropiado que correspondía a su lugar en el discurso. Finalmente, otras imágenes servían para recordar las propias palabras que debían ser utilizadas (por ejemplo, la imagen de *Domitius* para la expresión *domum itionem,* "el regreso a casa", que se pronunciaba *dom' itionem*); cada una era colocada a su vez en el lugar conveniente.

A primera vista, este sistema parece extremadamente complicado (los propios antiguos criticaron en ocasiones el abuso en este campo de procedimientos complejos). Podríamos tener la impresión, como a menudo sucede cuando se trata de mnemotecnia, que los procedimientos eran más difíciles de memorizar que aquello que se suponía debían ayudar a recordar al orador. Pero los testimonios son precisos: este sistema se usaba, y funcionaba. Era una cuestión de hábito y entrenamiento, muy seguramente. La memoria se cultiva y necesita un método. Cuando se unía a una sólida capacidad natural, el método antiguo de memoria artificial podía dar resultados prodigiosos, y algunos oradores eran capaces de retener de inmediato, paso a paso, el discurso que estaban redactando y guardarlo indefinidamente en la memoria (Séneca el Rétor, *Controversias,* I, prefacio, 17-18), o incluso repetir, palabra por palabra, un discurso que habían preparado mentalmente sin escribir nada (Quintiliano, *Institución oratoria,* X, 6, 4). Más allá de su utilidad práctica, el sistema nemotécnico de los antiguos presupone también una reflexión, a la vez poética y filosófica, sobre la naturaleza misma de la memoria, y da su justo valor al papel de las imágenes y la especialización en los procesos cognitivos.

No podemos terminar con la teoría helenística sin antes mencionar dos cuestiones importantes, que debemos a Demetrio. La primera tiene que ver con la teoría de la carta (o epistolografía). Hasta el final de la Antigüedad, este problema casi siempre quedó al margen de la teoría retórica propiamente dicha; en el tratado de Demetrio, que ofrece el primer texto conservado sobre la materia, el tema es abordado en forma de *excursus,* al tratar del estilo simple (§ 223-235). Demetrio se esfuerza por definir una especificidad del estilo epistolar, que él considera entre las especies de la carta familiar y que supone, a su parecer, libertad, gracia, ausencia de pompa o de afanes didácticos, extensión moderada, y, sobre todo, amistad, adaptación al destinatario y presencia del autor en su texto, "pues es casi la imagen de su alma la que cada uno traza en una carta".

Por el contrario, la segunda cuestión es radicalmente diferente, puesto que se trata de un método de disimulación, que viene como apéndice del estudio del estilo vehemente (§ 287-298). Este método se llama "discurso figurado" *(eskhêmatismenos logos),* designación forjada a partir de la palabra *skhêma* que, en este uso, no significa "figura de estilo", sino "forma" dada al discurso. Este sentido del término *skhêma* se remonta a Zoilo (siglo IV a. C.), pero para nosotros Demetrio es el primero en explicitar este procedimiento. Se trata de torcer el discurso para hacerse entender a medias cuando la expresión directa corre el riesgo de ser inconveniente o peligrosa para el que habla. La situación que Demetrio tiene presente es la de los consejos o reproches que se quieren sugerir sin formularse de manera explícita, a fin de no parecer mezquino o —sobre todo— a fin de no incurrir en el castigo de insolencia. Por ejemplo, si hay que reprochar a un soberano por sus faltas, el discurso figurado consistirá, en lugar de hablar abiertamente, en reprender a otros personajes que cometieron faltas semejantes, o en alabar a quienes actuaron de manera opuesta. Delante de Dionisio el Tirano, criticaremos la crueldad de Falaris, o alabaremos la amabilidad de Gelón. "El carácter de todo hombre en el poder requiere, en la mayor medida, ese lenguaje prudente que se llama estilo figurado". Tomando sus ejemplos de la época clásica, Demetrio evoca las relaciones de Platón con Dionisio o las de Demóstenes con el pueblo ateniense. Pero no cabe duda de que la utilidad del discurso figurado era enorme también en la época helenística, ante la asamblea, los monarcas o los gobernadores de las provincias.

La retórica a prueba de las filosofías

Muchos de los teóricos arriba mencionados eran filósofos o estaban marcados por la filosofía. La época helenística se caracteriza, en efecto, por continuos contactos entre retórica y filosofía (sobre la filosofía de la época véase Lévy, 1997). Estos contactos fueron complejos: con respecto a la retórica, es imposible agrupar la actitud de cada escuela filosófica en una sola definición, porque las escuelas evolucionaron; porque los escolarcas (jefes de escuela) sucesivos multiplicaron las corrientes doctrinales, y porque la cuestión de la retórica no admite generalmente, de parte de los filósofos, sino respuestas críticas y cargadas de segundas intenciones, como: "Sí, si…", o "No, salvo que…".

La manzana de la discordia era sobre todo la cuestión de saber si la retórica merecía el nombre de *arte,* lo que muchos filósofos negaban. A esto se agregaban discusiones sobre la utilidad de la retórica en contraposición con la política y sobre los riesgos del engaño y la inmoralidad inherentes al arte de la palabra. El recuerdo de la condena platónica estaba aún vivo. Por otra parte, al conflicto conceptual se agregó una competencia ordinaria entre dos disciplinas que rivalizaban por convertirse en la principal materia de educación, y entre maestros que rivalizaban por los alumnos —alumnos griegos y más tarde romanos. Un cuadro notable de semejantes riñas lo describe Marco Antonio (en Cicerón, *Acerca del orador,* I, 82-93) quien registra una conversación en la que él tomó parte en Atenas en 103 a. C. y en la que también participaron el estoico Mnesarco, el académico Carmadas y el orador Menedemo: los dos primeros negaban todo valor a la retórica y afirmaban que para ser orador era necesario y suficiente ser filósofo, mientras que, al contrario, el tercero se consideraba como depositario de una ciencia especial y distinta de la filosofía.

De esta forma la filosofía era llevada a distinguirse de la retórica o a enfrentarse a ella; en todo caso, eran muy pocos los filósofos indiferentes a esa cuestión. Por esta razón, en relación con el juego cambiante de los antagonismos y de las reivindicaciones, hubo en todas las escuelas pensadores que reflexionaron sobre la retórica y que buscaron integrarla, de una manera u otra, en su visión filosófica del mundo.

Algunos peripatéticos realizaron investigaciones, como hemos visto, siguiendo la dirección flexible y realista que Aristóteles había inau-

gurado. En cuanto a los estoicos, ellos abordaron el asunto con mayor rigor, considerando a la elocuencia como una virtud y afirmando en consecuencia que era propio del sabio ser un orador completo. En su sistema, la retórica se funda en lo verdadero y no en lo probable. Ésta y la dialéctica forman parte de la "lógica" (ciencia del discurso humano): la dialéctica, la más importante de ambas, es la ciencia del diálogo mediante preguntas y respuestas; la retórica, la ciencia del discurso continuo. A fin de expresar la diferencia y al mismo tiempo la relación entre las dos artes, Zenón, el fundador de la escuela estoica (siglos IV-III a. C.), se valía de una imagen célebre: cerraba el puño para simbolizar la dialéctica, y abría la palma de la mano y extendía ampliamente los dedos para simbolizar la retórica, manifestando de esa manera que las dos ciencias se distinguían una de la otra por el grado de tensión y de concisión. Lo que no significaba, sin embargo, que los estoicos fueran partidarios de un discurso abundante; por el contrario, ellos aconsejaban y practicaban un estilo agudo, puntilloso, incluso oscuro o espinoso, como muchas veces subrayó Cicerón, que no lo apreciaba del todo, y habían añadido la "brevedad" *(syntomia)* a la lista de las cuatro virtudes del estilo. Cleantes y Crisipo, escolarcas de la Stoa (siglos IV-III a. C.), escribieron cada uno un arte retórico. El estoicismo medio, con Panecio y su discípulo Posidonio (siglos II-I a. C.), marcó una profundización y una flexibilidad en las concepciones de la escuela. En cuanto a la Academia, sus posiciones evolucionaron en el sentido de una rehabilitación de la retórica en la época de Filón de Larisa (siglos I-II a. C.), pues fue el maestro de Cicerón, y enseñaba, a horas distintas, la retórica y la filosofía (*Tusculanas,* II, 9).

Otro filósofo de importancia es Filodemo (110-40 a. C. aproximadamente), quien nació en Gádara, Palestina. Estudió en Atenas y después se estableció en Italia, donde tuvo por protector a Lucio Calpurnio Pisón, suegro de César, y donde frecuentó a Cicerón y a Virgilio. Existía en Herculano, cerca de Nápoles, una magnífica villa perteneciente con toda probabilidad a Pisón, que era la sede de un cenáculo epicúreo, en torno a Filodemo, y que se conservó milagrosamente gracias a que fue recubierta por la lava durante la erupción del Vesubio que sepultó Pompeya y Herculano en 79 d. C. Las excavaciones, comenzadas en el siglo XVIII e inconclusas hasta el día de hoy, sacaron a la luz en ese lugar, que se denomina Villa de los Papiros, una gran cantidad de rollos carboni-

zados que se han podido desenrollar y descifrar con grandes esfuerzos; en ellos figuran en particular las obras de Filodemo, que no habían sido transmitidas a la posteridad por otros medios. Los rollos muestran un espíritu de múltiples intereses: Filodemo había escrito sobre diversos temas filosóficos, pero se interesaba también por la política (tratados *Sobre el buen rey de acuerdo a Homero* y *Sobre la libertad de palabra [parrhêsia],* que tenían implicaciones en la época de César), por la poesía (siendo él mismo poeta), por la música y, en fin, por la retórica. Podemos leer de su autoría una extensa obra intitulada *Sobre la retórica (Peri rhêtorikês),* precedida de un pequeño tratado más antiguo *(Hypomnêmatikon)* sobre el mismo tema.

El *Peri rhêtorikês* de Filodemo no es un tratado sistemático, sino una obra polémica, dirigida contra las pretensiones de los rétores y contra las concepciones erróneas de filósofos pertenecientes a distintas escuelas. De acuerdo con la doctrina epicúrea, Filodemo se muestra fundamentalmente hostil a la retórica. No quiere ver en la retórica judicial y deliberativa sino un hábito que no merece el nombre de arte y estima que el verdadero hombre político no tiene necesidad de la elocuencia. Sin embargo, en el libro II, hace una excepción con la retórica "sofística", campo extenso que abarca las composiciones escritas en estilo depurado —es decir, los discursos epidícticos (elogios y reproches) y los discursos de escuela—, la que fue enseñada, según él, por Isócrates. A esta forma de retórica le reconoce el estatuto de arte, porque reposa sobre un saber y sobre reglas, y asegura que Epicuro mismo la juzgaba de la misma manera —lo que otros epicúreos rechazaban (de estas afirmaciones se deduce que la retórica era objeto de discusiones entre algunos de los discípulos del Jardín).

Filodemo, ese hombre "bastante cultivado" *(perpolitus)* en todos los campos de la actividad intelectual (Cicerón, *Contra L. Pisón,* 70), reconoció entonces una dimensión estética del arte de la palabra. Sin embargo, esta posición acogedora permanecía cuidadosamente circunscrita, pues la retórica sofística, definida de esta forma, se veía privada de toda utilidad política y práctica (lo que Isócrates nunca habría aceptado), y por otra parte, Filodemo manifestaba las más explícitas reservas sobre la validez moral de los elogios concedidos por los oradores epidícticos. Es de notar, por otra parte, que Filodemo conocía una división de cuatro formas de estilo, cercana a la de Demetrio, prueba suplementaria de la multiplicidad de investigaciones que fueron efectuadas a propósito del sistema de los *genera dicendi* (Filodemo, *Retórica,* I, p. 165, ed. Sudhaus).

La filosofía helenística empleó de manera amplia algunas formas de expresión que no están exentas de cierto interés retórico, por ejemplo, el protréptico (exhortación, en especial, exhortación a la filosofía), la diatriba (lección en estilo intenso sobre asuntos morales), la *khreia* (declaración o respuesta concisa, mordaz e instructiva), la consolación. La forma más retórica de todas era la "tesis" *(thesis),* que consistía en argumentar sobre un problema dado, con fines didácticos o de ejercitación. Esta forma remontaba a los sofistas: los lugares comunes de Protágoras eran *theseis,* estrictamente hablando. El empleo de la palabra *thesis* con respecto a tales argumentaciones aparece en Aristóteles, y, a partir de él, la *thesis* se practicó en las principales escuelas filosóficas; se citan compendios de *theseis,* en ocasiones bastante voluminosos, publicados por peripatéticos (Teofrasto), académicos (Jenócrates, Polemón) y estoicos (Hérilo, Crisipo). Se buscaba con ello desarrollar e inculcar los procedimientos de la demostración y de la discusión, de la dialéctica, pues a menudo el ejercicio consistía en refutar una posición adversa (argumentación *contra thesim*) o en sostener sucesivamente dos posiciones contrarias (argumentación *eis hekateron, in utramque partem*).

Ahora bien, en el siglo II a. C., Hermágoras hizo entrar la *thesis* en el sistema de la retórica, dividiendo la materia oratoria en dos categorías: las cuestiones generales o *theseis,* y las cuestiones particulares o *hypotheseis,* que se distinguían de las precedentes por el hecho de que contenían especificaciones de personas o circunstancias. "¿Debe uno casarse?" es una *thesis,* "Catón reflexiona si debe casarse" es una *hypothesis*. Integrar las *theseis* en la retórica, era prácticamente extender el dominio del orador a la filosofía, paso que suscitó vivas protestas de parte de los filósofos. La disputa se apaciguó cuando se encontró un término medio, atestiguado desde la época de Cicerón, que consistía en distinguir dos clases de *theseis:* las *theseis* "prácticas", que desembocan en la acción, que podían ser competencia de los oradores, y las *theseis* "teóricas", meramente especulativas, que permanecieron como prerrogativa de los filósofos. Por ejemplo: "¿se debe participar en la administración de los asuntos públicos?", pertenece a la primera clase de tesis; "¿el mundo está regido por una Providencia?", pertenece a la segunda.

Una sorprendente demostración de elocuencia filosófica se dio en Roma en el año 155 a. C. Como Atenas había sido condenada a una multa por haber atacado la ciudad de Oropos, los jefes de tres escuelas

filosóficas, Carnéades, escolarca de la Academia, Critolao, del Liceo, y Diógenes de Babilonia, del Pórtico, fueron enviados en embajada por los atenienses para defender la causa de su ciudad ante el Senado romano y para solicitar la anulación del castigo. En el transcurso de su estancia en Roma, dieron conferencias en la ciudad con tanto talento que los oyentes admiraron en ellos el modelo de los tres géneros de estilo que distinguía la retórica contemporánea. Carnéades ilustraba una forma del gran estilo, Critolao un estilo elegante y Diógenes un estilo más sobrio (según los contemporáneos Rutilio Rufo y Polibio, citados por Aulo Gelio, VI, 14, 10). Carnéades impresionó particularmente los espíritus porque, disertando con gran vigor *in utramque partem,* hizo un día el elogio de la justicia y al día siguiente habló en contra de ella (Lactancio, *Instituciones divinas,* V, 14, 3-5 = Cicerón. *La República,* III, 9). Catón escandalizado presionó al Senado para dar respuesta lo más pronto posible, a fin de que Roma fuera librada de los peligrosos embajadores; cosa que se hizo, en beneficio de Atenas, pues la multa pasó de quinientos a cien talentos. Este episodio, que constituye una etapa importante en la implantación de la filosofía —más específicamente de la duda filosófica— en Roma, ofrece un testimonio revelador sobre la dimensión retórica de esta filosofía. Puede compararse, *mutatis mutandis,* con la embajada de 427 a. C. que es considerada como la responsable del descubrimiento del estilo gorgiano en Atenas.

Además del desarrollo de las escuelas filosóficas, y en relación con éstas (los lazos entre aristotelismo y alejandrinismo, en especial, están bien atestiguados), la época helenística vio la evolución de un saber filológico que incidió en la historia de la retórica. En centros como Alejandría y Pérgamo, eruditos y sabios se dedicaron a reunir, a conservar e interpretar las grandes obras literarias que representaban la identidad cultural de los griegos. Con este propósito realizaron ediciones, comentarios, vidas de escritores, léxicos, colecciones de proverbios… Estas investigaciones se centraron principalmente en los poetas, Homero a la cabeza, pero los oradores no fueron olvidados. De esta forma, los *Pínakes* de Calímaco, especie de bibliografía razonada de la literatura griega (siglo III a. C.), contaban con una sección "Retórica". El biógrafo Hermipo de Esmirna (siglo III a. C.) estudió a los oradores áticos. Dídimo de Alejandría (siglo I a. C.), compilador infatigable, apodado el "Olvida libros" *(bibliolathas)* porque no se acordaba de sus propias obras,

por ser tan numerosas (se habla de una cifra de tres mil quinientos), escribió un comentario sobre Demóstenes del que una parte, relativa a las *Filípicas,* se encontró en un papiro a principios del siglo XX (Papiro de Berlín, núm. 9780, edición de L. Pearson-S. Stephens, *Didymi in Demosthenem commenta,* Stuttgart, 1983). Por otro lado, a los progresos de la teoría gramatical seguirán investigaciones de carácter estilístico sobre los tropos y las figuras, como hemos visto, así como sobre las partes del discurso, sobre las normas de corrección de la lengua *(hellênismos)* o sobre los dialectos (por ejemplo, el gran crítico y gramático estoico Crates de Malo, en siglo II a. C., escribió un tratado *Sobre el dialecto ático*).

La vida de la elocuencia en tierra griega

En la propia Grecia, en Rodas y en Asia Menor, existían escuelas donde la retórica se enseñaba a los jóvenes mediante el aprendizaje de sistemas teóricos, el ejercicio, el estudio de las grandes obras del pasado y el debate con los filósofos. Esta enseñanza incluía a su vez una dimensión de cultura literaria general, que ampliaba los logros de los ciclos anteriores, los aspectos técnicos y una preocupación por la formación ética y cívica. Preparaba a los futuros notables para desempeñar su papel, el cual se hizo cada vez más importante, conforme avanza la época helenística, para el funcionamiento de las ciudades, dado que una aristocracia por nacimiento, riqueza y altruismo evergetismo tendía progresivamente a imponerse, en la práctica, en el marco de las instituciones democráticas.

El marco principal de la práctica oratoria griega era la ciudad, donde la retórica era útil para todos los actos de la vida política que se realizaban con el concurso del discurso público: deliberaciones, elecciones, arbitrajes, relaciones con las demás ciudades, con las estructuras federales y con las superpotencias. Dada la inestabilidad general del mundo en esta época, la imposibilidad de una política a largo plazo y las coyunturas que se modificaban de manera constante, los debates eran con frecuencia acalorados, imprevisibles. La retórica era útil igualmente en las numerosas situaciones que requerían el tratamiento de expedientes jurídicos y la confección de alegatos: procesos públicos y privados, participación en los colegios de defensores escogidos por la ciudad para representar sus intereses, o incluso la misión de "juez extranjero" —institución típica

de la época— solicitado como apoyo del exterior cuando una ciudad dividida no podía arreglar por sí misma sus propios conflictos. Entonces el conocimiento de los preceptos de Hermágoras o el hábito de la declamación resultaban ciertamente muy valiosos. Así mismo, hombres de letras de diferente calidad dictaban conferencias en las ciudades, especialmente en los gimnasios, instituciones cívicas que aparte de conservar su objetivo gimnástico original, se transformaban cada vez con mayor frecuencia en lugares dedicados a asuntos del espíritu.

La retórica de la época no se presentaba seguramente como una técnica desligada del mundo, sino como una formación general que preparaba a las elites para su actividad pública. Contribuía además a mantener los valores del helenismo y participaba en el movimiento de revivificación de las tradiciones locales, de búsqueda del pasado histórico y mitológico, mediante el cual se construía o se reconstruía la identidad política y religiosa de las ciudades en el mundo helenístico.

Excursus número 4
La elocuencia política griega no murió en Queronea

Se decía en otro tiempo que la batalla de Queronea, que vio la derrota de Tebas y Ateneas frente a Filipo de Macedonia (338 a. C.), marcó el fin de la libertad griega y, en consecuencia, el fin del régimen de la ciudad. Los historiadores han renunciado hoy día a esta interpretación. Constatan, apoyándose especialmente en la documentación epigráfica, que la ciudad permaneció como un modo de organización político vivo y activo en el mundo griego en la época helenística. Los trabajos de Louis Robert han desempeñado un papel primordial en el cambio radical de perspectiva.

Louis Robert, que era un helenista completo, admirable conocedor de todos los aspectos de la civilización griega, había advertido con mucha claridad una implicación suplementaria de esta nueva aproximación: la implicación retórica. Si la ciudad continuó existiendo, las prácticas oratorias ligadas al funcionamiento de la ciudad también se siguieron conservando, y entonces la idea aceptada, según la cual la elocuencia griega había desaparecido o perdido toda importancia después de Demóstenes, debía ser revisada también. Vale la pena citar los pasajes en los que Louis Robert, a lo largo de toda su vida, subrayó con firmeza este hecho. La lección no ha sido bien entendida por todos, y merece ser repetida.

Es un gran error creer que en la época helenística la vida de las ciudades ya no tenía importancia, que el ciudadano ya no tenía vínculos estrechos y esenciales con su patria; como en la época clásica, debía, muchas veces en el transcurso de su vida, tomar parte en decisiones que comprometían directamente su fortuna, su libertad y su vida. Y, bajo la República romana, pensemos en la situación de las ciudades griegas entre Mitrídates y los romanos y en medio de las guerras entre romanos. La elocuencia del rétor Hibreas de Milasa, por ejemplo, no comprometía menos la suerte de su patria, entre Roma y los Partos de Labieno, que la oratoria de Demóstenes e Hipérides. (L. Robert, *Études de numismatique grecque,* París, 1951, p. 36, n. 1).

Subrayemos de paso lo infundado de la fábula convencional entre los historiadores modernos (historia política de las instituciones, de la religión), según la cual después de Alejandro y Demóstenes ya no hubo elocuencia política. La historia del sitio de Abidos por Filipo [Filipo V, en 200 a. C.], en Polibio, XVI, 30 y 34, de la resistencia heroica de los ciudadanos y de su automasacre al momento de la caída de la ciudad, todo ello decidido en asambleas y por el consejo de políticos y oradores, aporta a esta teoría un desmentido sangriento [...] Es un hecho entre todos aquellos que trazan la historia de las ciudades griegas de Europa y Asia desde Alejandro hasta la paz augusta después de Accio (*id., Monnaies grecques,* Génova / París, 1967, p. 25).

Cuando, en el año 41, los partos con Labieno inundaron el Asia menor, un rétor, Zenón, convenció a sus compatriotas de resistir, como hizo también Hibreas en Milasa [...] Estos hechos manifiestan claramente el papel de los oradores en la vida política de las ciudades griegas en la época helenística, incluido el siglo I a. C. [...] Son los discursos y las concesiones y direcciones políticas las que cuentan [...] Resistir a los partos o ceder en 41 a. C. tiene tanta importancia para la vida de la ciudad y de todos los ciudadanos, y en primer lugar de los propios oradores, como decidir luchar en Queronea (*id.,* "Les inscriptions", en *Laodicée du Lycos,* Quebec-París, 1969, pp. 306-307).

La ciudad griega no murió en Queronea ni con Alejandro ni durante la época helenística. Es cierto que Atenas y Esparta no juegan en adelante el papel que estas ciudades jugaban en el Mediterráneo o en el Egeo. Pero esta decadencia en el eficaz poder internacional no cambió en nada el engranaje de la vida cívica, sus actividades, sus responsabilidades y sus peligros. Simplemente las pocas grandes ciudades de Grecia tuvieron casi la misma vida que tuvieron siempre las cientos de ciudades griegas en la época clásica: no tenían ninguna importancia en la historia general, pero sí la responsabili-

> dad de su destino en medio de las guerras, de los peligros y las potencias adversas. Resulta que Rodas, o incluso Bizancio, juega en la política mundial un papel que no es inferior al de Atenas anteriormente. En el desencadenamiento de las guerras y rivalidades principescas que se fueron agregando a los conflictos entre vecinos, la suerte —vida, libertad, fortuna— de cada ciudadano dependía siempre de la política que decidie-ra la asamblea del pueblo, y la importancia de los oradores y políticos es la misma. Más aún, si era posible, cuando Roma intervino en los asuntos del mundo griego y lo sometió poco a poco. En los siglos II y I en las ciudades griegas se multiplican las intervenciones en algunos conflictos: guerras de Roma en el Egeo y en el Asia menor, guerras de Mitrídates, guerras civiles entre los romanos; vida peligrosa y con frecuencia mártires (*id.,* "Théophane de Mytilène à Constantinople", *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres,* 1969, p. 42 = *Opera minora selecta,* V, p. 561).
>
> Los decretos de Ptolemeo y Menipo muestran claramente que los magistrados y los embajadores de Colofón no pueden hacer nada sin "persuadir" a los magistrados romanos, *peitheîn.* Y este fue el caso a lo largo de los siglos II y I a. C., y anteriormente también se trataba de persuadir a las potencias, y en primer lugar a sus propios conciudadanos sobre la mejor decisión que se debería tomar [...] En la mayoría de los casos, la ciudad estaba siempre viva y asumía su destino. Hacía falta decirlo y repetirlo… (L. y J. Robert, *Claros I: Décrets hellénistiques.* I, París, 1989, p. 39).

Un fenómeno complementario, señalado también por Louis Robert, es la evolución del estilo de los documentos públicos, cada vez más marcados por la retórica. Es otro aspecto de la presencia de esta última en las ciudades helenísticas:

> Alguna vez indiqué la evolución del estilo administrativo tal como me parecía. A partir del estilo propiamente helenístico, [...] la "baja época helenística" introdujo la retórica de la época. Yo creo que ello se debe en particular a un hecho social. Cada vez más la evolución de la sociedad quita los asuntos de las ciudades a la acción soberana de la asamblea del pueblo y de la democracia y los pone en manos de una minoría, más o menos hereditaria, de notables, que aseguran con su fortuna numerosos servicios esenciales del Estado y que reciben a cambio honores cada vez más numerosos e impresionantes. Esta nueva aristocracia de las ciudades posee una educación cuidada; respeta y cultiva la *paideia* ["cultura"]; la retórica toma cada vez más un lugar en la formación de la juventud y de las elites; de esta manera, el "secretario", encumbrado personaje que

redacta los decretos y las cartas, los escribe al gusto retórico de la época. Esta evolución continúa bajo el Imperio (*id.,* "Recher-ches épigraphiques, VII", *Revue des études anciennes,* 62, 1960, pp. 325-326; *Opera minora selecta,* II, pp. 841-842).

En 1972, C. W. Wooten hizo una lista de unos cuarenta oradores griegos de la época helenística conocidos gracias a testimonios o citas (W. Wooten, A. *Rhetorical and Historical Study of Hellenist Rhetoric,* Chapel Hill, 1973 [diss].); esta cifra constituye un número mínimo y debería incrementarse actualmente, tomando en cuenta los nuevos nombres encontrados en las inscripciones. En función de su fecha y de las fuentes en que aparecen, estos oradores se distribuyen en tres grupos principales:

1) A finales del siglo IV y en el siglo III, aparecen atestiguados en Atenas políticos que continúan la tradición de los oradores áticos: por ejemplo, Demócares, sobrino de Demóstenes, Carisio, comparado con Lisias, o Cleocares.

2) A finales del siglo III y durante el siglo II, gracias a Polibio y Tito Livio conocemos a muchos políticos, originarios de la propia Grecia y de Asia Menor, que participaron con su palabra en los conflictos y negociaciones de su tiempo, en el contexto de las ligas etolia y aquea, de las guerras macedonias, de la guerra contra Antíoco de Siria y de las relaciones con Roma (a esta lista se añade Cineas, tesalio, orador brillante citado por Plutarco, que fue en el siglo III el consejero del rey Pirro). Polibio reporta con mucha frecuencia discursos que fueron pronunciados en el curso del periodo que trata (arengas en las asambleas, exhortaciones de generales a sus tropas, discursos de embajadores) y toma, como principios en esta materia, la sobriedad y la utilidad: rechaza cualquier alarde gratuito de elocuencia de parte del historiador y busca sobre todo restituir los argumentos que fueron utilizados, colocándolos de nuevo en su contexto para poder comprender su sentido y alcance (XII, 25-28; XXXVI, 1).

3) Para los siglos II y I, los testimonios de Cicerón y de Estrabón entran en relevo y dan a conocer a nuevos oradores griegos, casi siempre en contacto con Roma, implicados en las guerras de Mitrídates y en las guerras civiles. Particularmente célebre fue Hibreas de Milasa, que gobernó su ciudad en medio de las guerras partas y de las intrigas

de Antonio y Labieno, y quien sabía utilizar formulas sorprendentes en sus discursos ante la asamblea y en sus declamaciones. De tales hombres provenía, en distintos ámbitos, la figura del orador helenístico, que se caracteriza por un origen familiar influyente, los estudios realizados en un gran centro intelectual, las acciones políticas y diplomáticas, una práctica oratoria articulada con las investigaciones teóricas y las controversias filosóficas contemporáneas, y a menudo una actividad de profesor y hombre de letras.

Un buen ejemplo de lo anterior es Potamón de Mitilene, en la isla de Lesbos, quien desempeñó un importante papel como dirigente en la vida política de su ciudad (aproximadamente 75 a. C.-15 d. C.; los testimonios sobre él fueron reunidos por Jacoby, *Fragmente der griechischen Historiker,* núm. 147, y por R. W. Parker en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik,* 85, 1991, pp. 115-129). Múltiples inscripciones le rinden honor en su patria y en otras ciudades. Un monumento en su honor, bautizado como *Potamoneion,* fue erigido sobre la acrópolis de Mitilene, y toda su familia —en particular su hijo— estuvo relacionada con su poder y su reputación. Dirigió con éxito tres embajadas despachadas por su patria ante César y ante Augusto. Escribió un *Elogio de Bruto* y un *Elogio de César* —curioso díptico, cuyas circunstancias desgraciadamente desconocemos. Hacia el año 33 a. C., participó en Roma, con Teodoro de Gádara y Antípatro, en un concurso de elocuencia cuyo fin era elegir un maestro de retórica parar el futuro emperador Tiberio, entonces niño; Teodoro se llevó la victoria. Además de sus elogios, Potamón fue autor de obras históricas y de un tratado *Sobre el orador perfecto (Peri teleiou rhêtoros)* que puede compararse, por lo menos en el título, con *El orador* de Cicerón. Dirigía una escuela y descollaba, según se dice, en la declamación. Benefactor y orador, entre Grecia y Roma, Potamón ilustra la retórica de la época.

Las inscripciones, que no dejan de ser objeto de nuevos hallazgos y publicaciones, permiten abordar de cerca los discursos pronunciados. De esta forma, un decreto fechado en 206/205 a. C., encontrado en 1965 en las excavaciones francesas de Letoón de Janto, en Licia, relata la venida a Janto de un embajador de Citenio (ciudad de la Dóride, al norte de Delfos) y ofrece un resumen del discurso de los embajadores (edición de J. Bousquet*, Revue des études grecques,* 101, 1988, pp. 12-53). Éstos solicitaban ayuda para la reconstrucción de sus murallas, destruidas por

un terremoto. Tenemos aquí un ejemplo de una forma oratoria bastante extendida en la época helenística, el discurso de embajada, y más precisamente el discurso de embajada destinado a solicitar ayuda después de un sismo, costumbre bien documentada. Los embajadores de Citenio recurrieron a los argumentos usuales en casos semejantes (llamado a la compasión, elogio de la ciudad a la que se hace la petición, promesas de reconocimiento), añadiendo a todo ello una demostración complicada cuyo propósito era establecer la existencia de un parentesco entre la ciudad de Janto y la de Citenio: Leto, la diosa patrona de Janto, era madre de Apolo, y Doro, epónimo de los dorios y por consiguiente ancestro de Citenio, era el abuelo de la esposa de Apolo, Coronis. Este montaje mitológico recurría a resortes importantes en las mentalidades de la época (relatos de fundación y vínculos legendarios que asociaban ciudades griegas de una y otra parte del mar Egeo), y en ello vieron los embajadores un argumento de peso. Lamentablemente, los habitantes de Janto donaron sólo quinientas dracmas, cantidad que no era nada generosa (menos de diez años más tarde, entregaron cuatrocientas dracmas sólo para pagar los honorarios del orador Temístocles de Ilión, quien había llegado a la ciudad a dictar conferencias). A la sutil retórica de los embajadores respondió la retórica no menos sutil de los ciudadanos de Janto, una retórica eterna, la de la excusa y rechazo a medias, discreta y cortés:

> Sin duda, si las finanzas de nuestra ciudad no estuvieran en una situación tan grave, los jantianos habrían mostrado claramente su simpatía, no cediendo en su generosidad a nadie. Sin embargo, como no sólo el tesoro público está agotado, sino que, además, el endeudamiento no hace sino crecer, como no es posible imponer de otra parte ningún impuesto suplementario a los ciudadanos a causa de un reglamento financiero establecido por decreto, por una duración de nueve años, y como también los ciudadanos más ricos recientemente hicieron contribuciones considerables por motivo de las dificultades del momento, asunto que ya hemos expuesto a los embajadores, por todas estas razones, si bien nuestra ciudad se encuentra desprovista de recursos, no es para ella menos desagradable quedar indiferente ante el desastre de un pueblo hermano golpeado por tales infortunios.
>
> *Que se decida* que los arcontes hagan un empréstito para hacer un donativo a los embajadores por 500 dracmas, a fin de reconstruir

> las murallas de su ciudad, y también que ellos les hagan recibir los presentes de la hospitalidad previstos por la costumbre.

En 1969, se descubrió en Maronea, en la costa norte del mar Egeo, una estela que contiene un elogio a la diosa Isis, compuesto hacia el 100 a. C. (edición de Y. Grandjean, *Une nouvelle arétalogie d'Isis à Maronée,* Leiden, 1975). La introducción explica las circunstancias de la composición: atacado por una enfermedad en los ojos, el autor (que permanece en el anonimato) fue curado por Isis, y con el propósito de agradecer, él dirige esta alabanza, grabada en mármol, en la que celebra el poder y los beneficios otorgados por la diosa. Este texto pertenece al género llamado *aretalogía,* que se define, en sentido estricto, como la narración de una acción milagrosa realizada por un dios. Muchos ejemplos de éstos se conservan gracias a inscripciones y papiros de época helenística e imperial, en honor de Asclepio, Isis y Serapis, sobre todo. La singularidad de la inscripción de Maronea, en este grupo, es su acusado carácter retórico. El texto está en prosa. El plan, los temas y el estilo están en conformidad con las reglas del elogio retórico *(enkômion).* El tratamiento del tema manifiesta una voluntad de generalización que permite que el autor se contente con mencionar rápidamente la curación de la que se ha beneficiado para desarrollar más extensamente el elogio de Isis en general (esta generalización puede observarse también en otros documentos sobre Isis): no es el tono del relato, sino el del himno. De esta manera, gracias al documento de Maronea, podemos apreciar una nueva faceta de la retórica griega: la retórica religiosa. Mientras que tradicionalmente la literatura había recurrido a la poesía para celebrar a los dioses y para comunicarse con ellos; la prosa, sobre todo la prosa retórica, comienza a ser utilizada con estos fines. Esta importante innovación revela un cambio doble, que afecta, sin duda, la relación con los dioses, a quienes los fieles comienzan a dirigirse de manera más directa (en la medida en la que la prosa, incluso elaborada, es más directa que el verso) y la relación con la lengua literaria, en cuyo seno la retórica adquiere un lugar creciente.

A mediados del siglo I a. C., Antíoco I de Comagena (pequeño reino vasallo de Roma) mandó erigirse un grandioso mausoleo sobre el Nemrud-Dag, una de los elevaciones del Anti-Taurus (la actual Turquía). El monumento, excavado a finales del siglo XIX por arqueólo-

gos alemanes, conservó en particular una larga inscripción grabada por duplicado en griego, que contiene las estipulaciones de una fundación religiosa creada sobre el sitio en honor de los dioses y del soberano divinizado (edición de Dittenberger, *Orientis Graeci inscriptiones selectae,* 383; H. Waldmann, *Die kommagenischen Kultreformen,* Leyde, 1973, pp. 59-79). De conformidad con la solemnidad del lugar y del propósito, este texto, en el cual el rey habla en primera persona, está redactado en un estilo extremadamente rebuscado en el plano de las figuras, del vocabulario y del ritmo. E. Norden lo calificó de "ditirambo en prosa". La inscripción de Nemrud-Dag es un documento importante para el conocimiento de la corriente estilística de moda en aquel tiempo: el asianismo.

La noción de "estilo asianista" (en latín *asiatica dictio* [Cicerón]; en griego, *asianos zêlos* [Estrabón]) apareció en el siglo I a. C., pero el fenómeno que designa era más antiguo y perduró durante toda la época helenística y más allá. Se trata de un estilo vistoso y rebuscado, que fue practicado por oradores y escritores del Asia menor y Rodas —de ahí su nombre—, y también por autores originarios de otros lugares: el ateniense Anfícrates, por ejemplo, parece haber sido asianista. Según Cicerón, existían dos formas de asianismo: una "llena de trazos y puntos" ejemplificada por los dos hermanos Jerócles y Menecles de Alabanda, y la otra caracterizada por "la frase fluida" y "la elección de palabras ornamentadas y elegantes", como en Esquilo de Cnido y Esquines de Mileto (*Bruto,* 325). De un lado, frases "comáticas" (de *komma,* "breve miembro de frase"), breves y rítmicas, aforismos, juegos de palabras, trazos ingeniosos; del otro, soltura, ornamentación, abundancia, poetismos, neologismos. Entre estos dos extremos, todos los intermedios, todas las combinaciones eran posibles. Por desgracia, no poseemos más textos que nos permitan juzgar con base en la evidencia. El creador del asianismo habría sido Hegesias de Magnesia (siglo III a. C.; los testimonios sobre este asunto están en Jacoby, *Fragmente der griechischen Historiker,* núm. 142). Autor de una historia de Alejandro, de un elogio de Rodas y de diversos discursos, pasó a la posteridad por su estilo cortado, rico en exclamaciones grandilocuentes y en efectos osados. Se citan de él, a propósito de la destrucción de Tebas por Alejandro, expresiones como: "El infortunio ha dejado sin voz el lugar que había hablado más alto" (F 7 Jacoby); "Abatida por la locura de un rey, su ciudad suscita más compasión que una tragedia" (F 10 Jacoby); "Qué desgracia que esté sin siembra el

país que vio nacer a los espartanos" (F 10 Jacoby), que es un juego de palabras entre *asporon,* "sin siembra" y *Spartous,* "espartanos". O incluso esta frase que sorprende por el inusual orden de las palabras: "De Magnesia yo soy, la grande, ciudadano de Sípilo". Hegesias no inventó *ex nihilo* este estilo insólito. Desarrollaba, de hecho, con exageración, efectos estilísticos que se remontaban a los sofistas y al estilo gorgiano. Muestras de asianismos comáticos aparecen en las citas de diferentes oradores transmitidas por Rutilio Lupo y por Séneca el Rétor. Ejemplos de la otra forma de asianismo son la inscripción de Nemrud-Dag, citada más arriba, y los documentos de cancillería de los siglos III y II a. C.

La mayor parte de los autores antiguos tenían un juicio reservado o peyorativo sobre el asianismo, al cual reprochaban sus excesos, sus faltas de buen gusto. Hegesias fue la "bestia negra" de la crítica, vilipendiado desde el siglo II a. C. por Agatárquides de Cnido y aniquilado por una fórmula de Cicerón: "aquel que lo conozca no tiene ya que buscar a nadie a quien darle el calificativo de inepto" (*El orador,* 226). Es probable que las teorías sobre el estilo que entonces se desarrollaron, y que ponían el acento en la mesura, la conveniencia, la dosificación de los efectos, estuvieran dirigidas en parte contra la exuberancia del asianismo: los teóricos definían las virtudes para oponerse al vicio imperante. Sin embargo, Hegesias tenía también sus admiradores, entre ellos Gorgias el Joven, que lo citaba varias veces en su tratado traducido por Rutilio Lupo, y quizá Varrón, si hemos de dar crédito a una broma de Cicerón. El propio Cicerón no dejó de estar interesado y un poco seducido por los asianistas de su tiempo. Para nosotros, modernos que no tenemos que juzgar, la noción de asianismo es interesante porque pone en primer plano cierto tipo de estilo, virtuoso, teatral, barroco —rococó incluso—, que bien parece ser una innovación de época helenística. Esta innovación recuerda el estilo barroco en arquitectura, la expresividad en la escultura, la evolución hacia el *pathos,* la teatralidad, lo trágico, tal como se observa, por ejemplo, en el arte de Pérgamo. De esta forma, el asianismo entraba en consonancia con las corrientes artísticas de su época.

CAPÍTULO V
ROMA, ROMANIDAD, ROMANIZACIÓN

> Cartago debe ser destruida (*Delendam esse Carthaginem.* Floro, *Historia romana,* I, 31 [II, 15], 4-5).

[Consejo que Catón el Viejo proclamaba, según se dice, en todos sus discursos, cualquiera que fuera el tema.]

> ¿Hasta cuándo, pues, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? […] ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! (*Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? […] O tempora! O mores!* Cicerón, *Primera Catilinaria,* 1-2).

> Vine, vi, vencí *(Veni, uidi, uici.* Suetonio, *César,* 37, 2).

[Palabras de César con que resume su campaña contra el rey Farnacio.]

Estas frases fueron célebres en la Antigüedad, y lo son todavía en nuestros días en la memoria de los latinistas. ¿De dónde proviene su fuerza? En principio, de aquellos que las pronunciaron: Catón, el censor; Cicerón, el cónsul; César, el dictador: hombres de Estado revestidos de las más altas magistraturas. Luego, de las circunstancias en las que se jugaba la suerte de la ciudad y la de sus enemigos, que es tanto como decir, la suerte del mundo. Y además, de su propio contenido, donde predomina el rigor. En fin, de la energía propia de la lengua latina, que permite decir mucho en pocas palabras. Plutarco, que tradujo al griego la frase de César, observa que el original es superior, pues "en latín estas palabras, que terminan con la misma desinencia, son persuasivas por su brevedad" (*Vida de César,* 50, 4).

A lo largo de estos ejemplos se perfila la imagen de políticos que no hablaban mucho y dependían más de sus actos, sus convicciones y su crédito personal. Tal es como se presenta el ideal del romano tra-

dicional "bello como lo antiguo". Este ideal subyace a toda la retórica romana —aun cuando evidentemente no la resume— y es por él que debemos comenzar. Es el resultado de condiciones específicas, tanto ideológicas como lingüísticas, sociales, políticas e institucionales. Fijemos este aspecto, que es profundamente distinto de lo que puede observarse en el mundo griego, y que constituye de alguna forma la *romanidad* en retórica; esta romanidad será mucho más compleja que una *romanización* del botín griego.

Las condiciones de la retórica romana

Grecia tenía, en sus orígenes, una literatura que mostraba de entrada el arte del discurso, con variedad y flexibilidad, y que proponía modelos de héroes que eran magníficos oradores. Tal cosa no existe en Roma: aquí, nada de Homero ni de Ulises. El modelo arcaico romano es, por el contrario, el de un orador que habla de manera apropiada y que cuenta con su estatus —edad, nobleza, prestigio— para garantizar la validez de sus palabras. El peso *(grauitas)* y la autoridad *(auctoritas)* del orador son elementos esenciales del discurso; aquel que habla es escuchado no tanto a causa de sus palabras en sí mismas, sino a causa de su posición en la Ciudad, que confiere a sus palabras un valor necesario, como lo manifiestan numerosas anécdotas. Por ejemplo, Apio Claudio, llamado ante la asamblea del pueblo al año siguiente de su consulado (470 a. C.), se negó a argumentar en su defensa y fulminó, por el contrario, a sus acusadores mediante la firmeza de sus palabras cuya fuerza provenía de su prestigio como antiguo cónsul.

> La misma expresión en su rostro, la misma altivez en su semblante, el mismo calor en su oratoria *(in oratione spiritus),* hasta el extremo de que gran parte de la plebe temía tanto a Apio en su figura de acusado como lo había temido en su papel de cónsul (Tito Livio, II, 61, 6. Traducción de Villar Vidal, Gredos).

En el siglo II a. C., Escipión Nasica, al enfrentarse a las protestas populares, exclamaba: "Callaos, por favor, ciudadanos, pues yo sé mejor que ustedes lo que es útil para el Estado", y de la misma manera

Escipión Emiliano: "Silencio, aquellos para quienes la Italia no es sino una madrastra". M. Emilio Escauro, al defenderse de una acusación, utilizaba el siguiente razonamiento: "Vario Severo, que nació en Sucro [ciudad española], declara que Emilio Escauro se dejó comprar por un rey para traicionar al Imperio romano. Emilio Escauro afirma que tal falta no puede serle imputada. ¿A quién de los dos creen ustedes? (Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables,* III, 7, 3; VI, 2, 3; III, 7, 8). La historia refiere que estas palabras fueron coronadas de éxito, pues el auditorio se impresionaba por la autoridad de aquel que las pronunciaba. Estas anécdotas fueron transmitidas para ilustrar la tradición romana.

La palabra en Roma es un asunto serio. En su origen, es sagrada y encierra el orden del mundo. Los dos verbos que significan "decir" en latín, *fari* y *dicere,* se remiten a raíces muy fuertes, que contienen, respectivamente, la idea de una palabra con valor religioso, poderosa por su misma existencia (raíz **bha,* cf. *fatum,* "destino") y la idea de mostrar con autoridad lo que debe ser, pronunciar, fijar (raíz **deik*-, cf. griego *dikê,* "justicia") (a la raíz **bha* se remonta también al verbo griego *phanai,* "decir", lo que muestra que no hay que exagerar la antítesis entre Roma y Grecia sobre este punto). La palabra es *performativa,* en el sentido de que es por sí misma una acción que posee una eficacia y produce una situación nueva. Sirve para dar órdenes, para prometer, enunciar reglas, más que para dialogar o para debatir. Con frecuencia, no requiere una respuesta. Mal empleada es peligrosa, creadora de innovaciones funestas. Es por ello por lo que la comunicación, especialmente la que se efectúa en el espacio público, debe ser reglamentada, controlada, sometida a las jerarquías. En la sociedad aristocrática romana, cada uno tiene un rango, eventualmente funciones, y se expresa en consecuencia. Las declaraciones de los sacerdotes y de los magistrados tienen un peso particular, acrecentado por el ritual y los signos de prestigio que los rodean: la túnica con laticlave o banda púrpura, insignia del orden senatorial; el manojo de varas, llamado *fasces;* la silla curul…

No se trata, pues, de pronunciar discursos brillantes o sutiles, sino palabras apropiadas en las que se debe confiar. La cualidad principal es la confianza *(fides).* Ella se acompaña de vigor y de brevedad.

La naturaleza misma de la lengua latina iba en ese sentido. Entre sus principales características, figuraban la autonomía fonética de las pala-

bras, la ausencia de artículo, la aversión por lo abstracto, la densidad. Estas potencialidades fueron explotadas en la poesía desde el *carmen* preliterario, que emplea ritmos y aliteraciones, y en las fórmulas (jurídicas y religiosas), que son tan importantes en el latín arcaico. En cambio, la antigua prosa latina formaba periodos con dificultad (Cicerón, *Acerca del orador,* III, 198); presentaba más bien cualidades de fuerza, de gravedad, de abundancia por acumulación en especial (Quintiliano, *Institución oratoria,* XII, 10, 36).

Para enseñar este uso reglamentado de la palabra, no había más que una escuela: la de la "costumbre ancestral" *(mos maiorum)*. Dada la importancia de la estructura gentilicia y la omnipotencia del *pater familias,* el primer marco de la educación era la familia. El joven, al hacerse cargo de él su padre, aprendía a parecerse a él imitando sus palabras y su comportamiento. La educación oratoria estaba de esta forma integrada en un proceso más completo, que consistía en formar al ser social mediante las lecciones y mediante el ejemplo, y en transmitirle directamente los valores de su clase y de su familia, fuentes de *auctoritas*. Así fue como Catón el Viejo formó a su hijo, hasta el punto de encargarse él mismo de enseñarle a leer. Su contemporáneo Emilio Paulo, de espíritu más moderno, o más tarde Cicerón, supervisaron la educación de sus hijos.

Después de ello, una vez reemplazada la toga pretexta por la toga viril, el joven pasaba al "aprendizaje de la vida pública" *(tirocinium fori)*. Confiado a un ciudadano importante, se unía a él y se instruía con su ejemplo:

> Así pues, entre nuestros antepasados, aquel joven que se preparaba para el foro y la elocuencia, empapado ya de la disciplina doméstica, pleno de los estudios nobles, era llevado por su padre o sus parientes al lado del orador que ocupaba el lugar príncipe en la ciudad. A éste acostumbraba frecuentar, a éste acompañar, estar presente en todas las intervenciones de éste, ya en los juicios, ya en las asambleas, de tal suerte que recogía también sus réplicas y estaba presente en sus discusiones y, por decir así, aprendía a pelear en el combate (Tácito, *Diálogo de los oradores,* 34, 1-2. Traducción de Heredia Correa, BSGRM).

En esta clase de educación, el aprendizaje del derecho ocupaba un lugar que no se podía eludir. Cicerón, por ejemplo, se formó en esta

materia con dos grandes jurisconsultos: fue llevado por su padre con Q. Mucio Escévola el Augur, luego pasó al círculo del homónimo y primo del anterior, Q. Mucio Escévola el Pontífice (sobre el lugar del derecho en la sociedad romana, véase Ducos, 1996).

Éstas eran las condiciones tradicionales, tal como se presentan en los documentos antiguos y en los relatos de los historiadores posteriores. Este modelo ideológico de la retórica se hacía eco de un viejo fondo pragmático (campesino, militar) del que los romanos estaban orgullosos y que cultivaban de buen grado. Por ello, permaneció vivo incluso cuando fueron introducidas algunas innovaciones. Fue cultivado en particular entre las familias aristocráticas y conservadoras. Perduró a través de la evolución de las instituciones y las vicisitudes de la historia.

En los primeros tiempos de la historia romana, bajo la Monarquía, el discurso tenía, probablemente, una importancia reducida. El régimen de la República desarrolló el uso institucional de la palabra, ante dos tipos principales de auditorio, el Senado y el pueblo, que constituían los dos pilares del Estado (siguiendo la fórmula SPQR: *Senatus Populusque Romanus*).

El Senado tenía 300 miembros (número que Sila elevó a 600 y César a 900), reclutados de por vida entre los dirigentes de las grandes familias patricias y los plebeyos que habían fungido anteriormente como magistrados. Funcionaba como un consejo, convocado a deliberar y a expresar sus decisiones conocidas como *senadoconsultos.* Aunque, en teoría, tenía poco poder de decisión, en razón de su prestigio y del papel de las instituciones, el Senado ejercía, en los hechos, facultades esenciales. Dirigía la política extranjera, estaba dotado de importantes competencias en materia religiosa y financiera, e intervenía también, por su poder de control y de validación, en los terrenos legislativo y ejecutivo. Sus sesiones no eran públicas. Se reunía en la curia, situada en el Foro (a veces, también en otros recintos, pudiendo utilizarse cualquier lugar siempre que fuera un *templo,* es decir, un espacio consagrado). El magistrado que había convocado a la reunión y que la presidía, leía el orden del día, después llamaba a los senadores a expresar sus "puntos de vista" *(sententiae).* Cada uno hablaba desde su lugar. Los oradores se sucedían de acuerdo al orden de una lista jerárquica, por rango de clase y de edad, iniciando con el "primero de los senadores" *(princeps senatus);* quien comenzaba a hablar no podía ser interrumpido, incluso

si se apartaba del tema. Por ello, los últimos de la lista prácticamente nunca tenían la oportunidad de expresarse. El voto se hacía por desplazamiento, al colocarse cada uno al lado de aquel cuyo consejo aprobaba. Alta tribuna de la elocuencia romana durante la República, el Senado representaba un foro destinado a la palabra muy específica, donde el discurso era enmarcado por condiciones preexistentes: oradores y oyentes altamente experimentados, peso de las jerarquías sociales, alianzas previas entre personas y entre grupos, espíritu de solidaridad. Estos factores no suprimían el poder del discurso, pero sí lo condicionaban, de modo que la persuasión era predeterminada y no abierta, lo que no le impedía que fuera real.

El pueblo, por su parte, se reunía en las asambleas llamadas *comicios:* los comicios centuriados *(comitia centuriata),* de carácter militar, organizados en el marco de la reunión de las tropas, y los comicios por tribus *(comitia tributa),* en los que los ciudadanos estaban repartidos en tribus. Estas asambleas tenían como función principal elegir a los magistrados y votar leyes. Mientras que los comicios centuriados se realizaban en el Campo Marte, las otras asambleas tenían lugar en un emplazamiento previsto para tales efectos en el Foro: el *Comitium,* centro político de la ciudad, contiguo a la Curia, que comprendía un lugar circular, una tribuna (los "rostros", denominados así por el nombre de los espolones de los navíos —*rostra*— que ahí habían sido colgados en conmemoración de la victoria naval de Ancio obtenida en 338 a. C.) y gradas. Más tarde, las reuniones se movieron hacia los accesos del templo de Cástor y Pólux y hacia el circo Flaminio, que podía acoger a miles, incluso a decenas de miles de personas. En total, las asambleas populares eran numerosas, pues las elecciones se sucedían con frecuencia (la mayoría de las magistraturas eran electivas y anuales) y la actividad legislativa era considerable. El ciudadano romano era convocado al menos una veintena de veces al año para operaciones que podían durar muchos días. "Poco exageramos al decir que el oficio de ciudadano [en Roma] es una profesión de tiempo completo" (C. Nicolet, 1976).

La tarea principal de las asambleas era el voto. Ahí oradores escogidos con antelación podían expresarse bajo la autoridad del presidente de la sesión. Además, se pronunciaban discursos en múltiples asambleas informales o preparatorias, sesiones y reuniones "deliberativas" (donde no se votaba). El contenido de estos discursos incluía, en particular, de-

claraciones de candidaturas y propuestas de leyes. Se llamaban *contiones* (la palabra *contio*, que es una forma sincopada de *conuentio,* designa, originalmente, una reunión, luego la arenga pronunciada en esa reunión; se aplica también a los discursos de los generales a sus tropas). La diferencia retórica entre el discurso frente al Senado y la *contio* era bastante marcada:

> Y estas cosas deben ser tratadas en el Senado con menor aparato, pues se habla en un consejo de sabios, y debe darse a muchos otros la oportunidad de hablar; debe evitarse también la sospecha de que se quiera hacer ostentación de ingenio. Ante el pueblo, una arenga admite toda la fuerza y reclama toda la nobleza y la variedad del discurso […] Como la asamblea del pueblo es el más grande escenario del orador, es natural que seamos llevados a un género de discurso más ornamentado (Cicerón, *Acerca del orador,* II, 333-334, 338).

Las asambleas podían ser tumultuosas, si creemos a Virgilio, quien, pensando seguramente en la realidad romana, compara a Neptuno calmando las olas con el orador apaciguando a la multitud desenfrenada:

> Y como en magno pueblo, cuando a menudo ha surgido
> la sedición, y el vulgo innoble se ensaña en sus ánimos,
> y vuelan ya antorchas y piedras —el furor armas ministra—,
> allí si acaso a algún varón en piedad y en méritos grave
> miraron, callan y con orejas tiesas se quedan:
> él rige con dichos los ánimos y los pechos suaviza.
>
> (*Eneida,* I, 148-153. Traducción de Bonifaz Nuño, BSGRM)

En lo que se refiere a las instituciones judiciales, el pretor y los tribunales de los *centumuiri* y de los *decemuiri* ejercían la jurisdicción civil. La jurisdicción criminal, ejercida por el pueblo (los comicios tenían atribuciones judiciales), fue pronto delegada a jurados especiales, las *quaestiones:* jurados extraordinarios *(quaestiones extra ordinem)* y sobre todo jurados permanentes *(quaestiones perpetuae),* instituidos en el siglo II a. C., los cuales fueron el principal escenario de la gran elocuencia judicial. Un magistrado, a menudo un pretor, presidía estos jurados integrados por varias decenas de jueces, elegidos por sorteo a partir de una lista preestablecida, en un primer momento, sólo de entre los miembros del orden senatorial, luego, de entre los miembros del orden ecuestre y los

tribunos del Tesoro, siguiendo una repartición variable según el caso. Los particulares llevaban sus propios casos; era frecuente que un acusado tuviera varios defensores. Tras la instrucción, la audiencia se componía de los alegatos y del voto de los jueces. El aplazamiento era posible si el jurado se declaraba insuficientemente informado, de suerte que el proceso podía durar mucho tiempo. El campo de competencia de las *questiones perpetuae,* comenzó a ampliarse en el curso de los siglos II y I a. C. al incluir los juicios *de repetundis* (extorsión de fondos a los erarios de las ciudades sometidas bajo la autoridad de Roma), *de peculatu* (desvío de fondos públicos) *de ambitu* (fraude electoral), *de maiestate* (todo perjuicio contra el Estado, entre otros por abuso de poder), *de sicariis et ueneficiis* (organización de bandas armadas y envenenamiento)… Dada la naturaleza de estos crímenes, muchos de los cuales incriminaban a la alta administración, los acusados pertenecían muy a menudo a las primeras clases del Estado. Corrían el riesgo de ser condenados a la pena capital, al exilio, a una multa o a la restricción de sus derechos civiles: en todo caso, su posición y su poder estaban en juego, puestos en manos de sus iguales —amigos o adversarios. Los miembros de la aristocracia arreglaban sus cuentas y delimitaban sus esferas de influencia mediante los tribunales. Las *quaestiones perpetuae* participaron en todas las fases del combate político en los últimos siglos de la República romana.

Las cortes sesionaban en toda Roma, particularmente, en el Foro, que algunos días estaba "lleno de tribunales" (Cicerón, *Verrinas,* II, V, 143) al funcionar éstos de manera simultánea. Las audiencias se desarrollaban al aire libre o, a causa del mal tiempo, en una *basílica* (lugar de reunión) vecina. En el juicio, las partes —el acusador y el acusado— tomaban asiento en bancos; los jueces, en bancos un poco más elevados, y el presidente, en un estrado. El primer tribunal permanente (el Aurelium, en el Foro), fue construido hacia el 80 a. C. Estas disposiciones permitían la presencia de un público numeroso; los procesos revestían con frecuencia un carácter espectacular, debido a la solemnidad del proceso oral, al imponente séquito (abogados, testigos, parientes, clientes, amigos) que acompañaban a las partes, a los efectos teatrales (vestidos de duelo, imágenes representando al difunto) y a la elocuencia de los *patroni.*

La figura principal de la elocuencia judicial era, en efecto, el *patronus:* aquí una vez más encontramos una noción típicamente romana. El patronazgo era una forma de vínculo social, bastante antigua y pro-

funda, que consistía en un intercambio de obligaciones mutuas entre patrono y clientes: estos últimos debían mostrar respeto a su patrono y poner su persona y sus bienes a su disposición y, a cambio, el patrono debía proteger a sus clientes, en nombre de los valores de "confianza" *(fides),* de "cuidado" *(diligentia),* "obligación" o de "deber" *(officium)*. Esta protección consistía sobre todo en defender a los clientes en los tribunales. El patrono detentaba, por definición, un rango elevado y superior al rango de aquel a quien defendía: a diferencia del logógrafo ateniense, cuya actividad con frecuencia era tenida por secundaria, el *patronus* romano poseía una autoridad, un peso social, que ponía en la balanza al servicio de su cliente. Desde la Ley Cincia (204 a. C.), el cliente tenía prohibido remunerar a su patrono por un alegato (cláusula que prohibía los honorarios o regalos *ob causam orandam:* Tácito, *Anales,* XI, 5, 3); pero la ley no prohibía los regalos hechos mucho tiempo después del juicio, las herencias ni las múltiples muestras de reconocimiento de parte de aquellos que habían sido defendidos. Destinada en su origen a proteger a la gente del pueblo contra la avidez de los poderosos, la Ley Cincia impedía que los acusados fueran sometidos a presiones en situaciones de aprieto y se vieran despojados de fuertes sumas de dinero. Sin embargo, no pretendía en absoluto privar a los patronos de la recompensa normal por la ayuda judicial, es decir, muestras de gratitud prodigadas a voluntad, a largo plazo y constitutivas de la *gratia* (rica noción que abarca tanto la gratitud o "reconocimiento" que una persona manifiesta como el "crédito" que uno recibe). En el marco del patronazgo judicial, los miembros de la aristocracia romana se veían con frecuencia en la necesidad de litigar para mantener sus redes de influencia, que descansaban en complejos vínculos de parentesco, solidaridad, obligación, enemistad, venganza. Debían ser elocuentes.

Así, todos los aspectos de la vida política romana exigían el dominio de la palabra: en el Senado, en las asambleas, en los tribunales. La elocuencia era una de las condiciones del poder, uno de los *carismas* (J. M. David) necesarios.

La elocuencia romana se ejercía, además, en el "elogio fúnebre" *(laudatio funebris)* dedicado a los muertos de las grandes familias patricias. Durante las exequias, después de un imponente cortejo fúnebre, el hijo o el pariente más próximo del difunto pronunciaba un discurso en su honor y el de su familia, en el Foro, frente al pueblo reunido.

Este uso duró a lo largo de toda la historia de Roma, hasta el Imperio; a partir del fin de la República, el homenaje no estaba reservado exclusivamente a los hombres, sino que podía rendirse también a las mujeres; a la *laudatio* privada *(priuata)* se añadía la *laudatio* pública *(publica),* pronunciada en las mismas condiciones que la precedente, pero por un magistrado comisionado. Estos discursos, eminentemente políticos, desempeñaban un papel importante en las estrategias de afirmación de las grandes familias. La costumbre de la *laudatio* impresionó vivamente a los historiadores griegos de Roma, Polibio y Dionisio de Halicarnaso; este último subrayó la especificidad de la *laudatio* en relación con el *epitaphios* ateniense (Polibio, VI, 53-54; Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas,* V, 17). Mientras que el discurso ateniense era colectivo, dedicado a todos los muertos de la ciudad, el romano era gentilicio, dedicado a una familia; mientras que los discursos atenienses elogiaban a los soldados muertos en la guerra, los romanos alababan a los grandes personajes que habían servido al Estado durante su vida. La diferencia de las formas retóricas refleja aquí, de manera particularmente sorprendente, la diferencia de las estructuras sociales y políticas, y de las representaciones ideológicas. En Roma, la familia conservaba el texto de las *laudationes;* estos discursos constituían a la vez tanto los materiales útiles para los historiadores como los primeros monumentos de la elocuencia latina. Shakespeare inmortalizó el género de la *laudatio* al recrear, a partir de fuentes antiguas, el elogio fúnebre que Marco Antonio hace en honor de César (*Julio César,* acto III, escena II).

Todas estas formas de elocuencia tenían lugar también en el resto de Italia y en las provincias, donde existían senados locales, asambleas, procesos, elogios fúnebres. Pero en Roma la comunicación política tenía una fuerza y una densidad del todo especiales, porque la ciudad era el centro del poder y el nudo de todas las redes. Ahí, el juego de las influencias y de las alianzas de grupos y de partidos basados en la sangre, los intereses, las convicciones, daban a la retórica una intensidad sin igual.

Esta intensidad se acrecentó en el transcurso de los siglos II y I a. C. cuando las luchas sociales provocaron el desarrollo de formas de elocuencia nuevas, ligadas al partido de las reformas apoyado en el pueblo (el partido de los *populares*), a las intervenciones de los tribunos de la plebe, o incluso a participaciones brillantes de jóvenes ambiciosos

que iniciaban una carrera en el escenario de la Ciudad *(Vrbs)* gracias a una acusación exitosa contra un senador. El modelo retórico tradicional de la aristocracia senatorial fue criticado por oradores que privilegiaban la acusación —contrariamente al ideal del *patronus* inclinado más a la defensa—, quienes, en lugar de mantener una actitud digna y superior, usaban formas violentas del *pathos,* recurrían a la súplica para despertar la compasión *(miseratio),* gesticulaban. De ahí los conflictos entre retóricas y modelos retóricos.

No olvidemos, por otra parte, que los siglos III, II y I son la época de la conquista de la cuenca del mediterráneo por Roma y que los intereses económicos, políticos y militares puestos en juego eran enormes, más grandes de lo que jamás habían sido en cualquier otra ciudad del mundo antiguo. Finalmente, en los últimos tiempos de la República, reinaba una atmósfera de revolución permanente, lo que implicaba violencia, corrupción, presiones sobre las instituciones, sobre las asambleas y sobre la justicia.

Todos estos elementos contribuyeron a dar a las luchas políticas una aspereza sin precedentes. La diferencia entre Atenas y Roma es grande desde este punto de vista. En comparación con los atenienses de la época clásica, los romanos de la República vivían en un mundo más difícil de dominar moralmente y de comprender, un mundo más sometido a influencias externas (dinero, helenismo…), un mundo expuesto a transformaciones cada vez más constantes (donde una sola ciudad, Roma, estaba en camino de convertirse en señora del mundo), un mundo de guerras civiles, de dictaduras, de luchas intestinas. Eso también formó parte de las condiciones de la retórica romana.

Las grandes figuras de la retórica romana antes de Cicerón

La compilación de los fragmentos de la elocuencia romana de la época republicana (por E. Malcovati, 1955) comprende 176 nombres de oradores, distribuidos desde el comienzo del siglo III al final del siglo I a. C; de ese número, aproximadamente la mitad es anterior a Cicerón, la otra mitad es contemporánea o ligeramente posterior a él. En la mayoría de los casos, estos oradores fueron políticos notables, cuya elocuencia se realizaba en las formas institucionales arriba descritas. Sus discursos (a

excepción de Cicerón) no se conservaron, se conocen solamente por su transcripción, citas y testimonios, transmitidos sobre todo por Cicerón en el *Bruto*, por los historiadores (Salustio, Tito Livio, Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Apiano), por los coleccionistas de *exempla* (Valerio Máximo) o por los eruditos de la época imperial (Aulo Gelio). Esta transmisión, necesariamente, no se dio sin selección y sin deformación. Permite, sin embargo, distinguir las figuras más representativas. Nosotros abordaremos aquí las del periodo preciceroniano.

El primer discurso importante de la historia romana es el apólogo de los miembros y del estómago, pronunciado en los primeros años de la República, en 494 a. C., al que se refiere, entre otros, Tito Livio (II, 32). Cuando los soldados de la plebe dejaron de obedecer a los cónsules e hicieron una secesión en el Monte Sacro (o en el Aventino), el Senado les envió, para negociar, a Menenio Agripa, "orador elocuente, cuyos orígenes plebeyos lo hacían popular". Se introdujo en el campamento y contó la fábula de cómo un día los miembros del cuerpo se separaron del estómago reprochándole que se alimentara gracias a ellos sin hacer nada; cuando se vieron a punto de perecer, comprendieron que si el estómago recibía sus alimentos gracias a ellos, él, por su parte, los alimentaba después. El efecto del discurso fue inmediato, y la cólera de los plebeyos se apaciguó, de suerte que fue posible llegar a un acuerdo (que fue la creación de los tribunos de la plebe). Es muy probable que esta famosa anécdota haya sido una elaboración legendaria con un fundamento histórico difícil de precisar. Retóricamente, presenta dos características importantes: la de una elocuencia política que se desarrollaba en el marco de luchas sociales y la de una elocuencia de tipo antiguo, pretécnica, pues se basa en una simple narración y no en una demostración argumentada. Tito Livio se interesó precisamente en esto último al calificar la apología de "procedimiento oratorio arcaico y rudo" *(prisco illo dicendi et horrido modo)* —lo cual no quiere decir que no sea persuasivo.

Con Apio Claudio el Ciego *(Caecus),* entramos en un terreno histórico más seguro (por esta razón la antología de E. Malconvati comienza con este orador). Era un lejano ancestro del Apio Claudio mencionado al comienzo de este capítulo. Censor, luego cónsul, en el cambio del siglo IV al III a. C., responsable de medidas relativas a los cultos, a la reforma del alfabeto, a la divulgación del derecho, constructor de la vía Apia, autor,

quizá, de versos pitagóricos, Apio Claudio el Ciego era un hombre de Estado abierto e innovador. Entra en la historia de la retórica gracias al discurso que pronunció en el Senado en 280 a. C., ya para entonces anciano y ciego, con el fin de hacer rechazar las ofertas de paz del rey Pirro que había invadido Italia (con toda razón, pues Pirro se batiría en retirada pocos años después). Al parecer, una versión de este discurso circulaba en la época de Cicerón (además de la interpretación poética que de él había hecho Enio en los *Anales*), aunque es probable que no fuera auténtica.

Catón el Viejo (Marcus Porcius Cato, llamado Catón el Censor, 234-149 a. C.) fue el primer orador romano que publicó sus discursos, es decir, que no se contentó con conservarlos en privado (como se hacía, por ejemplo, con las *laudationes funebres*), sino que los puso en circulación, sea de manera autónoma, sea insertándolos en su obra histórica intitulada *Orígenes*. Cicerón dice haber encontrado y leído más de ciento cincuenta discursos de Catón (*Bruto,* 65). De ellos conocemos hoy ochenta, todos reducidos a un título o algunos breves fragmentos.

Los discursos de Catón siguen el curso de su brillante carrera militar y política: arengas a las armadas que comandó en España; mensajes diplomáticos durante las misiones, en Atenas por ejemplo; reprimendas severas durante su periodo como censor; numerosos alegatos, dirigidos al Senado y al pueblo. En 167 pronunció frente al Senado un discurso a favor de los rodios, contra los cuales algunos querían declarar la guerra; en 149, último año de su vida, pronunció frente al pueblo un discurso vehemente contra Servio Sulpicio Galba, el cual —gran orador él también— no debió su salvación sino a la compasión que supo despertar en los jueces; estos dos discursos figuran entre los restos de los *Orígenes* (libros V y VII). Cicerón dedica grandes elogios al talento oratorio de Catón, que se caracteriza por la eficacia así como por la variedad de los tonos y de las formas (una forma donde Catón descollaba particularmente era la invectiva), emitiendo, sin embargo, reservas sobre un estilo aún rígido, *áspero,* poco rítmico.

Catón fue también el primer teórico romano de la retórica, como lo atestiguan dos sentencias tomadas de una obra, de forma incierta, dirigida a su hijo Marco. La primera de estas sentencias afirma que "el orador es un hombre de bien, hábil para hablar" (fragmento 14, ed. Jordan: *Orator est, Marce fili, uir bonus, dicendi peritus*). Profunda en su concisión, esta definición subraya la necesaria asociación de los dos aspec-

tos: de un lado, la competencia oratoria que es dominio de un arte o de una técnica *(dicendi peritus);* pero, del otro, la calidad moral y social de aquel que forma parte de los "buenos ciudadanos", miembros de las altas clases y apegados a las estructuras y a los valores tradicionales de la ciudad romana (tal es el sentido de la noción de *uir bonus,* que aparece de nuevo en otra parte en la obra de Catón). La segunda sentencia es: "Domina el tema, las palabras seguirán" (fragmento 15, ed. Jordan: *Rem tene, uerba sequentur*). Se trata de contraponer el dominio del caso, en su dimensión material y jurídica *(res),* y el dominio de las palabras que servirán para defenderlo *(uerba);* más ampliamente, se trata de confrontar fondo y forma, contenido y expresión, actitud práctica y actitud verbal, en cada caso en preferencia del primer término de la antítesis. Así pues, estas dos fórmulas se complementan para expresar no el rechazo de la retórica en sí misma, sino el rechazo de una retórica que no sería sino técnica y lengua, puro virtuosismo. Catón polemiza contra el rebuscamiento formal, pero reconoce la retórica como legítima si se apoya en los valores y en la realidad.

Tanto en su práctica como en su teoría de la elocuencia, Catón era tradicionalista, pero de ninguna forma arcaico. A pesar de reclamar ostensiblemente valores tradicionales, de reafirmar la legitimidad del patronazgo, el papel del *bonus uir,* la importancia de la *fides,* integraba también las novedades, hablando sin descanso, publicando, conceptualizando. Esta actitud estaba en consonancia con su situación de "hombre nuevo" *(homo nouus):* aunque no pertenecía a la aristocracia senatorial ni era incluso originario de Roma, Catón construyó su carrera gracias en gran medida a su actividad oratoria, pero tuvo la inteligencia de revestir este recorrido no clásico con una referencia constante a los valores fundacionales de la romanidad. La misma unión de tradición manifiesta y de innovación profunda se encuentra en otros campos de su pensamiento y de su acción, donde se presentó como guardián de los valores romanos y enemigo de las novedades corruptoras, en su reflexión sobre los problemas de su tiempo (en relación con el imperialismo o en relación con la agricultura).

Los Graco (Tiberio Claudio Graco, 162-133 a. C., y Gayo Claudio Graco, hermano del anterior, 154-121 a. C.) representaron una trayectoria opuesta a la de Catón. Pertenecientes a la más alta nobleza, pues su madre Cornelia era hija de Escipión el Africano, enfrentaron los privilegios del

Senado, adoptaron, en tanto que tribunos de la plebe, leyes favorables al pueblo y a los caballeros, intentaron reformas, especialmente agrarias, y perecieron, ambos, asesinados a instigación de los senadores. A causa de sus grandes dotes oratorias, su suerte inspiró grandes lamentos a Cicerón, quien, por otra parte, no compartía sus opiniones políticas:

> ¡Si Tiberio Graco y Gayo [Papirio] Carbón hubieran tenido la misma voluntad de administrar correctamente los asuntos del Estado como talento para la oratoria! […] La muerte prematura [de Gayo Graco] fue una gran pérdida tanto para la República como para las letras latinas (Cicerón, *Bruto,* 103, 125).

Para comprender la retórica de los Graco, hay que representarse las asambleas incesantes en el curso de las cuales fueron preparadas y discutidas sus leyes, no solamente en Roma, sino también en las zonas rurales, cuando se trataba de reformas agrarias; hace falta imaginarse las reuniones apasionadas, los discursos impetuosos, las riñas en torno de la tribuna, toda una atmósfera sediciosa o revolucionaria. Según Plutarco, la elocuencia de Tiberio era más lógica y reposada; la de Gayo, más arrebatada y apasionada (*Vida de Tiberio Graco,* 2, 2-3). El menor, que era el mejor orador de los dos, se distinguía en parte por una "acción" vehemente, deslizándose en la tribuna y haciendo movimientos con la toga mientras hablaba. Colocaba detrás suyo, cuando hablaba en público, un músico provisto de una flauta cuya tarea era indicarle la nota justa (de darle la nota *la* de alguna forma), a fin de permitirle entonar convenientemente su voz (hecho referido por muchos autores, entre ellos Cicerón, *Acerca del orador,* III, 225).

La retórica revolucionaria de los Graco suscitó, como reacción, una renovación de la retórica de los *boni*. Los dos mejores representantes de esta retórica senatorial, en el paso del siglo II al I a. C., fueron Marco Antonio (143-87 a. C.), abuelo de Marco Antonio el triunviro, y Lucio Licinio Craso (140-91 a. C.), dos personajes que Cicerón admiró en su adolescencia y a quienes presentó como interlocutores principales en su diálogo *Acerca del orador*. Ejemplos típicos y eminentes de oradores romanos, con la dimensión política que ello presupone, recorrieron ambos la carrera de honores hasta el consulado y la censura, ejercieron el poder proconsular en una provincia, lograron el triunfo (Antonio) o

fracasaron en lograrlo (Craso). Pronunciaron toda clase de discursos y fueron en particular grandes *patroni*. M. Antonio murió asesinado por orden de Mario y su cabeza fue expuesta en los *rostra,* mientras que Craso falleció a causa de una pleuritis contraída cuando pronunciaba un discurso en el Senado.

Según el testimonio de Cicerón *(Acerca del orador* y *Bruto),* Antonio descollaba sobre todo en el género judicial, en el que mostraba una eficacia admirable gracias a la fuerza de sus demostraciones, a una acción persuasiva y a una inmensa memoria; en contraste, no recurría casi a procedimientos del estilo. No publicaba sus discursos "para poder negar un día lo que no debía haber dicho" (Cicerón, *En defensa de A. Cluencio,* 140; Valerio Máximo, VII, 3, 5): fórmula que no debe considerarse como una profesión de cinismo desvergonzado, sino sobre todo como una estrategia de gran abogado que quiere conservar las manos libres para defender por todos los medios a cada uno de sus clientes sucesivos. Había escrito un pequeño tratado de retórica que abordaba especialmente los estados de causa.

Mientras que Antonio creía sobre todo en la práctica y en la experiencia, Craso, por el contrario, poseía una vasta cultura general y conocimientos particulares en jurisprudencia. Destacaba en el estilo, la forma, y en el arte de la réplica. Obtuvo provecho de estas cualidades en un difícil asunto de sucesión que tuvo cierta resonancia, la *causa Curiana,* donde obtuvo la victoria gracias a la solidez de su argumentación jurídica y a la riqueza de sus recursos retóricos.

La conquista de la retórica griega

Desde Apio Claudio el Ciego, quien acercó Roma hacia la Italia meridional y hacia sus influencias helénicas, hasta Craso, que hablaba perfectamente el griego, todos los oradores romanos se han enfrentado al griego y a la retórica griega. Este hecho tuvo consecuencias muy importantes.

Hoy ya no sucede como antes, cuando se pensaba que en el terreno intelectual los romanos se limitaban a traducir e imitar a los griegos. Los estudios actuales han demostrado que las cosas sucedieron de una manera mucho más compleja y más interesante. La imagen que expresa mejor el proceso, sin duda, es la de la conquista. Así como Roma

conquistó por las armas toda la cuenca mediterránea, así también, y de manera simultánea, conquistó los tesoros científicos e intelectuales que existían en el mundo de lengua griega, se los apropió y los utilizó para su propia grandeza, de donde mana en buena medida la cultura de la Europa occidental. Tal fue el milagro romano, que tomó el relevo del milagro griego, y que constituyó, en suma, el segundo nacimiento de la retórica. Si imaginamos a los romanos como unos rústicos que traducen servilmente textos griegos demasiado sutiles para ellos, nos equivocamos por completo. Más bien debemos imaginárnoslos como aristócratas refinados, bilingües, fastuosos y crueles por gusto, que se apoderaban de la retórica y de los oradores griegos, haciendo de ellos instrumentos suplementarios para dominar el mundo; hay que imaginárselos como pensadores que dan una nueva vida a los conceptos griegos.

Inevitablemente, al incorporar en cierta manera la cultura griega, Roma se transformó ella misma. Ése es el sentido de los célebres versos de Horacio:

> Grecia conquistada conquistó al feroz vencedor y las artes
> llevó al agreste Lacio.
> *Graecia capta ferum victorem cepit et artes*
> *Intulit agresti Latio.*
>
> (*Epístolas,* II, 1, 156-157)

Capta... cepit: Horacio resume en un oxímoron con fuerza retórica el complejo fenómeno de la conquista y de su repercusión en el propio conquistador.

Los romanos partieron del principio de que el arte de la palabra era una característica propia de los griegos, convicción que se expresa, incluso después de Cicerón, entre los poetas augusteos:

> Otros harán respirantes bronces más blandos
> creo por cierto; sacarán vivos rostros del mármol;
> defenderán mejor las causas […].
>
> (Virgilio, *Eneida,* VI, 847-849. Trad. de Bonifaz Nuño, BSGRM)

> A los griegos ingenio para hablar con boca armoniosa,
> la Musa otorgó [...].
>
> (Horacio, *Arte poética,* 323-324)

Según los estereotipos nacionales, los griegos ofrecían la imagen de especialistas en las artes, las ciencias, la filosofía, en oposición a los romanos orientados sobre todo a la agricultura, el derecho, la administración o la guerra. En efecto, por lo que concierne a la retórica, la distancia era grande. En el siglo III a. C., la retórica griega había alcanzado un grado de elaboración muy importante, mientras que Roma no conocía aún nada semejante. Los romanos fueron entonces a buscar el arte de la palabra allí donde estaba, entre los griegos.

En los siglos II y I a. C., los jóvenes romanos hacían con frecuencia estancias de estudio en Atenas, en Asia menor o en Rodas, para recibir ahí la enseñanza de los rétores y de los filósofos. Los magistrados de paso por las provincias helénicas asistían con gusto a conferencias o a debates; es el caso, por ejemplo, en el tratado *Acerca del orador* de Cicerón, de Marco Antonio, que hizo una parada en Atenas durante su travesía hacia Sicilia, o de Licinio Craso, que visitó al rétor Metrodoro durante su cuestura en Asia (el mismo Craso, añade Cicerón, se había ejercitado durante su juventud, traduciendo al latín discursos de los más grandes oradores griegos). Los políticos exiliados aprovechaban sus vacaciones forzadas para convertirse en oyentes de alguno de ellos.

En cambio, los oradores y filósofos griegos llegaban a establecerse en Roma o en Italia, a veces expulsados de su patria por circunstancias políticas y atraídos por la protección de poderosos patronos. Tal fue el caso de Panecio, de Filón de Larisa, de Filodemo. Los Graco tuvieron como maestros a rétores griegos, entre quienes se encontraba el muy elocuente Diófanes de Mitilene, que formó a Tiberio. Emilio Paulo rodeó a sus hijos de preceptores griegos, entre ellos "gramáticos, sofistas y rétores" (Plutarco, *Vida de Emilio Paulo,* 6, 9). En esta época, la lengua griega era muy conocida en Roma. Apolonio Molón, orador y teórico de la retórica, maestro de muchos romanos en Rodas y en Roma, que llegó en una embajada a la ciudad en el 81 a. C. para defender la causa de los rodios, fue el primero en expresarse en griego, sin intérprete, en el Senado.

La enseñanza retórica en griego no era suficiente. Para responder a una creciente demanda de formación en este campo, se desarrolló una enseñanza de la retórica en latín, mediante la transposición y adaptación de los modelos griegos. Algunos manuales de retórica se escribieron en esta lengua, como el de Marco Antonio o la *Retórica a Herenio,* y los ora-

dores practicaron los ejercicios oratorios con sus alumnos. Lucio Plocio Galo, un cliente de Mario, abrió en Roma, en el 93 a. C., la primera escuela de retórica en latín.

La introducción de la retórica griega en Roma no estaba exenta de suscitar resistencias. La noción misma de un arte de la palabra, concebida como facultad técnica utilizable y transmisible según el gusto de cada quien, entraba en conflicto con los valores de la "confianza" *(fides),* de la "autoridad" *(auctoritas)* o del "aprendizaje del Foro" *(tirocinium fori)*. Proveniente del mundo griego, para colmo, este arte era por definición extraño a la tradición nacional romana. Ahora bien, cuando el arte era enseñado en latín, representaba un peligro añadido a los ojos de la aristocracia senatorial, en la medida en que esta poderosa arma que constituía la retórica era entonces puesta al alcance de un número mayor de personas de una forma que era fácil de reutilizar. Todas estas razones explican la desconfianza mostrada por algunos romanos que, no obstante, conocían bastante bien la cultura griega, como Catón cuando escribía que se debía "examinar" la literatura griega, pero no "estudiarla a fondo" (*A su hijo Marco,* fragmento 1, ed. Jordan: *inspicere, non perdiscere*), o Craso y Antonio que daban la impresión "uno de despreciar a los griegos, el otro de ni siquiera conocerlos" (Cicerón, *Acerca del orador,* II, 4). En el 161 a. C., los filósofos y rétores fueron expulsados de Roma por un senadoconsulto. En el 92 a. C., Craso, siendo censor, publicó con su colega un edicto que prohibía las escuelas de maestros de retórica que enseñaban en latín *(rhetores Latini)*. Esta medida, que podría parecer paradójica de parte de un hombre que era él mismo un gran orador, parece haber obedecido a un complejo conjunto de motivos políticos (reacción aristocrática contra un instrumento de promoción de los *populares*) e intelectuales (defensa de una formación amplia, extendida a la cultura griega, a la filosofía y a la historia, contra una enseñanza de contenido contemporáneo e utilitario). Sin embargo, las reacciones de desconfianza y los intentos de detención no tuvieron un efecto duradero contra el irresistible movimiento de aclimatación de la retórica en Roma durante los dos siglos siguientes de la República.

Esta aclimatación trajo consigo la creación de un vocabulario. La retórica se vio con ello frente a un problema general, que se presentó en otros campos, especialmente en la filosofía, las ciencias, la arquitec-

tura (Vitruvio), etcétera: la creación de un léxico latino especializado en un campo donde ya existía una terminología griega. Las razones que empujaban a una creación semejante son evidentes: aunque el griego era comprendido por muchas personas, el paso al latín era indispensable para asegurar la autonomía y la grandeza intelectuales de Roma. La dificultad era saber cómo llegar a ella. A pesar de que se quejaban de una inferioridad inicial del latín frente al griego cuando se trataba de expresar pensamientos complejos y sutiles (conocemos, por ejemplo, las declaraciones de Lucrecio sobre "la indigencia de la lengua paterna", *De la naturaleza,* I, 832, y III, 260), los romanos supieron remediar bastante bien esta situación. Pensaron, como dice Quintiliano, que "había que atreverse" (*Institución oratoria,* I, 5, 72), incluso si la creación verbal parecía menos fácil en griego que en latín.

Una primera solución consistía en contentarse con transcribir. Enio (siglos III-II a. C.) escribe *rhetorica,* calcado del griego *rhêtorikê;* Lucilio (siglo II a. C.), *schema,* del griego *skhêma.* Una segunda solución, más compleja y enriquecedora, consistía en traducir y adaptar, operación que hacía surgir configuraciones y campos semánticos nuevos. Por ejemplo, Enio traduce *peithô* ("persuasión") por *suada:* mientras que la palabra griega se remite, por su raíz, a la idea de "confianza" (comparar *peithô* con *fido, fides*), la palabra latina evoca la idea de "placer" y de "dulzura" (comparar *suada* con *hêdys, suauis*). Aplicadas, una a Pericles; la otra, a Marco Cornelio Cetego (cf. Cicerón, *Bruto,* 57-59), estas dos palabras marcan una diferencia, además desatendida en lo que se refiere a la repartición de los roles, entre la autoridad del dirigente griego, apodado el "Olímpico", y la dulce expresión del político romano.

Para designar la retórica, el latín empleó preferentemente *eloquentia* ("elocuencia") y *ars dicendi* ("arte de hablar"). Para designar al orador, empleó diversas palabras: *rhetor* (calco del griego *rhêtôr*), que se aplica al maestro de retórica y que con frecuencia es peyorativo; *orator,* el término más noble, que se daba inicialmente a aquel que habla a favor de alguien (embajador, portavoz) y cuyo uso se extendió para aplicarse a todo individuo capaz de hablar bien, conservando frecuentemente el matiz de personaje público, jefe de grupo o de representante de una colectividad; *patronus*, que, como vimos, se refiere a una realidad propiamente romana y apunta a un vínculo social, así como una competencia

retórica; *advocatus,* que designa propiamente a aquel que ayuda a un litigante; *causidicus*, término peyorativo.

Para designar la "figura" de estilo (en griego *skhêma*), el latín adoptó mayoritariamente, a partir de Quintiliano, la palabra *figura* (en el sentido de "forma", "aspecto"). Pero esta traducción había sido precedida de toda clase de intentos: en la *Retórica a Herenio, exornatio* ("ornamentación"); en Cicerón, *ornamentum* ("ornamento", "adorno"), *lumen* ("efecto brillante"), *conformatio* ("conformación"), *forma* ("forma"), *gestus orationis* ("actitud del discurso"). Para designar la "prueba" (en griego *pistis, eikos, sêmeion, tekmêrion*), el latín utilizó *argumentum, probabile, signum,* sin hacer corresponder de manera sistemática una palabra latina con otra griega, sino utilizando recursos propios de la lengua latina. La "evidencia" fue expresada con la palabra *euidentia,* término inventado por Cicerón, y sensiblemente más complejo, desde un punto de vista epistemológico, que su correspondiente griego *enargeia*. La "conveniencia" se expresó con las palabras *aptum* y *decorum (quid deceat);* este último término es bastante rico, pues la raíz del verbo *decet* evoca simultáneamente *docere* ("instruir", en el sentido de una buena recepción), *dignitas* ("dignidad", "capacidad de imponerse") y *decus* / *decor* ("belleza"). La "pureza de la lengua", en griego *hellênismos,* deviene *latinitas* (¡y no *romanitas*!). Cuando entramos en el detalle de la terminología, los ejemplos de este tipo se multiplican, con las denominaciones de los estados de la causa, de las partes del discurso, de cada una de las figuras, etc., todas manifiestan una búsqueda consciente, productiva, en ocasiones no exenta de titubeos, en el sentido de una adaptación justa y apropiada de la terminología griega (la cual, estaba lejos, ella misma de estar unificada).

Se debe notar que con frecuencia las palabras latinas, aunque presentan en el origen un sentido distinto del correspondiente griego, retomaron el sentido de la palabra griega a la que eran equivalentes, siguiendo el proceso del calco semántico. El semantismo de las palabras griegas fue asimilado entonces —conquistado, se puede decir también en este caso. De esta manera la palabra *ars,* que reposa en una raíz diferente de la de la *tekhnê* y que conservó siempre rasgos propios (sentido de "habilidad", "modos"), se impregnó de todos los sentidos de *tekhnê* y funcionó como su equivalente exacto. De esta manera se constituyó el léxico específico de la retórica latina, cuya influencia debería ser con-

siderable, pues del latín nació mayoritariamente la terminología retórica de las lenguas de la Europa moderna.

La *Retórica a Herenio* muestra la creación de una retórica en lengua latina. Ese tratado mayor descansa en fuentes griegas y las adapta a la realidad romana. Es el primer tratado latino conservado y también el primer manual sistemático que poseemos después de la *Retórica* de Aristóteles y la *Retórica a Alejandro;* más aún, es el primer tratado completo, en cuanto a que abarca todas las partes del arte y ofrece, en una síntesis notable, un verdadero *compendium:* toda la retórica en un volumen de poco más de doscientas páginas. El plan de la *Retórica a Herenio* es complicado por el hecho de que el tratado sigue muchos principios de organización a la vez (partes del discurso, géneros discursivos, tareas del orador…). Los dos primeros libros, que examinan principalmente el género judicial, estudian las partes del discurso y los estados de causa. El tercer libro reúne preceptos sobre la *inuentio* en los géneros deliberativo y demostrativo, sobre la disposición, la acción, la memoria. El cuarto libro, que ocupa él solo casi la mitad de la obra, está consagrado al estilo.

Este tratado fue compuesto en los años 86-83 a. C., probablemente, por un autor desconocido (la atribución a Cicerón, que aparece al final de la Antigüedad, debe ser descartada; algunos modernos han propuesto atribuirla a Cornificio). El autor se apoya en fuentes griegas que conoce tanto por lectura directa como gracias a la enseñanza de un "profesor" *(doctor),* también anónimo. Esta utilización de fuentes griegas explica que hayamos citado muchas veces la *Retórica a Herenio* en el transcurso del capítulo precedente, en calidad de testimonio sobre la doctrina helenística de los géneros de estilo, de las figuras o de la memoria, principalmente.

De estas fuentes griegas, el autor hace la síntesis mezclando, combinando y seleccionando libremente, siguiendo un método que recuerda el de la *contaminatio* en el teatro (concepto importante en la historia del helenismo en Roma que designa la confección de una comedia latina a partir de muchos modelos griegos). Sobre todo tiene el empeño de volver natural la *tekhnê* griega, puesto que procede de manera similar a los *rhetores Latini,* cuyas escuelas había ordenado cerrar algunos años antes un edicto censorial. Se adivina, al leer entre líneas, que el autor del tratado es un caballero o, más bien, un senador, pero cercano a los

populares, admirador de los Graco, pues había ejercido funciones en la guerra y en la administración y se sitúa en el movimiento de Mario. Dedica su tratado a un tal C. Herenio, que, afirma, se lo ha pedido, y expresa su intención de no perderse en especulaciones —como hacen los griegos—, sino proporcionar un manual que pueda utilizar directamente un joven romano (I, 1). De ahí el tratamiento de los ejemplos: en lugar de tomarlos de distintos autores, los saca de sus propios recursos (IV, 1-10), ya sea inventándolos, ya extrayéndolos de sus propios discursos, con el fin de relacionar los preceptos con las condiciones concretas de la historia reciente y la política romana. La *Retórica a Herenio* ofrece así un testimonio completo y acabado de la aclimatación de la retórica griega en Roma a comienzos del siglo I a. C.

Cicerón

Cicerón (106-43 a. C.), cuyo nombre aparece muchas veces en este capítulo y en el anterior, domina en todo su esplendor la retórica de la época helenística y romana. Con frecuencia se le ha comparado con Demóstenes, especialmente en las *Vidas paralelas* de Plutarco, y él mismo sugirió tal aproximación al designar como *Filípicas* sus discursos contra Antonio, haciéndose eco de las *Filípicas* del orador griego. En efecto, resulta lógico comparar los excepcionales talentos retóricos de Demóstenes y de Cicerón, pues ambos apoyaron sus carreras políticas en la fuerza del discurso, combatieron uno y otro por la libertad y terminaron sus días como proscritos. Incluso sus fracasos pueden ponerse en relación, puesto que ningún orador, por muy grande que sea, está a salvo de una derrota inesperada: tal fue la desdicha de Demóstenes como embajador cuando perdió seguridad y permaneció mudo frente a Filipo (cf. Esquines, *Sobre la embajada infiel,* 34-35), como también la de Cicerón, abogado de Milón, cuando quedó turbado frente a los soldados de Pompeyo (cf. Plutarco, *Vida de Cicerón,* 35, 5). Pero la comparación entre Demóstenes y Cicerón es insuficiente, pues Cicerón no se contentó con ser político y orador, siguiendo el modelo de su predecesor griego, sino que fue igualmente teórico, historiador y filósofo del arte retórico. En la historia de la retórica, ocupa un lugar sin parangón, porque desempeñó simultáneamente distintos papeles, en correspondencia con los

que habían desempeñado en Atenas no sólo Demóstenes, sino también Aristóteles y Platón.

Nacido en Arpino, a unos 120 km de Roma, en una familia de rango ecuestre, Cicerón fue un "hombre nuevo", el primero de su familia en hacer una gran carrera: una ascensión que se explica por su genio personal y, en particular, por su dominio en el terreno de la lengua y el pensamiento. Desde su adolescencia, se formó en Roma, donde adquirió una educación muy amplia, que incluía derecho, filosofía, poesía, retórica. Por lo que hace a esta última, fue confiado por su padre a Marco Pupio Pisón, orador ya reconocido; realizó ejercicios de declamación en latín y en griego, tradujo obras griegas al latín (especialmente del *Protágoras* de Platón), escuchó a los más grandes oradores de la época (Antonio, Craso), y siguió, como vimos, las lecciones filosóficas y retóricas del académico Filón de Larisa. Más tarde, en 79-77, completó su formación durante un largo viaje a Atenas, a Asia menor y a Rodas, que le permitió frecuentar a muchos filósofos y oradores griegos (entre ellos Apolonio Molón, a quien ya había escuchado en Roma y quien se encargó de su formación en Rodas). De este viaje volvió "cambiado" (*Bruto,* 316), menos exuberante y más fuerte.

La carrera oratoria de Cicerón se extiende por casi cuarenta años luego de su primer discurso, *En defensa de Quincio* (81 a. C.), hasta su muerte. El número de discursos que pronunció se eleva a ciento cincuenta aproximadamente, hasta donde sabemos, de los cuales se conservan cincuenta y ocho. Los discursos se distribuyen en dos géneros: judiciales, los pronunciados para la acusación o la defensa ante los tribunales, y las arengas políticas, ante el Senado o el pueblo. Se calcula que Cicerón obtuvo la victoria en el 82% de los casos (J. E. Granrud, "Was Cicero Successful in the Art Oratorical?". *The Classical Journal,* 8, 1912-1913, p. 242); esta cifra, que se basa en aproximaciones, no debe considerarse como un dato preciso, pero muestra bastante bien la eficacia de quien fue un abogado *(patronus)* y un orador político de éxito. Dado que Cicerón no redactaba íntegramente sus discursos antes de pronunciarlos, los textos que leemos son versiones revisadas, reescritas, aumentadas (o, a veces, por el contrario abreviadas, como el *En defensa de Murena*) con miras a la publicación. El autor cuidaba él mismo la edición, auxiliado por su liberto y secretario Tirón (inventor de un sistema estenográfico llamado *notas tironianas*); el amigo fiel, Ático, se

encargaba de hacer copiar y poner en venta los ejemplares. En el siglo I d. C., el gramático Quinto Asconio Pediano proveyó los discursos de comentarios históricos de un gran valor. De este vasto corpus, tres conjuntos se desprenden como particularmente importantes: las *Verrinas,* las *Catilinarias,* las *Filípicas*.

Cicerón tenía treinta y seis años y ya era conocido como abogado cuando las ciudades de Sicilia le pidieron, en 70 a. C., que los representara en el caso de Verres. El asunto era serio. Verres había sido acusado de haber cometido robos y abusos de poder en detrimento de sus administrados cuando era propretor en Sicilia (crimen *de repetundis*), pero tenía el respaldo del Senado y su defensa estaba en manos del gran Hortensio. Los sicilianos decidieron dirigirse a Cicerón, no sólo a causa de su notoriedad, sino también porque había sido cuestor en Sicilia y había dejado un buen recuerdo en la isla. Cicerón aceptó, no sólo porque la *fides* lo ligaba a los sicilianos, de quienes se hacía de alguna manera el *patronus,* al hacerse cargo de sus intereses, sino porque la causa era notable y estaba orientada en un sentido que, sin duda, le convenía (defensa de intereses griegos, lucha contra el bloqueo excesivo de la vida política impuesta por el Senado). En la fase preliminar del proceso, Cicerón logró constituirse como el acusador de Verres, contra el hombre de paja, Cecilio, por quien la parte adversa lo quería sustituir *(Discursos contra Q. Cecilio,* llamado *La adivinación).*

En los términos de la ley, un proceso como éste debía ser objeto de dos acciones sucesivas, siendo el juicio pronunciado el resultado de la segunda acción. Verres y sus defensores esperaban diferir esta segunda acción hasta el año 69, cuando las circunstancias serían más propicias (el presidente del tribunal sería Marco Cecilio Metelo, favorable al acusado, y el defensor, Hortensio, sería cónsul). Entonces, mientras que la defensa contaba con maniobras dilatorias, por su parte, el talento de Cicerón consistió en comprender que debía actuar rápido. Aunque se había suscitado en el mismo tribunal otro proceso para retardar el de Verres, y aunque Cicerón mismo fue, durante ese año, candidato a edil (y fue elegido), el asunto fue tratado con energía. Cicerón realizó algunas investigaciones en Roma, donde examinó los libros de cuentas de Verres y los archivos de las aduanas, y en Sicilia, donde reunió todas las pruebas posibles de exacciones del gobernador. En cincuenta días la investigación estaba terminada, y cuando la primera acción se llevó a cabo, en agosto del 70, el objetivo de

Cicerón era lograr una victoria rápida y lo suficientemente aplastante para que la parte adversa renunciara a continuar el proceso: lo que ocurrió. En lugar de una majestuosa apertura que contara con la participación de numerosos asistentes, Cicerón se contentó con una requisición prolongada (la *Primera acción contra C. Verres*), e hizo desfilar los testigos de cargo —alrededor de cincuenta testigos individuales y una treintena de delegaciones enviadas por las ciudades de Sicilia; sus deposiciones, que duraron ocho días, fueron tan agobiantes que Verres renunció a su defensa y partió voluntariamente en exilio a Marsella.

El proceso se interrumpió entonces, terminado sólo por un veredicto de condena y por la estimación de las indemnizaciones debidas a los sicilianos. Pero Cicerón había preparado sus argumentos con miras a la segunda demanda. Y aunque ésta no tuvo lugar, publicó de todas formas las requisitorias, que hubiera podido pronunciar en esa ocasión, bajo la forma de cinco discursos, que componen la *Segunda acción contra C. Verres,* donde cada uno detalla un aspecto de los crímenes cometidos por el acusado: *La pretura urbana, La pretura de Sicilia, El trigo, Las obras de arte, Las torturas*. El conjunto, notable a la vez por el poder argumentativo y por el talento literario, recurre al patetismo, la indignación, la ironía, lo pintoresco, y pinta algunas escenas inolvidables. Con esta publicación Cicerón quiso justificar el resultado del proceso al dar a conocer las pruebas con que contaba, e influir a largo plazo sobre la opinión, denunciando los excesos de una cierta aristocracia senatorial. Luego de haber litigado la primera acción, de manera victoriosa, el texto escrito la prolongaba, mediante sus recursos literarios, y le confería una imagen durable y fiel. De modo accesorio, el discurso *Sobre las obras de arte* ofrecía por añadidura una contribución importante a la lengua latina de la crítica de arte.

Después de esta victoria, Cicerón se había convertido en el primero de los oradores y en un político eminente. Fue edil, pretor, finalmente, cónsul, y bajo este cargo tuvo que enfrentar la conjura de Catilina, que reprimió con la fuerza. La serie de cuatro *Catilinarias,* pronunciadas en el espacio de un mes (del 8 de noviembre al 5 de diciembre del año 63), marca las etapas de la acción del cónsul. La Primera Catilinaria, dirigida al Senado, buscaba convencer a los senadores de que la conjura era real y obligar a Catilina a dejar Roma; Catilina, que estaba presente en la sesión, buscó responder, pero se vio en desventaja y fue obligado a

abandonar la ciudad. Al día siguiente, en la Segunda Catilinaria, Cicerón se dirigió al pueblo, en el Foro, para denunciar el complot, explicar su actitud contra Catilina y amenazar a los partidarios de éste que permanecieron en Roma. Tres semanas transcurrieron durante las cuales Cicerón encontró el tiempo de llevar a buen término, con Hortensio (que esta vez pleiteaba del mismo lado que él), la defensa de Murena, del que obtuvo la absolución. Mientras tanto, algunas pruebas escritas del complot de Catilina habían sido aseguradas y Cicerón hizo arrestar a los conjurados y pronunció, de nuevo frente al pueblo, la Tercera Catilinaria para relatar la sesión decisiva que acababa de sostener el Senado, y anunciar que Roma había sido salvada, gracias a los dioses y gracias a Cicerón. Dos días después, el Senado se reunió para decidir sobre la suerte de los conjurados; Silano pidió la pena de muerte para los culpables; César, su detención perpetua; Cicerón, en su Cuarta Catilinaria, apoya el consejo de Silano, y gana la decisión, gracias al apoyo de Catón de Útica. Los condenados fueron ejecutados esa misma tarde y Cicerón informó al pueblo de su muerte con la célebre palabra: *Vixerunt* ("vivieron"); Catilina, quien no se encontraba entre los conjurados arrestados, fue asesinado, arma en mano, un mes más tarde.

Desde el punto de vista de la estrategia retórica, las *Catilinarias* son discursos complejos, pues cada uno se dirige de manera simultánea a varios destinatarios y busca múltiples fines diferentes. Cicerón se dirige a la vez a adversarios de Catilina, a quienes quiere tranquilizar y animar; a los partidarios de Catilina, a los que pretende amenazar, y a los indecisos, que intenta movilizar. Salvo la cuarta, cuyo fin está claramente desplegado, estos discursos no pretenden alcanzar una decisión precisa, sino más bien explicar y justificar la acción del cónsul. Su temática es múltiple, como lo eran los resortes de la política romana, poniendo en juego al mismo tiempo el interés, el patriotismo, argumentos prácticos, nociones morales y convicciones religiosas. En estas condiciones, la fuerza de la recopilación radica en que, a pesar de su riqueza, a pesar de la complejidad de las situaciones retóricas y de las líneas argumentativas, el conjunto conserva claridad y unidad. Cicerón emprende la acción para el mayor bien del Estado: tal es la impresión que da, que él ha querido dar. Además, estos discursos están salpicados con partes de antología, especialmente la Primera Catilinaria, que contiene dos célebres prosopo-

peyas de la patria y una magnífica oración final a Júpiter Stator (Júpiter que "detiene" y que simboliza la necesidad de "detener" las amenazas de Catilina). Incluso Salustio, que no quería mucho a Cicerón, reconoció la grandeza de este discurso al que caracterizó como "tan brillante como útil para la República" (*La conjuración de Catilina,* 31, 6).

El consulado fue el punto culminante de la carrera de Cicerón, quien recibió en esa ocasión el título de "padre de la patria". Veinte años más tarde, se encontró en una situación bien diferente en el momento de pronunciar las *Filípicas*. Durante ese periodo, había conocido el exilio, el regreso, la inestabilidad creciente de la República y la evolución hacia un régimen de poder personal, primero con Pompeyo, después con César; había intentado pesar en la vida política tanto cuanto pudo, había pronunciado muchos discursos, había escrito mucho. Y ahora, el peligro venía de Antonio, quien, tras el asesinato de César, estaba en condiciones de tomar el poder en Roma. Las catorce *Filípicas* (catorce conservadas, sobre un total de al menos diecisiete) se distribuyen de septiembre del 44 a abril del 43, con una interrupción en el transcurso del otoño, en que Cicerón aprovechó para escribir los tres libros del tratado sobre *Los deberes*. A excepción de la primera, de tono aún moderado, las *Filípicas* contienen ataques extremamente violentos contra Antonio, a quien Cicerón presenta como aspirante a la tiranía y al que quiere se le declare enemigo público, para favorecer a su rival Octavio. Esta recopilación constituye un monumento en la historia de la invectiva retórica, en el que Antonio queda dibujado como un monstruo que transgrede las leyes de la sociedad, de la naturaleza y de la humanidad. Las *Filípicas* ofrecen también una síntesis de temas ciceronianos sobre el derecho, la historia, la política, la libertad. Finalmente, como ya antes lo hacían los discursos consulares, la antología presenta el interés de contener al mismo tiempo discursos dirigidos al Senado y al pueblo, pronunciados el mismo día o con algunos días de intervalo (*Filípicas,* III y IV, V y VI), lo que permite comparar estas dos formas de elocuencia y apreciar las variaciones de tono y de argumentación aportadas por Cicerón en función del auditorio.

A causa de estas invectivas, Cicerón se atrajo el odio de Antonio. Por ello, cuando se formó el segundo triunvirato, alianza táctica entre Antonio, Octavio y Lépido, el nombre de Cicerón figuró entre los diecisiete primeros enemigos condenados a muerte por los triunviros (noviembre 43). Atrapado cerca de Gaeta, en el momento en el que

parecía estar decidido a abandonar Italia, Cicerón fue asesinado por un centurión: su cabeza y sus manos fueron llevadas ante Antonio, quien las hizo colgar en los *rostra.*

Las *Verrinas,* las *Catilinarias* y las *Filípicas* están evidentemente lejos de agotar la obra oratoria de Cicerón. Hay muchas otras obras maestras en el corpus. Hay, de la misma manera, discursos que presentan a Cicerón bajo un rostro menos favorable, menos heroico en todo caso y a veces, incluso adulador, oportunista…

Por otra parte, en las arengas y alegatos, figuran en ocasiones elementos de elogio. Cicerón (en concordancia en este punto con los demás romanos de su tiempo) no se interesaba particularmente en el tercer género, el epidíctico o género del elogio, que en tanto que discurso autónomo, está encasillado para él en la *laudatio funebris*. Sin embargo, dedicó un lugar a este género en su reflexión teórica e insertó aquí y allá elogios en forma en sus discursos judiciales y deliberativos: el elogio de Sicilia en las *Verrinas* (II, II, 2-9), elogio de Pompeyo en el discurso *Sobre el mandato de Pompeyo* (27-49), oración fúnebre de los soldados de la legión de Marte en las *Filípicas* (XIV, 31-35). Con ello, la obra de Cicerón representa el inicio de una aclimatación del elogio retórico —invención griega— en Roma.

Si intentamos resumir en qué consiste el genio retórico de Cicerón, podemos señalar al menos lo siguiente: un lenguaje admirable y llevado a plenitud, una gran fuerza argumentativa, extensos conocimientos jurídicos, una mezcla de rigor, patetismo y verbosidad mordaz, la libertad de construcción y la capacidad de liberarse de las reglas. Cuando Cicerón compartía un juicio con otros abogados, se reservaba en general la peroración, en la que su talento hacía maravillas en cuanto al llamado a las emociones.

Con sus discursos, Cicerón defendió un ideal político que podemos llamar conservador y republicano, y que buscaba favorecer a los "buenos" ciudadanos *(boni, optimates),* es decir, no sólo a los senadores, sino también, siguiendo una base sociológica un poco ampliada, a los caballeros, a los ricos propietarios, a los notables de los municipios. Se empleó en defender las instituciones tradicionales, fundadas en la autoridad del Senado, el respeto de las leyes, "la concordia entre los órdenes" *(concordia ordinum)* y el "acuerdo de la gente de bien" *(consensus bonorum),* bajo la dirección, siempre que fuera posible, de un hombre excepcional, que fuera

el garante de todas estas cosas. La retórica es uno de los lugares donde se formaron o se pusieron en práctica sus ideas políticas.

Naturalmente, estas ideas sufrieron cambios y variaciones en el transcurso del tiempo y según las circunstancias. En las arengas, hay adaptación al auditorio, como fue señalado más arriba: por ejemplo (según los cálculos de G. Achard), cuando se dirige al Senado, Cicerón consagra 16% de su argumentación a mostrar la nobleza de la acción que él preconiza, y 1% solamente cuando se dirige al pueblo, mientras que de manera inversa el argumento de utilidad ocupa un lugar dos veces mayor en los discursos al pueblo que en los discursos al Senado. En los alegatos, hay una adaptación al cliente y a la causa, y a este respecto Cicerón ha expresado toda una deontología de la actividad de *patronus* (que hace eco a la reflexión de Antonio citada más arriba). Según Cicerón, el abogado no debe en absoluto buscar expresar su propio punto de vista, sino orientarse en lo que es útil para la causa:

> Con todo se equivoca plenamente quien piensa encontrar en los discursos que hemos pronunciado ante los tribunales la expresión fiel de nuestras opiniones. Pues todos esos discursos responden al carácter de las causas y de las circunstancias, no al de los hombres y de los mismos abogados. Porque, si las mismas causas pudiesen hablar en su defensa, nadie recurriría a un orador (*En defensa de Cluencio,* 139. Traducción de Aspa Cereza, Gredos).

Además, Cicerón consideraba que la defensa es más noble que la acusación y prefería defender a un culpable más que acusar a un inocente:

> Es siempre obligación del juez seguir siempre lo verdadero en las causas; del patrono defender alguna vez lo verosímil, aún si sea menos verdadero (*Los deberes,* II, 14, 51. Traducción de Bonifaz Nuño, BSGRM).

Practicante de la elocuencia, Cicerón fue también maestro. De conformidad con las normas del "aprendizaje del Foro", numerosos jóvenes de la aristocracia ecuestre o senatorial, llevados cada quien por su padre, se encomendaron a él para aprender mediante su contacto el arte del patronazgo judicial. Asimismo, su círculo comprendía tanto

admiradores como amigos, más jóvenes que él, en compañía de los cuales se dedicaba a ejercicios oratorios, y esto a lo largo de toda su vida. En 46 y 44 todavía, trataba, con Hirtio, Dolabela, Pansa, temas como "los medios para establecer la paz y la concordia entre los ciudadanos" (*Cartas familiares,* IX, 16, 7; *Cartas a Ático,* XIV, 12, 2), entrenamiento para la técnica oratoria que era al mismo tiempo higiene, distracción y trabajo de reflexión sobre la actividad política. Algunos años antes, en 49, Cicerón trataba *in utramque partem,* en griego y latín, *theseis* políticas en relación con las circunstancias actuales, sobre el tema "¿qué actitud tomar ante un tirano?" (*Cartas a Ático,* IX, 4).

Cicerón fue del mismo modo teórico: teórico del arte de la retórica en general y, simultáneamente, teórico de su propia práctica. Comenzó bastante joven, pues su primer tratado, *De la invención,* data de mediados de los años 80 (quizá 84-83 a. C.). Esta obra es contemporánea de la *Retórica a Herenio,* con la que tiene nexos difíciles de precisar (situación que recuerda de cierta manera las relaciones de la *Retórica* de Aristóteles con la *Rétorica a Alejandro*). El tratado *De la invención* y la *Retórica a Herenio* presentan numerosas semejanzas; los dos autores se apoyan, si no en la enseñanza de un mismo maestro, sí al menos en una misma doctrina de base, profesada en Roma en su época. Sin embargo, el tratado de Cicerón es menos completo que su gemelo. Como lo indica su título, sólo trata de la argumentación, abordada según los diferentes géneros y según las partes del discurso, con una insistencia particular sobre la teoría de los estados de la causa; al final de la obra se anuncia un estudio de las otras partes de la retórica —estilo, memoria, *actio*—, pero al parecer este proyecto no se llevó acabo. Por otro lado, el tratado *De la invención* manifiesta, en relación con la *Retórica a Herenio,* divergencias sobre puntos precisos de doctrina: una menor simpatía por los populares y una mayor apertura al helenismo y a la filosofía. Este tratado testimonia búsquedas muy profundas en un autor de poco más de veinte años de edad. Fue para Cicerón un instrumento de trabajo, en la medida de una obra acabada, y le sirvió para preparar la argumentación de sus alegatos. Treinta años más tarde, Cicerón tomó distancia ante *De la invención,* al que se refiere como "aquellas cosas que, siendo nosotros niños o apenas adolescentes, escaparon inacabadas y rudas de nuestros apuntillos" (*Acerca del orador,* I, 5. Traducción de Reyes Coria, BSGRM).

El estado más acabado de la teoría ciceroniana se encuentra en lo que el autor designa como sus cinco libros oratorios (*De la adivinación,* II, 4), es decir, *Acerca del orador* (en tres libros), *Bruto* y *El orador*.

Acerca del orador, compuesto en 55 a. C., es un diálogo que Cicerón sitúa en la época de su adolescencia (91 a. C.) y en el que pone en escena a hombres que conoció y admiró, en especial Craso, Antonio, Mucio Escévola el Augur. Sin obligarse a referir palabras realmente diferentes, Cicerón se contenta con respetar el carácter y los grandes rasgos de sus personajes, para hacerlos evocar problemas en los que él tenía gran interés. No se trata solamente de abandonarse al placer melancólico de la evocación de los desaparecidos, sino también de reflexionar sobre el presente a través del pasado: en 55 como en 91, la estabilidad de la República y la autoridad del Senado podían ser consideradas como amenazadas, y Cicerón, que creía profundamente que la retórica tenía un papel que desempeñar en la defensa de las instituciones, insertó en este diálogo implicaciones concernientes a la política romana de su tiempo. Dictar las reglas de la retórica se limitaba a considerar las condiciones del buen funcionamiento del Estado.

La discusión se desarrolla principalmente entre Craso y Antonio. El primer libro contiene un debate entre los dos hombres acerca de la definición de la retórica y sobre las cualidades exigidas al orador; el libro II, confiado casi enteramente a Antonio, da los preceptos relativos a la invención, a la disposición y a la memoria; el libro III, confiado a Craso, trata sobre la elocución y sobre la acción. De esta manera, el conjunto contiene los elementos de un tratado completo, evitando la aridez del manual gracias al atractivo literario del diálogo. Cicerón estaba perfectamente informado sobre las investigaciones de sus predecesores, latinos y griegos (en una carta dice haber abrazado aquí "toda la doctrina retórica de los antiguos, tanto la de Isócrates como la de Aristóteles": *Cartas familiares,* I, 9, 23). Repiensa estas fuentes, a su manera, apoyado en sus propias concepciones y en su experiencia, y no duda en dar preceptos detallados, en ocasiones portadores de innovaciones técnicas, por ejemplo, en relación con los estados de la causa y los propósitos del estilo. En este diálogo aparece la famosa teoría ciceroniana de las tres tareas del orador: "probar la verdad de aquello que se afirma, atraer la benevolencia de los oyentes, despertar en ellos todas las emociones útiles a

la causa" (II, 115: tripartición resumida en otra parte con las palabras: "instruir, deleitar, emocionar", *docere, delectare, mouere*).

Pero la aportación principal del diálogo *Acerca del orador* reside, más que en los análisis técnicos, en la concepción misma de la elocuencia. Cicerón no se limita a las reglas, sino que quiere retomar todo desde la base, definiendo los estudios y las reflexiones previas al ejercicio de la elocuencia: es el tema de la cultura general necesaria para el orador. Sobre este punto, Craso y Antonio se enfrentan en el libro I: Craso sostiene que el orador debe poseer competencia en materia de derecho, historia, política, ciencias naturales, filosofía, puesto que el campo de la retórica es universal y todos estos temas podrían presentarse en los asuntos que tendría que tratar; Antonio desarrolla la tesis inversa, según la cual basta al orador con poseer una gran experiencia de la vida y haber tocado ligeramente muchos campos, con lo cual no tendrá necesidad de ninguna competencia particular y podrá remitirse al consejo de los expertos en las cuestiones especializadas. Pero cuando la conversación se retoma al día siguiente, en el libro II, Antonio reconoce que ha exagerado por el placer de contradecir a Craso (II, 40), y que en el fondo de su pensamiento no se opone al tratamiento de las cuestiones generales. Más que una antinomia, hay una diferencia de acento entre las exigencias bastante elevadas de Craso y los matices aportados por Antonio, quien llama a Craso al realismo. Cicerón mismo se inclina del lado de Craso, cuya tesis aprueba expresamente (II, 5-6) y al que presta en el libro III una nueva exposición sobre el mismo asunto.

Si este debate tiene tanta importancia, es porque toca, según Cicerón, un problema fundamental. Se trata de saber si la retórica es una técnica sin contenido, un conjunto de recetas aplicables a cualquier tema según se solicite, o si es un arte completo que pone en juego todas las cualidades de la persona, que supone, a través de la expresión, sabiduría y saber, y que ejerce su eficacia persuasiva apoyándose en algunos valores. Cicerón escoge la segunda respuesta. Este dilema y esta elección ya habían sido vislumbradas por algunos griegos, pero el diálogo *Acerca del orador* es el primer texto de la retórica antigua que desarrolla esta idea con todas sus consecuencias. Las principales son las siguientes:

- *El conocimiento del derecho:* es éste un tema profundamente romano, que va más allá de la sola competencia jurídica; al sostener que el orador

debe conocer el derecho, Craso indica que la cuestión de la verdad es insuficiente; el orador no habla para comunicar lo verdadero, sino para hacer funcionar la vida política y social sobre fundamentos jurídicos y morales sólidos.

- *Las preguntas generales (theseis):* toda causa precisa responde a una pregunta general en la que está incluida. Por ejemplo: Milón mató a Clodio, quien le había tendido una emboscada. La causa consiste en saber si Milón tenía derecho a matar a Clodio. Pero la *thesis* que se encuentra detrás consiste en preguntarse si se tiene el derecho de matar al autor de una emboscada, es decir, en qué medida la autodefensa es legítima. Cicerón, que se había mostrado reservado hacia las *theseis* en el tratado *De la invención,* las aconseja ahora en el tratado *Acerca del orador,* insistiendo en la necesidad de ampliar el asunto y de plantear los problemas de fondo que contiene (esta generalización debía naturalmente mantenerse circunscrita dentro de los límites razonables y subordinada a la causa precisa). Según este razonamiento, la retórica no se contentaba con ser una rutina; quería ser un instrumento de reflexión sobre el fondo de las cosas.
- *Las relaciones con la filosofía:* la filosofía es el elemento esencial en la cultura general del orador. El arte de persuadir, tal como lo concibe Cicerón, reside enteramente en los "fundamentos filosóficos" (A. Michel 1960 y 1973): ya se trate de los medios de la argumentación (razonamiento, lógica, lugares), ya del buen uso de las pasiones, de la estética y de la búsqueda de la belleza, de la filosofía del derecho, de la filosofía política, la sabiduría debe unirse con la elocuencia (III, 142: *sapientiam iunctam… eloquentiae*). La doctrina filosófica que más profundamente inspiró a Cicerón, a este respecto, es la de la Nueva Academia, que contenía elementos de duda y escepticismo propios a adecuarse al relativismo y al probabilismo inherentes al discurso retórico, con las realidades de una situación donde se dice "tanto una cosa, como otra" (II, 30: *alias aliud*). Es Carnéades reconciliado con Aristóteles (III, 71).
- *La figura del orador ideal:* esta concepción estricta de la retórica dibuja la figura de un orador, ideal, magnificado, *hipostasiado,* no sólo en el plano moral e intelectual (al poseer la sabiduría, se es al mismo tiempo virtuoso y capaz de abrazar la doctrina filosófica, pues ambos aspectos se encuentran ligados), sino también en el plano político (dirige el Estado: III, 63, 76; su palabra es "real": I, 32) y religioso (es "divino" y parece "casi un dios": I, 106, 202 ; III, 53). De ahí los títulos escogidos: *De oratore* y *Orator,* que intentan superar el arte, para encarnarlo en la figura de quien lo ejerce. La pregunta que se plantea entonces es la de saber si existe tal

orador. Antonio decía que había conocido hombres "disertos" *(diserti),* pero jamás un solo hombre propiamente "elocuente" *(eloquens)* (I, 94). En *El orador* (7-10), el "orador supremo" *(summus orator)* es un ideal, en el sentido de las ideas platónicas. Pero ciertamente Cicerón, que no pecaba de exceso de modestia, pensó en su propia persona para encarnar al orador completo, cultivado, filósofo y capaz (todavía era posible que lo creyera en el 55) de un gran destino político.

Sobre todos estos puntos (incluida la referencia a su caso personal), Cicerón ya no cambiará de opinión. Permanece fiel a sus convicciones y las retoma en las dos obras siguientes, *Bruto* y *El orador*. Sin embargo, compuestos nueve años después del *Acerca del orador* (en 46 a. C.), estos dos tratados responden a una situación nueva: el desarrollo del aticismo (o neoaticismo), representado en particular por el orador y poeta Cayo Licinio Calvo (82-47 a. C.). Calvo y sus amigos aconsejaban una forma de elocuencia que ellos llamaban *ática,* es decir, que imitaba a los oradores áticos, en particular a Lisias, y que se caracterizaba por la claridad, la corrección, incluso una cierta aridez y una cierta depuración; esta estética se encontraba ligada a las concepciones estoicas de la retórica y a los trabajos de algunos gramáticos (entre ellos César en su tratado *De la analogía,* dedicado a Cicerón). En nombre de esta concepción, los neoáticos llegaron incluso a criticar el estilo de Cicerón, al que reprochaban su falta de simplicidad, su exceso de profusión, sus figuras, sus redundancias, su patetismo, sus ritmos. En el contexto de esta polémica retórica Cicerón compuso las dos obras que dedicó a su amigo Marco Junio Bruto (85-42 a. C.), el futuro asesino de César, filósofo y orador, a quien le dedicó otras muchas obras. Cicerón habría querido modificar las concepciones retóricas de Bruto, si es cierto que Bruto se inclinaba a favor de las ideas de Calvo; habría querido también —puesto que para Cicerón la estética y la política, cuando se trataba de retórica, no se excluyen— hacer meditar a Bruto, en el momento en que César dominaba Roma, sobre el ejemplo de Demóstenes y sobre el ideal republicano vehiculado por la retórica.

El orador se compone de tres partes principales: una definición del orador ideal, un enunciado sintético de las reglas de la retórica —sobre todo reglas de estilo—, y finalmente el estudio de un campo más preciso y muy técnico, la "composición de las palabras" *(de uerbis componendis),*

parte de la *elocutio* que consiste en disponer las palabras en la frase de manera que alcancen los mejores efectos de eufonía y ritmo. Aunque retoma muchos de los temas del *Acerca del orador, El orador* aporta una profundización en cuestiones de estilo. Cicerón se levanta contra una concepción mezquina y monocromática de la prosa retórica. Defiende, y, mejor aún, teoriza la concepción amplia, rica y casi musical en ciertos aspectos que siempre fue la suya en esta materia (los eruditos del siglo anterior hablaban, con respecto de Cicerón, de una prosa "copiosa" y "numerosa", es decir, fundada en la "abundancia" —*copia*— y en el "ritmo" —*numerus*). Se rebela igualmente contra la utilización de la palabra *ático* por parte de Calvo y de sus amigos, ponderando que la elocuencia ática no se reducía a Lisias. Comprendía también a Isócrates, a Demóstenes. Es, entonces, injustificado, según Cicerón, apropiarse del epíteto *ático* en beneficio exclusivo del estilo simple; la verdadera manera de apelar a los oradores áticos es imitar con eclecticismo las cualidades de cada uno de ellos o inspirarse en el gran modelo que reúne en él mismo las cualidades de todos: Demóstenes.

El *Bruto,* compuesto unos meses antes que *El orador,* presenta una nueva faceta del pensamiento ciceroniano acerca de la retórica: la dimensión histórica. Estimulado por un manual de cronología que le envió Ático, y apoyándose en sus propias investigaciones, sus lecturas y sus recuerdos personales, Cicerón traza aquí, en forma de diálogo, una historia de la elocuencia romana —la primera del género. En el comienzo, esboza un cuadro de la retórica griega, que es de hecho muy importante (especialmente porque utiliza la *Compilación de artes,* hoy perdida, de Aristóteles). Luego hace desfilar en orden cronológico a todos los oradores romanos, célebres y menos célebres, desde los comienzos de la República hasta la época presente, analizando a detalle las características de su elocuencia. Esta exposición es fuente inestimable de datos. Es también un himno a la gloria de la retórica, de la que muestra su dificultad, su exigencia, y de la que traza de nuevo el lento perfeccionamiento hasta Hortensio y Cicerón mismo. De paso, el autor no olvida responder, una vez más, a las críticas de los neoáticos.

Cicerón escribió otros tres pequeños tratados sobre la retórica: *Del mejor género de oradores* (prefacio a una traducción hecha por él, pero hoy perdida, de los discursos *Contra Ctesifonte* de Esquines y *Sobre la corona* de Demóstenes); *Divisiones del arte oratorio* (manual

didáctico para su hijo); *Tópicos* (tratado sobre los "lugares" de la argumentación).

El aporte de Cicerón a la historia de la retórica no se limita a sus discusiones y a sus tratados sobre el tema, por muy importantes que sean; en el resto de su obra aparecen de nuevo, si consideramos lo dicho más arriba, muchas innovaciones significativas.

Cicerón *retorizó* la filosofía, por así decirlo. No contento con introducir una dimensión filosófica en la retórica, introdujo también, al mismo tiempo, la retórica en la filosofía, en nombre de la idea de que la filosofía debe ser elocuente, y desarrolló una lengua filosófica original donde se mezclan demostración y persuasión. Cicerón consideraba que "en todo tema, hay que esforzarse para ser legible por todas las gentes cultivadas", y por ello apreciaba, en tanto que filósofo, los ejercicios retóricos, la *dissertatio in utramque partem* (*Tusculanas,* II, 8-9), todos los medios propios para hacer del discurso filosófico, precisamente, un discurso. En la época de la elaboración de las *Tusculanas,* Cicerón declamaba por la mañana y se entregaba a la filosofía por la tarde: mezcla de las dos disciplinas incluso en el empleo del tiempo, de la que encontramos algunos ejemplos a lo largo de toda la Antigüedad, desde Aristóteles hasta los neoplatónicos. Filosofía y retórica son de esta manera complementarias:

> con este género de filosofía, que nosotros seguimos, tiene el orador una gran alianza; de la Academia, en efecto, toma prestada la sutileza, y, a su vez, le devuelve la riqueza del discurso y los ornamentos del decir (*Del destino,* 3. Traducción de Pimentel Álvarez, BSGRM).

Cicerón reflexionó sobre las relaciones de la historia y de la retórica, para llegar a la conclusión de que la redacción de la obra histórica obedece a leyes de composición, de elaboración, que no son distintas de las leyes de la retórica (*Acerca del orador,* II, 36, 62). De ahí proviene la famosa fórmula: la historia es "un trabajo particularmente apropiado para un orador" (*De las leyes,* I, 5: *opus oratorium maxime*). Este tema retomó toda su actualidad, en el curso de estos últimos años, entre los pensadores que subrayan que la exposición histórica no puede ser neutra, y que, en tanto que narración o argumentación, ésta se ajusta a reglas y preferencias de escritura; la historia, a este respecto, puede ser abordada, al

menos en parte, como un género literario o retórico, y su epistemología comprende no sólo sus fuentes documentales, sino también sus modos de exposición.

De la misma manera, Cicerón reflexionó sobre el tema de la conversación. En el tratado *Acerca del orador* (I, 32), el arte del diálogo jovial y civilizado se considera como una de las fuerzas de la palabra. Sin juzgar posible, ni tampoco deseable, dictar sobre este asunto reglas tan rigurosas como las que gobiernan el discurso público, Cicerón no elaboró una verdadera retórica de la conversación, pero definió una ética de la conversación (en *Los deberes,* I, 134-137). Y aplicó sus principios a una muy rica práctica literaria: la forma del diálogo inaugurada precisamente con *Acerca del orador,* que le será cada vez más apreciada, porque permite presentar opiniones múltiples y buscar la verdad sin dogmatismo, y también porque pone en escena una concepción de las relaciones sociales fundadas en la urbanidad, la amistad, el ocio literario. No olvidemos, en fin, la epistolografía —otra forma de conversación—, para la cual Cicerón dejó un modelo decisivo con su monumental correspondencia.

La retórica ciceroniana ejerció una influencia capital en la historia de la cultura occidental, a través de la noción de *elocuencia.* Tal como la ilustró Cicerón, y tal como fue retomada después de él, con base en sus obras, en la Antigüedad, en la Edad Media, en el Renacimiento, en la época moderna, esta noción no se reducía sólo al discurso público, sino que se concentraban en ella las potencialidades de la literatura, del saber, del humanismo. Era una concepción bastante amplia y abarcadora de la retórica, que le ofrecía un vasto dominio y que las instituciones educativas contribuyeron a difundir (por ejemplo, en la enseñanza secundaria de los siglos XIX y XX, con la "clase de retórica" y la "clase de filosofía", cuyo espíritu era fuertemente ciceroniano).

Un último tema ciceroniano es el de las relaciones entre retórica y libertad. Viendo la supremacía siempre creciente del poder militar, Cicerón reivindicó la superioridad, en derecho, del orador filósofo sobre el capitán vencedor y sobre el dictador. Se atrevió a escribir "que las armas cedan ante la toga" (poema *Sobre su consulado,* fragmento 6, ed. Soubiran: *Cedant arma togae*), y además "Yo hago la guerra […] a Antonio […] con la palabra contra las armas" (*Cartas familiares,* XII, 22, 1: *contra arma uerbis*), sabiendo de manera correcta que en ese momento,

las armas predominaban, pero preconizando la retórica como modelo de civilización y como medio de hacer prevalecer el derecho sobre la fuerza.

Excursus número 5
El arma de la risa

La risa no es quizá lo primero que viene a la mente cuando pensamos en la retórica romana, y en Cicerón en particular. Sin embargo, los discursos de Cicerón están salpicados de expresiones de humor e ironía, destinadas a obtener la voluntad de los jueces, al hacerlos reír o sonreír, al desviar la atención de un punto delicado, para desacreditar al adversario mediante el ridículo o la irrisión. Aquí están algunos ejemplos:

Sonreír para distender el ambiente: "Milón volvió a casa, cambió zapatos y vestido, esperó un poco mientras su mujer —como siempre sucede— se preparaba" (*En defensa de Milón,* 28). Las palabras "como siempre sucede" *(ut fit),* en una narración donde los mínimos detalles están calculados, forman un inciso destinado a divertir a los jueces y a conferir verosimilitud al resto de la narración.

Elogio irónico: "Rulo, este hombre sin avidez ni ambición…" (*Sobre la ley agraria,* II, 20).

Juego sobre el nombre del adversario: En las *Verrinas,* Cicerón juega de manera repetida con el nombre de Verres, que en latín es idéntico a *uerres* ("puerco", "verraco"), y que recuerda también los verbos *uerro euerro* ("barrer", "saquear"). A propósito de un personaje inmiscuido en el caso: "como si hubiera ingerido un bebedizo de Circe, he aquí que se transforma en *Verraco* [en la *Odisea,* Circe metamorfosea en puercos a los compañeros de Odiseo]: regresa a sí mismo y a sus hábitos, pues *versa (uerrit)* para sí mismo gran parte de la fortuna" (*Discurso contra Q. Cecilio,* 57).

En relación con los fallos pronunciados por Verres se lee: "unos declaraban que no era admirable que tal caldo proviniese de tal marrano", donde se emplea la expresión *ius… uerrinum,* que tiene doble sentido, pues significa a la vez "justicia de Verres" y "caldo de puerco". De manera muy hábil, Cicerón, luego de hacer sonreír a su público con esas palabras, prosigue en un tono extremamente serio afirmando que él no lo toma a su favor y no lo cita como testimonio de inmoralidad:

> Y yo no hubiese recordado tales burlas —pues estas bromas graciosas no son dignas ciertamente de la severidad con que hablo— si no quisiera recordar a vosotros la perversidad y la iniquidad de este individuo, vertida entonces en labios del vulgo y en los dicharachos del común de la gente (*Verrinas,* II, I, 121. Traducción de Rafael Salinas, BSGRM).

"Verres […], preparado para versar en su beneficio el dinero de la provincia" (*paratus… ad euerrendam prouinciam,* I, II,19). En otro pasaje, II, IV, 53: "¿hubo alguna vez semejante saqueo *(euerriculum),* jueces, en alguna provincia?".

A propósito de Verrucio, falso nombre utilizado por Verres y cuyo final estaba tachado, escribe Cicerón: "¿Veis 'Verrucio'? ¿Veis la última parte del nombre, esta cola verrina *(caudam illam uerrinam),* que se sumerge, como en un lodazal, en un lugar lleno de tachaduras?" (II, II, 191).

Al contar el fracaso de Verres cuando intentaba robarse una estatua de Hércules, cuenta que los sicilianos "decían que debía incluirse entre los trabajos de Hércules a este terrible cerdo de Verres *(hunc immanissimum Verrem)* al igual que el jabalí de Erimanto" (II, IV, 95).

Juego de palabras: Al contar que Antonio regaló un terreno al orador Sexto Clodio, que le da clases de elocuencia, Cicerón expresa: "He aquí por qué su maestro, de orador vuelto arador *(ex oratore arator),* posee en los fundos del pueblo romano, en las tierras de Leontini, dos mil jornadas de terreno libres de impuestos" (*Filípicas,* III, 22).

Peregrinismos: empleo de palabras de origen extranjero, que estigmatizan al adversario de forma más contundente que los insultos. Cicerón juega con los prejuicios nacionalistas del auditorio, así como con sus prejuicios morales. Así, al describir a Publio Clodio, utiliza términos extranjeros:

> P. Clodio, abandonada la túnica azafranada *(crocota),* el turbante *(mitra),* las sandalias de mujer, las cintas de púrpura, el sostén *(strophio),* la cítara *(psalterio),* la torpeza, el escándalo, de repente se vuelve amigo del pueblo (*Sobre la respuesta de los harúspices,* 44).

Réplicas, ya jocosas, ya mordaces, que eran proferidas en el curso de los debates, como las que siguen, narradas por Quintiliano.

Cuando el acusador de Milón insistía en la hora del crimen, a fin de probar la premeditación: "le preguntaba con insistencia a qué hora había sido muerto Clodio: 'tarde' *(sero),* le respondió Cicerón" (Quintiliano, *Institución oratoria,* VI, 3, 49). La palabra *sero,* que significa "tarde" y "muy tarde" sugiere que Clodio merecía morir antes.

> Sexto Anales, que era uno de los testigos, había empeorado con su deposición la situación del acusado, y el abogado de la acusación insistía en la misma pregunta: "Dime algo, si puedes, Marco Tulio, de Sexto Anales", y Cicerón comenzó a recitar los versos del sexto libro de los *Anales* de Enio: "¿Quién puede exponer las causas de una guerra tan grande…?" (*ibid.,* 86).

Cicerón finge entender "sexto" y "Anales" en lugar del nombre del testigo, Sexto Anales, lo que lleva, en resumen, a negar incluso la existencia de éste; el verso citado no fue evidentemente tomado al azar, sino escogido para ayudar a su causa.

"Cuando Cicerón interrogaba a un testigo durante el proceso contra Verres, Hortensio le dijo: 'No comprendo estos enigmas', y Cicerón le respondió: 'Y deberías entenderlos, puesto que tienes una Esfinge en tu casa' (*ibid.,* 98). Hortensio, en efecto, había recibido de Verres una esfinge de bronce de gran valor".

Burlas (persiflage):

> Esperaba la ley y el discurso del hombre. […] Convoca a una asamblea. Se concurre con una gran expectación. Pronuncia un discurso muy amplio y en buenos términos. Sólo una cosa me parecía defectuosa, que de la multitud no podía encontrarse uno solo que pudiera entender lo que él decía. ¿Acaso lo hacía por perfidia o porque le agradaba este género de elocuencia?. No lo sé. Sin embargo, los más perspicaces que asistían a la asamblea sospechaban que él había querido decir no se qué de la ley agraria (*Sobre la ley agraria,* II, 13).

En el discurso *En defensa de Murena,* el conjunto está concebido de manera que haga reír. Servio Sulpicio Rufo y Catón el Joven habían acusado a Murena de maniobra electoral: la tarea de Cicerón, en tanto que defensor, era difícil porque el expediente de la acusación era sólido y porque los acusadores eran personalidades respetadas (uno, Sulpicio, íntegro jurisconsulto; el otro, Catón, estoico reconocido por su rectitud moral) y, lo que es más, eran sus propios amigos. Cicerón escoge entonces desacreditar la acusación sin atacar personalmente a los acusadores, pero mofándose de las convicciones que profesaban y sugiriendo que había sido el exceso de sus convicciones lo que los había llevado a acusar a su cliente. Con mucha verbosidad, se burló de entrada de la ciencia jurídica, de sus minucias y su formalismo. Luego, ridiculizó a la filosofía estoica: su dureza y su intransigencia. Parece que mientras hablaba "las carcajadas pasaban del público a los jueces" (Plutarco, *Vida de Cicerón,* 50, 5). Y Murena fue absuelto. Algu-

nos críticos modernos se han impresionado de que Cicerón haya tenido el estómago de bromear en plena conjura de Catilina: no hace falta más que ver que en realidad esas bromas (que alternan, por otro lado, con momentos de emotividad) eran una estrategia retórica estudiada, dirigida a los jueces, a quienes había que ofrecer razones para no seguir a Sulpicio y a Catón. Catón no se equivocó cuando comentó después del juicio: "tenemos un cónsul… divertido". Esta reflexión viperina y despechada buscaba denunciar que para un cónsul era inadecuado utilizar semejantes burlas, pero al mismo tiempo reconocía que Cicerón había obtenido la victoria precisamente por ese medio.

La risa es, pues, un arma retórica, que contribuye a la persuasión por medios psicológicos. Cicerón, que estaba perfectamente consciente de ello, estudió esta arma en sus obras teóricas, en particular en un largo excurso del *Acerca del orador* (II, 216-290).

Ahora bien, el tema de la risa en retórica es más complejo de lo que parece a primera vista y presenta múltiples problemas a la hora de analizarlo:

- *El encuentro entre Roma y Grecia.* Existía una tradición griega acerca de la risa, en la práctica (la comedia, por ejemplo) y en la teoría (desde Aristóteles analista de "lo que hace reír" —*to geloion*— en la *Retórica,* III, 1419b3-10, así como en la parte perdida sobre la comedia en la *Poética* y en la *Ética a Nicómaco,* IV, 14). Existía también una tradición romana de la sátira y de la comedia. Los oradores romanos explotan estas dos tradiciones. Y Cicerón va más lejos que Demóstenes, mucho más lejos incluso, según algunos: "Para muchos, a Demóstenes le faltó talento en este campo, a Cicerón mesura" (Quintiliano, *Institución oratoria,* VI, 3, 2).
- La risa plantea también un problema filosófico. Sirve para criticar los vicios, para señalar la fealdad, pero presenta el problema de la conveniencia, de la mesura, del *decorum*.
- La risa se liga al arte de vivir, a la concepción de la vida en sociedad, como lo indican las palabras que designan el ingenio y la broma, que están formadas a partir de la raíz que designa la "ciudad": en griego *asteïsmos,* en latín *urbanitas*. Cicerón hacía bromas igualmente en la vida cotidiana (circulaba una antología de sus buenos chistes) y en su correspondencia.
- El problema político se planteó al final de la vida de Cicerón: ¿Se puede reír de la dictadura?

La riqueza de la problemática de la risa corresponde a la característica, expuesta en las páginas precedentes, del método ciceroniano en general: en relación con un uso concreto de la palabra en su situación específica,

Cicerón amplía y profundiza el tema orientándolo a los problemas intelectuales, filosóficos, políticos planteados por la retórica.

Sobre el tema, cf. A. Haury, *L'Ironie et l'humor chez Cicéron,* Leiden, 1955; M. S. Celentano, "Comicità, umorismo e arte oratoria nella teoria retorica antica", en *Eikasmos,* 6, 1995, pp. 161-174; A. Corbeill, *Controlling Laughter. Political Humor in the Late Roman Republic,* Princeton, 1996; M. Trédé-P. Hoffmann (eds.), *Le Rire des Anciens,* París, 1998.

Los contemporáneos de Cicerón

Cicerón no debe hacer olvidar a los numerosos oradores que fueron sus contemporáneos y que contribuyeron al desarrollo de la retórica romana al final de la República. Recordemos algunos nombres: Hortensio (114-50 a. C.), rival y amigo de Cicerón, un poco mayor que él, importante por su estilo asianista; Pompeyo (106-48) y César (100-44), que unieron a sus capacidades políticas y militares un verdadero talento retórico y demostraron, por ello, cómo la elocuencia forma parte de los dones del hombre de Estado romano; Catón el Joven, llamado también Catón de Útica (95-46), bisnieto de Catón el Censor, estoico, como vimos, ridiculizado en el discurso *En defensa de Murena,* defensor heroico de la libertad, a propósito de quien Cicerón escribió un día que se expresaba "como si estuviéramos en la ciudad ideal de Platón y no en la ciudad fangosa de Rómulo" (*Cartas a Ático,* II, 1, 8); Calvo, Bruto, citados arriba; o incluso Gayo Asinio Polión (76 a. C.-4 d. C.), político, orador, poeta e historiador, que vivió la transición entre la República y el Imperio.

Un nombre en particular es digno de atención, pues es el de una mujer: Hortensia, la hija de Hortensio. En el 42 a. C., cuando los triunviros quisieron instituir un impuesto especial que afectaba a mil cuatrocientas matronas romanas, Hortensia, entonces viuda de Servio Cepio, se presentó por la fuerza frente a ellos y debatió con éxito e hizo que se revocara esa medida. Su discurso no fue conservado, pero, según Quintiliano, era de excelente calidad (*Institución oratoria,* I, 1, 6); un historiador griego del siglo II, Apiano, ofreció una versión de él, aunque sin duda no es auténtico, presenta reflexiones interesantes sobre la causa de las mujeres en este asunto y sobre la condición femenina en general en medio de conflictos políticos y de guerras que dividían a la sociedad romana (*Las guerras civiles,* IV, 32-33).

El discurso de una mujer es un caso excepcional en la Antigüedad. Si su recuerdo fue retenido y aceptado por la posteridad, es porque Hortensia era la hija de un hombre prominente, y también porque, por muy vigorosa que hubiera sido su intervención, en el fondo no salía de su papel de matrona hablando a favor de las matronas (Valerio Máximo, VIII, 3, quien cita otros dos ejemplos de discursos pronunciados por mujeres frente a los magistrados, los señala por el contrario como fuera de lugar, "andróginos"). Por su rareza, el episodio de Hortensia hace resurgir lo que, de hecho, es la norma: la ausencia de mujeres en la historia de la retórica antigua. Esta ausencia proviene directamente del hecho de que las mujeres estaban ampliamente excluidas de las actividades políticas, institucionales e intelectuales y de la vida pública en general, lo que les dejaba evidentemente pocas oportunidades de pronunciar discursos o de escribir tratados. La filosofía, que estaba menos directamente ligada a la vida pública, era, quizá, un poco más accesible para las mujeres que la retórica.

Quien se interesa en la retórica femenina de la Antigüedad corre el riesgo, pues, de verse frustrado por los discursos realmente pronunciados por mujeres, pues hay muy pocos de éstos y muy mal conocidos. Quedan entonces los parlamentos que diferentes literatos —prácticamente todos masculinos— pusieron en boca de personajes femeninos, por ejemplo, en las obras de teatro, en las novelas, en las obras históricas, esforzándose por mostrar, a través de palabras ficticias, la idea que ellos mismos y su público se hacían de las características del discurso femenino. Se trata, en suma, de "pintura de caracteres" (etopeya), "a la manera de". Un buen ejemplo entre muchos otros, de semejante retórica "femenina" se lee en el libro VIII de las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso, donde se presentan extensos discursos de mujeres romanas, en particular de Veturia, madre de Coriolano. El imaginario masculino del discurso femenino merecería sin duda una investigación retórica profunda.

Para concluir, el conjunto formado por los capítulos IV y V, si hacemos el balance del periodo que se extiende entre Alejandro y Augusto, las innovaciones, tanto griegas como romanas, son numerosas e importantes en relación con la situación que prevalecía al final del periodo griego clásico. La teoría retórica se ha enriquecido y sistematizado, la práctica de la elocuencia ha sido experimentada en contextos

políticos variados y novedosos, se han producido evoluciones del gusto: Grecia y Roma se han encontrado. La retórica se convirtió en uno de los pilares de la civilización grecorromana, lo que va a confirmar su estatuto bajo el Imperio.

CAPÍTULO VI
EL IMPERIO O LA INNOVACIÓN EN LA TRADICIÓN

Luego de un largo periodo de guerra civil, el Imperio representó la instauración de un poder fuerte y estable bajo la autoridad del príncipe *(princeps)*. Este régimen dominaba el conjunto de la cuenca mediterránea, es decir, las provincias occidentales, de lengua latina, al mismo tiempo que las provincias orientales, de lengua griega. El Imperio, estructura inmensa y centralizada, se encontraba sólidamente establecido y era aceptado por la inmensa mayoría de los individuos. Reinaba la famosa "paz romana", que aportaba al mundo antiguo seguridad y coherencia, y que en particular aseguraba una ósmosis entre ambiente latino y ambiente griego.

Sin embargo, en vez del orden y la paz, el mundo grecorromano conocía el absolutismo. Bajo el nombre de principado, el régimen imperial era una monarquía. Era un sistema autoritario, que reducía la iniciativa permitida a las ciudades y a los ciudadanos y que cambiaba el juego de las instituciones heredadas de épocas anteriores. La primera pregunta que se plantea desde entonces, y que los propios contemporáneos se plantearon, es saber qué espacio se abría para la retórica bajo estas nuevas condiciones.

¿Decadencia o renacimiento de la retórica?

El texto que domina la reflexión al respecto es el *Diálogo de los oradores* de Tácito. Antes de consagrarse a la historia, Tácito fue un orador de talento. En compañía de su amigo Plinio el Joven, abogó con éxito, en la acusación, en el proceso de concusión y abuso de poder entablado contra Mario Prisco, gobernador de África, delante del Senado, bajo la presidencia del emperador Trajano (100 d. C.). Hacia la misma época, publicó el *Diálogo,* que, a la manera del *Acerca del orador* de Cicerón,

transmite una conversación sobre la retórica, como si se hubiera efectuado unos años antes (hacia el 75 d. C.), entre oradores reputados de la época. El principal tema abordado por los interlocutores es el de la decadencia de la retórica entre el periodo republicano y el momento presente. A partir del capítulo 27, parece comprobado que los modernos son inferiores a los antiguos (a pesar de los esfuerzos realizados por Aper para sostener lo contrario), y la discusión se dirige a las causas de esta decadencia, para la cual se proponen dos explicaciones. Según la primera explicación, la inferioridad de los oradores actuales se debe al carácter defectuoso de la enseñanza (28-35: exposición de Mesala): mientras que antes se educaba a los futuros oradores inculcándoles una sólida cultura general y formándolos para la práctica mediante el contacto con un gran *patronus,* la educación actual descansa en el aprendizaje del discurso ficticio, o "declamación", ejercicio limitado y artificial, que alienta sólo los rebuscamientos del estilo. Según la segunda explicación, la inferioridad presente se debe a las condiciones políticas (36-41: exposición de Materno o de Segundo, pues es dudosa la distribución de los interlocutores a causa de una laguna, y conclusión de Materno): mientras que antes, bajo el régimen republicano, las actividades de la vida pública daban lugar a importantes discursos; el régimen actual, al imponer el orden, ha despojado a la retórica de sus asuntos más importantes, de suerte que ya no tiene materia que tratar.

Estas dos explicaciones se relacionan la una con la otra, pues precisamente por la falta de las actividades políticas reales, la retórica de época imperial, según Tácito, recayó en la declamación. La explicación política es, pues, anterior con relación a la explicación pedagógica. Ésta constituye la principal lección del *Diálogo,* que pone así a la vista un esquema de interpretación simple y contundente, según el cual el fin de la libertad política y la decadencia de la retórica van de la mano. A partir de esta conclusión obtenida a propósito de la retórica romana, el autor va incluso a sugerir que podría también hacerse extensiva a la retórica griega, haciendo un paralelismo entre la época posterior a Demóstenes y la posterior a Cicerón (15, 3; 37, 6).

Consideraciones análogas se encuentran en numerosos autores del siglo I d. C. Petronio (*Satiricón,* 1-5, 88) denuncia una decadencia que golpeará, entre otras, a la retórica y que se caracterizará por la declamación. Séneca (*Cartas a Lucilio,* 114) y Quintiliano (*Institución oratoria,* I,

8, 9; II, 10, 3, etcétera) y el tratado perdido *(Sobre las causas de la corrupción de la elocuencia)* critican la moda del estilo "corrompido". El Pseudo Longino (*De lo sublime,* 44) pone en escena a un personaje que defiende una doctrina parecida a la de Tácito y que explica la desaparición de los genios en la oratoria por la ausencia de libertad y de "democracia". En cuanto a Séneca el Orador, (*Controversias,* I, Prefacio, 6-10), éste se inclina por explicaciones filosóficas y morales, culpando a la fatalidad, que quiere que todo lo que llega a la cima un día comience a declinar, y a la depravación de los contemporáneos, que están dominados por los vicios y han perdido el amor al trabajo y el honor que forja a los grandes oradores. A esta explicación moral, con frecuencia retomada, se adhiere en particular el Pseudo Longino *(ibid.)* por su propia cuenta.

Según el caso, el acento es más o menos pesimista. Algunos ven en la decadencia de la retórica el síntoma de una profunda corrupción de la sociedad o de una asfixia de la vida política, mientras que otros consideran que se trata sólo del precio que se debe pagar a cambio del beneficio mucho más importante que implica un régimen estable y pacífico.

Pero, ante las evidencias de la decadencia, otra fuente presenta un acento del todo diferente. Dionisio de Halicarnaso, un griego residente en Roma al final del siglo I a. C., en el prefacio de su tratado *Sobre los oradores antiguos,* hace el elogio de su propia época, porque marca, según él, un renacimiento de la retórica. Una decadencia tuvo lugar en otro tiempo, escribe, después de la muerte de Alejandro, cuando se difundió una forma de retórica inculta y vulgar (Dionisio piensa en el asianismo). Pero bajo Augusto retorna una retórica clásica, *filosófica* (en el sentido isocrático del término) y de buena calidad, siendo la causa de esta mutación el poder de Roma y la calidad de sus dirigentes, que favorecen la cultura. Al contrario de Tácito y del Pseudo Longino, Dionisio de Halicarnaso ve en el Imperio romano (o más en general, en la dominación romana, siendo el Imperio a los ojos de Dionisio la conclusión del proceso de conquista iniciado bajo la República) la causa de un renacimiento y no de una decadencia de la retórica. En la segunda mitad del siglo I, la idea de que el arte oratorio está aún en desarrollo y permite alcanzar grandes logros en el presente es sostenida por Marco Aper en el *Diálogo* de Tácito; aparece en Quintiliano (cf. *Institución oratoria,* II, 16, 18; XII, 10, 11) y en Plinio el Joven (cf.

Cartas, II, 11, 1; VI, 11; VI, 21, 1; VI, 23), siendo ellos mismos quienes trabajaron en este sentido.

Estos textos merecen ser analizados por separado, puesto que, aunque tratan un mismo problema, se sitúan en planos diferentes. Cada uno está inscrito en un contexto particular, se refiere a un periodo y a una problemática propias, utiliza criterios específicos para definir el "buen" o "mal" estado de la retórica y no representa más que una mirada parcial de la realidad. Unos miran principalmente a la retórica romana, otros a la retórica griega. Unos ven una regeneración donde otros, juzgando sobre la base de otros criterios, ven un declive: los renacimientos de los unos son las decadencias de los otros. Y los más comprometidos en denunciar la corrupción del estilo, como Séneca, son los mismos a quienes otros, como Quintiliano, reprochan un estilo corrompido.

A grandes rasgos, vemos oponerse sobre todo dos tesis: la de la decadencia y la del renacimiento. Tradicionalmente los estudiosos, apoyándose en Tácito, se han adherido a la tesis de la decadencia, explicada por la situación política. De allí proviene la *vulgata* en la historiografía moderna, según la cual, la retórica bajo el Imperio había dejado de existir o se había reducido a declamaciones, *recitationes* y vanos elogios (*vulgata* que prolonga y reduplica la decadencia de la elocuencia política griega en la época helenística, examinada más arriba). Tal *vulgata,* además, lleva la tesis hasta la caricatura, yendo más lejos que los autores que sostenían la tesis de la decadencia, pues éstos reconocían que incluso en su época existían buenos oradores (*De lo sublime,* 44, 1; Tácito, *Diálogo,* 36, 2). Las afirmaciones pesimistas del *Diálogo* no impidieron en absoluto a Tácito pronunciar alegatos y discursos fúnebres.

Lo cierto de este análisis es que hubo en efecto un retroceso en ciertas formas retóricas en la época imperial: Tácito enumera al respecto las sesiones de las asambleas populares, las del Senado y las de los tribunales, en las que antes se pronunciaban discursos persuasivos y que, a partir de entonces, se desarrollaron de manera mucho más simple, o fueron suprimidas: la voluntad del *princeps* reemplazó la persuasión del orador. Pero todo eso no es suficiente para que la tesis de la decadencia pueda ser aceptada hoy día tal como la establecieron los autores antiguos. Sin hablar de las consideraciones morales, para nosotros obsoletas, que suelen acompañarla, la tesis presenta el inconveniente de ser comparativa, de juzgar la retórica de la época imperial

únicamente en relación con la que la precedió y, por consecuencia, de no buscar percibir los rasgos originales del nuevo periodo que comienza. Se trata de un razonamiento apegado al pasado de hombres que no tienen ni pueden aún tener una visión sintética de la época imperial. Los autores latinos del siglo I d. C. no logran aún dar por perdido a Cicerón. Toman la Roma republicana como punto de referencia absoluto, corriendo el riesgo de juzgar con demasiada presteza el presente, y, además, de no distinguir suficientemente entre la situación en Roma y la situación en las provincias.

La tesis inversa, la del renacimiento de la retórica, también contiene una parte de verdad, en tanto que subraya con justicia un florecimiento, que tuvo lugar no sólo en la época de Augusto, sino también en el siglo siguiente, con la Segunda Sofística, que será el tema de ahora en adelante. Sin embargo, esta tesis se enfrenta a su vez a objeciones, porque es como la precedente, tributaria de un esquema comparativo, que juzga el presente siguiendo el modelo del pasado.

Las fuentes antiguas no ofrecen, pues, una respuesta unitaria que pueda ser adoptada en la situación actual. Los análisis de los antiguos contienen elementos interesantes y justos: el error ha sido considerar que estos análisis resumían el problema, que es de hecho muy complejo, y creer que Materno lo había dicho todo. Es necesario, en efecto, tomar en cuenta las fuentes en su conjunto, y entonces, más allá de los falsos problemas, se dibuja una convergencia. En efecto, sea que hablen de decadencia o de renacimiento, todos los textos concuerdan con el hecho de que ha habido un cambio, por así decir un "nuevo orden", en el campo retórico. Era imposible para los contemporáneos entender completamente ese fenómeno que se desarrollaba bajo sus ojos. Pero ellos lo observaron y buscaron interpretarlo en relación con el pasado que conocían. Es necesario definirlo con más precisión.

Con este fin, debe añadirse al expediente un texto suplementario. Los *Preceptos políticos* de Plutarco, compuestos hacia el 100 d. C., son consejos dirigidos al joven Menémaco de Sardes, que emprende una carrera en la vida pública. Ahora bien, subraya Plutarco, la ciudad de Sardes está sometida a la autoridad de Roma. Las formas de acción política que implican la independencia, como las declaraciones de guerra, los cambios de régimen o las alianzas, están, pues, excluidas. Pero

quedan otras formas de acción por las que un hombre público puede ser útil a sus conciudadanos:

> Ahora que los asuntos de las ciudades no son ya la conducción de guerras, ni derrocamiento de tiranías, ni realización de alianzas, ¿cuál base podría uno encontrar para ejercer una vida política ilustre y brillante? Quedan los procesos públicos y las embajadas ante el emperador, que requieren de un hombre ardiente, dotado a la vez de valor y de inteligencia. Es posible dirigir la atención hacia uno mismo al restaurar las numerosas y excelentes costumbres que han sido abandonadas en las ciudades y al cambiar aquellas, también numerosas, que se han infiltrado, para vergüenza o daño de la ciudad, por causa de los malos hábitos (805a-b. Traducción del editor).

Es verdad que también este análisis resulta retrospectivo. Tal como los autores citados con anterioridad, Plutarco examina el presente a la luz del pasado, tomando como referente el modelo de la Atenas clásica y de la Roma republicana. Busca "lo que queda". Su cuidado en subrayar las diferencias entre las condiciones de antaño y las de hoy se explican por el hecho de que Sardes acababa de experimentar una insurrección, duramente reprimida por Roma, y de que Plutarco quiere incitar a Menémaco a ver la realidad y a aceptar el poder romano. Siendo así, este pasaje, con sus propias intenciones, ofrece un primer catálogo de formas retóricas que se encontraban en vigor en las ciudades griegas de la época imperial: alegatos en los procesos públicos, discursos de embajada, arengas ante el consejo y la asamblea para hacer aprobar toda clase de medidas y de reformas. Más aún, Plutarco añade los discursos de exhortación a la concordia, particularmente útiles para apaciguar los problemas civiles (cap. 32).

Se trata aquí de la política municipal, la única que interesa a Plutarco en sus *Preceptos políticos*. Para completar el catálogo, falta añadir los discursos que los oradores pronuncian en las ciudades extranjeras ante las asambleas provinciales y en Roma misma, éstos en los tres géneros —judicial, deliberativo, epidíctico—, así como la enseñanza y la investigación teórica que sustenta la práctica. Tomando en cuenta todos estos aspectos, que serán estudiados en detalle más adelante, nos percatamos de que no se debe hablar ni de decadencia ni de renacimiento, sino de reorgani-

zación. El imperio no provocó una mutación radical, sino una serie de transformaciones, de cambios de acento y de innovaciones que componen un paisaje diferente, aunque no todos sus elementos fueran nuevos.

Por esta razón, el tema de la decadencia de la elocuencia desapareció prácticamente, a excepción de algunos ecos tardíos, después del siglo I. El debate sostenido sobre este asunto reflejaba el choque sufrido por los espíritus frente a la novedad del régimen imperial. Una vez que el choque fue absorbido, la retórica evolucionó y prosperó en un nuevo contexto al que los contemporáneos estaban ya habituados.

Características generales del periodo

El presente capítulo aborda el periodo pagano del Imperio que se inicia con la consagración de Augusto y concluye con la abdicación de Diocleciano (27 a. C.-305 d. C.; la fecha de 305 ofrece un referente, porque a partir de 306 reina Constantino, que instauró el cristianismo e inauguró de esta manera una nueva era). Los trescientos años, o poco más, que cubren este periodo, se caracterizan, desde el punto de vista de la historia de la retórica, por la riqueza sin precedente de las fuentes. Se conservan numerosos textos y documentos, en griego y en latín, que permiten juzgar a la luz de este material la amplitud del fenómeno retórico en la sociedad de la época imperial.

Pero esta profusión esconde también una gran diversidad. Desde el punto de vista político, el Imperio pasó por fases bastante disímiles: por ejemplo, la aparición de formas republicanas bajo Augusto, la tiranía en Roma bajo Domiciano, el apogeo bajo los Antoninos, la "anarquía militar" en el siglo III, la recuperación del control administrativo de Diocleciano… Cuando se examina la retórica de la época imperial, debe tenerse en cuenta las variaciones tan importantes que existieron entre los diferentes periodos, e igualmente entre los diferentes lugares del Imperio (diferencias entre el ambiente latino y el ambiente griego, situación propia de cada provincia, diferencias entre pueblos pequeños y grandes centros urbanos, etc.).

En particular, se muestra el problema del siglo III. En otro tiempo se consideraba este siglo, por causa de las usurpaciones militares y las invasiones bárbaras que lo marcaron, como una época de retroceso

en la mayoría de los dominios. La investigación actual, más matizada, prefiere hablar de mutación a través de las crisis. Y de hecho, como veremos en este capítulo y en la conclusión que sigue, algunos elementos muestran que la retórica continuó existiendo y transformándose en el curso del siglo III.

La crítica literaria

Volvamos al inicio del Imperio: éste fue un momento importante en la historia de la crítica literaria y, particularmente, en lo que se refiere a las relaciones entre crítica y retórica.

En teoría, crítica literaria y retórica no se confunden. Mientras que la retórica es una técnica precisa encaminada al análisis y a la producción de los discursos, la crítica literaria, cuyo fin es juzgar las obras (*crítica* viene del griego *krinein,* "juzgar"), se aplica a toda clase de obras literarias y utiliza múltiples métodos. Es, pues, en principio, un concepto más amplio que la retórica. En la Antigüedad, la crítica literaria comenzó por aplicarse a los poetas, y en seguida los tuvo como su objeto de estudio, de manera paralela o preferente frente a los prosistas (Aristófanes, *Ranas*; Aristóteles, *Poética;* Horacio, *Arte Poética*…). Para el estudio de las obras la crítica recurrió a diferentes modos de aproximación: textuales (establecimiento del texto por crítica interna y confrontación de variantes), biográficos (vida de los autores), "gramaticales" (comentario lingüístico, histórico, geográfico, de tipo erudito), alegóricos (búsqueda de verdades ocultas en las narraciones de los poetas).

La *poética,* en el sentido en el que la entiende Aristóteles en su obra homónima, puede ser definida como una forma de crítica literaria, que consiste en estudiar los elementos constitutivos de la obra poética (estructura de la trama, caracteres, estilo, etc.). No se confunde, ni siquiera ella, con la retórica.

Sin embargo, existen terrenos de confluencia, como se constata en Aristóteles. Éste, que consagró dos tratados paralelos a la poética y a la retórica, distinguió con claridad estas dos artes en función de sus dominios respectivos: de uno, la poesía, que mira hacia la imitación de otro; el discurso, que apunta hacia la persuasión. Pero también señaló intercalaciones importantes, a propósito de sectores que son comunes

a ambas artes. Señala que todo lo que en la poesía concierne al "pensamiento" (demostrar, refutar, conmover, engrandecer y disminuir) compete de hecho a la retórica (*Poética,* 1456a34-b2); inversamente, reenvía a los análisis de la *Poética* para el estudio de las metáforas (*Retórica,* III, 1405a3-6) o de lo cómico en retórica (*Retórica,* I, 1372a 1-2; III, 1419b 6-7). La semejanza de ánimo y los puntos en contacto precisos entre la *Poética* y la *Retórica,* en Aristóteles, son la manifestación de los puentes que existen en la Antigüedad entre retórica y poética, y de manera más amplia entre retórica y crítica literaria.

De manera sumaria, estos puentes son de dos clases, pues la crítica literaria se encuentra con la retórica en dos casos: cuando la crítica aborda discursos de los oradores o cuando utiliza conceptos tomados de la retórica. El primer caso queda ilustrado por los comentarios antiguos a los oradores áticos o a Cicerón, o incluso por las *Controversias y suasorias* de Séneca el Rétor, obra destinada a la crítica de las declamaciones; el segundo, por los estudios sobre la retórica de Homero, evocados más arriba (capítulo I), por los comentarios de Servio sobre los "estados de causa" *(status)* en los discursos de la *Eneida,* o incluso por el tratado de Luciano *Sobre cómo escribir la historia,* el cual critica a los historiadores contemporáneos y define las cualidades y los defectos de la obra histórica, apoyándose, entre otras cosas, en categorías propias de la retórica (invención, disposición, elocución, virtudes del estilo, teoría del elogio, etc.). Los dos caminos confluyen cuando se trata de estudiar a un orador siguiendo un método retórico, como sucede en el caso de los tratados sobre Demóstenes (por ejemplo, Tiberio, *Las figuras en Demóstenes*); aquí la crítica literaria se hace enteramente retórica. En la época imperial, tales encuentros entre crítica literaria y retórica fueron particularmente frecuentes a causa del lugar prominente que la retórica alcanzó en la cultura de la época. Al comienzo del Imperio, dos autores griegos desempeñaron un papel esencial al respecto: Dionisio de Halicarnaso y el Pseudo Longino.

Dionisio de Halicarnaso

Dionisio de Halicarnaso, nacido hacia el 60 a. C., se instaló en el 30 en Roma, donde vivió durante la segunda parte de su existencia; mantuvo relación con la familia patricia de los *Aelii Tuberones,* cuyos miembros

eran versados en derecho e historia; su muerte se sitúa después del año 8-7 a. C. La obra de Dionisio presenta dos vertientes: las *Antigüedades romanas*, amplia historia de Roma desde los orígenes hasta la primera Guerra Púnica, de la cual sólo se conserva completa la primera parte, y los *Opúsculos retóricos,* antología que contiene una docena de ensayos críticos (hubo más, pero algunos se perdieron) cuya composición se extendió a lo largo de varios lustros, paralelamente a la de las *Antigüedades romanas*. Son tratados madurados con toda tranquilidad o bien cartas circunstanciales que responden a la petición de alguien. Siete ensayos tratan sobre los oradores áticos (*Prólogo de los oradores antiguos, Lisias, Isócrates, Iseo, Demóstenes, Carta a Ameo* sobre Demóstenes y Aristóteles y *Dinarco*), tres sobre los historiadores (*Tucídides, Segunda carta a Ameo* sobre Tucídides y *Carta a Pompeyo Gemino* sobre Platón y los historiadores), dos sobre problemas teóricos (*La composición literaria* y *La imitación,* habiéndonos llegado este último tratado de manera fragmentaria). La vertiente histórica y la vertiente crítica de la producción de Dionisio, a pesar de la diferencia entre los temas tratados de una y otra parte, mantienen estrechas relaciones en dos planos: por un lado, Dionisio expresa en los dos grupos de obras los mismos sentimientos de admiración y reconocimiento hacia Roma; por otra parte, elabora en los *Opúsculos retóricos* una teoría de la escritura histórica que hace eco a su propia práctica de historiador en las *Antigüedades romanas*.

Los *Opúsculos retóricos* son el primer corpus crítico conservado que pone de relieve la imitación de los autores clásicos, rasgo que será fundamental a lo largo de toda la época imperial. El objetivo de Dionisio es educativo. Partidario de un ideal isocrático de retórica entendida como "filosofía política" (es decir, como disciplina moral adecuada al ciudadano), quiere proponer modelos que ayudarán al lector a formar su elocuencia y a definir su estilo. El análisis minucioso de los textos y la caracterización de los autores se proponen sacar a la luz "las cualidades que se deben tomar de cada uno, o los defectos que hay que evitar" (*Prólogo de los oradores antiguos,* 4, 2).

Con este fin, Dionisio construyó un corpus de referencia compuesto únicamente de autores antiguos, en nombre de la idea de que el periodo más brillante de la literatura griega fue la época arcaica y clásica, sobre todo la Atenas de los siglos V-IV, y que de ella se debe sacar inspiración. Precisando y sistematizando la crítica literaria, mucho

más de lo que antes de él se había hecho, Dionisio aplica a este corpus métodos múltiples y refinados: investigaciones eruditas sobre los autores (biografía, influencias experimentadas y ejercidas, cuestiones de autenticidad), largas citas y análisis de pasajes, "comparación" *(synkrisis)* entre autores o pasajes, trabajos prácticos de transposición consistente en modificar el orden de las palabras en una frase dada o en cambiar el metro empleado (transformando, por ejemplo, hexámetros homéricos en tetrámetros), a fin de mostrar con mayor claridad la calidad propia del texto original. La imitación resultará así de la familiaridad con los autores y una impregnación de su estilo. Pero será crítica y ecléctica. Dionisio no teme hacer reproches a Platón y a Tucídides. Considera que los grandes autores brillaron por cualidades diferentes los unos de los otros y que es necesario inspirarse en lo que hay de bueno en cada uno. Entre los clásicos, según él, la palma de la virtuosidad oratoria corresponde a Demóstenes, modelo principal, por el cual, Dionisio ha experimentado, a lo largo de su vida, un entusiasmo creciente, "tanto por la elección de las palabras como por la belleza de la composición estilística" (*La composición literaria,* 18, 15).

Este concepto de composición estilística *(synthesis onomatôn),* desarrollado en *La composición literaria*, y en el *Demóstenes,* es el más interesante del pensamiento de Dionisio; amplía con originalidad los análisis como el que Cicerón había hecho en *El orador*. Por "composición", Dionisio entiende la disposición de palabras y de los miembros de la frase, en tanto que produce una impresión auditiva por la sucesión de sonidos que golpean el oído. El estilo es considerado como una secuencia de efectos fonéticos e incluso musicales, y es ésa, según Dionisio, una dimensión muy importante de las obras literarias en general y de los discursos retóricos en particular:

> Es una especie de música la ciencia de los discursos políticos, pues se diferencia del canto y de los instrumentos en la cantidad, no en la calidad. En efecto, en ella [la retórica] las expresiones tienen también melodía, ritmo, variedad y adecuación […] la diferencia es de grado (Dionisio de Halicarnaso, *La composición literaria,* 11, 66-74. Traducción del editor).

Los factores que confieren belleza o gracia a la *composición* de un texto son la melodía, el ritmo, la variedad y la adecuación. Esta distri-

bución se combina con otras dos clasificaciones, la de los caracteres del estilo (elevado, simple, medio) y la de las armonías *(harmoniai)* ("austera" *[austêra],* "elegante" *[glaphyra],* media). En todos los casos Dionisio privilegia la forma media o mixta, que reúne (alternándolas más que mezclándolas) las cualidades pertenecientes a las otras dos formas y se ejemplifica en especial en el estilo de Demóstenes.

La obra de Dionisio de Halicarnaso es instructiva, porque intenta dar cuenta de manera conceptual de las impresiones sentidas intuitivamente en la lectura de los textos. El autor se jacta de que su obra sea "el fruto de mi cultura y de mi alma" (*La composición literaria,* 1, 9). Estos análisis ejercieron una influencia importante en los teóricos posteriores, entre ellos Hermógenes. Son invaluables para quien quiera intentar imaginar hoy la dimensión auditiva de la retórica griega. No es sorprendente que Racine —un maestro de la música de las palabras— haya releído el tratado de *La composición literaria* "con un enorme placer", tal como le escribía a Boileau (Carta de 1693).

El tratado *De lo sublime*

Pero Boileau prefería el tratado *De lo sublime*, que tradujo en 1674 y al que confirió una notoriedad considerable en Francia y en toda Europa (cf. la Querella entre antiguos y modernos, Burke, Kant, Víctor Hugo…). Este opúsculo misterioso es una de las cumbres de la crítica literaria antigua. Transmitido por los manuscritos bajo el nombre de "Dionisio Longino", con la variante "Dionisio o Longino", es la obra de un desconocido, que llamamos tradicionalmente el "Pseudo Longino" para distinguirlo de Casio Longino, retórico y filósofo del siglo III d. C. Su fecha de composición se sitúa con toda probabilidad en el siglo I d. C. Dedicado al romano Póstumo Terenciano (desconocido también éste), quiere ser útil a los "políticos" (1, 2: *andres politikoi*), en tanto que ellos necesitan saber escribir y hablar, pero su propósito va más allá de la utilidad práctica; busca definir la excelencia en materia literaria así como los medios de alcanzarla.

Esta excelencia tiene el título de *sublime* (*hypsos,* literalmente "altura", "elevación"). El Pseudo Longino tenía un predecesor a este respecto, en la persona de Cecilio, autor él mismo de un tratado intitulado *De lo sublime* (se trata de Cecilio de Calacte, contemporáneo y amigo

de Dionisio de Halicarnaso, autor de numerosas obras históricas y retóricas, en especial de un tratado *Sobre las figuras* y del estudio *Sobre el carácter de los diez oradores*). El Pseudo Longino reprocha a Cecilio no haber estado a la altura de su tema y retoma el estudio sobre nuevas bases, diferenciando lo que a sus ojos constituye el carácter propio de lo sublime, a saber, el hecho de que pertenece a un orden distinto al de las cualidades ordinarias.

> Lo sublime es una especie de cumbre y excelencia del lenguaje, y que los más grandes entre poetas y prosistas por ninguna otra razón que ésta tuvieron la primacía y envolvieron de eternidad su propia fama (1, 3. Traducción de P. Vianello).

Lo sublime es, pues, superior a la simple persuasión:

> Porque no a la persuasión de los oyentes, sino al éxtasis conduce lo maravilloso y dondequiera, con el asombro, lo admirable siempre vence a lo persuasivo y a lo que agrada, y si lo persuasivo generalmente está en nuestras manos, lo sublime, por el contrario, ejerciendo un poder y una fuerza irresistibles, sobrecoge a cualquier oyente (1, 4. Traducción de P. Vianello).

Lo sublime desdeña la exactitud y la corrección:

> […] las naturalezas superiores son muy poco puras, porque la corrección en todo lleva en sí un riesgo de pequeñez, mientras que en las grandes obras como en las enormes riquezas debe haber algo también descuidado; y quizá esto es incluso inevitable: que las naturalezas bajas y mediocres por el hecho de no correr nunca riesgos y de no aspirar a las cimas, se mantienen en general sin defectos y más a salvo, mientras que las cosas grandes están expuestas a las caídas por su misma grandeza […] ¿Qué vieron entonces aquellos hombres divinos que, aunque aspiraban a los máximos premios de la composición, despreciaban la corrección en todo? (33, 2; 35, 2. Traducción de P. Vianello).

Lo sublime trasciende la condición humana:

> […] aunque distan mucho de lo infalible, estos genios, sin embargo, todos están por encima de lo mortal; y mientras que las demás cua-

> lidades prueban que sus poseedores son hombres, lo sublime eleva casi a la grandeza de un dios (36, 1. Traducción de P. Vianello).

Para poder alcanzar lo sublime o, al menos, para intentar acercársele, existen algunos preceptos técnicos, pues se trata de un asunto de arte y no sólo de dones naturales. En principio, conviene no equivocarse de objetivo y no tomar por sublime lo que no es más que hinchazón, afectación, frialdad, mal gusto; el autor elabora sobre este asunto una lista de defectos que se deben evitar y critica el estilo de Gorgias tanto como el asianismo. En seguida, hay que imitar a los antiguos. Los modelos del Pseudo Longino son en particular Homero, Demóstenes y Platón (este último citado en contra de Cecilio, que había osado poner a Lisias por encima de Platón: "aunque ama a Lisias más que a sí mismo, con todo, odia a Platón en absoluto más de lo que ama a Lisias" (32, 8. Traducción de P. Vianello). El Pseudo Longino expresa su admiración por los grandes modelos y cita numerosos extractos, que estudia de cerca; sus comparaciones de la *Ilíada* y de la *Odisea* (9), de Demóstenes y de Cicerón (12, 4), o su análisis de la oda de Safo que describe los tormentos de la pasión (10), se han hecho célebres. Finalmente, hay que conocer y buscar las cinco fuentes de lo sublime, que el autor enumera y que constituyen el plan de su tratado:

1) La facultad de concebir pensamientos elevados.
2) Las pasiones (el desarrollo de este punto falta en el tratado, según la opinión de muchos especialistas, probablemente a consecuencia de una laguna).
3) Las figuras.
4) Los tropos, especialmente la metáfora.
5) La "composición" (disposición de las palabras).

Se puede reconocer fácilmente en esta distribución la división, usual en retórica, entre lo que tiene que ver con el contenido (números 1 y 2) y lo que tiene que ver con la forma (números 3-5); todos los conceptos de la lista pertenecen a la retórica (pensamientos, pasiones, figuras, tropos, composición).

Lo sublime tal como lo concibe el Pseudo Longino no resulta pues de una invención *ex nihilio,* sino que está profundamente anclado en

el sistema de la retórica. En lo esencial, se remite a lo que los teóricos de los "géneros de estilo" habían definido como el estilo *grande, elevado, vehemente*. Por otra parte, en numerosos puntos el Pseudo Longino se reencuentra con los conceptos y métodos críticos de Dionisio de Halicarnaso (denuncia del asianismo, admiración por los antiguos, insistencia en la *synthesis*…). En estas condiciones, ¿de dónde proviene la originalidad del tratado *De lo sublime,* tan impresionante cuando lo comparamos con otros tratados retóricos y críticos de la Antigüedad? Consiste en una concepción al mismo tiempo filosófica y mística que el autor tiene de la literatura. Marcado por el platonismo y el estoicismo (se ha pensado que pudo haber experimentado la influencia de Posidonio), el Pseudo Longino se apoya en conceptos filosóficos (por ejemplo 7, 1: bienes verdaderos y falsos; 15, 1-2: imaginación *[phantasia]* y evidencia *[enargeia]*), y fundamentalmente, piensa que no se puede ser un gran escritor si no está uno dotado de una gran elevación moral: "Lo sublime es la resonancia de una gran alma" (9, 2). Por consiguiente, su concepción de la literatura concede un lugar importante a la individualidad de cada autor, a la idiosincrasia. Contrariamente al enfoque puramente racional que era el predominante, el Pseudo Longino concede un lugar a la espontaneidad, al entusiasmo, al misterio. Incluso la imitación se presenta, en el tratado, como un fenómeno de inspiración y sobrenatural:

> Muchos son divinamente inspirados por un soplo ajeno, del mismo modo que, según es tradición, también la Pitia, cuando se sienta en el trípode allá donde está una hendidura de la tierra, que exhala según dicen un vapor divino, en el acto queda empreñada del poder del numen e inmediatamente profetiza por inspiración. Así, del genio de los antiguos llegan, como de aberturas sagradas, a las almas de quienes los emulan, ciertos efluvios por cuyos hechizos, incluso quienes no son tan inspirados, se entusiasman también con la grandeza de otros (13, 2. Traducción de Paola Vianello).

El Pseudo Longino intentó penetrar en el misterio del genio. Y vertió su doctrina en un estilo elocuente, lleno de imágenes, adecuado a su propio tema, como lo había señalado Boileau (en el prefacio de su traducción): "Frecuentemente emplea la figura que enseña; y hablando de lo sublime, él mismo es muy sublime".

Arcaísmo y aticismo

La elección de modelos conservados por Dionisio de Halicarnaso y el Pseudo Longino testimonian la predilección de la época imperial por los "clásicos". El Imperio fue una época de gran cultura literaria e intelectual —una cultura digerida, dominada y anclada en el respeto al pasado. Numerosas fueron en esta época las enciclopedias, las sumas, las investigaciones eruditas de toda clase. El libro estaba en el lugar de honor en innumerables bibliotecas tanto públicas como privadas, así como, a través del comercio bibliófilo, los manuales de bibliografía, los comentarios de los autores. Era el momento de las listas de lectura, de "la frecuentación de los antiguos" (Luciano, *De la danza,* 2) y de la autoridad de las grandes obras. Todo esto propiciaba un clima del que la retórica se benefició y que ella misma contribuyó en gran medida a crear.

En el mundo romano, el gusto arcaizante estaba en boga en el siglo II d. C., de manera especial en la obra de Frontón, cuya correspondencia muestra a un enamorado de la lengua latina, siempre a la búsqueda de la expresión justa, y particularmente sensible al encanto de las viejas palabras y a los viejos autores que las habían empleado. Más que hacia Virgilio y Cicerón, el gusto de Frontón va hacia Enio, Plauto, Lucrecio, Catón. Tendencias arcaizantes comparables se manifiestan en otro gran orador y escritor de la época, Apuleyo, del que volveremos a hablar más tarde, y también en Aulo Gelio, autor de las *Noches áticas* (a mediados del siglo II d. C.). Esta obra erudita, sucesión de capítulos que tratan sobre los más diversos temas en todas las ramas del saber, aborda con predilección los problemas relativos a la gramática y al vocabulario latinos y las explicaciones de formas raras sacadas de la literatura arcaica. Sin ir tan lejos en el arcaísmo, muchos tomaban como modelo a Cicerón. Uno de los mejores elogios que se podían hacer a un orador romano consistía en decir que él merecía ser contado "en el número de los antiguos" (Quintiliano, *Institución oratoria,* X, 1, 118) o que utilizaba "un vocabulario antiguo" (Plinio el Joven, *Cartas,* I, 16, 2).

En el mundo griego, la admiración por los antiguos tomaba la forma del *aticismo,* fenómeno aún más difundido que el arcaísmo romano. El aticismo es una noción que ya nos hemos encontrado antes, a propósito de los *neoáticos* romanos contemporáneos de Cicerón (capítulo V), y

que está cargada aquí de significados adicionales. Para los griegos de la época imperial, el aticismo consistía en hablar y escribir una lengua inspirada en el dialecto ático de los siglos V y IV a. C. y por tanto netamente diferente de las lenguas y dialectos usuales en la vida de todos los días (éstos eran el griego corriente o *koinê* ["lengua común"], que presentaba formas más o menos literarias, las variedades idiomáticas locales y las lenguas vernáculas). Los cursos, las conferencias, las publicaciones de obras imitaban así un intermediario lingüístico que les era propio y que los caracterizaba como objetos culturales. El objetivo se había alcanzado cuando todos los elementos del discurso —vocabulario, morfología, sintaxis— parecían sacados de Platón o de Demóstenes.

A primera vista, el aticismo puede parecer vano y artificial, pero dos consideraciones permiten comprenderlo. Por una parte, el fenómeno de una lengua literaria, que no se confundía con ningún dialecto existente, existió siempre en griego, por lo menos en poesía, desde Homero y Píndaro. En la historia reciente, el griego moderno conoció una situación de *diglosia* (doble uso lingüístico) que hacía coexistir una lengua "pura" y una lengua "popular". Del mismo modo, el aticismo representaba la búsqueda de una lengua de cultura, fundada sobre un corpus de textos antiguos y distinta de la lengua contemporánea.

Por otra parte, existían distintos grados de aticismo, desde el rigor de los puristas hasta la práctica más flexible de quienes buscaban simplemente un nivel de lengua elevado o de quienes se contentaban con emplear algunas palabras o giros elegantes. Algunos autores alcanzaron una imitación casi perfecta de la prosa ática, como Luciano o Elio Arístides, mientras que otros eran menos estrictos, como Plutarco, o como el médico Galeno (el cual se interesó bastante por el tema). Todos los autores del periodo fueron afectados, en mayor o menor medida, por el aticismo. Por regla general, cuanto más cercanos estaban a la retórica y a la sofística, más pronunciado era su aticismo, cumpliendo el medio retórico el papel de un conservatorio de la lengua bella y del buen uso.

El aticismo suponía un estudio asiduo de los autores considerados como modelos, una impregnación mediante la lectura y un trabajo filológico y gramatical para enfatizar los giros y las palabras características. La época imperial conoció también un florecimiento de léxicos aticistas, por ejemplo, el de Frínico (siglo II d. C.), en 37 libros, que fue intitulado *Preparación sofística,* porque el conocimiento del uso ático era el

primer paso en la formación retórica de los sofistas. La *paideia* ("educación", "cultura") descansaba en la *mimêsis* ("imitación", "innutrición").[1]

En su dimensión lingüística, el aticismo es el síntoma de un fenómeno más extenso: el apego de los griegos de la época imperial a los grandes escritores de otro tiempo (incluidos los escritores arcaicos y jonios, como Homero o Heródoto, canonizados en el mismo movimiento que los autores áticos), y, por encima de la literatura, su apego a la historia antigua de Grecia, en particular de Atenas, y a las glorias intelectuales, artísticas, políticas y militares del periodo entre los siglos VIII al IV a. C. (V-IV sobre todo). De manera correlativa, la época helenística era relativamente negada. Este tema de la identidad helénica ya había tomado forma con anterioridad (desde el periodo clásico, después durante el periodo helenístico, que fue una gran época de historia local y de arqueomanía de todo género), pero conoció bajo el Imperio un desarrollo sin precedente. En el campo de la retórica, la fijación en la Atenas clásica se subraya por la importancia extraordinaria concedida a Demóstenes, que se convirtió en la época imperial en una referencia absoluta, el orador por excelencia, símbolo y modelo del arte oratorio.

En estas referencias al pasado, no había lugar en absoluto para la nostalgia, pues los griegos de la época imperial eran perfectamente conscientes de las ventajas del presente. Roma garantizaba la paz en el exterior y en el interior, una posición privilegiada para los notables y las elites urbanas, un estatuto incluso para las pequeñas ciudades —características todas éstas que impedían que las clases superiores (a las que pertenecían los hombres cultos y los oradores) echaran de

---

[1] Aunque sea frecuente oponer *aticismo* y *asianismo,* las indicaciones anteriores muestran que estas dos nociones no se sitúan en el mismo plano. El *asianismo* es una forma de estilo (ver más arriba, capítulo IV). El *aticismo* es un fenómeno lingüístico y, más ampliamente, un conjunto de referencias culturales. Por consiguiente, las dos nociones no son antinómicas: es perfectamente posible que un discurso sea redactado al mismo tiempo en estilo asianista y en una lengua aticizante marcada por referencias a los autores de los siglos V y IV (por ejemplo, Elio Arístides, *Monodia sobre Esmirna*). No existe oposición a menos que transformemos al *aticismo* en concepto estilístico sinónimo de simplicidad y de sobriedad (como lo querían los neoáticos romanos, que hacían de Lisias el parangón del aticismo: pero Cicerón les contestó).

[La noción de *innutrición* indica el cultivo de los autores clásicos que implica una identificación con ellos, no la simple copia, imitación o traducción. N. del E.].

menos seriamente los tiempos de guerra, de los imperialismos, de los excesos de la democracia. El recuerdo de la Grecia de antaño, aunque tan defendida en ocasiones, no era un sueño de apego al pasado, sino —lo que no es de ninguna forma lo mismo— un mito nacionalista, una exhibición de raíces, una afirmación de la identidad griega dentro del Imperio romano. Los griegos (es decir, los habitantes de las provincias grecoparlantes) se sometían al domino político y militar de Roma, solicitando a cambio ser respetados y reconocidos como griegos. Al afirmar su cultura, lanzaban una reivindicación: reivindicación no de independencia (eso estaba descartado), sino de respeto y de privilegios. Los romanos, por su parte, aceptaban esta afirmación y esta reivindicación, porque éstas no ponían en riesgo su imperio, y porque las elites romanas eran bilingües y abiertas a la cultura griega. De esta manera, la insistencia sobre los valores del helenismo contribuía a la estabilidad del Imperio romano.

En latín como en griego, la retórica afrontaba las tareas del momento apoyándose en un pasado que no era visto como un estorbo, sino como una fuente y una fuerza.

La retórica, carrera reina de la enseñanza

De modo esquemático, la enseñanza constaba, en la época imperial, de tres niveles: la instrucción primaria, garantizada por un preceptor a domicilio o por un instructor, en el curso de la cual los niños aprendían principalmente a leer y a escribir; la enseñanza secundaria, impartida por el "gramático" (en griego *grammatikos,* en latín *grammaticus*); finalmente, la superior, en la cual la retórica, enseñada por el "rétor" *(rhêtôr, rhetor),* constituía el principal curso o carrera, al lado de materias más especializadas como la filosofía o la medicina. La retórica era la formación más seguida, en su carácter de enseñanza generalizada. No preparaba sólo para el oficio de abogado, sino para las responsabilidades de funcionario, de administrador, de político. Por ella pasaban, en su gran mayoría, los notables y los dirigentes del Imperio.

Los gramáticos tenían por tarea la enseñanza de la lengua y la explicación de los poetas. Sentaban las bases de la cultura clásica, tan importante en el pensamiento y la sociedad de la época. A veces, inva-

diendo el terreno de los rétores, comenzaban a tratar con anticipación el programa del siguiente nivel, explicando a los autores de prosa y enseñando los primeros ejercicios preparatorios de la retórica (Quintiliano registra las disputas fronterizas a este respecto: *Institución oratoria,* I, 9, 6; II, 1).

Los rétores, presentes en un gran número de ciudades, sostenían la escuela a título privado u ocupaban una cátedra pública —municipal o imperial. Las cátedras más prestigiosas eran las de Roma y las de Atenas. Los profesores, cuyas clases en ocasiones eran muy numerosas, tenían "asistentes" *(hypodidaskaloi, adiutores)*. Impartían lecciones teóricas, ponían a hacer trabajos bajo su supervisión y escuchaban recitar sus composiciones o sus declamaciones, entregando luego, a su vez, la versión corregida. Eran más raros los casos de profesores que se limitaban a declamar ellos mismos sin escuchar a los estudiantes, como era el caso del romano Marco Porcio Latrón, quien decía: "que era no un maestro, sino un modelo", y que hacía comercio "no de su paciencia, sino de su elocuencia" (Séneca el Rétor, *Controversias,* IX, 2, 23).

Si dejamos a un lado la teoría, de la que trataremos más abajo, lo esencial de la enseñanza retórica estaba constituido por los "ejercicios preparatorios" (en griego *progymnasmata,* en latín *praeexercitamenta*), luego por la "declamación" (en griego *meletê,* es decir, literalmente "entrenamiento", en latín *declamatio*).

Los ejercicios preparatorios

Los ejercicios de retórica son una práctica bastante antigua que se remonta fundamentalmente a la Primera Sofística. La palabra *progymnasmata* figura en la *Retórica a Alejandro* (28, 4), sin que el contexto permita saber lo que designa exactamente. Algunos ejercicios aislados, que más tarde formaron parte de la serie canónica, se encuentran atestiguados en la época helenística y en la Roma republicana: por ejemplo, la "tesis" *(thesis),* practicada por los filósofos y por los rétores, el elogio (en un papiro del siglo III a. C.: *P. Mil Vogliano,* III, 123, ed. I. Cazzaniga-M. Vandoni. *Studi italiani di filologia classica,* 29 (1957) pp. 133-173), y la paráfrasis (Cicerón, *Acerca del orador,* I, 154). En época imperial, los ejercicios de esta clase fueron organizados en una serie graduada, que nos es conocida, para los tres primeros siglos, por fuentes latinas

(Quintiliano, *Institución oratoria,* I, 9; II, 4; Suetonio, *Gramáticos y rétores,* 4, 7; 25, 8) y griegas (*Ejercicios preparatorios* de Elio Teón y de Hermógenes o Pseudo Hermógenes). Otros tratados, perdidos, nos son conocidos por el título, por el nombre de su autor y eventualmente por algunos fragmentos. A estos textos —manuales destinados a los maestros—, se añade una rica documentación papirológica, que ofrece algunos ejemplos de composiciones escolares. Se percibe así una práctica pedagógica muy extendida a lo largo de todo el Imperio. Si, como es natural, hubo diferencias en el número, orden y definición de los ejercicios, nos quedamos sorprendidos por la concordancia de las fuentes, que permite hablar de *una* doctrina de ejercicios preparatorios bajo el Imperio y que atestigua la homogeneidad de la educación griega y romana de la época.

A continuación proporcionamos la lista de ejercicios preparatorios tal como se presenta en Elio Teón (siglo I o II d. C.), según el orden de la edición de M. Papillon. Damos el nombre de los ejercicios y, si es necesario, una definición, así como un ejemplo de los temas que los alumnos o estudiantes podían tratar (el manual añade indicaciones detalladas sobre la manera de tratarlos).

- "Cría" *(khreia).* Es una palabra o una acción, breve y significativa, atribuida a un personaje célebre; los alumnos debían explicarla y comentarla. Ejemplo: "Se preguntó a Alejandro, rey de Macedonia, dónde estaban sus tesoros: —'En ellos'— dijo mostrando a sus amigos". Otros teóricos mencionan la "máxima" *(gnômê),* ejercicio del mismo tipo.
- "Fábula" *(mythos).* El ejercicio consistía en contar una fábula y añadirle una moraleja (o inversamente, a partir de una moraleja dada, imaginar una fábula pertinente), en refutar o en confirmar una fábula dada. Ejemplo: "Fábula del perro y la carne".
  Nota. La refutación *(anaskeuê)* y la confirmación *(kataskeuê)* están muy presentes, tal como sucede aquí, como procedimientos aplicables a los ejercicios, o bien en otros teóricos, como ejercicios autónomos.
- "Narración" *(diêgêma).* Composición de un relato, especialmente sobre un tema tomado de un historiador clásico, o trabajo de reescritura y comentario de un relato ya existente (presentación, contextualización, abreviación, amplificación, cambio de orden, refutación, confirmación). Ejemplo: "Relato de la entrada de los Tebanos en Platea en 431 a. C." (a partir de Tucídides).

- "Lugar" (*topos;* también llamado "lugar común", *koinos topos*). Desarrollo dirigido contra un criminal, a la manera de las peroraciones de los discursos de acusación. Ejemplo: "Contra un saqueador de templos".
- "Descripción" *(ekphrasis)*. Se pueden describir personas, acciones, lugares, estaciones, obras de arte… Ejemplo: "descripción de una guerra" (cuando trata sobre una acción, la descripción interrumpe de alguna manera la narración).
- "Prosopopeya" (*prosôpopoiia;* también llamada "etopeya", *êthopoiia*). Este ejercicio consiste en componer un discurso puesto en boca de un personaje dado, en una circunstancia dada, siendo lo importante que las palabras sean apropiadas al hablante y al asunto. Incluye la consolación, la exhortación, la carta. Ejemplo: "Qué palabras le diría un marido a su mujer en el momento de salir de viaje".
- "Elogio" *(enkômion)* y "reproche" *(psogos)*. Ejemplo: "Elogio de Demóstenes".
- "Paralelo" *(synkrisis)*. Trata sobre personas o cosas, sean buenas (se busca cuál es la mejor, utilizando los argumentos del elogio), sean malas (se busca cuál es la peor, utilizando los argumentos del reproche). Ejemplo: "Paralelo entre Áyax y Ulises"; "Paralelo entre la necedad y el sufrimiento".
- "Tesis" *(thesis)*. Ejemplo: "¿El mundo está gobernado por la providencia de los dioses?" (tesis teórica); "¿Debe uno casarse?" (tesis práctica).
- "Ley" *(nomos)*. Se trata de componer un discurso para proponer una ley o al contrario para combatir una propuesta de ley. Ejemplo: "Combatir la proposición siguiente: 'el autor de disparos y heridas pagará diez mil dracmas; si no, será despojado de sus derechos de ciudadano'".

El final del tratado de Teón, que desapareció en la tradición griega, pero que se transmitió en traducción armenia, presenta además cinco ejercicios de acompañamiento:

- "Lectura" *(anagnôsis)*. El maestro hace leer a los estudiantes las obras de los oradores y de los historiadores; presenta y explica los textos, después pide a los jóvenes que los reciten en voz alta, de memoria, con los gestos apropiados.
- "Audición" *(akroasis)*. Los estudiantes escuchan la recitación de una obra, por ejemplo de un discurso (clásico o contemporáneo), y se esfuerzan progresivamente en memorizar el texto hasta ser capaces de reproducirlo por escrito.

- "Paráfrasis" *(paraphrasis).* El ejercicio puede practicarse oralmente o por escrito. Procede por permutación, adición, sustracción o substitución de los elementos. Ejemplo: Tomar un discurso de Lisias y expresar los pensamientos a la manera de Demóstenes.
- "Elaboración" *(exergasia).* Retomar un texto para mejorarlo, tanto en el pensamiento como en la expresión, presentando la misma idea de mejor manera o sosteniendo mejor la misma tesis.
- "Contradicción" *(antirrhêsis).* Teniendo como referencia un discurso dado, componer el discurso adverso.

Existían algunos ejercicios suplementarios de los que Teón no da cuenta. Por ejemplo, Frontón, que hizo practicar a Marco Aurelio ejercicios canónicos (narración, máxima, lugar común), lo hizo también trabajar sobre la "imagen" (griego *eikôn,* latín *imago*) —asunto que le gustaba mucho, asignándole una tarea que consistía en componer una serie de diez imágenes. El tema enunciaba una imagen y el alumno debía encontrarle una aplicación y desarrollarla (lo que invierte hábilmente la situación habitual del orador, que parte de los hechos y busca una imagen para ilustrarla). Marco se detuvo en el noveno asunto que estaba redactado de la siguiente manera: "En el interior de la isla de Isquia hay un lago y en el interior de ese lago, de nuevo otra isla que también está habitada. Sacar de esto una imagen". Frontón propone una versión correcta, según la cual la isla interior es Marco Aurelio mismo, y la isla de Isquia, su padre adoptivo, el emperador reinante, Antonino. La isla interior se beneficia de todas las ventajas de Isquia (clima, habitantes), sin conocer los inconvenientes (azote de las olas, piratas, etc.). La imagen significa entonces que Marco goza de todas las ventajas de una situación segura, en el corazón del palacio imperial, mientras que Antonino se encarga de la dirección del Imperio. Marco podrá recurrir útilmente a esta imagen en el discurso de agradecimiento que pronto deberá pronunciar con ocasión de su nombramiento como César. El ejercicio tendría de esta forma una aplicación directa, además de su contenido político y filosófico (Frontón, *Correspondencia con Marco César,* III, 7-8, 2ª. Ed. Van den Hout).

Aunque la prosa era dominante, sin embargo, algunos ejercicios podían ser redactados en verso, como aquella etopeya improvisada en versos griegos que fue recitada en el concurso capitolino por el joven Quinto

Sulpicio Máximo, a la edad de once años, en 94 d. C. El texto, que consta de cuarenta y tres hexámetros, trataba sobre el asunto siguiente: "Qué palabras diría Zeus a Helios como reproche por haberle confiado su carro a Faetón". Los padres del niño, al morir éste por una enfermedad algún tiempo después del concurso, mandaron gravar sobre su tumba el texto de su composición (ed. Moretti, *Inscriptiones Graecae Vrbis Romae,* 1336).

La serie canónica, que va desde la fábula a la propuesta de ley, a la que se reducen frecuentemente los ejercicios preparatorios, no agota en realidad el asunto. Constituye el eje, una especie de columna vertebral, de una práctica pedagógica mucho más rica y diversificada que apuntaba simultáneamente hacia diversos objetivos.

En la prolongación de la formación comenzada con el preceptor y el gramático, los ejercicios preparatorios tenían una finalidad lingüística y literaria. Profundizaban en el manejo de los clásicos, con miras al perfeccionamiento de la lengua y la imitación de los grandes autores. Representaban un aprendizaje de las estructuras discursivas, efectuado mediante el trabajo de escritura creativa (y al mismo tiempo enmarcado por reglas heurísticas precisas) y de manipulaciones orales y escritas de textos variados. Tal entrenamiento no podía sino dar a los alumnos el sentido de la escritura, de la flexibilidad, del virtuosismo. Después de esta formación, los más dotados estaban armados para componer toda clase de escritos: reportes administrativos, cartas, obras históricas o filosóficas, memorias, poemas […] Las narraciones y las disertaciones de la enseñanza moderna conservan hasta nuestros días un eco, a veces insípido y esclerotizado desafortunadamente, de este tipo de pedagogía; los *Ejercicios de estilo* de Raymond Queneau ofrecen un ejemplo brillante de semejante trabajo de escritura.

La finalidad moral no estaba ausente, en particular en los primeros ejercicios. La *cría,* por ejemplo, era edificante por naturaleza. Ello no impedía que los pedagogos antiguos abordaran temas realistas y se valieran de asuntos de asesinato, adulterio, etc. Para Teón la regla era que convenía expresarse en términos decentes y evitar las palabras vulgares o crudas.

Finalmente, los ejercicios preparatorios, como su nombre lo indica, estaban concebidos como una preparación con miras a la composición de discursos completos. Siguiendo una progresión cuidadosamente estudiada, los alumnos se familiarizaban con las diferentes partes de la retórica: lugares de la invención, esquemas de argumentación (tanto para

probar como para refutar), planes y partes del discurso, estilo, memorización y pronunciación. Tocaban cada uno de los géneros retóricos (elogio, consejo, alegato). Aprendían a redactar segmentos susceptibles de convertirse en partes de un discurso. Cuando llegaban por fin a los últimos ejercicios, la tesis y la propuesta de ley estaban muy cerca del discurso completo. Estaban listos para la declamación.

La declamación

La declamación se define como un discurso ficticio, es decir, una composición destinada al entrenamiento de los oradores que tiene la apariencia de un discurso realmente pronunciado; versa sobre hechos pertenecientes a la mitología o a la historia, o bien se sitúa en una época y en un lugar no precisados. Con base en la terminología latina, se distinguen las "controversias" *(controuersiae),* pertenecientes al género judicial, que imitan un alegato pronunciado ante un tribunal para acusar o defender, y las "suasorias" *(suasoriae),* pertenecientes al género deliberativo, que imitan una opinión dada delante de una asamblea o ante un consejo para proponer o rechazar una medida o una acción. Las declamaciones epidícticas que imitan un discurso de elogio o de reproche son muy raras y marginales.

Los discursos ficticios existieron desde la época de los sofistas; por ejemplo, el *Palamedes* de Gorgias era la imitación de un alegato de defensa, puesto en boca de Palamedes en el momento de la guerra de Troya. En el mundo griego helenístico, la declamación abordó temas históricos, como lo atestiguan algunos vestigios papirológicos; en Roma, hizo su entrada en el siglo I a. C. Fue entonces, a partir del final de la República, cuando la declamación experimentó una verdadera explosión, hasta el punto de convertirse en una de las formas retóricas más en boga de la época imperial —y, para nosotros, hoy día, una de las mejor conocidas, gracias a las numerosas fuentes. Dos autores dan una idea de este fenómeno: el latino Séneca el Rétor y el griego Elio Arístides.

Séneca el Rétor, también llamado Séneca el Padre (para distinguirlo de su hijo homónimo, el filósofo Séneca), vivió entre los años 50 a. C. y 30 d. C. Al final de su vida, reunió en una gran compilación los mejores pasajes de las declamaciones que conoció a lo largo de su vida, algunas

escuchadas por él mismo, otras obtenidas de fuentes orales o escritas. La obra consta de diez libros de controversias y un libro de suasorias. Cada asunto de declamación constituye la materia de un capítulo, en el cual Séneca incluye extractos de múltiples discursos, a fin de mostrar cómo había procedido cada uno de los declamadores que habían tratado el asunto en cuestión. Cita los "rasgos" o fórmulas brillantes *(sententiae)* pronunciadas por unos y otros, así como algunas muestras más extensas; analiza las "divisiones" adoptadas *(diuisiones),* es decir, las articulaciones de la argumentación, formadas de "puntos" por examinar *(quaestiones);* finalmente precisa los "colores" *(colores),* es decir, las motivaciones particulares prestadas a los personajes y a los actos del juicio (esto sólo en las controversias). De allí le viene el título que los manuscritos dan a la obra: *Sentencias, divisiones y colores de los oradores y de los rétores*.

En total, Séneca el Rétor presenta poco más de setenta temas de controversia y siete temas de suasoria. Menciona ciento veinte declamadores, de los cuales tres cuartas partes son romanos y los restantes griegos; por lo demás, sucedía que los romanos declamaban en griego y los griegos en latín. Sobre un mismo asunto cita varias declamaciones de autores diferentes, a veces una decena o una veintena; los temas eran tradicionales y pasaban de un declamador a otro. Frecuentemente, por mera virtuosidad, los declamadores trataban los pros y los contras de un mismo asunto.

La obra de Séneca constituye así un documento de primer orden sobre la declamación griega y romana al comenzar la era cristiana. El autor, que tiene ingenio, esmalta su compilación con reflexiones interesantes, no sólo sobre la declamación, sino también sobre la retórica en general, sobre los problemas de estilo, sobre las relaciones con la poesía.

Lo que impresiona en la lectura de los *Sentencias, divisiones y colores,* es el carácter excesivo y violento, por no decir extravagante, de las situaciones evocadas. No se trata sino de mujeres violadas, hijos desheredados, jóvenes raptados por los piratas, envenenamientos, mutilaciones, madrastras, tiranos, parricidas, crímenes y falsas acusaciones de toda clase. Los declamadores citados por Séneca, o quizá Séneca mismo en la elección que operó, muestran predilección por los casos difíciles y los temas novelescos, descuidando en ocasiones la verosimilitud y la verdad histórica. A continuación algunos ejemplos:

- Ley: La mujer seducida podrá escoger que su seductor sea ejecutado o que la despose sin dote. Asunto: un hombre toma por la fuerza a dos mujeres la misma noche: una escoge que sea muerto, la otra casarse (*Controversias,* I, 5).

No parece que haya existido realmente una ley semejante en alguna parte; los declamadores habrán juntado dos estipulaciones separadas, de manera que propusieran una alternativa dramática. Pero poco importa. El interés de este asunto célebre, que encontramos en otros autores, se sostiene en su dificultad, pues las demandas de las dos partes están bien fundamentadas una como la otra, y sin embargo son inconciliables: de donde resultan discusiones espinosas para saber cuál de los dos derechos debe prevalecer. Entre las sentencias, Séneca cita la de Latrón, que defendía la causa de la primera mujer: "habría atacado a una tercera si la noche le hubiera alcanzado".

- Cicerón delibera si quemará sus obras, con la promesa de Antonio de dejarlo con vida si así lo hace (*Suasorias,* VII).

El declamador toma el papel del consejero, dirigiéndose a Cicerón para iluminarlo sobre la decisión que deberá tomar. La situación es ficticia, pues Antonio nunca hizo en realidad esta proposición. Después de haber citado ejemplos de argumentación con miras a disuadir a Cicerón de aceptar, Séneca comenta con un humor frío:

> Nadie, hasta donde sé, ha sostenido la tesis opuesta de esta suasoria. Todos se preocuparon de la obra de Cicerón, nadie de Cicerón; por consiguiente no era tan difícil desarrollar este asunto, pues Cicerón, si se le hubiera ofrecido la condición mencionada, habría vacilado.

Si volvemos ahora a Elio Arístides, orador griego del siglo II d. C., encontramos declamaciones de un tono distinto, que buscan por encima de todo la exactitud en la reconstitución histórica, apoyada sobre las mejores fuentes, así como la fuerza y la sutileza en la argumentación. De los doce discursos conservados (restos de una producción mucho más abundante), once se sitúan en la Grecia de los siglos V-IV a. C. El uso de una lengua estrictamente aticista contribuye a dar la impresión

de una imitación, hasta el punto de que, al leer algunas de sus declamaciones, podríamos casi equivocarnos y creernos en presencia de un auténtico discurso de época clásica (véase el caso del discurso *Sobre la constitución,* transmitido bajo el nombre de Herodes Ático, a propósito del cual los filólogos desorientados se preguntaban si se trataba de una declamación del siglo II d. C. o de un discurso del V a. C.). Ejercicios de cultura clásica, de argumentación y de estilo, las declamaciones aristidianas limitan con las proezas, mucho más porque el autor trata los pros y los contras *(in utramque partem),* compone dos discursos diferentes en el mismo sentido *(retractatio),* o fuerza el virtuosismo dialéctico (en las *Leuctrienas*) hasta combinar los dos métodos. Los asuntos (todos suasorios) son los siguientes:

- *Discursos sicilianos:* a favor y en contra del envío de refuerzos a la expedición de Sicilia en 414-413 a. C. (a partir de Tucídides).
- *Discurso por la paz:* uno es pronunciado por un ateniense a favor de la paz con los lacedemonios en 425 a. C.; el otro, por un lacedemonio a favor de la paz con los atenienses en 404 a. C.
- *Discurso sobre la alianza con los tebanos:* dos discursos en el mismo sentido, a partir de un episodio de la carrera de Demóstenes en 338 a. C.
- *Discursos leuctrienos:* sobre un debate que tuvo lugar en Atenas después de la batalla de Leuctra (371 a. C.) para saber qué línea diplomática debía adoptar la ciudad. Arístides elaboró un conjunto de cinco discursos: uno para la alianza con Esparta, uno para la alianza con Tebas; luego, de nuevo uno a favor de Esparta, uno a favor de Tebas; en fin un quinto a favor de la neutralidad.
- *Discurso de la embajada ante Aquiles:* inspirándose en los tres discursos sobre este asunto que figuran en el canto IX de la *Iliada,* Arístides compone un cuarto del mismo.

Poseemos además, en latín, compilaciones de declamaciones transmitidas bajo el nombre de Quintiliano y de Calpurnio Flaco y, en griego, textos de Luciano *(Falaris I* y *II,* el *Tiranicida, El hijo desheredado),* Lesbonacte, Polemón, Adriano de Tiro, así como testimonios abundantes en las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato y el tratado *Sobre las faltas cometidas en las declamaciones* del Pseudo Dionisio de Halicarnaso (capítulo X de la *Retórica*).

La importancia del fenómeno de la declamación en la época imperial no necesita demostrarse. La declamación era tan apreciada que

salía del marco estrictamente escolar para convertirse en un género literario y en un divertimento mundano. No era practicada sólo por los estudiantes, sino también por los profesores, incluidos los más célebres, por los oradores consagrados, que continuaban entrenándose siguiendo este método, por grandes personajes, e incluso por los emperadores. Cuando un declamador reconocido daba una función en una escuela o en un lugar público de la ciudad (odeón, sala de consejo, teatro), la afluencia era grande y el público constaba, además de los estudiantes y los colegas, de personas cualificadas, externas al mundo de la escuela. En este caso, la audición no tenía nada de ejercicio sin brillo ni aburrido. Era, por el contrario, un espectáculo donde se desplegaban los recursos de la inteligencia y del lenguaje elegante, acompañados en ocasiones de demostraciones de virtuosismo: improvisación sobre un asunto dado por el auditorio, declamación "figurada" consistente en un discurso enteramente en doble sentido. El estilo asianista era frecuentemente empleado con agudeza: sus pasajes patéticos; su acción oratoria, insistente; su dicción, melodiosa. Para fijar el recuerdo de tales sesiones, los oradores publicaban regularmente sus declamaciones.

Sin embargo, el fenómeno de la declamación suscitó críticas y recelos. Los autores que creían en la decadencia de la elocuencia (Tácito, Petronio: *cf. supra* p. 158) consideraban la declamación como uno de los principales síntomas de esta decadencia, y no tenían palabras suficientemente duras contra un ejercicio que juzgaban artificial y nocivo. Los alumnos protestaban en ocasiones, como Marco, que se quejaba de que Frontón le había dado un asunto "sin credibilidad" (*apithanos:* Frontón *Correspondencia con Marco César,* V, 38, 2ª. Ed. Van den Hout) o el futuro poeta Persio cuando se fingía enfermo:

> Recuerdo que pequeño muchas veces tocaba mis ojos con aceite
> [de olivas,
> si no quería aprender las palabras del Catón que iba a morir
> muy elogiables por un no querido maestro,
> las cuales, sudando oiría mi padre, con sus amigos convidados.
>
> (Persio, *Sátiras,* III, 44-47. Traducción de Viveros Maldonado)

Más seriamente, los propios profesores y especialistas denunciaban los peligros inherentes al carácter irreal y anticuado de los asuntos. En la declamación no existe una autoridad a quien convencer, ninguna votación que ganar. El orador que no hace sino declamar corre el riesgo entonces de olvidar las exigencias de la persuasión verdadera, de perder de vista las realidades del Foro, de los tribunales, del consejo y de la asamblea, de componer obras de arte que tienen su fin en sí mismas, de complacerse con las sutilezas y la búsqueda de la originalidad en detrimento de los medios simples de la persuasión. Este riesgo existía claramente; son numerosas las anécdotas que ponen en escena a brillantes declamadores cuyos alegatos jurídicos reales se revelaban decepcionantes o ineficaces. Para protegerse de este riesgo, la declamación debía permanecer como un entrenamiento. La declamación es algo bueno a condición de no contentarse sólo con ella, afirman en suma, unánimes, Séneca el Rétor, Quintiliano, Elio Arístides (*Discursos a las ciudades sobre la concordia,* 1, 4). Ésta no debe ganar terreno sobre la elocuencia real.

Pero entonces, ¿cómo se explica el gran éxito de la declamación a lo largo de toda la Antigüedad?

Primeramente, sin duda alguna, por su valor formativo. La declamación permitía el aprendizaje del discurso en todos sus aspectos: argumentación, estilo, pronunciación. Además de esta utilidad retórica directa, tenía un contenido cultural e intelectual. Empleaba la cultura clásica (lingüística, literaria, histórica), así como conocimientos jurídicos. Desarrollaba la aptitud de razonar y enseñaba a hacer la síntesis de asuntos complejos y delicados.

Como los ejercicios preparatorios, la declamación era un método pedagógico activo. Apelaba a la creatividad de los estudiantes, invitándolos a componer ellos mismos discursos, en lugar de limitarse a analizar las obras de los grandes autores. Les ofrecía la posibilidad de inventar los detalles de la causa, no especificados por el asunto, y de desempeñar un papel, como en el teatro, metiéndose en la piel de un personaje histórico o imaginario.

No hay, empero, que exagerar el carácter fantasioso de la declamación, incluso si los temas nos sorprenden en ocasiones. Los tiranos y los piratas constituían una realidad del mundo antiguo, no sólo en la época helenística, cuando la declamación comenzó a desarrollarse, sino incluso bajo el Imperio. Los crímenes, las violencias, las torturas, existían tanto en los hechos como en los discursos. Hasta el adulterio

(véase la *lex Iulia de adulteriis*) formaba parte de los temas discutidos ante el tribunal. Incluso si se tomaban algunas libertades con el derecho, con la historia y con la simple verosimilitud, a fin de complicar los ejercicios, no todo era inventado, y estaba lejos de serlo.

Las declamaciones podían incluso esconder alusiones a la actualidad. Por ejemplo, Latrón declamó frente a Augusto y Marco Agripa sobre un asunto de adopción cuando los hijos de Agripa, Lucio y Cayo, estaban justamente a punto de ser adoptados por Augusto; cada una de las palabras pronunciadas por el declamador tomaba entonces un sentido preciso y le hacían correr el riesgo de no complacer al *princeps* (Séneca el Rétor, *Controversias,* II, 4, 12-13). Casos como el anterior debieron producirse frecuentemente en el curso de la historia de la declamación, gracias al velo de la ficción que permitía abordar los problemas contemporáneos.

Más allá de las alusiones puntuales, la declamación era portadora de una ideología inculcada a los estudiantes en la que se confortaba a los adultos. A través de los roles estereotipados que ponía en escena, custodiaba valores y prejuicios relativos a la moral y a la sociedad, sobre las relaciones entre ricos y pobres, entre padres e hijos, entre maridos y esposas, sobre la política, la guerra, las relaciones humanas, sobre los caracteres del tirano, del valiente, del misántropo… La ciudad imaginaria de los declamadores —*sophistopolis,* como la ha llamado D. A. Russel— era el teatro de una comedia humana que dibujaba problemas reales y sugería el medio de interpretarlos o de exorcisarlos. Además, la reconstitución histórica del pasado en la declamación griega, marcada por la focalización en los grandes momentos de la Atenas clásica, participaba del movimiento de afirmación de la identidad helénica.

Más aún, la declamación, en tanto que espectáculo, ofrecía a la gente culta un esparcimiento literario de buena calidad comparable, desde ciertos ángulos, a las representaciones dramáticas (tanto a las comedias de costumbres como a los dramas históricos o mitológicos), y este hecho contribuyó a su éxito fuera de la escuela.

Los tratados teóricos

La época imperial produjo una gran cantidad de tratados de retórica. Se trataba en principio de responder a las necesidades de la enseñan-

za, la que requería manuales y obras especializadas para la formación teórica de los estudiantes y de los profesores (lo que explica que muchos tratados estén en vinculación con los ejercicios preparatorios y la declamación). Una vez terminada la escuela, los antiguos estudiantes continuaban remitiéndose a los tratados para allí recoger la inspiración con miras a sus presentaciones retóricas, ocasionales o profesionales. Por otra parte, la investigación en el campo de la retórica se desarrolló también por sí misma, de manera científica y especulativa, dando lugar a análisis siempre más complejos y más refinados.

Los tratados conservados se clasifican en cuatro grandes categorías que presentan una rica variedad de temas (las fechas —a veces aproximativas— son después de Cristo):

1) Manuales de ejercicios preparatorios: Teón (siglos I-II), Hermógenes o Pseudo Hermógenes (siglos II-III).
2) Cursos completos de retórica, abarcando los diferentes campos del arte, bajo una forma más o menos desarrollada, que podía ir desde el simple compendio hasta la obra en varios volúmenes: Quintiliano (siglo I), Rufo (siglo II), Anónimo Segueriano (siglos II-III), Apsines (siglo III), Casio Longino (siglo III).
3) Tratados especializados en distintos temas:

- de la argumentación: Hermógenes (siglos II-III) sobre los estados de causa, Minuciano el Joven (siglo III) sobre los medios de prueba o "epiqueremas" *(epikheirêmata),* Pseudo Dioniso de Halicarnaso (siglo III) y Apsines (siglo III) sobre los discursos figurados;
- del estilo: Pseudo Elio Arístides (siglo II) y Hermógenes (siglo II-III) sobre las *ideai;* Rutilio Lupo (siglo I), Alejandro hijo de Numenio (siglo II), Áquila Romano (siglo III) y Tiberio (siglos III-IV) sobre las figuras.

4) Tratados sobre el género epidíctico: fragmento de Alejandro hijo de Numenio (siglo II), Pseudo Dionisio de Halicarnaso (siglo III), Menandro el Rétor (siglo III).

A éstos se agregan las obras de Dionisio de Halicarnaso y del Pseudo Longino estudiados más arriba. Por lo demás, otros tratados, estudios de caso (conducidos a partir de los temas de declamación) y comentarios, frecuentemente profusos, se han perdido y sus autores

no son para nosotros sino nombres, citados por Quintiliano, Suetonio, Filóstrato, por los comentaristas griegos tardíos, o incluso por el diccionario bizantino llamado *Souda*. La época conoció una abundancia que, hay que subrayarlo, ocurrió en detrimento de la transmisión de los textos. Los tratados técnicos eran hechos para servir y no estaban protegidos por el estatuto de gran obra literaria; a fuerza de ser copiados, comentados, utilizados de todas las maneras, algunos de ellos perdieron su integridad o el nombre del autor, lo que explica la proporción elevada de textos mutilados, anónimos o de atribución dudosa en la producción teórica de la época.

Antes de examinar los dos corpus mayores —el de Quintiliano y el de Hermógenes—, señalemos los nombres de Apolodoro de Pérgamo y de Teodoro de Gadara, activos en Roma en la segunda mitad del siglo I a. C, quienes conocieron la celebridad en su tiempo y fueron los maestros de elocuencia, respectivamente, del futuro emperador Augusto y del futuro emperador Tiberio. Estaban a la cabeza de dos escuelas opuestas, pero sobre ellos la información es deficiente. Los sabios de los siglos XIX y XX subestimaron durante mucho tiempo su oposición al presentar a los "apolodoreanos" como los defensores de una concepción rígida y cuasi científica de la retórica, y a los "teodoreanos", por el contrario, como los defensores de la libertad y de la variedad. En realidad, se reconoce en nuestros días que esta oposición debe ser llevada a proporciones más justas. La principal divergencia entre las dos escuelas, según sabemos, parece haber versado sobre el plan y las partes del discurso, a propósito de los cuales los apodoloreanos recomendaban la aplicación de una estructura cerrada y predeterminada, mientras que los teodoreanos aceptaban cierta flexibilidad. Pero por lo demás, no sabemos que haya habido una divergencia fundamental en cuanto a la concepción misma de la retórica. Teodoro era retórico y autor de una *tekhnê;* mientras que Apolodoro creía en la utilidad de las reglas, y sería un error convertirlo en parangón de una suerte de pensamiento libertario sobre la retórica. La actitud radical que consiste en repudiar el principio mismo de las reglas y de los sistemas no existe entre los rétores de la Antigüedad; no se presenta sino fuera de la retórica en sí, por ejemplo, en las denuncias exteriores debidas a ciertos filósofos extremistas (cínicos, escépticos).

La Institución oratoria *de Quintiliano*

La *Institución oratoria* de Quintiliano constituye el mejor panorama existente de la retórica antigua y la principal obra que conviene leer si se quiere comprender a fondo esta disciplina. El título en español tradicional es un calco del título latino *Institutio oratoria,* que significa propiamente "La educación del orador". Como lo indica esta expresión, la obra abarca la totalidad de la formación, desde la infancia hasta la edad adulta. Consta de doce libros, división que se debe al propio autor. El libro I trata de la educación impartida a los niños en el nivel primario y secundario, antes de entrar en la clase del rétor. El libro II está consagrado a los primeros rudimentos, a los ejercicios preparatorios y al problema de la definición de la retórica. Viene enseguida el corpus de la obra, formado de dos bloques: cinco libros (III-VIII) sobre los métodos que permiten encontrar las ideas (*inuentio,* "invención") y ordenarlas (*dispositio,* "disposición", plan del discurso); cuatro libros (VIII-IX) sobre la elaboración (*elocutio,* "expresion", estilo), la memorización *(memoria)* y la pronunciación *(pronuntiatio)*. La *Institución oratoria* está organizada, pues, según la lista de las cinco partes de la retórica (invención, disposición, elocución, memoria, acción), lista tradicional en la época, y que se remonta al periodo helenístico, reagrupando estas partes en dos bloques que corresponden esquemáticamente, uno al fondo, el otro a la forma.

Al entrar en el detalle de estos dos bloques, se encuentran de inicio, en el libro III, consideraciones históricas y definiciones, luego la distinción de los tres géneros retóricos (deliberativo, epidíctico y judicial), con un análisis demasiado forzado de los lugares de la invención en los dos primeros géneros citados; la invención en el género judicial no está desarrollada aquí, pues será tratada ampliamente después. El libro IV examina las partes iniciales del discurso (exordio, narración, diversas especies de anuncio del plan). El libro V trata de la parte esencial, las pruebas (confirmación y refutación, es decir, demostración positiva de la tesis sostenida y respuesta a los argumentos de la parte adversa). El libro VI trata sobre la última parte del discurso (peroración) y sobre las emociones que el orador despierta en los oyentes (piedad, indignación, etc.), explicándose este último asunto por el hecho de que la peroración es el lugar privilegiado (aunque no el único) de la apelación a las emo-

ciones. Este libro contiene un importante desarrollo sobre la risa. El libro VII está dedicado a la teoría de los estados de causa.

La simple descripción de este primer conjunto muestra el carácter extremadamente preciso y profundo de las divisiones teóricas, pero también cierta flexibilidad en su articulación mutua. Un primer factor de flexibilidad consiste en el tratamiento de los tres géneros retóricos: mientras que en principio los géneros constituyen cada uno un tercio de la retórica y son sometidos a un tratamiento igual, en realidad el género judicial es privilegiado, y el estudio de la invención y de la disposición apunta en mayor medida a los alegatos (acusación y defensa). Esta situación no es propia de la *Institución oratoria,* sino que se encuentra en los numerosos textos teóricos de todas las épocas; traduce el papel principal que el género judicial desempeñó, desde siempre, en la reflexión sobre la retórica y matiza la aparente simetría del esquema tripartito.

Un segundo factor de flexibilidad nace de la compenetración entre invención y disposición. En principio, estas dos operaciones, consistentes la una en encontrar las ideas, la otra en ordenarlas, representan dos fases distintas de la creación retórica. Pero desde que se catalogan en forma de lista, los "lugares" (tipos de argumentos) a los que el orador podrá recurrir, el orden de ésta, concebido primitivamente como un orden heurístico, tiende a convertirse también en un orden de exposición que será retenido para el discurso mismo. Tal es el caso, por ejemplo, de los lugares del elogio, que no ofrecen sólo un repertorio de argumentos, sino más bien un plan tipo. Quintiliano es consciente de este problema. Sin poder evitarlo del todo, subraya que la disposición bien comprendida no se reduce a la aplicación mecánica de listas y que ésta pone en juego principios especiales y suplementarios.

Por lo que se refiere al segundo bloque, el libro VIII trata de las cualidades del estilo y de los tropos; el libro IX de las figuras y de la disposición de las palabras; el libro XI de la memorización y de la pronunciación. El libro X, que está inserto entre la elocución por una parte, y la memoria y la acción por otra, está consagrado a los consejos sobre las lecturas que se deben hacer, sobre los autores que hay que imitar y sobre los medios de ejercitarse en la redacción. Aquí de nuevo el sistema de la retórica es abordado flexiblemente. Quintiliano ha constatado una cierta insuficiencia de la doctrina tradicional concerniente a la expresión, y para remediarla, juzgó necesario añadir, con el libro X,

consideraciones de crítica y de método literarios —que se revelan del más grande interés para conocer el horizonte intelectual de los oradores y las condiciones materiales de su arte de escribir.

El libro XII, finalmente, que está concebido como el punto culminante del edificio; pone en evidencia dos exigencias, sin las que no hay en absoluto gran elocuencia: el valor moral y la cultura general. El orador formado por Quintiliano está desde ese momento listo para afrontar la realidad del tribunal, y la obra termina con consejos prácticos sobre la edad conveniente para comenzar a litigar y sobre la manera de abordar los casos. Dos capítulos de conclusión vuelven, no sin fervor, sobre las cuestiones de estilo y sobre el ideal de la belleza y la dignidad.

La *Institución oratoria* fue escrita en poco más de dos años (hacia 93-95 d. C.). Esta rapidez en la redacción fue posible gracias al hecho de que la obra sintetiza los logros de toda una carrera. Quintiliano (30-95 d. C. aproximadamente), originario de España, ejerció como abogado y como profesor de retórica en su provincia, luego en Roma. Adquirió celebridad, litigó en juicios importantes, como el de la reina Berenice, fue nombrado titular de la primera cátedra pública de retórica por el emperador Vespasiano, y tuvo entre sus alumnos a Plinio el Joven. Publicó uno solo de sus discursos, así como el tratado *Sobre las causas de la corrupción de la elocuencia;* circulaban bajo su nombre otros discursos y un tratado teórico, publicados contra su voluntad a partir de transcripciones estenográficas. Fue sólo después de haberse retirado, a petición de sus amigos, y por estar a cargo de la instrucción de los nietos de Domiciano, cuando compuso la *Institución oratoria* en la que expone de forma definitiva su pensamiento sobre la retórica.

Quintiliano leyó mucho. Conoce y discute múltiples textos teóricos, griegos y latinos, lo que confiere a su exposición un valioso carácter doxográfico. Rastrea históricamente los problemas, enumera las divisiones propuestas, hace un balance de la terminología (especialmente sobre los problemas de traducción del griego al latín) e intenta hacer una elección entre los diferentes sistemas, adoptando una posición razonable, aligerando las sutilezas excesivas, a veces proponiendo soluciones propias. Además de los teóricos, leyó asimismo a los oradores romanos y griegos, así como a numerosos literatos, y conoce a Cicerón de maravilla.

Apoyado en esta vasta información que dominaba, Quintiliano compuso una suma, donde se tratan con cuidado, honestamente y en

detalle, todos los aspectos de la retórica. En ello reside la utilidad de la *Institución oratoria* y la explicación de su éxito. La obra, además, está bien escrita y en un tono personal (encontramos en ella incluso confidencias sobre los duelos familiares que golpearon al autor). Quintiliano es preciso, concreto (por ejemplo, en el importante capítulo 3 del libro XI, sobre la acción oratoria). No duda en dar su consejo personal sobre los problemas ni en tomar posición en las controversias de su tiempo. Sin dejarse jamás asfixiar por sus fuentes, se empeña en separar la especificidad romana de la teoría y la práctica griegas, y en definir las condiciones presentes de la elocuencia (que van ligadas a la vez a la evolución de las costumbres y del régimen político y a los fenómenos de moda) con relación a los esquemas heredados del pasado.

En el ámbito de los principios, Quintiliano se forma una alta idea del arte oratorio, que está indisolublemente ligado, en su espíritu, a la cultura y a la moral, y ve en la retórica la formación completa del hombre y del ciudadano. Estas concepciones son heredadas directamente del ideal ciceroniano, al cual Quintiliano se adhiere y prolonga a su manera personal: es decir, la manera de un profesor de retórica sabio y sereno, sin poner en ello la fuerza y la tensión de un Cicerón. Quintiliano es el autor equilibrado, lleno de buen juicio, hostil a los excesos del asianismo y de la declamación. Clásico, busca la justa medida entre la razón y la pasión. Culto, tiene respeto por los grandes autores, que estudia con simpatía, pero sin complacencias. Muy atento a las cuestiones pedagógicas, desarrolla la dimensión educativa de la retórica y puede ser considerado por esa razón como uno de los inspiradores de la enseñanza de las "humanidades" en Occidente (fue especialmente una de las referencias de la pedagogía jesuita).

El corpus hermogeniano

Completamente distinto es Hermógenes, rétor griego, cuya personalidad se nos escapa y cuyas obras son teoría pura, frías y austeras, avaras con las indicaciones sobre las fuentes utilizadas y desprovistas de concesión práctica o moral.

Las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato (II, 7) contiene una escueta biografía de Hermógenes de Tarso (ciudad de Cilicia), gracias a la cual nos enteramos de que este personaje fue un adolescente de gran talento,

que a los quince años declamó delante de Marco Aurelio, pero que, una vez pasada la juventud, perdió sus facultades y se hundió en el anonimato. No es fácil conciliar estas anécdotas con la imponente actividad de tecnógrafo que representa el corpus hermogeniano. Por esa razón, en ocasiones se ha supuesto que habría que distinguir dos Hermógenes, aquel del cual habla Filóstrato y otro, contemporáneo del anterior, que habría escrito los tratados de retórica. La segunda interpretación posible, más económica, consiste en admitir que se trata de la misma persona, reconociendo, sin embargo, que las noticias que Filóstrato ofrece no bastan para permitirnos reconstruir una biografía satisfactoria. Hipotéticamente, la fecha de las obras de Hermógenes se sitúa al final del siglo II d. C. o a comienzos del siguiente.

Los escritos transmitidos bajo su nombre son cinco en total:

1) *Ejercicios preparatorios (progymnasmata),* manual que se sitúa en la línea del de Teón, más breve.
2) *Los estados de causa (Peri tôn staseôn),* tratado importante, que ofrece una reforma del sistema de las *staseis*.
3) *La invención (Peri heureseôs),* en cuatro libros; los tres primeros, conforme al título anunciado, ofrecen un método para encontrar las ideas en las diferentes partes del discurso, mientras que el libro IV trata sobre la elocución.
4) *Las formas del discurso (Peri ideôn logou),* monumento de la teoría estilística, sobre la que vamos a regresar.
5) *El método de la habilidad (Peri methodou deinotêtos),* conjunto de cortos capítulos consagrados a problemas particulares y a diferentes "triquiñuelas" del oficio.

En su conjunto estos cinco tratados forman una *tekhnê* completa, que cubre con detalle todos los aspectos de la retórica (excepto la memoria y la acción). Sin embargo, este corpus parece ser una creación artificial, pues los cinco tratados no fueron probablemente todos escritos por un mismo autor. Si la atribución a Hermógenes de *Los estados de causa* y de *Las formas del discurso* no es objeto de discusión, pesan algunas dudas sobre la autenticidad de las otras obras (en particular sobre *La invención* y *El método*), que podrían haber elaborado uno o más autores diferentes y haberse agrupado en época posterior junto a las dos primeras.

El tratado *Las formas del discurso* es el más interesante de todos. Según el autor, su utilidad es doble: debe permitir a la vez "saber juzgar las obras de otro, ya se trate de un autor antiguo o de un autor moderno" y "de convertirse uno mismo en un artesano de bellos y excelentes discursos, comparables a aquellos de los antiguos" (I, 1). La retórica afirma aquí sus dos vocaciones, estrechamente ligadas una a la otra, de teoría crítica y de arte productivo, en el marco de la referencia a los antiguos.

Por "forma" *(idea),* Hermógenes entiende una forma estilística, una categoría o un tipo que constituye la tonalidad del discurso. Estas formas son en total siete (considerando sólo las formas principales, que se subdividen), y cada una se obtiene gracias a medios distribuidos en ocho categorías. El sistema hermogeniano se presenta, pues, como una suerte de red o como una tabla de dos entradas: de un lado, las cualidades estilísticas esperadas ("formas"); del otro, los elementos constitutivos de esas cualidades ("medios"):

Formas / Medios	Claridad *(saphêneia)*	Grandeza *(megethos)*	Belleza *(kallos)*	Vivacidad *(gorgotês)*	Carácter *(êthos)*	Sinceridad *(alêtheia)*	Habilidad *(deinotês)*
Pensamiento *(ennoia)*							
Método concerniente al pensamiento *(methodos)*							
Expresión *(lexis)*							
Figura *(skhêma)*							
Miembro de frase *(kôllon)*							
Disposición de palabras *(synthesis o synthêkê)*							
Pausa *(anapausis)*							
Ritmo *(rhythmos)*							

Nota: En realidad el ritmo no es una categoría autónoma, sino que resulta de los dos ámbitos precedentes: la disposición y las pausas.

Por orden de importancia, entre los medios, el pensamiento y la expresión vienen en primer lugar, mientras que los medios rítmicos desempeñan un papel secundario. Si, por ejemplo, se quiere producir la "claridad", y más precisamente, esa clase de claridad que se llama "pureza" *(katharotês),* se deberán utilizar "pensamientos" comunes a todos y

fácilmente comprensibles, un "método" consistente en narrar los hechos sin complicación ni añadido externo, "expresiones" comunes y no metafóricas, la "figura" de los casos directos, los "miembros" de frase cortos y que encierre cada uno un pensamiento completo, una "disposición" que admita el hiato, "pausas" yámbicas y trocaicas (I, 3). Si se quiere producir la "grandeza" y más específicamente la "majestuosidad" *(semnotês),* se utilizarán "pensamientos" concernientes a los dioses, las cosas divinas o las grandes acciones humanas, un "método" afirmativo y pleno de autoridad, o incluso misterioso, "expresiones" marcadas de volumen y de brillo gracias al uso de vocales largas, "figuras" directas, "miembros" breves, semejantes a aforismos, una "disposición" que admita el hiato y busque especialmente los espondeos, "pausas" largas y abiertas (I, 6).

En la práctica, la aplicación de este sistema presenta algunos matices y sutilezas. Existen algunos encabalgamientos, al menos parciales, entre las diferentes formas, en el ámbito de ciertos componentes: por ejemplo, algunas figuras de la "majestuosidad" son las mismas que las de la "pureza" (I, 6, p. 250, 6, ed. Rabe: lo que quiere decir, observación bastante justa e interesante, que la grandeza debe constar de una parte de simplicidad). Algunas casillas de la tabla no están llenas, tal es el caso de la "duración" o "severidad" *(barytês),* una subespecie de la "sinceridad", que no existe más que en el pensamiento y el método, y que no presenta nada específico en el nivel de los otros componentes (II, 8, p. 368, 17-18). Finalmente y sobre todo, las formas no se excluyen mutuamente, sino que, por el contrario, coexisten con frecuencia, pudiendo una misma obra contener muchos elementos, cada uno de los cuales es característico de una forma diferente: por ejemplo, elementos a la vez de "claridad" y de "grandeza", a la vez de "sinceridad" y de "dulzura", etc. Hay en ese caso una "mezcla" *(mixis)* de las formas, y esta mezcla es altamente recomendable para dar al discurso riqueza y variedad.

La "habilidad" es particularmente importante, pues se define como el uso apropiado de todas las demás formas, en función del asunto y de las circunstancias. Hermógenes distingue a este respecto el discurso que es hábil y que lo parece (por ejemplo, las *Filípicas* de Demóstenes), el discurso que es hábil pero no lo parece (por ejemplo, numerosos discursos de Demóstenes y de Lisias), el discurso que parece hábil pero no lo es (por ejemplo, los discursos rebuscados y vistosos de los sofistas) (II, 9). Esta discusión plantea el problema, importante en la retórica

antigua, de saber en qué medida se debe "esconder el arte" (sobre este problema, véase entre otros a Aristóteles, *Retórica,* III, 1404b18; *Retórica a Herenio,* I, 17; Quintiliano, *Institución oratoria,* I, 11, 3; IX, 3, 102).

El sistema de las "formas" tiene por antecedentes las listas de "virtudes" y de "géneros" de estilo que se habían desarrollado en la época helenística (ver *supra,* capítulo IV). En relación con éstas, representa un enriquecimiento notable, puesto que en lugar de tres virtudes, de tres o cuatro géneros, la lista de Hermógenes cuenta con siete formas, incluso veinte si incluimos las subespecies, crecimiento numérico que permite un análisis mucho más refinado y preciso. En cuanto a la lista de los medios, se apoya en las investigaciones referentes a los elementos constitutivos del estilo, en las teorías de los tropos y de las figuras, sobre los trabajos de Dionisio de Halicarnaso en el terreno de las armonías y de los ritmos, y propone una clasificación de todos estos aspectos. El sistema hermogeniano representa así una síntesis y un examen profundo de siglos de búsqueda en el terreno del análisis estilístico. En el siglo II d. C., otros tratados sobre las "formas" existieron antes del de Hermógenes; todos están perdidos salvo la *Retórica* de Pseudo Elio Arístides, en dos libros, que presenta una doctrina bastante cercana a la doctrina hermogeniana. El asunto de las "formas" constituía visiblemente un campo avanzado de la retórica griega en la época imperial. El tratado de Hermógenes parece haber sobrepasado a sus contemporáneos en razón de sus cualidades de sistematización.

En efecto, Hermógenes intenta ofrecer un cuadro que dé cuenta de todos los efectos textuales posibles. Para él, el análisis de los textos no es cuestión de intuición o de sensibilidad, sino que consiste en una descripción y una clasificación casi científicas, utilizando nociones dispuestas en un sistema. El proyecto de *Las formas* es, desde este punto de vista, paralelo al de *Los estados de causa,* e incluso más ambicioso. En ambos casos se trata de redactar una taxonomía definitiva, aquélla para el estilo, ésta para la invención. El estudio del estilo, según Hermógenes, puede ser comparado a una especie de análisis químico, que aísla los elementos primarios (las *ideai*), define las leyes y las proporciones de sus combinaciones y clasifica los compuestos (los textos) obtenidos gracias a estas combinaciones.

Sin embargo, la clasificación hermogeniana no es por ello abstracta, y esto a causa de dos razones. Por una parte, la estilística de las *ideai* es

una estilística global, en la que la forma no está escindida del fondo, sino que está estrechamente ligada a él por las nociones de "pensamiento" y de "método a propósito del pensamiento". Los pensamientos son los temas tratados, los referentes del discurso. El método a propósito del pensamiento, es decir, el modo de presentación del pensamiento, está cerca de las figuras del pensamiento (la distinción entre "método a propósito del pensamiento" y "expresión" recuerda la distinción entre "figuras de pensamiento" y "figuras de palabras"), pero no se reduce a ellas sino que posee una significación más amplia. Al introducir estos dos medios en un lugar adecuado en su tabla, Hermógenes indica que el trabajo del estilo no puede ser comprendido independientemente de los temas tratados y que las cualidades estilísticas no operan sino por referencia al contenido del discurso.

Por otra parte, Hermógenes se apoya constantemente en la observación de los grandes oradores, sobre todo Demóstenes, de quien había comentado algunos discursos y quien es ante sus ojos el maestro de la mezcla de las formas y el modelo insuperable del discurso político (de conformidad con los principios en vigor en su época, el teórico privilegia la literatura arcaica y clásica y hace poco caso de los modernos). Al final del tratado (II, 2), Hermógenes extiende su propósito, para abordar no sólo a los oradores, sino a todos los escritores, incluidos los historiadores, los filósofos, los poetas, sugiriendo que, de manera tendenciosa al menos, la teoría de las formas del discurso se aplica al conjunto de la literatura y contiene una teoría de crítica literaria fundada en las nociones retóricas.

El emperador orador

En los confines de la teoría y de la práctica, nada traduce mejor el prestigio de la retórica en la época imperial que el argumento según el cual el emperador debe ser orador.

Este argumento correspondía a un estado de hecho. Los emperadores, por su función, estaban obligados a pronunciar numerosos discursos: dirigidos al Senado o a las cohortes pretorianas, elogios fúnebres, usos diversos de la palabra frente a los ciudadanos de Roma, los ejércitos en campaña, los tribunales, los órganos y cuerpos constituidos de las provincias… Estas intervenciones orales se ampliaban

por escrito en las cartas y edictos imperiales, cuya redacción era cuidadosa. De esta manera, los príncipes, para prepararse en su tarea, recibían formación y practicaban ejercicios. Augusto, por ejemplo, fue alumno de Apolodoro y pronunciaba declamaciones cotidianamente durante la guerra de Módena; Marco Aurelio se formó con Frontón. Podríamos multiplicar sin ningún trabajo tales ejemplos. Una muestra famosa del discurso imperial se conserva en la Tabla Claudiana de Lyon, inscripción que reproduce un discurso pronunciado por el emperador Claudio ante el Senado, en 48 d. C., para hacer que los galos notables fueran admitidos entre los senadores; el texto fue grabado en bronce y colgado en Lyon, donde se encontró en el siglo XVI (*Corpus Inscriptionum Latinarum,* XIII, 1668); Tácito elaboró por escrito una versión del mismo discurso en los *Anales* (XI, 24).

A menudo, los emperadores se procuraban ayuda, fuera por falta de tiempo o por facilidad, fuera porque tenían conciencia de la importancia de sus mínimas palabras y no querían dejar nada al azar. Augusto escribía con anticipación y leía todas sus intervenciones; cuando debía pronunciar un discurso en griego, redactaba su texto en latín y lo hacía traducir (Suetonio, *Augusto,* 84, 89). Nerón recurrió a la ayuda de Séneca; Trajano, a la de Lucio Licinio Sura. A veces, la duda persistía y se preguntaban sobre la identidad del verdadero redactor: así sucedía a propósito de los discursos de Otón, en los que algunos creían reconocer el modo oratorio del célebre abogado Galerio Trácalo (Tácito, *Historias,* I, 90, 2) o en el caso de ese "muy bello discurso" compuesto por Elio César para dar gracias a su padre Adriano, y del que se cuestionaba si lo había escrito solo o con la ayuda de sus jefes de oficina y sus maestros de elocuencia (*Historia Augusta, Vida de Elio,* 4, 7).

A propósito de Nerón, Tácito hace una observación significativa: "Los viejos, quienes tienen el tiempo de comparar las cosas pasadas con las presentes, notaban que Nerón fue el primero entre los emperadores que tuvo necesidad de recurrir a elocuencia ajena" (*Anales,* XIII, 3, 2).

En otros términos, Nerón fue criticado por no haberse mostrado suficientemente buen orador. Existía entre las personas cierta expectación: ante sus ojos, la majestad imperial requería entre otras cosas la pericia retórica. Este asunto fue importante a lo largo de toda la época imperial entre numerosos autores. Flavio Josefo reconoce en Calígula cualidades oratorias eminentes, en griego y en latín (*Antigüedades judías,*

XIX, 208), mientras que Plinio el Joven alaba la elocuencia de Trajano (*Panegírico de Trajano,* 67, 1) y Menandro el Rétor, la del emperador perfecto (*Sobre los discursos epidícticos,* 374, 25).

A los ojos de Séneca, el emperador (Claudio, en este caso) tenía entre sus cualidades la de ser "el universal consolador de los hombres", no sólo por sus beneficios, gracias a los cuales la humanidad olvida sus desgracias, sino por sus palabras, que tienen una eficacia particular, casi oracular, porque llevan el "peso" de su "divina autoridad" (*Consolación a Polibio,* 14, 1-12). Para comprender mejor este pasaje, que no se reduce a una vana adulación, hay que recordar que la consolación formaba parte efectivamente de las misiones del emperador, que estaba obligado, según la concepción antigua, a cuidar de sus súbditos, individual y colectivamente. En caso de catástrofe natural, por ejemplo (sismo, erupción volcánica…), ejercía su generosidad mediante auxilios materiales, pronunciaba discursos ante el Senado en favor de las poblaciones afectadas, enviaba edictos de consolación. Así, Elio Arístides afirma que Marco Aurelio y Cómodo, en el momento del temblor de Esmirna, "utilizaron los instrumentos más divinos y los más asombrosos, consolando a la ciudad mediante las palabras y mostrando […] toda la importancia del arte de las musas junto al arte de reinar" (*Palinodia sobre Esmirna,* 8).

Frontón insistió particularmente sobre este asunto hasta la hipérbole:

> Así pues, si quieres encontrar un verdadero soberano de la raza humana, es vuestra elocuencia la que tiene el mando supremo, es vuestra elocuencia la que domina en las mentes. Ella es la que infunde el miedo, logra el amor, hace resurgir la actividad, apaga el atrevimiento, anima la virtud, recrimina los vicios, persuade, da cordura, enseña, da consuelo […] Otros jefes también, antes que vos [Lucio Vero, a quien se dirige la carta, y su hermano Marco Aurelio], sometieron Armenia, pero, ¡por Hércules!, una sola carta tuya, un solo discurso de tu hermano acerca de ti y de tus cualidades será más notable y más celebrado, si se mira a la gloria de los que sigan, que los demás triunfos de los príncipes (*Cartas a Vero,* II, 9. Ed. Van den Hout. Traducción de Palacios Marín, Gredos [carta núm. 181]).
>
> En efecto, es función propia de los Césares persuadir ante el Senado de lo que es conveniente, dirigirse al pueblo en Asamblea

> para tratar de gran parte de los asuntos, corregir una ley injusta, enviar cartas por todo el orbe de la tierra, reunir a los reyes de pueblos extranjeros, reprimir por medio de edictos los delitos de los aliados, alabar las cosas bien hechas, reducir a los sediciosos, amedrentar a los arrogantes. Todas estas cosas, sin duda, han de llevarse a cabo haciendo uso de palabras y de cartas (*Cartas a Marco Aurelio sobre la elocuencia,* 2, 6. Ed. Van den Hout. Traducción de Palacios Marín, Gredos [carta núm. 161]).

Más allá de la realidad de los hechos, nos enfrentamos a un modelo ideológico según el cual el emperador es el orador por excelencia, el más grande arengador, elogiador, confortador… A algunos siglos de distancia, este modelo releva el modelo democrático ateniense, sustituyendo la concepción de un orador nacido del pueblo y al servicio del pueblo, por la de un orador que hace desde lo alto el bien a sus súbditos. Se trataba desde entonces de una retórica superior, autorizada, revestida de la majestad y de la divinidad, o cuasidivinidad, que caracterizaba a los emperadores romanos. Esta retórica ideal estaba en consonancia con la importancia del arte de la palabra en la época, de la cual ofrece la versión superlativa; es evidente que estaba muy por encima de la práctica normal, asunto del que trataremos en seguida.

La práctica oratoria y el irresistible ascenso del género epidíctico

Los géneros judicial y deliberativo

La correspondencia de Plinio el Joven abunda en testimonios concretos sobre la práctica de la elocuencia judicial en el paso del siglo I al II d. C. Eran numerosos juicios peleados ante el tribunal de los centumviros, que Plinio llamaba su *arena (Cartas,* VI, 12, 2), y ante el cual ejercía cotidianamente su oficio de abogado, lamentándose por los malos días, cuando los casos le parecían insignificantes, los auditorios vulgares y desatentos (II, 14); pero regocijándose, al contrario, cuando tenía éxito (IV, 16). Llevó especialmente el caso de Atia Viriola, que era el nombre de una dama de la alta sociedad, mujer de un senador, que interpuso

una demanda para reclamar la parte de la herencia de la que su padre la había privado al volver a redactar, a los ochenta años, un testamento a favor de su nueva esposa, después de sólo once días de matrimonio; el caso fue examinado por las cuatro cámaras al mismo tiempo, o sea por ciento ochenta jueces, en una basílica Julia tomada por asalto por los curiosos, entre una multitud de abogados que representaban a las partes, y donde Plinio pronunció en favor de la demandante un magnífico discurso (VI, 33).

El Senado sesionaba como suprema corte de justicia para los miembros del orden senatorial; delante de él se desarrollaban los procesos de los gobernadores acusados de concusión o de otros crímenes cometidos en el ejercicio de sus funciones, como Mario Prisco o Julio Baso (II, 11; IV, 9). En estos dos casos el alegato de Plinio duró cinco horas (de corrido la primera vez, con una interrupción por la noche la segunda vez).

Finalmente el emperador, rodeado de consejeros, ejercía un poder judicial superior a todos los otros, en lo civil como en lo penal, en primera instancia como en la apelación. Plinio fue así invitado a formar parte del consejo de Trajano, que sostenía una sesión judicial de varios días en una villa cerca de Roma, y quedó impresionado por la seriedad de los trabajos en los que participó así como por la belleza del entorno y el recibimiento afable del *princeps* (VI, 31).

En las fuentes griegas, por ejemplo, las *Vidas de los sofistas* de Filóstrato o las inscripciones, se constata de la misma manera que los oradores griegos de la época imperial desarrollaban una importante, y frecuentemente lucrativa, actividad judicial, litigando ya fuera ante las jurisdicciones locales o ante los representantes del emperador, que impartían justicia en nombre de éste por delegación (gobernadores, legados…), o bien directamente ante el tribunal imperial, ante el cual se presentaban para defender sus propios intereses o los de su patria (ciudad o provincia).

Las competencias adquiridas gracias a la declamación y a la enseñanza teórica tenían, pues, una extensa materia que se podía ejercer en los casos reales. La mayor parte de los grandes oradores del periodo litigó, y brillantes carreras políticas se apoyaron en los tribunales. Los discursos pronunciados, necesariamente bastante numerosos, trataban sobre temas variados, incluidos los asuntos civiles y penales y toda clase de cuestiones políticas, administrativas, fiscales. Estos discursos con frecuencia se difundían y circulaban en forma de copias, aun cuando

la mayor parte de ellos no llegó a nosotros (el principal ejemplar conservado es la *Apología* de Apuleyo). Sobra insistir en la importancia de la retórica judicial en una sociedad legalista, incluso burocrática, como era la sociedad de la época imperial, una sociedad donde el discurso judicial pertenecía a las tradiciones más sólidamente ancladas tanto en latín como en griego.

Sin embargo, la actuación del príncipe caracteriza el periodo. Muchos asuntos eran políticos y eran controlados por el emperador y sus libertos. Preocupados por preservar su autoridad y por extinguir cualquier veleidad de oposición, algunos emperadores multiplicaron las acusaciones de crimen de lesa majestad, de traición, de magia, acompañadas de procesos extraordinarios que suprimían las garantías normalmente aseguradas a los acusados y desembocaban en terribles castigos. Al poder servían los "delatores" *(delatores),* acusadores sistemáticos que, para procurarse el favor y la ganancia, denunciaban los delitos, reales o supuestos, y llevaban a los perseguidos ante los tribunales. Por otra parte, el papel eminente reservado al emperador y a sus representantes suscitó un retroceso de los jurados, según parece, a partir del siglo II, así como un importante aumento de consejos y funcionarios, lo que tuvo como efecto la reorientación de las instancias judiciales en el sentido de un funcionamiento más administrativo y de dar una mayor importancia al derecho y a los jurisconsultos. Se observa una suerte de burocratización de la justicia y un peso acrecentado de los archivos, en detrimento de la palabra viva. No había menos retórica, sino una retórica distinta. De esta manera, los litigios tomaron la forma de reclamaciones, solicitudes, embajadas o peticiones llevadas ante una autoridad suprema.

El peso del emperador era aún más sensible en el género deliberativo. Al no reunirse ya los comicios, el único órgano deliberativo central era el Senado, donde los debates se desarrollaban bajo la autoridad del príncipe: una autoridad indiscutida, siempre presente, y aplastante en ciertos reinos. En relación con el poder del emperador, el Senado no tenía más que poderes subordinados, que fueron decreciendo a lo largo del periodo. El principal lugar de decisión era el consejo imperial *(consilium principis),* que reunía algunas decenas de personas —senadores designados, jefes del despacho de la cancillería, prefectos del pretorio, jurisconsultos—, según una composición variable, y cuyas atribuciones

cubrían (además de la competencia judicial mencionada antes) la legislación, las financias, los asuntos militares, la política exterior […].

El Senado y, más aún, el consejo imperial, formaban grupos cerrados, constituidos por un número limitado de miembros, dominados por el poder de su presidente y encargados de asistir a éste con sus consejos. Entre las dos formas que se repartieron el género deliberativo a lo largo de la historia antigua y que constituyen los dos polos de la deliberación —la arenga pronunciada frente a la asamblea soberana y la opinión expresada en el consejo de los jefes o del monarca—, la Roma imperial estaba del lado del consejo. Las intervenciones en tales circunstancias no estaban destinadas a ganar sufragios populares, sino a incidir en un proceso de decisión estrictamente delimitado y controlado.

Había mayor libertad para la elocuencia deliberativa en las provincias ante las instancias locales de las ciudades, ante las asambleas provinciales, incluso ante las legiones a las que se dirigían los generales. Ciertos casos excepcionales podían comprometer el destino del Imperio: gracias a una arenga, el tribuno militar Antonio Honorato convenció a los soldados de permanecer fieles a Galba y no prestar oído al discurso que el usurpador Ninfidio había preparado para ganarlos en pro de su propia causa (Ninfidio avanzaba teniendo en la mano el manuscrito de ese discurso, redactado para él por un consejero, pero renunció a pronunciarlo) (Plutarco, *Vida de Galba,* 14). Otros casos idénticos se presentaron durante las usurpaciones y la anarquía de los siglos II y III. Con mayor frecuencia, los discursos trataban sobre rivalidades cotidianas, de conformidad con el margen de maniobra concedido a la instancia local. Si las grandes decisiones administrativas, políticas y militares provenían del poder central, las asambleas provinciales, compuestas de representantes de ciudades de la provincia, tenían que abordar ciertas emisiones monetarias, celebración del culto imperial, relaciones entre las ciudades y relaciones con las autoridades romanas. Las asambleas y consejos de las ciudades velaban por el estatuto de la ciudad en el Imperio, por las magistraturas, las finanzas locales, las relaciones con los gobernadores y otros funcionarios imperiales, por toda clase de cuestiones de cierta importancia y que los responsables preferían, en la medida de sus posibilidades, arreglar por sí mismos en vez de acudir a la autoridad romana facultada para intervenir.

La serie de *Discursos bitinianos* de Dión de Prusa, que en su mayoría datan de los últimos años del siglo I d. C. y de los primeros años del II, ofrece un documento excepcional a este respecto. La serie comprende:

- Cuatro discursos "sobre la concordia" (discursos XXXVIII-XLI) pronunciados respectivamente en Nicomedia, en Nicea, en Prusa y en Apamea (cuatro ciudades de Bitinia), frente a la Asamblea del pueblo o, en un caso quizá, ante el consejo en pleno, para intentar allanar las diferencias que oponían a estas ciudades unas frente a las otras, a propósito de los títulos honoríficos y de cuestiones de vecindad, para subrayar los riesgos que hace correr la discordia y para elogiar los beneficios del buen entendimiento.
- Diez discursos pronunciados frente a los cuerpos políticos de Prusa (Asamblea o Consejo) sobre cuestiones diversas (discursos XLII-LI). En uno de ellos, el más antiguo de la serie, Dión se defiende de causar hambre al pueblo después de una revuelta por el trigo, en el curso de la cual los amotinados fracasaron en su intento de lapidarlo y quemar su casa con su mujer e hijo. En otros, despliega los tesoros de la persuasión para hacer aprobar un costoso programa de remodelación y embellecimiento de Prusa, que requería de grandes trabajos, especialmente la construcción de un pórtico monumental, que implicaba demoliciones y traslado de actividades, y que se enfrentaba a oposiciones. En otros discursos se abordan, incluso, problemas de la ciudad y sesiones agitadas en la Asamblea, de gestión financiera, relaciones con los gobernadores sucesivos de la provincia, elecciones de magistrados, privilegios obtenidos en beneficio de Prusa, honores concedidos a Dión mismo, o de críticas y acusaciones contra él.

Estos discursos que no representan sino una parte de las intervenciones públicas de Dión durante el periodo muestran cuál era el papel de la retórica en la vida municipal. La estructura social y política de la ciudad estaba marcada por el peso de los notables, de los cuales Dión formaba parte: en Prusa ocupaba una posición prominente, pues provenía de una familia rica e ilustre, orgulloso de sus antepasados y secundado por sus hijos, gozando además del favor imperial y coronado por su prestigio personal de filósofo y de antiguo exiliado. En esta situación de primer notable, desarrollaba una actividad incesante para hacer adoptar

sus proyectos y para responder a las oposiciones que eran numerosas. La retórica era un aspecto esencial de esta actividad. Sus discursos trataban de asuntos concretos y circunstanciales y su objetivo era persuadir al auditorio. Su estilo era más o menos ornamentado de acuerdo con el caso. El corpus bitiniano, tomado en su conjunto, impresiona por su variedad, su cultura y su espíritu, frecuentemente irónico o áspero.

El género epidíctico

Junto con los géneros judicial y deliberativo, la época imperial presenció el ascenso del género epidíctico, forma bastante antigua que comenzó entonces una vida nueva. El nombre de este género retórico significa "aparato", "ceremonia" (*epideixis,* "exhibición", "conferencia", "muestra oratoria"), y su contenido tradicionalmente se define, desde Aristóteles, como "elogio" (griego *enkômion,* latín *laus*) y "reproche" (griego *psogos,* latín *uituperatio*). Aunque algunos autores trataron de él, en especial Isócrates, permaneció a la zaga en la Grecia clásica y helenística y en la Roma republicana, presentándose como el pariente pobre con relación a los géneros judicial y deliberativo, más apreciados. Ahora bien, esta situación cambió en la época imperial, donde el tercer género conoció un desarrollo sin precedentes. Los tratados transmitidos bajo el nombre de Menandro el Rétor ofrecen la mejor guía para describir este fenómeno.

Intitulados respectivamente *División de los discursos epidícticos* y *Sobre los discursos epidícticos,* estos tratados, escritos en griego, se deben a dos autores diferentes, uno de ellos (es difícil determinar con seguridad cuál) fue elaborado por Menandro de Laodícea, en Asia Menor, sofista que había comentado la obra de Hermógenes y los *Ejercicios preparatorios* de Minuciano el Viejo. Uno y otro autor (llamados convencionalmente Menandro I y Menandro II) datan de la segunda mitad del siglo III d. C. Apoyándose en la lectura de los modelos clásicos, en la observación práctica contemporánea y en los trabajos de teóricos que habían escrito sobre el tema antes que ellos, Menandro I y Menandro II se esfuerzan por trazar el campo en su conjunto, por clasificar las cosas de una manera intelectualmente satisfactoria, y asimismo por reunir las fórmulas en vigor y ofrecer consejos útiles para los futuros oradores. En ello radica el carácter panorámico de su aproximación.

El primer tratado divide la materia epidíctica según los temas del elogio. En primer lugar, viene el elogio de los dioses o "himno" *(hymnos)*. A través de las diferentes subdivisiones abordadas, se extrae el plan-tipo de un himno completo, que se compone de las partes siguientes: invocación inicial; elogio de la naturaleza del dios, de su nacimiento (genealogía), de sus acciones míticas, las cuales muestran sus poderes, y oración final. El autor pasa en seguida a la segunda categoría, el elogio de países y ciudades, y aquí de nuevo, presenta un plan-tipo, que comprende, para una ciudad: el enclave y la situación geográficas; la fundación y el poblamiento; el régimen político, las actividades en las ciencias, las artes y los deportes, el orden público; en fin, y esto es lo más importante, las acciones que manifiestan las virtudes, sea del conjunto de los habitantes a título colectivo, sea de ciertos ciudadanos a título individual. El final del tratado de Menandro I está perdido. Esta parte incluía, según el plan anunciado al comienzo, el elogio de los seres humanos, luego el de los animales y, para terminar, el de los objetos inanimados y las abstracciones.

La pérdida del capítulo sobre los seres humanos es particularmente lamentable, puesto que las personas constituían uno de los temas más frecuentes del elogio y el plan-tipo que les concierne desempeña un papel central en la teoría epidíctica (éste sirvió de modelo a los planes-tipo de los otros temas). A partir de diferentes fuentes (Quintiliano, Teón, Hermógenes, Pseudo Dionisio de Halicarnaso, Menandro II…), sabemos que el elogio del ser humano comprendía, a grandes rasgos, las siguientes rúbricas: origen familiar y nacimiento; educación; cualidades físicas; acciones realizadas a lo largo de la vida, que manifiestan las cualidades morales (virtudes); muerte (en el caso de un elogio fúnebre).

Los planes-tipo, prescritos por Menandro I y por sus colegas forman listas de "lugares" *(topoi),* destinados a guiar a la vez la invención y la disposición. El trabajo del teórico consiste en proponer, para cada categoría temática, una lista de rúbricas que enumeren los diferentes puntos a tratar. El orador que quiere componer un elogio no tendrá más que seguir esta guía —lo que no significa que no tenga nada más que hacer. A él le compete adaptar el tratamiento de cada rúbrica a la naturaleza precisa de su objeto, abreviar, escoger, especificar, recubrir el esqueleto ofrecido por la teoría, luego pasar al trabajo del estilo para

expresar sus ideas. Las listas de *topoi* orientan y enmarcan la creación oratoria, sin por ello suplantar esta creación.

Considerados desde otro ángulo, los lugares del elogio son importantes para la historia de las mentalidades. Puesto que las listas de lugares se presentan de una forma más o menos similar en la mayor parte de los autores, podemos concluir que existía, en la época imperial, un acuerdo general sobre la lista de puntos que se debían examinar para alabar sea a un dios, sea a una ciudad, o bien a un ser humano. Inculcada desde la escuela (puesto que el elogio, de una forma todavía elemental, formaba parte de los ejercicios preparatorios), tal doctrina del elogio era difundida y reforzada por los tratados de los teóricos y por los discursos de los oradores griegos y latinos. Ahora bien, las listas de lugares suponen una definición de cada objeto considerado y una reflexión sobre aquello en que radica su valor. Por ejemplo, los lugares del elogio de una persona quieren decir que el valor de un hombre se juzga principalmente por su extracción y por sus acciones; tratándose de la grandeza de una ciudad, los lugares subrayan la importancia de la geografía y de la historia; tratándose de la excelencia de un dios, los lugares mezclan teología y mitología. Las listas de *topoi,* son por tanto, imágenes del mundo cuyo examen detallado ofrece un panorama muy interesante del universo mental de los antiguos.

Un punto que debemos subrayar en particular, a este respecto, es la importancia del lugar de las "virtudes" *(aretai)*. Sea que se trate de una persona o de una ciudad, incluso de un dios, el elogio busca discernir, a través de las acciones ejecutadas, las virtudes de las cuales esas acciones son la manifestación. La retórica del elogio es así portadora de una moraleja con una fuerte connotación filosófica.

El segundo tratado atribuido a Menandro aborda el elogio con un espíritu más práctico y concreto al enumerar los diferentes tipos de discursos epidícticos. La materia ya no se clasifica según los temas del elogio, sino según las circunstancias en que los elogios son pronunciados. A la cabeza viene el "discurso imperial" *(basilikos logos),* que es, en principio, el elogio de una persona, pero de una persona excepcional: el emperador. Luego, en la siguiente parte del tratado, se consideran los discursos pronunciados con motivo de los viajes: "discursos de llegada" *(epibatêrios),* pronunciados sea por un orador que da la bienvenida a un recién llegado (por ejemplo, a un gobernador que ingresa a

una ciudad), sea por la misma persona que llega saludando a la ciudad a la que acaba de llegar (por ejemplo, en el momento del regreso a su patria); "discurso de invitación" *(klêtikos),* por ejemplo, para invitar a un gobernador a visitar la ciudad con ocasión de una fiesta; "discurso de despedida" *(syntaktikos),* para despedirse cuando se parte de una ciudad, y "desear un buen viaje" *(propemptikos),* pronunciado por los que se quedan en honor del que se va. Otra categoría la constituye el discurso que responde a los acontecimientos familiares: "discurso de bodas" *(epithalamios, kateunastikos),* "discurso de cumpleaños" *(genethliakos),* discursos fúnebres (*epitaphios,* "oración fúnebre"; *monôdia,* "lamentación"; *paramythêtikos,* "consolación"); éstos podían ser más o menos solemnes, de acuerdo con el estatus de las familias involucradas (desde los notables de las ciudades hasta los más altos dignatarios y la familia imperial). Otra categoría más es la relacionada con situaciones políticas: "alocución al gobernador" *(prosphônêtikos),* esto sucede en una circunstancia precisa que parece implicar la entrega de una espada, "ofrecimiento de una corona" *(stephanôtikos)* al emperador, "discurso de embajada" *(presbeutikos)* ante el emperador a favor de una ciudad víctima de una catástrofe natural. El tratado se cierra con un discurso solemne en correspondencia con el discurso imperial: el "discurso esmintíaco" *(sminthiakos)*, al dios Apolo (Esminteo) destinado a una gran fiesta dedicada en Alejandría de la Tróade, pertenece a la clase de los "discursos panegíricos", es decir, pronunciados en una fiesta religiosa *(panêgyris),* cuyo contenido, en la época imperial, es el elogio de la celebración y de lo que se refiere a ésta.

Todos estos tipos de discursos consisten principalmente en elogios y utilizan las listas de lugares, pero combinándolas y adaptándolas a la situación. Por ejemplo, los discursos pronunciados con ocasión de un viaje combinan el elogio de una persona (el viajante) y el elogio de la ciudad (de la que se parte o a la que se llega); los discursos panegíricos fusionan un elogio de una divinidad, un elogio de una ciudad y en ocasiones un elogio de un templo; los discursos fúnebres asocian el elogio de una persona (el difunto) y otros elementos (expresión de la tristeza, consolación); el discurso de embajada mezcla un elogio del emperador y una petición… Menandro II ofrece así bocetos para cada circunstancia. Indica también la extensión que conviene (no más de un cuarto de hora para las pequeñas alabanzas oficiales o para las obras fatigosas

por su tensión patética, y más tiempo para las obras más solemnes) y el estilo requerido (estilo "elevado" —*syntonos*— o por el contrario "simple" —*anetos*). El estilo simple conviene particularmente a la *lalia* ("charla"), tipo de discurso flexible, de contenido variable, que sirve para alabar, aconsejar, o que constituye un preámbulo risueño y bromista en la apertura de una sesión de declamación o antes de la recitación de un discurso o de cualquier obra literaria (cuando la *lalia* reviste esta función de preámbulo se le llama *prolalia*).

La mayor parte de las clases enumeradas por Menandro II son, en tanto que discursos retóricos, creaciones de la época imperial; es igualmente nueva la terminología que sirve para designarlas. La retórica del elogio y de las ceremonias se desarrolló claramente en el curso de los primeros siglos d. C.; las nuevas condiciones creadas por el Imperio explican este desarrollo. Paz, prosperidad, desarrollo de la civilización urbana, seguridad de los viajes, multiplicación de las fiestas, mayor papel de los notables y de los funcionarios imperiales, reverencia hacia el emperador: todas estas evoluciones ofrecieron nuevos objetos y nuevas ocasiones de elogio retórico, haciéndolo más necesario de lo que nunca había sido en el pasado. Gracias a Menandro II (y a los discursos de los oradores, ya conservados, ya perdidos, que corresponden a los tipos que él distingue), se intuye un mundo en el que todo acto solemne era necesariamente acompañado de discursos retóricos, ya sea que se trate de celebraciones religiosas, acontecimientos políticos o aúlicos ("entradas" imperiales o proconsulares, celebraciones de victorias, jubileos embajadas, etc.), ceremonias escolares, o bien de simples elogios en casas privadas. En cada circunstancia, el orador epidíctico estaba presente con sus cualidades, y no había una buena fiesta sin un buen discurso.

Añadamos algunos tipos de los que Menandro II no habla y que se deben agregar a su lista: el discurso de inauguración (de un monumento, de un barrio); el protréptico de los atletas, en el que se exhorta a éstos a competir valiente y lealmente durante las pruebas gimnásticas de una celebración panegírica; la "acción de gracias" *(gratiarum actio),* que los cónsules pronunciaban ante al Senado el día de su entrada en el cargo, para agradecer al emperador que los había nombrado; y todas las formas de discurso de agradecimiento en general. El elogio paradójico, que existía desde la Primera Sofística continúa su carrera. En fin, una última categoría, conocida por las inscripciones, es la de los elogios

pronunciados en los concursos. Los primeros siglos de nuestra era fueron un periodo de intensa actividad, en el mundo griego e incluso en el mundo romano, para los concursos deportivos y artísticos organizados en el marco de las fiestas religiosas. Al lado de la música, de la poesía, del teatro, etc., estos concursos incluían regularmente una muestra de elogio en prosa por lo común en honor del emperador o del dios epónimo de la festividad. Hay que señalar que el elogio era el único género retórico que era objeto de una competición, posición privilegiada que muestra su importancia en la época.

El elogio se tomaba con mucha seriedad en la sociedad de la época imperial. Discurso oficial, reglamentado por el uso o por la ley, pronunciado la mayoría de las veces por un orador comisionado y en nombre de un grupo, era un rito social, en el cual se afirmaban los valores de la colectividad. Fundamentalmente, el elogio proclamaba y cultivaba el consenso, la adhesión de todos a concepciones y modelos reconocidos. Daba forma a las ideas alrededor de las cuales la sociedad quería reconocerse. Instrumento de consenso, el elogio tenía *de facto* un costo: afirmación de una unanimidad que podía ser mera fachada, sostén otorgado a la ideología dominante, sofocamiento de las oposiciones, adulación, culto a la personalidad.

Sin embargo, el elogio retórico antiguo jamás fue un simple lenguaje estereotipado, quizá precisamente a causa de su naturaleza retórica; pues la retórica implicaba, en el uso que hacían de ella los antiguos, cualidades de fineza, de inteligencia, de cultura y de belleza, que iban mucho más allá de aquello con lo que se contentaría un puro utilitarismo totalitario.

El contenido ideológico del elogio consistía en valores morales, políticos, religiosos, expresados en una bella lengua con gran acompañamiento de referencias históricas y culturales. La primera función del discurso (función "parenética", de *parainesis,* "exhortación moral") era la de exaltar los valores a los cuales se suponía que todos debían adherirse, pero cuyo recuerdo no era inútil. Por ejemplo, el epitalamio trazaba a los jóvenes esposos el programa de lo que su entorno y la sociedad en su conjunto esperaban de su unión; el elogio de la concordia recordaba la necesidad del orden y prevenía contra disensiones peligrosas. Luego, sobre estas recomendaciones generales, se insertaban consejos y exigencias precisas. El elogio causa placer, ablanda y, por consiguien-

te, prepara el terreno para las verdades más difíciles de escuchar. Por ejemplo, los elogios de Roma constituían un medio para decir lo que iba bien en la dominación romana, para luego recordar aquello a lo que los individuos estaban obligados, ver lo que deseaban que permaneciera. El elogio del gobernador al tomar el cargo ofrecía la oportunidad de expresar las expectativas de la provincia y eventualmente recordar los rencores acumulados contra su predecesor. Los elogios de los dioses autorizaban discusiones sobre el sentido de los mitos o sobre la legitimidad de las pinturas que adornaban los santuarios.

Teniendo en cuenta algunas condiciones políticas y sociales, era el momento para las ceremonias, para la ideología oficial, para la religión del Estado. Este hecho explica el ascenso del elogio, forma oratoria que exploró los espacios abiertos a la persuasión en el sistema imperial y que promovió los propósitos calculados, así como la parénesis sutil. La redefinición de los géneros retóricos correspondió al desplazamiento de lo que estaba en juego en el mundo de la época.

Por esta razón, el reproche nunca tuvo la misma importancia que el elogio. En teoría, uno es el contrario del otro. Se puede reprochar a personas o ciudades (el caso no se aplica a los dioses), tomando los mismos *topoi* y tratándolos a la inversa. Esto se practicaba en la escuela en el marco de los ejercicios preparatorios (ejemplo del reproche del bandolero Euribato). Pero en la sociedad de la época imperial, el reproche no tenía un uso oficial, aunque permaneció limitado a los ataques incluidos en los discursos judiciales, en las amonestaciones filosóficas, en las invectivas y en los panfletos. Dio lugar a una rica literatura, pero sin convertirse en un género retórico institucional.

Los oradores romanos

Entre los grandes nombres del comienzo del principado figuran Casio Severo, orador muy dotado, famoso por su mordacidad, autor de alegatos y declamaciones, enemigo del régimen, exiliado por Augusto y Tiberio, y Cneo Domicio Áfer, nacido en Nimes, gran abogado que corrió riesgos políticos, pero hizo una gran carrera hasta alcanzar el consulado, quien fue el maestro de Quintiliano y publicó, además de sus alegatos, un tratado sobre los testigos. Sus obras están perdidas. Gracias

a la epigrafía se conservan, en compensación, dos "oraciones fúnebres" *(laudationes),* la de una matrona llamada Turia, alabada por su esposo, viudo después de cuarenta y un años de matrimonio, y la de Murdia, otra matrona, alabada por su hijo (Dessau, *Inscriptiones Latinae Selectae,* 8393 y 8394, fin del siglo I a. C. y principios del siglo I d. C.; la *laudatio* de Turia fue editada en la Collection des Universités de France por M. Durry, *Eloge funèbre d'une matrone romaine,* Paris, 1950).

Plinio el Joven (61/62-113 d. C.), sobrino de Cayo Plinio Segundo (Plinio el Viejo, autor de la *Historia natural*), debutó ante los tribunales a los diecinueve años de edad. Su carrera política se desarrolló bajo Domiciano y Trajano. Fue cónsul en el año 100, y en el periodo 111-113, legado del emperador en Ponto-Bitinia, cargo durante el cual pudo conocer especialmente quejas presentadas contra Dión de Prusa. Su obra maestra retórica es el *Panegírico de Trajano,* discurso nacido de la acción de gracias pronunciada por el autor ante el Senado con motivo de la toma de posesión del cargo de cónsul, pero retocada y ampliada para publicación. La versión escrita contiene más de ochenta páginas en las versiones moderas, es decir, aproximadamente cuatro horas de recitación; Plinio la leyó a sus amigos en una "lectura pública" *(recitatio)* distribuida en tres sesiones, durante tres días seguidos. En este amplio discurso, en un estilo muy trabajado, Plinio elogia a Trajano, refiriendo minuciosamente su desempeño durante los cuatro años que siguieron a su adopción por Nerva. Escribe la crónica del reino que comienza —documento histórico de gran importancia— y, a través de la relación detallada de las medidas tomadas, hace resaltar las cualidades que mostraba Trajano, al contrario de algunos de sus predecesores (crítica de la tiranía de Domiciano). El discurso pretende ser así testimonio, homenaje y, al mismo tiempo, a través del caso de Trajano, traza el retrato del príncipe ideal y resume la ideología imperial, considerada desde el punto de vista senatorial.

La voluminosa correspondencia de Plinio el Joven es importante para la historia de la retórica por los datos que aporta sobre la vida literaria y mundana de la época y, en particular, sobre los discursos pronunciados, sobre los oradores y sobre su público. Contiene detalles únicos sobre la manera en que Plinio y los destinatarios de su correspondencia preparaban los textos de sus discursos para la publicación, al entregarlos a sus amigos para que fueran leídos y criticados en priva-

do antes de someterlos a la prueba de la lectura pública, previa a la circulación de las copias escritas. Esta correspondencia aclara igualmente los principios estéticos y estilísticos del autor, que se sitúa en la línea ciceroniana; muchas de sus ideas, así como su fineza y su buen gusto, están en consonancia con las concepciones de su maestro Quintiliano. Las obras perdidas de Plinio el Joven incluían poemas, alegatos, un discurso de inauguración de la biblioteca de Como (biblioteca fundada por el autor, con su propia fortuna, en su ciudad natal) y un elogio fúnebre de Vestricio Cotio.

Frontón (hacia el 95-167 d. C.) gozó de enorme reputación como orador en la Antigüedad. Nacido en Cirta (la actual Constantina), en Numidia, fue abogado *(patronus)* y recorrió el *cursus honorum* hasta el consulado, que desempeñó en 143, y el proconsulado de Asia, que una enfermedad le impidió ejercer. Al final de la década de 130 y comienzos de la siguiente, fue el preceptor de retórica del futuro emperador Marco Aurelio, con quien continuó en relación después de su ascenso (161). Dotado de una posición importante y duradera en la corte, Frontón fue una personalidad literaria de primer orden en la Roma antonina. Desafortunadamente sus discursos —alegatos y elogios de los emperadores Adriano y Antonino, especialmente— no se han conservado. Lo que sabemos de Frontón es gracias a su correspondencia, que fue descubierta en el siglo XIX en dos manuscritos palimpsestos (manuscritos reutilizados para escribir un segundo texto que cubre el texto primitivo; el texto de Frontón se encuentra debajo y su desciframiento es muy difícil). Compuesta por cartas dirigidas a Antonino, Marco Aurelio, Lucio Vero y otros miembros de la familia imperial, con respuestas de los destinatarios, e incluyendo algunas cartas en griego, esta correspondencia, distribuida desde el 139 hasta el 167, versa en gran parte sobre temas literarios y retóricos. Aporta información sobre el arcaísmo de Frontón, sobre sus lecciones de retórica a Marco Aurelio, sobre su concepción del emperador orador (temas vistos más arriba). Arroja igualmente luz agradable sobre el género del elogio paradójico, especialidad griega, que Frontón se jacta de ser el primero en practicar en latín y que designa con el término de "bagatelas" *(nugalia);* está representado aquí por un *Elogio del humo y el polvo,* un *Elogio de la negligencia* y un *Elogio del sueño* (este último texto está perdido, pero poseemos la refutación que hizo de él Marco Aurelio).

Apuleyo (hacia 125-después de 170) nació en Madaura, no lejos del lugar de nacimiento de Frontón. Hizo estudios de retórica en Cartago, luego viajó a Grecia, donde se formó en filosofía y fue iniciado en numerosos cultos, y donde debió también haber escuchado a los sofistas de la Segunda Sofística, a quienes se asemeja en numerosos aspectos. Luego regresó a su provincia, donde desarrolló su carrera de escritor. Apuleyo se definía como filósofo, pero su ideal de la filosofía abrazaba todas las disciplinas literarias e intelectuales, incluida la retórica, pues el filósofo, a su parecer, debía tener un dominio superior de la palabra. De conformidad con esta concepción, Apuleyo escribió toda clase de obras filosóficas, poéticas, científicas, en griego y en latín. Su obra más conocida es la novela intitulada *Metamorfosis* o *El Asno de oro,* que contiene bellos fragmentos de elocuencia, especialmente una larga plegaria a Isis (XI, 2).

La *Apología* es un alegato que Apuleyo pronunció en su propia defensa a propósito de un asunto delicado: luego de casarse con una rica viuda, de mayor edad que él, fue acusado por la familia de la mujer de haberla embrujado por medios mágicos con tal de obtener su mano. La acusación de magia era un cargo grave que podía castigarse incluso con la pena capital; Apuleyo respondió a la acusación con este discurso lleno de verbosidad y de brío, salpicado (al menos en la versión publicada) de numerosas digresiones eruditas y agudas. Con toda verosimilitud, habría ganado el caso. Además de este discurso judicial, poseemos de Apuleyo una recopilación epidíctica, intitulada *Floridas,* cuyo origen no es claro; está conformada por discursos y extractos de discursos pronunciados en los años de la década de 160. En ellos vemos al autor en su estatura de orador y conferencista célebre de Cartago. Bastante variada, la recopilación incluye "conversaciones" (v. gr., IX: elogio del gobernador Severiano al dejar la provincia), "conversaciones introductorias" (v. gr., XVIII: recepción del público en el teatro de Cartago y anuncio del programa de la sesión, que consistiría en la lectura de un diálogo y de un himno a Esculapio), así como fragmentos provenientes de discursos diversos, cuyo contenido son retratos, comparaciones, anécdotas. Siempre a la búsqueda de una palabra rara y del efecto inesperado, Apuleyo escribe un latín particularmente notable, inventivo y tornasolado.

En el siglo siguiente al de Apuleyo, los principales documentos de la elocuencia latina están contenidos en la compilación de discursos epidícticos conocida con el nombre de *Panegíricos latinos*. A la cabeza de

esta antología figura el *Panegírico* de Plinio el Joven, colocado ahí por un editor antiguo a título de precursor y modelo del género. Luego, después de un salto de casi doscientos años, siguen once discursos pronunciados por oradores galos entre 289 y 389 d. C., que consisten en elogios dirigidos a los emperadores con ocasión de ceremonias de aniversario, de bodas, de jubileo, de agradecimiento, de felicitación tras una campaña victoriosa, de invitación a una ciudad o toma de posesión del cargo de un nuevo cónsul. Los cuatro primeros discursos (numerados del II al V, correspondiendo el número I al texto de Plinio) se encuentran en los límites cronológicos del presente capítulo. Los panegíricos II y III, que pronunció en Treves, en 289 y 291, un orador llamado Mamertino, son dos elogios del emperador Maximiano, que compartía el poder con Diocleciano; celebran, uno, el aniversario de la fundación de Roma, el otro (llamado *genethliacus*) el aniversario del emperador. El panegírico IV lo pronunció, asímismo, en Treves, en 297, un orador anónimo que había estado al servicio de Maximiano como secretario de Estado; es un elogio dirigido a Constancio Cloro después de sus victorias en Bretaña y pronunciado verosímilmente con ocasión del aniversario de su nombramiento como César. El panegírico V, el más original de esta serie, se debe a Eumenes, nieto de un ateniense radicado en Roma, él mismo nativo de Autun, profesor de retórica y, luego, durante cuatro años, colaborador directo de Constancio, de quien fue secretario particular. De regreso a Autun, donde Constancio lo había nombrado director de las célebres escuelas locales, llamadas "escuelas menianas", Eumeno constató que la ciudad, que había sido saqueada por los bárbaros y por otros elementos fuera de control, estaba en vías de recuperación gracias a la ayuda prestada por los emperadores, aunque aún era necesario restaurar las escuelas. A esta situación responde su discurso, pronunciado en 298 en el foro de Autun, en presencia del gobernador de la región de Lyon, que se intitula *En favor de la restauración de las escuelas*. El orador explica las razones que hacen necesaria esta restauración y solicita la autorización para ejercer, con este propósito, la suma de seiscientos mil sestercios que le asignaron los emperadores. Esta generosa iniciativa, recuerda, en cierta manera, la liberalidad de Plinio en el caso de la biblioteca de Como.

Los *Panegíricos latinos* tenían en el pasado mala reputación ante los sabios, quienes los juzgaban zalameros y vacíos: la investigación recien-

te, cuyo precursor fue Camille Julian, subraya, por el contrario, que estos textos fueron escritos en el marco de un sistema político concreto y de una solemnidad propia de la corte, y que, si se leen de modo adecuado, proporcionan una rica información sobre la historia (la historia de la Galia en particular) y sobre la ideología de la época. En cuanto a su elaboración, estos discursos, producidos por maestros consagrados, constituyen documentos importantes sobre el género epidíctico (tipología, tópica, estilo) y sobre la bella prosa latina, que en esta época evoluciona, alimentándose de los modelos de Cicerón, de Plinio y de Frontón. Logran una forma de comunicación política, sutil y refinada, que consiste, por un lado, en consolidar la autoridad imperial ante los círculos civiles y militares, conmovidos por el panegírico, y, por el otro, en dirigir hacia el emperador y hacia la corte ciertas aspiraciones de los susodichos círculos. Así como las obras de arte, las monedas, las mismas ceremonias, con las que se les ha comparado, los *Panegíricos latinos* constituyen una pieza importante en el sistema político del mundo romano en la época imperial.

La Segunda Sofística

En el mundo griego la actividad retórica cristalizó en la forma del fenómeno literario y social conocido como Segunda Sofística.

Esta expresión se entiende por referencia a la Primera Sofística, la de Gorgias, Protágoras, Hipias. De la misma manera que en los siglos V y IV a. C. el mundo griego conoció un florecimiento de sofistas, así también en los tres primeros siglos del Imperio, apareció un gran número de hombres dotados de características comparables a los predecesores. Para designarlos, por oposición a los "antiguos sofistas" (Luciano, *Heródoto*, 4; Pseudo Elio Arístides, *Retórica,* II, 50; Filóstrato, *Vida de los sofistas,* 590; Menandro el Rétor, I, 332, 27), se emplearon las expresiones "sofistas recientes" (Luciano, *Lexífanes,* 23; *Pseudologista,* 6), "sofistas contemporáneos" (Hermógenes, p. 377, 13, ed. Rabe), "nuevos sofistas" (Menandro el Rétor, II, 411, 32; *Prolegómenos a Elio Arístides,* p. 119, 4; 155, 6, ed. Lenz), "Nueva Sofística" (Filóstrato, *Vida de los sofistas,* 481), "Segunda Sofística" (Filóstrato, *ibid,* 481 y 507), y se creó una "segunda década", paralela al canon de los diez oradores áticos (*Souda,*

N 404). Denominaciones de este tipo se apegaban a las costumbres de una época que empleaba gustosa títulos del tipo "Nuevo Fulano", para alabar el presente en relación al pasado e inscribir los fenómenos actuales dentro de una continuidad con relación a los éxitos de antaño. En este caso se tomó al clasicismo griego como punto de referencia (lo que no debe sorprender, dada la dependencia a la que estaba sometida la cultura de la época imperial) y, al interior del clasicismo, los sofistas, en tanto que pensadores, profesores y conferencistas, se habían interesado en la práctica y en la teoría de la retórica y en las relaciones de la retórica con la filosofía.

Entre la época clásica y la época imperial, habían existido algunos hombres que presentaban tales características: por ejemplo, Potamón de Mitilene (más arriba, capítulo IV, p. 106) que es precisamente calificado como "sofista" en la *Souda*. Pero estos sofistas de épocas intermedias no caracterizaron su tiempo. Sólo en época imperial los sofistas fueron tan numerosos e importantes que lograron formar un movimiento, servir de modelos, imprimir un estilo en las ideas contemporáneas. Este renacimiento de la sofística fue un aspecto de un fenómeno más amplio: el renacimiento del mundo griego, que se manifestaba por una recuperación de prosperidad y de esplendor en todos los campos de actividad de las provincias grecoparlantes.

Como la Primera Sofística, la Segunda Sofística plantea problemas de definición. Por una parte, no se trataba de un movimiento organizado, sino de una multitud de trayectos individuales, ligados entre sí por un estado espiritual común, por la práctica compartida de instituciones educativas e intelectuales y por numerosos contactos personales. No existe entonces una lista oficial de sofistas de la Segunda Sofística; el fenómeno tiene contornos variables. Por otra parte, la palabra misma de "sofista" *(sophistês)* presenta dificultades. Tal como sucedía en la época clásica, no existía una separación clara entre *rhêtôr* y *sophistês*. Uno y otro términos podían tomar el sentido de "orador", "orador profesional", "profesor de retórica", aunque su uso se confundía, y podía aplicarse a una misma persona el primero, el segundo o ambos calificativos a la vez, según el ángulo desde el cual se consideraba y según los sentidos particulares resultantes del contexto. La separación entre el abogado, el orador político, el profesor, el conferencista-filósofo era teórica, en la medida en que estas actividades, en la vida real, iban muy frecuente-

mente de la mano. Por otra parte, la palabra *sofista* era empleada tanto de manera elogiosa (aparece como título honorífico en las inscripciones), como de manera peyorativa (desde una óptica de reproche, a la manera platónica), de donde proviene una fuente de confusiones y reticencias. A causa del empleo peyorativo, algunos autores que objetivamente se asociaban a la Segunda Sofística y que estaban considerados como tales por sus contemporáneos, rehusaban aplicarse ese término a sí mismos y preferían llamarse "orador" *(rhêtôr)* o "filósofo" *(philosophos)*.

La mejor descripción de la Segunda Sofística se encuentra en la *Vida de los sofistas* de Filóstrato (170-240 d. C. aproximadamente). Este autor, perteneciente a una familia que contó con muchos escritores homónimos, fue profesor de retórica, ejerció cargos oficiales en Atenas, frecuentó los círculos imperiales y escribió obras diversas. Su *Vidas de los sofistas,* compuesta hacia el 230, contiene una serie de cincuenta y ocho biografías que se distribuyen en tres grupos:

1) *Los filósofos sofistas* (I, 1-8). Filóstrato presenta primero ocho autores que, desde su punto de vista, eran profundamente filósofos, pero que se consideraron sofistas a causa de su talento oratorio (entre ellos figuran Dión de Prusa y Favorino de Arles).
2) *La Primera Sofística* (I, 9-18). Filóstrato continúa con los sofistas propiamente dichos, comenzando por los de la Primera Sofística, a los que dedica nueve biografías. La décima está destinada al orador Esquines, que Filóstrato considera como el antecesor de la Segunda Sofística.
3) *La Segunda Sofística* (I, 19-II, 33). Después de estos preliminares, el cuerpo de la obra comprende cuarenta biografías de sofistas de la época imperial, desde Nicetas de Esmirna (segunda mitad del siglo I d. C.) hasta Aspasio de Ravena (comienzo del siglo III). Éstos no son evidentemente los únicos sofistas que Filóstrato conocía, sino que, de ellos, escogió a los cuarenta que le parecieron más interesantes. En las biografías que les dedica, recoge sus carreras, las relaciones con sus maestros, sus alumnos, sus colegas, el papel que desempeñaron en la vida pública. Se dedica particularmente a describir su enseñanza, a caracterizar su manera retórica y a recordar sus actuaciones más memorables. Las últimas líneas de la obra evocan a sofistas aún vivos, sobre los cuales Filóstrato no quiere tratar porque son sus amigos, en especial Apsines.

Filóstrato no es un historiador impecable. Toma partido (por ejemplo, entre los géneros retóricos practicados por los sofistas, privilegia la

declamación). No busca la exhaustividad ni la exactitud y se contenta con salpicar su narración con anécdotas pintorescas o impresionantes. Sin embargo, a pesar de estas reservas, es claro que Filóstrato está bien informado sobre el mundo de los sofistas, en el que él mismo vivió, y que se apoya en fuentes orales y escritas. Los documentos a nuestra disposición, incluso, tienden en general a corroborar sus noticias. De esta manera, Filóstrato es un testigo irreemplazable. Sus *Vidas de los sofistas* constituyen un documento tanto más valioso que, en la mayoría de los casos, las obras de los sofistas de los que él trata se han perdido: de cuarenta sofistas, hay poco más de media docena de los que podemos leer sus obras todavía en nuestros días (Polemón, Hermógenes, Elio Arístides, Adriano de Tiro, Pólux de Naucratis, Rufo de Perinto, Eliano, quizá Herodes Ático).

Los textos de Filóstrato, completados con las fuentes contemporáneas (Luciano, Menandro el Rétor, inscripciones, monedas), permiten definir los rasgos constitutivos de la Segunda Sofística y restituir, por consiguiente, un lado importante de la historia de la retórica griega. La actividad retórica, en efecto, está en el centro de la definición del movimiento. Los sofistas eran ante todo profesores de retórica y oradores. Ocupaban cátedras, imperiales o municipales, aprovechaban las escuelas privadas y se rodeaban de alumnos, a quienes enseñaban en particular la declamación. Dictaban lecciones, a veces escribían tratados teóricos y practicaban los tres géneros retóricos —judicial, deliberativo, epidíctico. Sus presentaciones públicas estaban frecuentemente marcadas por el virtuosismo: el sofista es una estrella de quien se esperan demostraciones que pueden llegar a la paradoja y a la excentricidad: improvisación, dicción melodiosa, "acción" frenética… En suma, toda esta maestría descansaba en un trabajo intenso, en especial por lo que respecta a la pureza ática de la lengua y del conocimiento de los autores clásicos. Los sofistas publicaban muy frecuentemente sus discursos y, cuando se daba el caso, practicaban también otros géneros literarios (poesía, género epistolar, historia…).

Paralelamente a su actividad retórica, los sofistas desempeñaban un papel político y social. En su ciudad y en su provincia, ejercían magistraturas (preceptor, "irenarca" —responsable del mantenimiento del orden—, gran sacerdote…), y se distinguían por sus costosas obras en beneficio de la colectividad (actividad de "evergeta"). En tanto que por-

tavoz de sus conciudadanos, pronunciaban alegatos ante los tribunales romanos y enviaban embajadas ante los gobernadores y emperadores. En ocasiones importantes, desempeñaban funciones en la administración romana, como abogado del tesoro, procurador o *ab epistulis Graecis* (jefe del departamento de correspondencia administrativa). Algunos tenían incluso trato personal con los emperadores.

Por ejemplo, luego que Domiciano aprobó un edicto para prohibir la ampliación del cultivo de la vid en la provincia de Asia, el sofista Escopeliano fue enviado en embajada a fin de defender los intereses vinícolas de sus compatriotas ante al emperador: gracias al discurso que pronunció, obtuvo no sólo la supresión de la medida y el permiso de plantar viñas, sino ¡un nuevo edicto que amenazaba con una multa a quienes no las cultivaran! (Filóstrato, *Vida de los sofistas,* 520). Polemón, que era el principal dirigente de Esmirna, obtuvo de Adriano, en un solo día, un donativo colosal de diez millones de dracmas para su ciudad. Cuando Antonino era gobernador de Asia, se alojaba en casa de Polemón, en Esmirna, y éste un día se permitió echarlo a la calle (*ibid.,* 531, 534). Herodes Ático, otro sofista, era el dirigente de Atenas, donde hizo construir numerosos monumentos; fue cónsul *ordinarius* ("ordinario") en 143, el mismo año en que Frontón fue cónsul *suffectus* ("subrogado").

A este respecto se ha suscitado un debate, en la investigación moderna, para determinar en qué medida la importancia social de los sofistas estaba ligada a su actividad retórica. Si bien no es posible establecer una relación mecánica de causa-efecto, sin embargo, es claro que estos dos aspectos están ligados: la explicación de su nexo se debe precisamente a la naturaleza de la retórica. La retórica, en el mundo antiguo, era un instrumento de la vida política y social. Por consiguiente, el sofista, en tanto que maestro del arte de la retórica, poseía una aptitud que le permitía ejercer directamente influencia en la sociedad. Sus capacidades —lingüísticas, intelectuales, jurídicas— le permitían desempeñar un papel en todos los ámbitos donde era importante saber hablar, escribir, argumentar, persuadir y transmitir. Sin duda, existían múltiples fuentes de poder en el Imperio romano (nobleza, riqueza, capacidades militares, apoyos, etc.: los sofistas, frecuentemente salidos de grandes familias, estaban también provistos de estos ingredientes). La retórica era, pues, una forma de poder entre otras: pero era una forma de poder. El sofista dominaba en sus cualidades un saber que era al mismo tiempo un poder.

Los sofistas ejercían además una influencia de otro orden, en tanto que eran representantes de la cultura griega ante el poder romano. Al enfocarse toda su actividad en la lengua, la literatura, la historia, la cultura y los valores helenos, los sofistas eran de alguna manera los representantes y los guardianes de la identidad helénica en el abigarrado mundo del imperio. Sus discursos recordaban sin cesar el glorioso pasado griego y proclamaban la existencia de una comunidad helénica, formada por todos aquellos que, en las distintas provincias grecoparlantes, se proclamaban pertenecientes de la misma lengua y de las mismas raíces. Esta afirmación de identidad se extendía por toda la cuenca del Mediterráneo, pues los sofistas estaban presentes en todas las provincias orientales, y también en Occidente, en Roma y en Nápoles especialmente. La Segunda Sofística desempeñó, de esta manera, un papel importante en el equilibrio entre griegos y romanos en el seno del Imperio, que, como vimos más arriba (pp. 174-175), reposaba, entre otras cosas, en la cultura y en la retórica (valoración del dialecto ático, declamaciones históricas, mito de la Atenas clásica, discurso que analiza y expresa en griego las realidades romanas, elogios de Roma y de los emperadores…).

Finalmente, una última característica de la Segunda Sofística es su relación con la filosofía. Los sofistas frecuentaban a los filósofos y conocían, por lo menos de manera superficial, las doctrinas filosóficas. En sus discursos retóricos, se apoyaban en nociones morales y teológicas más o menos vulgarizadas (por ejemplo, en relación con los tópicos del elogio). En sus tratados teóricos, se referían a las divisiones o a las doctrinas platónicas (hay rastros de platonismo en Hermógenes, el Pseudo Dionisio de Halicarnaso, Menandro el Rétor). Este reencuentro entre retórica y filosofía en el seno de la Segunda Sofística se manifiesta en una serie de autores, modelados por la retórica y hermanados con la filosofía que llevaron muy lejos la fusión entre las dos disciplinas.

Dión de Prusa (hacia 40-110 d. C.) se definía como "un filósofo dedicado a la política" (*philosophos politeias hapsamenos:* discurso XLVIII, 14). Ahora bien, esta dedicación pasaba necesariamente, en su opinión, por la práctica de la elocuencia. Entre las ochenta obras conservadas de Dión, la mitad aproximadamente, que además son las más importantes, son discursos públicos dirigidos ya sea a las ciudades de su provincia (se trata de los *Discursos bitinios,* mencionados antes) o a otras ciudades a las

que el orador hace amonestaciones y exhortaciones morales *(Discurso a Rodas, A Alejandría, A Tarso, A Celene),* o bien a los griegos reunidos en la panegiria de Olimpia *(Discurso olímpico),* o, en fin, al emperador Trajano (serie de cuatro *Discursos sobre la realeza*). La obra incluye también dos oraciones fúnebres (*Melancomas* I y II) y una consolación *(Caridemo).* Dión consideraba que la filosofía no puede contentarse con llevar por su propia cuenta la vida filosófica y especular sobre los problemas teóricos, sino que debe transmitir su filosofía a los demás, enseñar, incitar. Para lograrlo, hay que recurrir a la elocuencia: la misión social y moral del filósofo requiere el ejercicio de la palabra, no sólo en las entrevistas privadas, sino también y sobre todo, bajo la forma de discursos públicos. Dión puso en práctica esta concepción empleando con mayor frecuencia la palabra, desarrollando una elocuencia hábil y sin eludir alguna paradoja, alguna elegancia o alguna audacia al servicio de su mensaje de educador y de consejero político. La retórica que conocía de manera admirable, y que desempeñaba con placer, fue para él un arma de predicador pagano.

Favorino de Arles (hacia 80-mediados del siglo II d. C.), galo que escribía en griego, era llamado tanto filósofo como sofista. Muy célebre en su tiempo, estaba en boca de todos de modo notorio, porque era hermafrodita (a causa de una enfermedad de nacimiento) y porque declamaba sus discursos con una voz muy alta. Siguió las lecciones de Dión de Prusa, y él mismo tuvo numerosos alumnos, conoció a Aulo Gelio y fue enemigo del sofista Polemón. Sus obras, en gran parte perdidas, comprendían tratados morales y filosóficos, discursos, elogios paradójicos, obras de erudición científica y literaria.

Luciano (hacia 120-180 d. C.), nacido en Samosata, en Siria, hablaba en su lugar de origen una lengua "bárbara" (probablemente el arameo); gracias a la escuela, aprendió el griego, que manejaba como gran maestro del aticismo, y se impregnó de la cultura helénica. Fue abogado, hizo giras de conferencias, escribió declamaciones, *prolaliai,* elogios (cf. el célebre *Elogio de la mosca*), enseñó retórica, hasta el momento en que, cuenta al llegar a los cuarenta años, decidió dedicarse al diálogo, es decir, a un género que estaba considerado en la Antigüedad como crítico y filosófico. En efecto, en esta segunda parte de su vida, escribió sobre todo diálogos satíricos. Sin embargo, no olvidó su cultura retórica: todas las obras del segundo periodo permanecen profunda-

mente marcadas por esta cultura, en los temas tratados, en las formas de componer y argumentar, en la lengua y el estilo, y en la actitud general de "imitación" creadora *(mimêsis)* con respecto al patrimonio helénico. En algunos escritos de este segundo periodo, Luciano desarrolló temas epidícticos (elogio de la favorita Pantea en *Los retratos* y la *Defensa de los retratos,* elogio de la pantomima) y judiciales *(La doble acusación, El pecador).* Al final de su vida, retomó las giras de conferencias, acompañadas con nuevas *prolaliai.* Además, en una serie de panfletos, denunció los defectos de los círculos literarios de su tiempo, mostrando con ello que este campo no había dejado de interesarle; tomó como blanco, entre otros, a los coleccionistas de libros —bibliófilos ignorantes *(Contra un bibliómano),* a los coleccionistas de palabras —hipereticistas pedantes— *(El juicio de las vocales, el Pseudosofista o el Solecista, Lexífanes),* y en general a los malos sofistas y a los profesores de retórica (el *Pseudologista,* el *Maestro de retórica*). La obra de Luciano ofrece así un precioso documento sobre la retórica del siglo II, al mismo tiempo que sirve de muestra y contrapunto.

Casio Longino (hacia 200-272/273 d. C.) enseñó en Atenas gramática, retórica y filosofía; tuvo al filósofo Porfirio entre sus alumnos. Al final de su vida, formó parte del círculo de Zenobia, reina de Palmira, a quien ayudó en su intención de separarse del Imperio romano; luego del fracaso de este proyecto, Longino fue uno de los consejeros de Zenobia que sufrieron la pena de muerte por orden del emperador Aureliano. Sus escritos, bastante numerosos, comprendían tratados y comentarios filosóficos de tendencia platónica, obras de crítica literaria y textual (especialmente sobre Homero), trabajos de métrica y de lexicografía, una *Retórica* y un elogio fúnebre de Odenath, esposo de Zenobia. La *Retórica,* que se conserva, es un tratado de concepción bastante tradicional, centrada en el género judicial y dividido según las partes del arte (invención, disposición, elocución, acción, memoria).

Se ha dicho de Casio Longino que era "una biblioteca viviente y un 'museo' ambulante" (Eunapo, *Vidas de los filósofos y de los sofistas,* 456), tan grande era su ciencia: ello no le impidió participar valerosamente en los acontecimientos de su tiempo. Este personaje es buen ejemplo de una concepción amplia de la cultura representada con frecuencia en la Antigüedad, que no separaba filosofía, retórica y literatura, y que no

establecía barrera alguna entre el estudio y la vida. Ofrece además el interés de pertenecer al siglo III y de demostrar, junto con algunos otros (Pseudo Elio Arístides, *En honor del emperador,* Calínico de Petra, Menandro el Rétor…), la continuidad de la retórica griega a través de las épocas turbulentas del Imperio.

Excursus número 6
ELIO ARÍSTIDES, SOFISTA POR LA GRACIA DE ASCLEPIO

Elio Arístides (117-180 d. C.) es un autor griego de la Segunda Sofística. Su vida y su obra resumen las principales características de la retórica de la época, agregando a ello una dimensión de complejidad psicológica y religiosa.

Nacido en la región de Misia, en Asia menor, Arístides pertenecía a una familia acomodada y poseía la ciudadanía romana. Viajó a Egipto, a Italia y a Grecia, enseñó y pronunció discursos. El punto culminante de su biografía se sitúa hacia el 178, cuando logró una brillante gestión ante los emperadores: luego de haber sido devastada Esmirna por un terremoto, Arístides escribió una *Carta* a Marco Aurelio y a Cómodo, a fin de solicitar su ayuda para la reconstrucción y logró su objetivo.

El corpus de la obra de Arístides consta de cincuenta y tres títulos (sin contar los discursos y poemas perdidos), que se distribuyen del modo siguiente:

- Elogios de personas: especialmente los discursos fúnebres de su maestro Alejandro de Cotieón y de su alumno Eteoneo, dos maravillosos testimonios sobre la enseñanza de la retórica en el siglo II.
- Elogios de ciudades: especialmente el *Panatenaico,* que celebra a Atenas como hogar de la identidad helénica, y el discurso *En honor de Roma,* que esboza un poderoso cuadro del Imperio romano.
- Elogios de dioses (himnos), género en el que Arístides se especializó y del que fue uno de sus primeros tratadistas en prosa, marcando así una nueva expansión de la retórica en el campo de la poesía. Arístides es un gran autor en materia de retórica religiosa.
- Discursos deliberativos: exhortaciones a la concordia.
- Declamaciones (cf. pp. 183-184).
- Los *Discursos platónicos,* voluminosa discusión sobre la naturaleza y la utilidad de la retórica, en respuesta a las acusaciones presentadas por Platón.
- Los *Discursos sacros,* suerte de autobiografía o de diario personal.
- Panfletos y obras diversas.

Además, Arístides había pronunciado alegatos y poseía conocimientos de teoría retórica (aunque la *Retórica* conservada bajo su nombre no es de él). Cubrió, entonces, todo el ámbito de la retórica de la época imperial, desde la enseñanza y la declamación hasta cada uno de los tres géneros retóricos (con predilección por el epidíctico). Se presentó en espectáculos en numerosas circunstancias y tuvo intervenciones en la vida pública. Abordó los problemas culturales y políticos que se manifestaban en la retórica, como el aticismo y el uso del patrimonio helénico, las relaciones entre griegos y romanos, la respuesta al cuestionamiento filosófico. Por estas razones, Arístides merece ser clasificado en la Segunda Sofística, como lo quiere Filóstrato, y resulta un testimonio ejemplar sobre ella, incluso aunque no apreciaba del todo la palabra *sophistês* y luchó por distinguirse de los sofistas contemporáneos: que eran sus adversarios y rivales.

La tonalidad propia de la obra de Arístides se explica por su historia personal. En 143, en el momento de un viaje a Roma, cae enfermo, y, desesperanzado en la medicina humana, termina por dirigirse al santuario de Asclepio, en Pérgamo, para allí ser sanado. El dios, por medio de sueños y presagios, daba prescripciones médicas, que los sacerdotes y los médicos responsables del santuario se encargaban de interpretar y de aplicar. A partir de entonces, Arístides sufrió a lo largo de toda su vida (con periodos de recuperación) afecciones múltiples y reincidentes de fuerte coloración psicosomática. Regresa regularmente a Pérgamo para someterse a la sanación del dios. Estas curas, minuciosamente descritas en los *Discursos sacros,* infundieron en Arístides la convicción de que estaba protegido por Asclepio: en su devoción, el enfermizo se consideró como un perpetuo milagro y casi como un elegido.

Ahora bien, la atención de Asclepio no se limitaba al plano físico, sino que se extendía a la actividad y a la carrera retórica de Arístides. El dios prescribía a su paciente realizar ejercicios de elocuencia, pronunciar discursos, participar en ceremonias, alabar a los dioses. Le dictaba temas, le sugería desarrollos. Es así como la retórica fue colocada, a lo largo de todala vida de Arístides, bajo el signo de la protección e inspiración divinas. "Laenfermedad me sobrevino debido a alguna fortuna divina, a fin de que, gracias a mi relación con el dios, hiciera este progreso [en la retórica]" (*Discursos sacros,* IV, 27). Una experiencia psicológica fuera de lo común puso a la retórica bajo la dependencia estrecha de la medicina, de la religión, de la oniromancia (adivinación por medio de los sueños).

De aquí se desprende, en la obra de Arístides, una muy alta estima de su arte y un compromiso total al servicio de éste:

> He honrado esta facultad [la retórica] desde el inicio y la he colocado por sobre todos los bienes y los asuntos, no con la finalidad de

> adular al pueblo y orientar a la multitud, ni por dinero […], no, sino que ha sido guiada por la elocuencia en sí misma, y considerando que los bellos discursos son el tesoro que conviene al hombre, yo trabajo en la medida de mis capacidades (*Defensa de la retórica,* 431).
>
> Para mí la retórica contiene todos los títulos y todos los poderes, pues la hemos convertido en los hijos, los padres, los trabajos y los descansos, en todo. E invoco a Afrodita con este propósito; la oratoria me divierte, me ocupa, con ella me alegro y a ella amo, sus puertas frecuento constantemente y, pudiendo decir muchas cosas más sobre ella, las paso por alto para no parecer aburrido (*Respuesta a los que le reprochaban no declamar,* 20. Traducción de Cortés Copete, Gredos).

Estas profesiones de fe muestran hasta qué punto pudo llegar la devoción por la retórica, en algunas condiciones excepcionales, en época del Imperio romano.

Las obras de Elio Arístides han sido editadas por B. Keil (Berlín, 1898) y F. W. Lenz-C. A. Behr (Leiden, 1976-1980). C. A. Behr tradujo al inglés a Elio Arístides (Leiden, 1981-1986). L. Pernot al francés los *Discursos sicilianos* (*Les Discours siciliens d'Aelius Aristide* (*Or. 5-6*)*: Étude littéraire et paléographique*. Édition et traduction. Nueva York, 1981), y el discurso *En honor de Roma* (*Éloges grecs de Rome*. París, 1997). En español, la editorial Gredos ha publicado los discursos de Arístides en cinco volúmenes.

Retórica y literatura

Algunos críticos (por ejemplo V. Florescu y G. A. Kennedy) emplearon el término literaturización de la retórica para designar el proceso por el cual algunas formas y procedimientos propios del campo de la retórica son trasladados a la literatura. La retórica, en estas condiciones, no aborda sólo el discurso, sino que se extiende a todas las composiciones literarias (en un sentido amplio, incluyendo las demostraciones filosóficas, incluso los documentos epigráficos, los tratados científicos…). De manera inversa, mediante ese proceso, la literatura se abre a las técnicas del discurso: la literaturización de la retórica tiene por corolario la *retorización* de la literatura. Este fenómeno existió a lo largo de toda la Antigüedad, pero se agudizó particularmente bajo el Imperio. En la época imperial se tiene la impresión de que la retórica está en todas partes, y que aumenta su influencia, hasta el punto de imprimir una marca muy

sensible, en el fondo y en la forma, en los géneros literarios externos a ella. Los ámbitos tradicionalmente cercanos a la retórica permanecieron más nunca marcados por ella y nuevos sectores se abrieron a su influencia.[2]

Las causas de este desarrollo fueron ciertamente el valor otorgado a la retórica en la sociedad de la época y el lugar central que ocupaba en la enseñanza, situación que hacía de la retórica una suerte de base común, un instrumento compartido de pensamiento y expresión. La práctica de la "lectura pública" *(recitatio),* que consistía, para un autor, en leer sus obras ante un auditorio en ocasiones numeroso, contribuyó a acercar literatura y retórica, sometiendo toda clase de obras literarias al examen de la exposición o *performance* oral, de manera semejante a lo que se hacía con los discursos. Más aún, muchos oradores y sofistas eran escritores y poetas a la vez, e inversamente la mayoría de los escritores y poetas habían estudiado su retórica. Los géneros no estaban separados por límites nítidos, de suerte que parecía posible poner en práctica, incluso fuera de la retórica en sentido estricto, una cierta "elocuencia" (*eloquentia;* cf. Quintiliano, *Institución oratoria,* X, 2, 21-22), que podía apoyarse especialmente en formas de exposición tomadas de los ejercicios preparatorios, en discursos insertos, en argumentos, en efectos de estilo, en los recursos de la mnemotecnia y de la acción.

Un ejemplo sorprendente de poeta abierto a la retórica es Ovidio (43 a. C.-18 d. C.). Estudió la declamación en su juventud y mostró en ella, según Séneca el Rétor (*Controversias,* II, 2, 8-12), un apreciable talento. Luego se inclinó a la poesía, pero sin poner una barrera estanca entre las dos tareas que constituyen la retórica y la poesía. Escribió a Casiano Salano, maestro de retórica de Germánico: "Nuestras obras difieren, pero provienen de las mismas fuentes" (*Pónticas,* II, 5, 65). Efectivamente, la retórica constituye un elemento importante de la poesía ovidiana. Las *Heroidas* son una recopilación de cartas atribuidas a heroínas de la mitología, esposas o amantes, desdichadas y abandonadas, que escriben

[2] Se trata en este caso de la influencia de la retórica sobre la literatura; de manera paralela, la literatura es omnipresente en la retórica, al nivel de la lengua, del contenido, de los modelos, de la cultura, como se ha visto más arriba en este capítulo a propósito de la "crítica literaria" y del "arcaísmo y aticismo".

para suplicar o para quejarse (Penélope a Ulises, Dido a Eneas…); este tipo de composición debe mucho a la etopeya de los ejercicios preparatorios y despliega a placer los *topoi* y las figuras de lo patético. En los *Amores* o en las *Metamorfosis,* figuran numerosas tiradas de versos que utilizan argumentos estructurados con fines de persuasión: petición del amante suplicando al portero que lo deje entrar en la casa de la amada (*Amores,* I, 6), discurso de Apolo que busca retener a Dafne (*Metamorfosis,* I, 504-524), de Narciso seduciendo a un bello joven… que no es otro sino él mismo (*Metamorfosis,* III, 441-473), Orfeo descendiendo a buscar a Eurídice (*Metamorfosis,* X, 17-39), alegatos opuestos de Áyax y de Ulises reclamando las armas de Aquiles (*Metamorfosis,* XIII, 1-383), etc. En todos estos pasajes que se presentan, en suma, como discursos en verso, ricos en argumentos y en efectos de estilo, Ovidio manifiesta un indiscutible conocimiento de la retórica y una voluntad de hacer participar esta disciplina en su proyecto poético, que es complejo. Con frecuencia incluso, Ovidio se burla del arte retórico, utilizándolo de manera voluntariamente incongruente, desfasado y distanciado, por ejemplo, cuando pone en escena la vanidad y el fracaso de la persuasión: las mujeres de las *Heroidas* hablan en el vacío, el amante se queda en la puerta, etc.

El tema que Ovidio ha desarrollado en particular es el de la persuasión amorosa, que busca flechar el objeto amado y convencerlo de rendirse. En este sentido, el poema intitulado el *Arte de amar,* puede ser leído, a grandes rasgos, como una parodia de tratados de retórica: igual que el "arte retórico" *(ars rhetorica)* proporciona consejos que permiten hablar bien, así también, el "arte de amar" *(ars amatoria)* ofrece consejos que permiten seducir bien. El autor subraya con humor el parentesco entre estas dos formas de actuar:

> Jóvenes romanos, os aconsejo que no aprendáis
> las bellas artes con el único objeto de convertiros en
> defensores de los atribulados reos; la beldad se deja
> arrebatar y aplaude al orador elocuente, lo mismo
> que la plebe, el juez adusto y el senador distinguido;
> pero ocultad el talento, que el rostro no descubra
> vuestra facundia.
>
> (*Ars amandi,* I, 457-461)

Éste es un tema esencial para la retórica. *Peithô* (Persuasión) estuvo asociada a menudo con Afrodita. Desde Homero, el encuentro entre Ulises y Nausícaa contenía un trasfondo erótico. En la Grecia clásica, la reflexión sobre la palabra estuvo ligada a la reflexión sobre el amor, en la *Helena* de Gorgias y en el *Banquete* y el *Fedro* de Platón en particular. La relación entre retórica y amor ilustra un parentesco fundamental entre la trayectoria del orador que quiere someter al auditorio a sus razonamientos y la del enamorado que quiere seducir al objeto amado. En los dos casos hay conquista, dulce violencia. Este acercamiento subraya, pues, el componente erótico de la persuasión.

Además del caso de Ovidio, la influencia de la retórica se hace sentir claramente en la poesía latina de la época imperial: por ejemplo en las secuencias argumentativas de las tragedias de Séneca, en las secuencias de acontecimientos extraordinarios de Virgilio y de Lucano, en los temas epidícticos de las *Silvas* de Estacio, en los pasajes de aspecto declamatorio de las *Sátiras* de Juvenal… Es cierto que de ello no se debe inferir una influencia mecánica, como si los poetas compusieran con un tratado de retórica bajo los ojos, sino reconocer que la retórica, en tanto que elemento de la cultura y del universo mental de su tiempo, entraba en los poemas y se combinaba con las tradiciones y los marcos de escritura propiamente poéticos. Por ejemplo, el discurso del amante al portero, citado más arriba, combina argumentos retóricos con el género elegíaco de la "queja del amante a la puerta" (en griego *paraklausithyron*).

Asimismo, los historiadores continuaron siendo influenciados por la retórica, tanto en los discursos incluidos como en los pasajes narrativos; así sucede, por ejemplo, en Tito Livio, Tácito o en los historiadores griegos Dión Casio y Herodiano (siglo III d. C.).

También los filósofos siguieron recurriendo a los modos de exposición que presentaban semejanzas con la retórica. Plutarco, en su momento, no desdeñó utilizarlos cuando era el caso. El platónico ecléctico Máximo de Tiro (siglo II d. C.) pronunció y publicó *Conferencias (Dialexeis)* que eran fragmentos bien elaborados, en estilo extremadamente ornamentado. Los grandes nombres del estoicismo buscaron formas discursivas que fueran a la vez bellas y persuasivas, a fin de meditar sobre sus convicciones y de transmitirlas a otros, de tal forma que se puede hablar de una retórica estoica, ilustrada por esos tres grandes estilistas que fueron Séneca, Epicteto y Marco Aurelio.

El género de la consolación fue, por excelencia, una zona de penetración recíproca entre retórica, filosofía y literatura. Llamada en latín *consolatio,* en griego *paramythia, paramythêtikos* o *parêgoria,* la consolación buscaba disipar o al menos moderar, en lo posible, la pesadumbre suscitada por los eventos desafortunados o considerados desafortunados según la opinión corriente (muerte, enfermedad, exilio, vejez…), ayudando a la persona consolada a encontrar de nuevo la tranquilidad del alma. Tomaba la forma de discurso, de poema, de carta, de tratado. Enriquecida con una larga historia (Antifonte, *epitaphioi* atenienses, el filósofo académico Crantor [entre los siglos IV-III a. C.], Cicerón…), conoció en la época imperial ejemplos notables.

Las antologías de *Cartas* de Apolonio de Tiana contienen dos consolaciones neopitagóricas (55, 58). Séneca dirigió consolaciones a Marcia (sobre la muerte del hijo de Marcia), a su propia madre Helvia (sobre el exilio del autor, Séneca mismo), a Polibio (sobre la muerte del hermano de Polibio), a Lucilio (*Cartas,* 63, 93, 99). Plutarco escribió una *Consolación a su mujer* (carta a su mujer por la muerte de su pequeña hija Timoxena), una *Consolación a Apolonio* (escrito dirigido a un cierto Apolonio con motivo de la muerte de su joven hijo; se discute la autenticidad de esta obra) y un tratado *Sobre el exilio* (para un amigo que acababa de ser exiliado). Favorino compuso un tratado *Sobre el exilio* en donde demuestra que el exilio no es un mal. Estos textos estaban redactados desde una óptica filosófica, pero al mismo tiempo presentaban una dimensión retórica, porque recurrían a argumentos —lógicos y psicológicos—, *topoi,* procedimientos (ejemplos, citas, comparaciones, prosopopeyas que consistían en dar la palabra al propio difunto…). La medicina del alma, considerada como una tarea de la filosofía moral, especialmente en la Academia y en el estoicismo, pasaba por el discurso: "Los discursos son como los amigos: los mejores y los más seguros, se dice, son aquellos cuya útil presencia en la adversidad nos procura consuelo" (Plutarco, *Del exilio,* 599a).

Por su parte, la retórica también se interesaba por la consolación, que, en tanto que consejo, pertenecía al género deliberativo. Los ejercicios preparatorios entrenaban a los alumnos en la consolación (Teón, *Progymnasmata,* 117), y los oradores y teóricos recurrían regularmente a ella, ya fuera como discurso autónomo o como parte necesaria en la oración fúnebre (Elio Arístides, Pseudo Dionisio de Halicarnaso, Me-

nandro el Rétor; cf. también Frontón). La retórica desarrollaba en ella temas filosóficos.

El carácter retórico o filosófico de la consolación es, pues, más una cuestión de dosis que el resultado de una diferencia radical; de hecho existe una unidad fundamental del género. La retórica se pone al servicio de la filosofía, pero también la filosofía se pone al servicio de la retórica. La circulación entre filosofía y retórica es particularmente sensible, como se podía esperar, en el caso de Dión de Prusa, autor de una consolación sobre Caridemo y de pasajes consolatorios en los dos discursos fúnebres de Melancomas (discursos XXVIII-XXX). Notemos que la consolación también atrajo a los poetas; Horacio, por ejemplo, escribió una consolación para Virgilio con ocasión de la muerte de su amigo común Quintilio Varo (*Odas,* I, 24).

La consolación plantea, de manera interesante, el problema de los lugares comunes, pues una de sus características principales es su carácter tradicional y repetitivo. Frente a las desgracias y a los pesares siempre idénticos, los argumentos casi no podían variar. Y sin embargo, la consolación no parecía por ello menos necesaria, desde un punto de vista moral y social, ya se tratara de simple educación, ya de condolencias más profundas y de una voluntad de ayudar. A la vez convencional y necesaria, plástica también, la elocuencia paregórica ayuda a comprender mejor el valor de los *topoi* en la retórica antigua.

Un último género literario, que constituyó una novedad en época imperial, es la novela. Ahora bien, en las novelas afloran pasajes que recuerdan los ejercicios preparatorios (fábulas, descripciones…), temas de escuela, así como verdaderos discursos (alegatos judiciales, arengas ante las asambleas populares y militares, elogios, lamentaciones). Los novelistas conocían de modo patente la retórica: tal era el caso de Apuleyo o incluso del novelista griego Caritón de Afrodisias, autor de *Quéreas y Calírroe* (entre los siglos I-II d. C.), quien se presenta al comienzo de su obra como secretario de un "abogado" *(rhêtôr)*. A los novelistas les gustaba hacer hablar a sus personajes, prestarles discursos hábiles, engañosos o conmovedores, y ponerlos en una actitud retórica. Con ello satisfacían ciertamente los gustos de su público y reflejaban el carácter de una época donde reinaba la retórica.

CONCLUSIÓN
LA HERENCIA DE LA RETÓRICA GRECORROMANA

Al término de un recorrido que cubre más de un milenio, desde la Grecia arcaica hasta el Bajo Imperio romano, la retórica antigua aparece a la vez múltiple y única. Múltiple, porque ha funcionado en circunstancias muy diversas —en un medio heleno y en un medio romano, en griego y en latín, bajo regímenes democráticos, aristocráticos, monárquicos—, y ha tomado formas cambiantes en cada caso. Pero única, porque en esta diversidad de situaciones construyó y conservó una identidad fundamental. Los componentes de esta identidad o, en otros términos, los elementos esenciales de una definición de la retórica antigua pueden resumirse así: normas de pensamiento y de escritura, participación en las formas de vida política y social, sistema intelectual, problemática moral y filosófica, referencia a modelos y representación por ella misma de su propia historia.

Un tema importante fue el de las relaciones entre retórica y política, más precisamente entre retórica y libertad. Contrariamente a una opinión común, señalada al principio de esta obra, que asocia la retórica a la idea de manipulación ejercida sobre las mentes, la retórica se mostró, en la Antigüedad, más cercana al debate, al cambio y relacionada al derecho de expresión, a la búsqueda de la persuasión, a la deliberación en común. No se puede decir que no hayan existido, como en todas las sociedades, conflictos de intereses y relaciones de fuerzas puestas en juego a través de los discursos; pero el acceso a la retórica justamente se ha afirmado como la forma civil y humana de administrar estos conflictos de intereses y esas relaciones de fuerzas. Tampoco se puede decir que no haya existido, en algunas épocas, una propaganda política y religiosa, un adoctrinamiento, un lenguaje estereotipado; pero incluso en estas situaciones, quien hablaba de retórica se refería a algo distinto de simples eslóganes o terror. Cuando había retórica, por más totalitario o absolutista que fuera el régimen, era porque el poder

quería actuar por medio de la palabra y la persuasión, no sólo por la fuerza, y corría el riesgo de ver escapársele esta palabra (al ser suplida), de ver formarse opiniones, discursos diferentes, incluso disidentes, tomar formas críticas indirectas, o verificarse cambios contradictorios. Podemos decir, sin idealizaciones fuera de lugar y sin disfrazar la dureza de las sociedades antiguas bajo la mirada de los criterios políticos y morales de las actuales democracias occidentales, que la retórica, tal como la Antigüedad la utilizó, es decir, a la vez como realidad histórica y como modelo ideológico, ha repercutido en el sentido de la libertad, porque estaba unida, en su definición misma, a la argumentación, a la persuasión, al debate, así como a la enseñanza y a la cultura. No era posible que la retórica se presentara en una sociedad sin introducir en ella, al mismo tiempo, los valores con los que estaba marcada y que fomentaba a su alrededor.

Quizá la retórica fue también factor de libertad en el plano individual, como disciplina educativa que incrementaba la fuerza del espíritu y como arte que mejoraba la naturaleza. Ella ofrecía los medios a quienes la practicaban para servirse mejor de su inteligencia, de su personalidad y de su cuerpo; para defender su punto de vista y comunicar sus ideas, escapando del determinismo de las opiniones concluyentes, de las situaciones juzgadas con anticipación, incluso de naturalezas mediocres: por medio de la acción oratoria, un hombre, aunque fuera feo y poco agraciado, puede volverse persuasivo por las inflexiones de voz y las expresiones gestuales.

La libertad así conquistada por el orador no era arbitraria, sino que se enmarcaba en normas. Estas normas no se reducían al simple criterio del fracaso o del éxito obtenido ante el público. El valor de un discurso, según la mayoría de los autores antiguos, no se medía por la eficacia inmediata (o no sólo por eso, ya que tampoco se recomendaba perder todas sus causas), sino que respondía a consideraciones superiores, de orden técnico, moral y estético.

La retórica grecorromana, por todos estos rasgos que la definen, era pues una entidad circunscrita y visible. Pero he aquí que dicha entidad entró en contacto con otra cultura, otra retórica: tal fue el encuentro con el cristianismo.

La conversión de la retórica

El cristianismo posee, necesariamente, su lugar en la historia de la retórica antigua, ya que es una religión del Verbo: la palabra es entonces muy importante desde el punto de vista teológico y lo fue también en la difusión de la nueva religión, la cual se efectuó, particular y quizá principalmente, por intermediación del lenguaje y de la persuasión. Jesús pronunció numerosos discursos; después de su muerte, el Evangelio fue predicado de mil formas. En consecuencia, existe un hecho retórico cristiano. Pero, ¿de qué retórica se trata?

En un principio, el cristianismo era portador de una retórica diferente de aquella de la tradición grecorromana (esta última puede denominarse aquí retórica pagana, en pocas palabras). Recibía la herencia de la tradición judía (a través del Antiguo Testamento o la predicación en la sinagoga de la época helenística), que poseía formas de expresión que le eran propias. Se expandió en las clases sociales más humildes, entre la gente que no había recibido educación y que no había aprendido a hablar de acuerdo con las reglas del arte (desde este punto de vista, la retórica cristiana llenaba una laguna de la retórica pagana y ocupaba un espacio que había dejado libre esta última). Finalmente, en su esencia misma, el mensaje evangélico se diferenciaba del propósito habitual de los discursos griegos y latinos: consistía en anunciar una verdad revelada, apoyándose menos en la persuasión racional y en las pruebas intelectuales que en una "proclamación" *(kêrygma)* autorizada; procedía sobre todo mediante afirmaciones absolutas, paradojas, imágenes (relatos, parábolas), citas bíblicas, más que mediante los procedimientos clásicos de la retórica pagana.

Esta especificidad del discurso cristiano es sensible desde el Nuevo Testamento. Incluso si en él se encuentran formas literarias atestiguadas en el paganismo (relato, elogio, oración, anécdota o *cría,* etc.), incluso si Lucas, en particular, parece educado y formado de acuerdo con la cultura griega, la impresión general es que existía una gran diferencia, lingüística y literaria, en relación con los textos paganos contemporáneos. En sus discursos, Jesús y sus discípulos no se ajustan en absoluto a los esquemas de la retórica (que muchos de ellos, sin duda, ignoraban). El ideal oratorio del Nuevo Testamento es, por el contario, el de una palabra verdadera, desprovista de arte, inspirada directamente por el Espí-

ritu Santo, según la prescripción hecha por Jesús a sus primeros cuatro discípulos: "Cuando los lleven ante los tribunales, no se preocupen de lo que van a decir. Digan lo que Dios les sugiera en aquel momento, pues no serán ustedes los que hablen, sino el Espíritu Santo" (*Evangelio según san Marcos,* 13, 11. Utilizo la versión de la *Biblia de América*).

Pablo —sin duda uno de los mejores oradores de la Antigüedad— subrayó enfáticamente esta oposición entre la palabra inspirada del predicador cristiano y la ordinaria sabiduría (*sophia,* palabra que también significa "saber" y "habilidad") de la persuasión humana:

> En lo que a mí toca, hermanos, cuando vine a su ciudad para anunciarles el misterio de Dios, no lo hice a base de elocuencia o sabiduría. Pues nunca entre ustedes he presumido de conocer otra cosas sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Me presenté ante ustedes débil, asustado y temblando de miedo. Mi palabra y mi predicación no consistieron en sabios y persuasivos discursos; fue más bien una demostración del poder del Espíritu, para que fundamenten su fe, no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios (*Primera carta a los corintios,* 2, 1-5).

A mensaje nuevo, retórica nueva. A mensaje divino, retórica sobrehumana. Sin embargo, los contactos eran inevitables y tuvieron lugar.

Al desarrollarse en el mundo grecorromano, el cristianismo no pudo menos que abrirse a la cultura propia de ese universo, y por tanto, entre otras manifestaciones, a su retórica. Esta apertura no se debía sólo a razones prácticas, a la necesidad de instrumentos educativos e intelectuales, sino también a razones antropológicas (todos los hombres, incluso paganos, poseen un alma de origen divino y Dios puede haber depositado en ellos una parcela de verdad) y teológicas (el paganismo es una fase de la historia de la salvación y por tanto no hay razón para ignorarlo totalmente). Los cristianos citaron de buen grado, con este propósito, el pasaje de Éxodo, donde se dice que "los israelitas pidieron a los egipcios vestidos y objetos de plata y oro" y que ellos los "despojaron" (12, 35-36): la expoliación de los egipcios por parte de Israel proporcionaba el modelo de una apropiación deseable de la cultura grecorromana por parte de los cristianos. Se pretendía reciclar el paganismo para ponerlo al servicio de la expresión de los valores cristianos y

operar de modo profundo la "conversión de la antigua cultura" (J.-C. Fredouille), como se convirtió a los individuos.

En los primeros tiempos, hubo de parte de los cristianos desánimos y resistencias, puesto que la retórica pagana se presentaba como contraria al modelo de simplicidad, incluso de rusticidad, propuesto por las Escrituras; parecía fútil, a causa de sus búsquedas estilísticas, y peligrosa, por el placer que proporcionaban los bellos discursos. Para los creyentes que deseaban testimoniar la verdad de la forma más simple posible, resultaba discutible la idea misma de una técnica de la palabra. Pero, por otra parte, la retórica pagana había demostrado su valor como método de educación, como instrumento de dominación de la lengua, como arte de persuadir, como fuerza de cultura y belleza. En un ámbito cercano, el de la exégesis fundada en la filosofía, grandes pensadores como Clemente de Alejandría (140/150-220/230) y Orígenes (hacia 185-252) —precedidos, en la tradición judía, por Filón (20 a. C.-41 d. C.)— ofrecían el ejemplo de una asimilación fecunda de la cultura grecorromana. Por esta razón, de manera progresiva, a lo largo de los siglos II y III, los autores se volvieron a la retórica pagana. Los apologistas construyeron sólidas defensas a favor de la nueva religión; entre ellos, en griego, Taciano (siglo II) estaba particularmente marcado por la Segunda Sofística; en latín, Tertuliano (155-225) mostraba una profunda cultura retórica, así como una riqueza de estilo y argumentación. Melitón de Sardes escribió su homilía *Sobre la Pascua* en estilo asianista (160-170) y Gregorio Taumaturgo fue el autor del primer discurso epidíctico cristiano conservado (*Agradecimiento a Orígenes,* pronunciado en 238 en una ceremonia de despedida cuando el autor abandonaba la escuela de Orígenes).

Cuando el cristianismo se volvió una religión oficial, la retórica cristiana predominó sobre la retórica pagana. El momento crucial se produjo en el siglo IV, una de las épocas más brillantes de la historia de la antigua retórica, que vio al mismo tiempo una especie de culminación de la tradición grecorromana y el triunfo de los Padres. El ámbito griego pagano conoció tal esplendor que los sabios modernos hablan a veces, en este caso, de una Tercera Sofística, representada por los oradores y profesores Libanio e Himerio, el orador-filósofo Temistio, el emperador Juliano, el teórico de los *progymnasmata* Aftonio. En latín prosiguió la tradición de los panegíricos (*Panegíricos latinos,* VI-XII); Símaco pro-

nunció discursos oficiales, Mario Victorino comentó el tratado *De la invención* de Cicerón. Sin embargo, la retórica cristiana estaba representada por una serie de nombres muy notables: en griego, Eusebio de Cesarea, los Padres Capadocios (Gregorio Nacianceno llamado el *Demóstenes cristiano,* Gregorio de Nisa, Basilio de Cesarea), Juan Crisóstomo; en latín, Lactancio (el *Cicerón cristiano*), Ambrosio y, posteriormente, en el paso del siglo IV al V, Agustín. Los géneros usados en la retórica cristiana eran ya numerosos: sermones, homilías, oraciones fúnebres, panegíricos de santos y mártires, consolaciones, obras de refutación y polémica contra las herejías, diversas participaciones orales requeridas para el funcionamiento de las instituciones eclesiásticas… Pronto se agregó un tratado teórico: Agustín, en *De Doctrina Christiana,* hizo la teoría de la cultura cristiana y, en el libro IV de esta obra, definió las reglas mismas de una elocuencia cristiana.

Por lo demás, es necesario ver que durante mucho tiempo no hubo una barrera estanca, en el campo de la retórica, entre paganismo y cristianismo. Algunos oradores cristianos fueron discípulos de retóricos paganos. Había conversiones, apostasías. Algunos discursos eran inclasificables, ya que eran discretos en el plano religioso o profesaban doctrinas vagas, igualmente compatibles con un monoteísmo filosófico y con el cristianismo. A ello se debe la circulación de temas e ideas, a lo que se agregaba el hecho de que en retórica existen elementos invariantes, formas y temas que, por la naturaleza de las cosas, aparecen de manera idéntica en contextos religiosos diferentes. Todas estas razones facilitaron la absorción de la retórica pagana por el cristianismo.

Sobre la manera en que los especialistas de la retórica pagana consideraban la tradición judía y cristiana (en este caso la tradición judía), poseemos un testimonio valioso, en razón de su fecha (siglo I), y al mismo tiempo original, el de Pseudo Longino. En la parte en que define los *pensamientos* como fuente de lo sublime, a propósito de textos que ponen en escena a dioses, el autor cita pasajes de Homero para introducir después un nuevo ejemplo:

> Así también hace el legislador de los judíos, que no era un hombre cualquiera, puesto que comprendió y manifestó el poder de la divinidad en todo su valor, cuando escribió al comienzo mismo de sus leyes: "Dijo Dios" [¿qué?] "Hágase la luz, y se hizo; hágase la tierra, y se hizo" (*De lo sublime,* 9, 9. Traducción de Vianello [el

sentido de la frase es discutido, pero no hay duda sobre el sentido general]. Cf. *Génesis,* 1, 3. 9-19).

Ésta es la primera vez, hasta donde sabemos, que un retórico pagano examina la Biblia, haciéndolo con un espíritu de apertura y simpatía que era muy raro en la época. El Pseudo Longino pone la Biblia en el mismo plano que a Homero, incluso por encima de éste, y devela lo sublime en la grandiosa simplicidad del *Fiat lux*. Semejante aproximación era promisoria en cuanto que predecía el ulterior acercamiento entre retórica pagana y retórica cristina. Esta es la razón de que el breve pasaje del Anónimo haya impactado de manera tan fuerte en los eruditos modernos, a los que les ofrece un encuentro misterioso y premonitorio. En el paso del siglo XVII al XVIII, la frase de Pseudo Longino fue objeto de una larga controversia retórico-teológica entre Pierre-Daniel Huet, obispo de Arranches, gran helenista y hebraísta, y Boileau, traductor del tratado, quienes se enfrascaron en una disputa sobre la definición del estilo sublime y de la posibilidad misma de una retórica de Dios (véase el *prefacio* de la traducción de Boileau y sus *Reflexiones críticas sobre Longino,* X, así como la *Carta al Señor duque de Montausier* de Huet).

Del fin de la Antigüedad a la época moderna

Después del siglo IV, la retórica siguió siendo un nervio de la civilización, en los ámbitos educativo, político, religioso, literario… El fin de la Antigüedad consumó, en particular, un importante trabajo de compilación e interpretación respecto de la teoría. En el Oriente griego, los tratados de Hermógenes y de Aftonio se constituyeron en un corpus canónico, probablemente en la transición del siglo V al VI, y fueron objeto de interminables comentarios (algunos por parte de los filósofos neoplatónicos: una vez más en su historia, la retórica se reencontraba con la filosofía). Al mismo tiempo, en el mundo latino, se producía una proliferación de "tratados" *(artes)* y de "compendios" *(compendia)*. Boecio (siglo VI) comentó a Cicerón, y los enciclopedistas de los siglos V-VII (Marciano Capela, Casiodoro, Isidoro de Sevilla) otorgaron un lugar a la retórica. Esta producción, a veces notable, ejercerá una gran influencia en la retórica medieval. El final de la Antigüedad seleccionó

y consagró las doctrinas que se volvieron dominantes después: doctrina aftonio-hermogeniana en Bizancio, ciceroniana en el Occidente latino.

La Edad Media, tanto en el Occidente medieval como en el Imperio bizantino, conservó y transmitió la herencia textual e intelectual de la retórica antigua reinterpretándola en función de nuevos contextos.

En la Europa moderna, la retórica antigua ha representado, en mayor medida de lo que habitualmente se piensa, un punto de referencia y una fuente de inspiración. En páginas anteriores encontramos diversos ejemplos al respecto, a propósito del modelo político de la democracia ateniense, de la historia de la enseñanza (influencia de larga duración de las concepciones de Isócrates, Cicerón, Quintiliano, así como los ejercicios preparatorios), de la persistencia de la terminología retórica grecolatina a través de las lenguas modernas, o discusiones sobre lo sublime en los siglos XVII y XVIII. Recordemos además el continuo trabajo que se ha llevado a cabo durante siglos sobre los textos griegos y latinos, el problema omnipresente de la elocuencia sagrada, el redescubrimiento del patrimonio grecolatino en el Renacimiento, el panegírico real inspirado en modelos antiguos bajo el Antiguo Régimen, la elocuencia revolucionaria reivindicándose heredera de Roma y Esparta, a Nietzsche rescatando a los sofistas, a Péguy, rebosante de cultura antigua, analizando "la autoridad del dominio oratorio" de Jaurès, a Malraux recobrando el espíritu del asianismo…

La retórica grecorromana hoy

En la actualidad, la retórica se ha convertido en un tema importante en la investigación especializada sobre la Antigüedad, y esta importancia se explica por el movimiento general de las ideas. Algunos indicadores ayudan a entender mejor la función creciente de la retórica antigua en el pensamiento del siglo XX.

Una forma de interés por la retórica provino, por lo menos en Francia, de las reflexiones de algunos escritores, como P. Valéry, R. Queneau, J. Paulhan, quienes estaban interesados en el lenguaje y deseosos de entender mejor el funcionamiento y la estructura de la obra literaria. Un lingüista como R. Jakobson, por su parte, situaba la metáfora y la metonimia en el centro de sus investigaciones. En este panora-

ma, la retórica antigua pareció capaz de proporcionar no sólo pistas de reflexión, sino también herramientas directamente aplicables al análisis de textos desde un punto de vista semiótico y estilístico. Esta dirección se ha explorado en los influyentes trabajos de R. Barthes, de G. Genette y del Grupo μ (grupo de investigadores que se denominan con la letra griega *mu,* inicial de la palabra *metaphora,* "metáfora").

Entre los filósofos, P. Ricoeur ha desempeñado un papel muy significativo al apoyarse en textos griegos en su reflexión sobre la retórica y la poética, a propósito de la metáfora, del relato, de la historia, de la política.

En Bélgica, otra gran personalidad, C. Perelman (1984†), jurista y filósofo, secundado por L. Olbrechts-Tyeca, se interesaba, por su parte, en la argumentación. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Perelman sintió la necesidad de una reflexión sobre la justicia y el funcionamiento de la institución judicial en Europa de la posguerra. Los métodos de razonamiento proporcionados por la lógica formal le parecían inadecuados en el campo necesariamente aproximativo e inestable de los juicios de valor. Fue entonces cuando se volvió hacia los métodos de argumentación retórica, como los más indicados para definir las condiciones de la persuasión ante auditorios contingentes, impuros (animados por pasiones humanas, prejuicios…), y en asuntos que no se prestan a demostraciones sin réplica. Ahora bien, para elaborar su *Tratado de la argumentación,* Perelman no encontró mejor guía que Aristóteles. Su "nueva retórica" constituía un retorno a las fuentes y realzaba el patrimonio antiguo.

En los últimos decenios del siglo XX, en el momento en el que el estructuralismo llegaba al límite de sus descubrimientos, M. Fumaroli reintrodujo la retórica en los estudios literarios bajo una nueva forma: ya no se trataba de la "retórica limitada", es decir, reducida a figuras y presentada como un utensilio intelectual abstracto y anticuado, sino de la retórica en su historia, en cuanto rama de la historia general. Este acercamiento no sólo ofreció apreciaciones inéditas sobre la evolución de las ideas, de las formas literarias y artísticas de la sociedad, sino que regeneró la noción misma de *literatura:* estudiada en su historia, y en sus relaciones con la *elocuencia,* el *discurso,* la *res literaria,* esta noción se mostraba infinitamente más rica y compleja que algunos sentidos modernos y fijos del término. Ahora bien, en este complejo, la reflexión sobre la

herencia grecorromana resultaba de gran importancia. Las direcciones así abiertas, y tomadas después por numerosos investigadores, evidenciaban una presencia no anecdótica de la retórica antigua en la historia de la literatura francesa y europea.

En un ámbito completamente distinto, los practicantes de la palabra, que no faltan, quedaron muy fascinados tanto por la técnica como por las reflexiones morales y filosóficas de los antiguos en materia de retórica: tal es el caso de Jean-Denis Bredin y T. Lévy, así como de G. Collard, célebres abogados, autores de libros recientes sobre el tema.

Las ciencias y técnicas de la comunicación, que hoy en día han adquirido una gran importancia, no ignoran —o no deberían de ignorar— que tienen en la retórica a una especie de predecesora, que aún puede serles de utilidad, pues les ofrece un entorno cultural, una memoria, y que anima a dirigir la mirada hacia la *ética* —otra noción que ha cobrado importancia, y que la retórica antigua ponía en el centro de sus preocupaciones.

Como podemos observar, la reflexión sobre la retórica antigua nos conduce a trabajos futuros. Hay investigaciones eruditas que realizar. Hay textos que traducir y explicar. También falta ampliar las perspectivas, para que la investigación sobre la retórica dé frutos en el exterior, contribuyendo a una mejor comprensión de otros ámbitos de la civilización antigua: nos preguntaremos, por ejemplo, si existe una retórica del discurso científico, o bien profundizaremos en la cuestión de las relaciones entre retórica y religión. Prometedor, al fin, es el campo que emerge de la "retórica comparada", que consiste en confrontar el uso y las formas del discurso en civilizaciones diferentes las unas de las otras, y en ocasiones muy alejadas en tiempo y espacio, con la posibilidad de encontrarse con diferencias sorprendentes y con semejanzas más asombrosas aún.

No se trata sólo de campos que permanecen abiertos, sino de una nueva forma de trabajar. La retórica, efectivamente, es un tema que derriba algunas barreras tradicionales entre las disciplinas y entre los periodos, y que se refiere a la vez a la historia de los textos, a la historia literaria, a la historia a secas… A los estudiantes e investigadores, la retórica propone una metodología moderna, ya desenclaustrada, y un ángulo de observación original para abordar la Antigüedad.

THESAURUS
EL SISTEMA DE LA RETÓRICA

En la retórica antigua las nociones y términos técnicos no se presentan aislados, sino en relación, en forma de una multiplicidad de listas. Cada lista pretende ser una descripción, tan completa como sea posible, de un sector o de un aspecto. Intenta detallar los elementos constitutivos del tema considerado, siguiendo el método de la división del género en especies, con el fin de cubrirlo completamente y definirlo mediante la enumeración de sus partes.

Las diferentes listas se yuxtaponen, se superponen, se engranan las unas con las otras. La reunión de éstas, cuando se las considera a todas en su conjunto, forma el sistema de la retórica antigua: una prodigiosa construcción intelectual, cuyas subdivisiones se siguen casi hasta el infinito, que pretende dar cuenta del arte de la palabra en su totalidad.

Este sistema se ha construido por etapas en el curso de la historia, y se ha impuesto de manera progresiva sin dejar de seguir enriqueciéndose en los periodos helenístico e imperial. Ampliamente compartido, transmitido en particular por la enseñanza, constituía una especie de bien común para todos aquellos —y eran numerosos— que habían sido formados en la retórica. Por ello actualmente es importante conocer dicho sistema, para entender mejor los textos antiguos. Por lo demás, muchas nociones así definidas han permanecido vigentes en las lenguas y el pensamiento modernos.

La coherencia general del sistema no excluía, sin embargo, incontables investigaciones y constantes modificaciones —las listas no cesan de ser modificadas, abreviadas, alargadas, discutidas—, así como tampoco numerosos desacuerdos en detalles entre los autores, incluso eventuales contradicciones entre una u otra lista particular.

Proporcionamos, en seguida, una visión de conjunto del sistema con la presentación de las listas más importantes. Como el panorama es sincrónico, no buscamos trazar la historia de las diferentes listas (respec-

to a ese tema, algunas indicaciones ya han sido proporcionadas a lo largo de este volumen). Cada lista se presenta, en la medida de lo posible, en la forma más comúnmente aceptada, a partir de una fuente representativa que corresponda a los límites cronológicos de la presente obra (es decir, de los orígenes hasta el siglo III d. C.). Referencias suplementarias, comprendidas en los mismos límites cronológicos, se señalan con la indicación Cf. —la selección es necesariamente muy selectiva debido a la abundancia del material. Los términos técnicos, griegos y latinos, elegidos entre los mejor atestiguados, son tomados de las fuentes.

Lista de abreviaturas
(empleadas en el *Thesaurus*)

Alej.: Alejandro (ed. Spengel, *Rhetores Graeci,* III) (siglo II d. C.)
Extractos
Fig.: Sobre las figuras
Anon. Seg.: *Anonymus Seguerianus* (ed. Dilts-Kennedy, *Two Greek Rhetorical Treatises from the Roman Empire*) (siglos II y III d. C.)
Apsines (siglo III d. C.)
Rhet.: *Retórica* (ed. Dilts-Kennedy, *Two Greek Rhetorical Treatises from the Roman Empire*)
Probl. fig.: *Sobre los problemas figurados* (ed. Spengel-Hammer, *Rhetores Graeci,* I, 2)
Aquil. Rom.: Áquila Romano, *Sobre las figuras de pensamiento y de elocución* (ed. Halm, *Rhetores Latini minores*) (siglo III d. C.)
Arist.: Aristóteles (siglo IV a. C.)
Rhet.: *Retórica* (ed. Dufour-Wartelle)
Top.: *Tópicos* (ed. Brunschwig)
Cic.: Cicerón (siglo I a. C.)
Brut.: Bruto (ed. Martha)
De or.: Acerca del orador (ed. Courbaud-Bornecque)
Inv.: De la invención (ed. Achard)
Or.: Orador (ed. Yon)
Part.: Divisiones del arte oratoria (ed. Bornecque)
Top.: Tópicos (ed. Bornecque)
Demetr.: Demetrio, *Del estilo* (ed. Chiron) (siglo II-I a. C.)
D. Hal.: Dionisio de Halicarnaso, *Opúsculos retóricos* (ed. Aujac) (siglo I a. C.)
Lys.: Lisias
Dem.: Demóstenes

Dióg. L.: Diógenes Laercio, *Vidas y doctrinas de filósofos ilustres* (ed. Long) (siglo III d. C.)
Filod.: Filodemo, *Retórica* (ed. Sudhaus) (siglo I a. C.)
Gel.: Aulio Gelio, *Noches Áticas* (ed. Marache) (siglo II d. C.)
Hermág.: Hermágoras I (ed. Matthes) (siglo II a. C.)
Hermóg.: Hermógenes (ed. Rabe) (siglo II-III d. C.)
Id.: Las formas del discurso
Inv.: La invención
Prog.: Ejercicios preparatorios
Stat.: Los estados de la causa
Isócr.: Isócrates (ed. Mathieu-Brémond) (siglo IV a. C.)
Longino: Casio Longino, *Retórica* (ed. Spengel-Hammer, *Rhetores Graeci,* I, 2) (siglo III d. C.)
Men. Rét.: Menandro el Rétor, I *(División de los discursos epidícticos)* y II *(Sobre los discursos epidícticos)* (ed. Russell-Wilson) (siglo III d. C.)
Minuc.: Minuciano, *Sobre los epiqueremas* (ed. Spengel-Hammer, *Rhetores Graeci,* I, 2) (siglo III d. C.)
Plat.: Platón, *Fedro* (ed. Moreschini-Vicaire) (siglo IV a. C.)
Ps. Arístides.: Pseudo Elio Arístides, *Retórica* (ed. Schmid) (siglo II d. C.)
Ps. D. Hal.: Pseudo Dionisio de Halicarnaso, *Retórica* (ed. Usener-Radermacher) (siglo III d. C.)
Quint.: Quintiliano, *Institución oratoria* (ed. Cousin) (siglo I d. C.)
Rhet. Al.: *Retórica a Alejandro* (ed. Fuhrmann) (siglo IV a. C.)
Rhet. Her.: *Retórica a Herenio* (ed. Achard) (siglo I a. C.)
Rufo: *Retórica* (ed. Spengel-Hammer, *Rhetores Graeci*, I, 2) (siglo II d. C.)
Rut. Lup.: Rutilio Lupus, *Sobre las figuras de pensamiento y de elocución* (ed. Brooks) (siglo I d. C.)
Sén. Rét.: Séneca el Rétor, *Sentencias, divisiones y colores de los oradores y de los rétores* (ed. Håkanson) (siglo I a. C.-I d. C.)
Tác., *Dial.:* Tácito, *Diálogo de los oradores* (ed. Goelzer-Bornecque) (siglo I d. C.)
Teón: Elio Teón, *Ejercicios preparatorios* (ed. Patillon) (siglo I-II d. C.)
Tiber.: Tiberio, *Las figuras en Demóstenes* (ed. Ballaira) (siglo III-IV d. C.)
Trif.: Trifón, *De los tropos* (ed. Spengel, *Rhetores Graeci*, III) (siglo I a. C.)

I. Divisiones generales del arte retórica

1. Las **partes de la retórica:** gr. *rhêtorikês merê* – lat. *rhetorices partes* (llamadas también tareas del orador: gr. *rhêtoros erga* – lat. *oratoris opera*).
Invención: gr. *heuresis* – lat. *inuentio* (encontrar los argumentos).

Disposición: gr. *taxis, oikonomia* – lat. *dispositio* (ordenar los argumentos encontrados: plan del discurso).
Elocución: gr. *lexis, hermêneia, phrasis* – lat. *elocutio* (expresar por medio de palabras y frases: estilo).
Memoria: gr. *mnêmê* – lat. *memoria* (fijar en la mente el discurso para recordarlo).
Acción: gr. *hypokrisis* – lat. *actio*, *pronuntiatio* (pronunciar el discurso).

Fuentes: *Rhet. Her.*, I, 3. Cf. Cic., *Inv.*, I, 9; *De or.*, I, 142; II, 79; Quint., III, 3.

La lista de las "partes de la retórica" constituye la arquitectura de algunos tratados de retórica (por ejemplo, Cicerón, *Acerca del orador,* II-III; Longino, *Retórica*). Otros tratados están divididos según las "partes del discurso" (*infra,* núm. 9: por ejemplo, las *Retóricas* del Anónimo Segueriano, de Apsines, de Rufo). Otros incluso se esfuerzan por combinar estas dos divisiones (por ejemplo la *Retórica a Herenio* y la *Institución oratoria* de Quintiliano).

2. Las **tareas del orador:** lat. *oratoris officia.*
Instruir, informar: lat. *docere* (o *probar:* lat. *probare*).
Agradar, cautivar: lat. *delectare* (o **ganar, conciliarse:** lat. *conciliare*).
Conmover: lat. *mouere, permouere* (o **ablandar:** lat. *flectere*).

Fuentes: Cic., *Del óptimo género de los oradores,* I, 3. Cf. *id., De or.,* II, 115, 128; *Brut.,* 185, 276; *Or.*, 69; Quint., III, 5, 2.

Se puede comparar con la división *logos* / *êthos* / *pathos* en Aristóteles (*infra,* núm. 12); sin embargo, las dos tríadas no se superponen exactamente.

3. Las fuentes de la competencia oratoria.
Dones naturales: gr. *physis* – lat. *natura*, *ingenium.*
Aprendizaje (o **arte, ciencia**): gr. e*pistêmê, mathêsis* – lat. *doctrina, artificium, ars.*
Ejercicio: gr. *meletê, askêsis* – lat. *exercitatio.*

Fuentes: Plat., *Fedro,* 269 d. Cf. Isocr., *Contra los sofistas,* 14-17; *Sobre el intercambio de bienes,* 187; Cic., *Inv.,* I, 5; *Brut.,* 25; Quint., VII, 10, 14.

Algunos agregaban la **imitación**: gr. *mimêsis* – lat. *imitatio* (*Rhet. Her.,* I, 3; Quint., III, 5, 1).

II. Tipos de discurso

4. Los **ejercicios preparatorios**: gr. *progymnasmata* – lat. *praeexercitamina, praeexercitamenta.*
Fábula: gr. *mythos* – lat. *fabula.*
Relato: gr. *diêgêma* – lat. *narratio.*
Cría: gr. *khreia* – lat. *chria, usus.*
Máxima: gr. *gnôme* – lat. *sententia.*
Refutación / confirmación: gr. *anaskeuê* / *kataskeuê* – lat. *refutatio* / *confirmatio.*
Lugar común: gr. *koinos topos* – lat. *communis locus.*
Elogio: gr. *enkômion* – lat. *laus* (y **censura**: *gr. psogos* – lat. *uituperatio*).
Paralelo: gr. *synkrisis* – lat. *comparatio.*
Etopeya o **prosopopeya:** gr. *êthopoiia, prosôpopoiia* – lat. *adlocutio, sermocinatio.*
Descripción: gr. *ekphrasis* – lat. *descriptio.*
Tesis: gr. *thesis* – lat. *thesis, positio.*
Propuesta de ley: gr. *nomou eisphora* – lat. *legis latio.*

> Fuentes: Hermóg., *Prog.* (obra traducida al latín por Prisciano de Cesarea entre los siglos V-VI d. C.). Cf. Quint., I, 9; II, 4; Teón.

5. Los dos tipos de **cuestiones:** gr. *zêtêma* – lat. *quaestio.*
Cuestión indeterminada: gr. *thesis* – lat. *quaestio infinita, propositum* (discurso apoyado en un tema abstracto y general, sin consideración de "circunstancias" [cf. *infra,* núm. 14] paticulares). Se subdivide en:
- Cuestión de **teoría:** gr. *theôrêtikê* – lat. *scientiae, cognitionis.*
- Cuestión de **práctica:** gr. *praktikê* – lat. *actionis.*

Cuestión determinada: gr. *hypóthesis* – lat. *quaestio finita, causa* (discurso apoyado en un tema concreto y referido a "circunstancias").

> Fuentes: Quint., III, 5, 5-18. Cf. Hermág., fr. 6; Cic., *Inv.,* I, 8; *De or.,* II, 65-68; *Part.,* 61-63; *Top.,* 79-81; Teón, 121, 6-14; Hermóg., *Prog.,* 25, 3-12.

6. Los **géneros de discursos retóricos o géneros retóricos:** gr. *tôn logôn rhêtorikôn genê, rhêtorikês genê* – lat. *causarum genera, rhetorices genera* (en lugar de **géneros** también se emplea la palabra **especie:** gr. *eidê* – lat. *species*).
Deliberativo: gr. *symbouleutikón* – lat. *deliberatiuum* (aconsejar o desacon-sejar).
Judicial: gr. *dikanikon* – lat. *iudiciale* (acusar o defender).
Epidíctico: gr. *epideiktikon* – lat. *demonstratiuum* (alabar o vituperar; este género también se llama **laudatorio**: gr. *enkômiastikon* – lat. *laudatiuum*, y **panegírico**: gr. *panêgyrikon* – lat. *panegyricum*).

Fuentes: Arist., *Rhet.,* I, 3. Cf. *Rhet. Her.,* I, 2; II, 1; Filod., I, 212; D. Hal., *Lys.,* 16,2; Teón, 61, 21-23; Alej., *Extractos,* 1, 3-2, 7; Diog. L., VII, 42.

Respecto a la cuestión de saber si esta lista de tres géneros da cuenta de toda la diversidad de formas oratorias, o si conviene agregar géneros suplementarios, cf. las discusiones de Cic., *De or.,* II, 43-64; Quint., III, 4.

7. Los dos tipos de **declamación:** gr. *meletê* – lat. *declamatio.*
Suasoria: lat. *suasoria* (declamación referida a un tema deliberativo).
Controversia: lat. *controuersia* (declamación referida a un tema judicial).

Fuentes: Tác., *Dial.,* 35, 4. Cf. Sén. *Rét.,* libros I-IX y libro X; Ps. D. *Hal.,* cap. X.

8. Las variedades de **discurso figurado:** gr. *eskhêmatismenos logos* – lat. *figuratus sermo, figurata oratio.*
El **color:** gr. *khrôma*, asimismo *por alusión*: gr. *kat'emphasin* (decir lo que se quiere decir, pero de manera suave o contentándose con sugerirlo alusivamente).
Lo **oblicuo:** gr. *plagios, plagiôs* (decir una cosa buscando obtener otra).
Lo **contrario:** gr. *ta enantia, kata to enantion* (decir una cosa buscando obtener su opuesto).
Variedades subsidiarias:

- Hablar en un sentido diferente al pretender expresar la misma opinión que el orador anterior.
- Proporcionarle un refuerzo al pretender expresar una opinión contraria a la del orador precedente.
- Postergar para otro momento la expresión sincera de un tema.

Fuentes: Ps. D. *Hal.,* VIII, 2-4. Cf. Demetr., 287-298; Quint., IX, 2, 65-99; Hermóg., *Inv.,* IV, 13; Apsines, *Probl. fig.;* Ps. D. *Hal.,* IX.

III. Plan y partes del discurso

9. Las **partes del discurso:** gr. *logou merê* – lat. *orationis partes.*
Exordio: gr. *prooimion* – lat. *exordium, principium, prooemium.*
Narración: gr. *diêgêsis* – lat. *narratio.*
Proposición, división: gr. *prothesis, prokataskeuê* – lat. *propositio, partitio, diuisio* (anuncio de los puntos por tratar, situado ya sea antes o después de la narración).

Argumentación: gr. *pisteis, agônes* – lat. *argumentatio*, generalmente dividida en:
Prueba: gr. *pistis, apodeixis* – lat. *probatio, confirmatio.*
Refutación: gr. *lysis* – lat. *refutatio, confutatio* (refutación de los argumentos de la parte contraria, ya sea porque ya han sido expresados o bien porque aún no lo han sido y el orador los refuta de manera anticipada).
Peroración: gr. *epilogos* – lat. *peroratio*, *conclusio.*

Fuentes: Quint., *Rhet. Her.,* I, 4. Cf. Plat., *Fedro,* 266d-267d; Arist., *Rhet.,* III, 13; Cic., *Inv.,* I, 19; *Or.*, 122; D. Hal., *Lys.,* 17-19; Quint., III, 9; Diog. L., VII, 43. Véase *supra,* núm. 1.

Este plan tipo está diseñado principalmente para el género judicial. Los otros géneros (deliberativo y epidíctico) conservan de este esquema una división tripartita (exordio-cuerpo del discurso–peroración); sin embargo, en lo que respecta al cuerpo del discurso presentan una organización diferente, fundado en lugares específicos: cf. *infra,* núm. 16 y 18.

10. Las **funciones del exordio:**
Disponer al auditorio a comprender el asunto: gr. *tou pragmatos… dêlôsis, eumatheian apergasasthai* – lat. *docilem facere.*
Mantenerlo atento: gr. *epi to prosekhein parakalesai, prosokhên apergasasthai* – lat. *attentum facere.*
Suscitar su benevolencia: gr. *eunous… poiêsai, eunoian apergasasthai* – lat. *beniuolum facere.*

Fuentes: *Rhet. Al.,* 29, 1. Cf. Arist., *Rhet.,* III, 14, 1415a34-b1; *Rhet. Her.,* I, 7; Cic. *Inv.,* I, 20; *De or.,* II 82; *Top.,* 97; D. Hal., *Lys.,* 17, 9; Quint., IV, 1, 5; *Anon. Seg.,* 8.

11. Las **cualidades de la narración:** gr. *diêgêseôs aretai* – lat. *narrationis uirtutes.*
Claridad: gr. *saphêneia* – lat. *dilucida, lucida, aperta, perspicua.*
Brevedad: gr. s*yntomia* – lat. *breuis.*
Credibilidad: gr. *pithanotês* – lat. *ueri similis, probabilis, credibilis.*

Fuentes: *Rhet. Her.,* I, 14. Cf. *Rhet. Al.,* 30, 4-5; Cic., *Inv.,* I, 28; *De or.,* II, 83; D. Hal., *Dem.,* 34, 7; Teón, 79, 20-21; Quint., IV, 2, 31; *Anon. Seg.,* 63.

12. Las **categorías de pruebas:**
Exteriores al arte: gr. *atekhnos* – lat. *artis expers, inartificialis* (pruebas que no son creadas por el orador, sino que preexisten: testimonios, confesiones obtenidas bajo tortura, documentos escritos, etc.).

Propias del arte: gr. *entekhnos* – lat. *artificialis* (pruebas elaboradas por el orador); estas pruebas consisten en:

- El **carácter** del orador, tal cual él se manifiesta en el discurso: gr. *êthos.*
- Las **disposiciones** en las cuales el orador pone a los oyentes, las pasiones que éste le inspira: gr. *pathos.*
- El **discurso** en sí mismo (por las demostraciones que aporta): gr. *logos.*

Fuentes: Arist., *Rhet.,* I, 2, 1355b35-1356a20. Cf. Cic., *De or.,* II, 116; *Part.,* 6-7; D. Hal., *Lys.,* 19; Quint., V, 1; *Anon. Seg.,* 145-147; Minuc., 1.

13. Las **funciones de la peroración:**
Recapitulación: gr. *anakephalaiôsis* – lat. *enumeratio.*
Amplificación: gr. *auxêsis* – lat. *amplificatio* (dirigido en particular a suscitar la **indignación:** gr. *deinôsis* – lat. *indignatio*).
Llamado a la piedad: gr. *eleos* – lat. *commiseratio, conquestio.*

Fuentes: *Rhet. Her.,* II, 47. Cf. Arist., *Rhet.,* III, 19; Apsines, *Rhet.,* 10, 1.

Las dos últimas funciones pueden formar un conjunto, en cuyo caso la lista se reduce únicamente a dos aspectos:

Factual: gr. *praktikos* – lat. *in rebus* (correspondiente a la recapitulación).
Patético: gr. *patêtikos* – lat. *in adfectibus* (correspondiente al mismo tiempo a la amplificación-indignación y al llamado a las emociones).

Fuentes: *Anon. Seg.,* 203. Cf. Cic., *Part.,* 52; Quint., VI, 1, 1.

IV. Lugares relativos a la argumentación del discurso

Los **lugares** (gr. *topoi* – lat. *loci*) son los medios utilizados para encontrar las ideas. Constituyen listas de rúbricas predefinidas hacia las que el orador se dirige, cuando quiere tratar un asunto determinado, y las cuales le sugieren argumentos —quedando a su cargo adaptar tales sugestiones teóricas a la causa particular que defiende. Las listas número 14 y 15 son de uso general y se aplican en todo tipo de discurso; las siguientes listas se aplican principal (pero no exclusivamente) a un género oratorio determinado: la 16 al género deliberativo, la 17 al género judicial y la 18 al género epidíctico.

14. Las **circunstancias o partes constitutivas de la situación:** gr. *peristasis, peristaseôs moria, peristatika moria* – lat. *negotium, circumstantia, circumstantiae partes* (o también elementos: gr. *stoikheia* – lat. *elementa*).

Persona: gr. *prosôpon* – lat. *persona*. Pregunta ¿Quién?: gr. *Tis* – lat. *Qui*.
Acción: gr. *pragma* – lat. *factum, actum*. Pregunta ¿Qué?: gr. *Ti* – lat. *Quid*
Lugar: gr. *topos* – lat. *locus*. Pregunta ¿Dónde?: gr. *Pou* – lat. *Vbi*.
Tiempo: gr. *khronos* – lat. *tempus*. Pregunta ¿Cuándo?: gr. *Pote* – lat. *Quando*.
Manera: gr. *tropos* – lat. *modus*. Pregunta ¿Cómo?: gr. *Pôs* – lat. *Quemadmodum*.
Causa: gr. *aitia* – lat. *causa*. Pregunta ¿Por qué?: gr. *Dia ti* – lat. *Cur*.

Fuentes: Hermóg., *Stat.,* 45, 20-46, 3. Cf. Hermág., fr. 7; Quint., III, 5, 17; III, 6, 25-28; Hermóg., *Inv.,* 140, 16-141, 3; Men. *Rét.,* I, 366, 5-13.

Algunos agregan a la lista la **materia:** gr. *hylê* – lat. *materia,* o los **medios,** el **instrumento,** la **ocasión**…

Esta lista sirve entre otros, en un uso particular, como tópico de la narración: por ello se designa, en ocasiones, mediante la expresión **partes de la narración, elementos de la narración:** gr. *diêgêseôs moria, diêgêseôs stoikheia* – lat. *narrationis elementa*. Cf. Teón, 78, 16-20; Quint., IV, 2, 55; *Anon. Seg.*, 90.

15. Los **lugares generales de la argumentación** (procedimientos lógicos en los cuales se apoyan los razonamientos; estos razonamientos retóricos reciben a menudo la denominación de **entimema:** gr. *enthymêma,* o **epiquerema:** gr. *epikheirêma*).
Definición: gr. *horos* – lat. *finis, finitio*.
División: gr. *diairesis* – lat. *diuisio, partitio*.
Puesta en paralelo: gr. *parathesis* – lat. *adpositum, comparatiuum, comparatio*.
Correspondencia: gr. *systoikhia* – lat. *coniugatum, coniunctum* (razonamiento que se apoya en una designación común: palabras de la misma familia).
Inclusión: gr. *periokhê* (razonamiento que demuestra que una noción contiene en sí misma una o algunas otras nociones).
Semejanza: gr. *ek tôn homoiôn* – lat. *ex similibus*.
Acompañamiento: gr. *parepomenon* – lat. *ab adiunctis* (razonamiento que se apoya en lo anterior, concomitante, posterior a la acción).
Contradicción: gr. *makhê* – lat. *ex pugnantibus*.
Motivo: gr. *dynamis, hylê* – lat. *causa, materia* (razonamiento fundado en los motivos de las acciones).
Juicio: gr. *krisis* – lat. *iudicium, iudicatio* (razonamiento apoyado en el juicio dado por una autoridad).

Fuentes: *Anon. Seg.,* 171-181. Cf. Arist., *Rhet.,* II, 23-24; *Top.;* Cic., *De or.,* II, 166-173; *Top.;* Quint., V, 10-11; Teón, 107, 24-108, 32; 122, 13-123, 2; 124, 23-125, 19; Minuc. En este ámbito tan técnico, las variaciones entre los autores son particularmente marcadas.

16. Las **rúbricas relativas a los fines:** gr. *telika kephalaia* – lat. *finalia capitula* (este nombre, atestiguado a partir del época imperial, significa que esas rúbricas conciernen al "fin", en el sentido de "finalidad" [gr. *telos*], de los actos: éstas contienen los criterios que permiten evaluar lo fundado de una acción).
Justicia: gr. *to dikaion* – lat. *iustum.*
Legalidad: gr. *to nomimon* – lat. *legitimum.*
Utilidad: gr. *to sympheron* – lat. *utile.*
Belleza (moral): gr. *to kalon* (igualmente **honorabilidad, conveniencia:** gr. *to endoxon, to prepon*) – lat. *honestum.*
Consentimiento: gr. *to hêdy* – lat. *iucundum.*
Facilidad: gr. *to rhadion* – lat. *facile.*
Posibilidad: gr. *to dynaton* – lat. *possibile.*
Necesidad: gr. *to anankaion* – lat. *necessarium.*

Fuentes: *Rhet. Al.,* 1, 4. Cf. Cic., *Inv.,* II, 157-176; Teón, 116, 27-32; Quint., III, 8, 16-35; Hermóg., *Prog.,* 14, 6-8; 25, 22-26, 2; *Stat.,* 76, 4-79, 16; Apsines, *Rhet.,* 9; [Longin], 206-207; Men. *Rhet.,* I, 358, 19-31.

Algunos agregan la **consecuencia:** gr. *to ekbêsomenon,* la **piedad:** gr. *to hosion* – lat. *pium,* etc.

17. Los **estados de causa:** gr. *staseis* – lat. *status, constitutiones,* (en las **cuestiones racionales o lógicas:** gr. *logika zêtêmata* – lat. *rationale genus,* alegato que se refiere a un acto: caso más frecuente).
Conjetura: gr. *stokhasmos* – lat. *coniectura.* Pregunta **¿Existe el hecho?:** lat. *An sit.* Línea de argumentación (del defensor, y a la inversa para el acusador): **No lo hice:** lat. *Non feci.*
Definición: gr. *horos, horismos* – lat. *finis, finitio.* Pregunta **¿Cuál es la definición** del hecho?: lat. *Quid sit.* Línea de argumentación: **Lo hice, pero se trata de otra cosa:** lat. *Feci, sed aliud.*
Accidente, naturaleza accidental: gr. *kata symbebêkos* – lat. *per accidentia*, o generalmente **cualidad, cualificación:** gr. *poiotês* – lat. *qualitas, genus*. Pregunta **¿Cómo debe ser apreciado el hecho?:** lat. *Quale sit.* Línea de argumentación: **Lo he hecho, pero con razón:** lat. *Feci, sed iure* (o *recto*).
Transferencia: gr. *metalepsis, paraphrhê* – lat. t*ranslatio, praescriptio.* Línea de argumentación: **Lo he hecho** (o **no lo he hecho**), **pero el proceso que me entablaron no es conforme a derecho:** lat. *Feci* (o *Non feci*), *sed actio non iure intenditur.*

Fuentes: Hermág., fr. 12-13. Cf. *Rhet. Her.,* I, 18-II, 26; Cic., *Inv.,* I, 10-16; II, 14-115; *De or.,* II, 104-113; Quint., III, 6; VII; Hermóg., *Stat.* Aquí también las variaciones son numerosas dependiendo del autor.

18. Los **lugares del elogio:** gr. *enkômiastikoi topoi* (**elogio de un emperador:** gr. *basilikos logos*).
Patria: gr. *patris* – lat. *patria.*
Familia: gr. *genos* – lat. *genus.*
Nacimiento: gr. *genesis* (circunstancias del nacimiento).
Naturaleza: gr. *physis* – lat. *natura* (este lugar recubre, en el capítulo de Menandro, las cualidades físicas tal cual se manifestaban en el nacimiento; en otros teóricos se refiere, en relación al niño o al adulto, a la **naturaleza del cuerpo, ventajas físicas:** gr. *sômatos physis, sômatos agatha* – lat. *corporis forma, corporis bona, corporis commoda*).
Alimentación: gr. *anatrophê* (manera en la que el sujeto ha sido nutrido en su primera infancia).
Educación: gr. *paideia* – lat. *disciplina, educatio, institutio* (algunos de estos términos latinos también pueden aplicarse al lugar anterior).
Manera de ser: gr. *epitêdeumata* (cualidades de carácter manifestadas en la juventud antes de las acciones de la edad adulta).
Acciones: gr. *praxeis* – lat. *facta res gestae.*
- **En tiempos de guerra:** gr. *ta kata polemon* – lat. *bello.*
- **En tiempos de paz:** gr. *ta kat'eirênên* – lat. *pace.*

Esta división guerra/paz se combina con la división, mucho más importante, según sus **virtudes:** gr. *aretai* – lat. *uirtutes* (virtudes morales manifestadas por las acciones realizadas):

Valentía: gr. *andreia* – lat. *fortitudo.*
Justicia: gr. *dikaiosynê* – lat. *iustitia.*
Temperancia: gr. *sôphrosynê* – lat. *temperantia, continentia.*
Inteligencia: gr. *phronesis* – lat. *prudentia.*

Entonces se glorifican sucesivamente las virtudes manifestadas por las acciones realizadas en tiempo de guerra, después por las acciones llevadas a cabo en tiempos de paz.

Fortuna: gr. *tykhê* – lat. *fortuna* (o incluso **suerte:** gr. *eutykhia*, lat. *felicitas*).

Fuentes: Men. *Rhet.,* II, 369, 17-376, 31. Cf. Arist., *Rhet.,* I, 9, 1366a33-b34; 1376b27-35; *Rhet. Al.,* 35, 3-16; *Rhet. Her.,* III, 10-15; Cic., *De or.,* II, 45-46, 342-347; *Part.,* 74-82; Teón, 111, 12-112, 8; Quint., III, 7, 10-18; Alej., *Extractos,* 2, 19-20; Hermóg., *Prog.,* 15, 18-17, 4; Ps. D. Hal., 268, 4-269, 11; 274, 8-275, 11.

En el caso de un elogio fúnebre, se agrega la **muerte**: gr. *thanatos, teleutê* – lat. *mors, finis.*

V. Estilo

19. Las **virtudes (cualidades) del estilo:** gr. *lexeôs aretai* – lat. *elocutionis uirtutes.*
Corrección: gr. *hellênismos* – lat. *latinitas, purus sermo.*
Claridad: gr. *saphêneia* – lat. *explanatio, perspicuitas.*
Adecuación: gr. *prepon* – lat. *quid deceat, decorum, aptum*
Ornamentación: gr. *kataskeuê* – lat. *ornatus.*

Fuentes: Cic., *Or.,* 79 (citando a Teofrasto). Cf. Cic., *De or.,* I, 144; III, 37; Quint., I, 5, 1; VIII, 1, 1; XI, 1, 1.

Los estoicos agregaron como quinta cualidad la **brevedad**: gr. *syntomia* – lat. *breuitas* (Diog. L., VII, 59).

20. Los **géneros del estilo:** gr. *logou kharaktêres* – lat. *dicendi genera.*
Grande, elevado, grave, abundante: gr. *hadros, hypsêlos, megaloprepês* – lat. *uber, grauis, grandis.*
Medio: gr. *mesos* – lat. *mediocres, modicus, medius* (en ocasiones también **florido:** gr. *anthêros* – lat. *floridus*).
Simple, pobre, tenue: gr. *iskhnos, litos* – lat. *extenuatus, attenuatus, tenuis, gracilis, subtilis.*

Fuentes: *Rhet. Her..,* IV, 11. Cf. Cic., *De or.,* III, 177, 199, 212; *Or.,* 20-21; D. Hal. *Dem.,* 1-3; Quint., XI, 10, 58-72; Gel., VI, 14. Sistema un poco diferente en Demetr.

Quint., XII, 10, 59, hace corresponder esta lista a aquella de las tareas del orador (*supra,* núm. 2), según el siguiente esquema:

- Estilo grande = conmover.
- Estilo medio = agradar.
- Estilo simple = instruir.

21. Las **formas estilísticas:** gr. *logou ideai* – lat. *dicendi genera siue orationum formae.*
Claridad: gr. *saphêneia* – lat. *claritas, aperta oratio.*

- **Pureza:** gr. *katharotês* – lat. *puritas.*
- **Nitidez:** gr. *eukrineia* – lat. *perspicuitas.*

Grandeza: gr. *megethos* – lat. *magnitudo* (también **amplitud, dignidad:** gr. *onkos, axiôma* – lat. *tumor, amplitudo*).
- **Majestuosidad:** gr. *semnotês* – lat. *grauitas.*
- **Severidad:** gr. *traklytês* – lat. *asperitas.*
- **Vehemencia:** gr. *sphodrotês* – lat. *acrimonia et uehementia.*
- **Esplendor:** gr. *lamprotês* – lat. *splendor.*
- **Vigor:** gr. *akmê* – lat. *uigor.*
- **Complejidad:** gr. *peribolê* – lat. *circumducta siue exaggerata oratio* (también **plenitud:** gr. *mestotês* – lat. *plena siue referta oratio*).

Belleza: gr. *kallos* – lat. *pulchritudo* (también **cuidado:** gr. *epimeleia* – lat. *accurata dicendi forma*).

Vivacidad: gr. *gorgotês* – lat. *celeritas, velox oratio.*

Carácter: gr. *êthos* – lat. *mores.*
- **Simplicidad:** gr. *apheleia* – lat. *simplicitas.*
- **Suavidad:** gr. *glykytês* – lat. *suauitas* (igualmente **gracia, encanto:** gr. *hêdonê, hôra* – lat. *laeta oratio, uenusta oratio*).
- **Mordaz:** gr. *drimytês* – lat. *acris oratio* (también **sutilidad:** gr. *oxytês* – lat. *acuta oratio*).
- **Moderación:** gr. *epieikeia* – lat. *modetatio, mitigatio.*

Sinceridad: gr. *alêtheia* – lat. *ueritas.*
- **Severidad:** gr. *barytês* – lat. *grauitas quae est in obiurgando.*

Habilidad: gr. *deinotês* – lat. *eloquentia, apta oratio.*

Fuentes: Hermóg., *Id.* Las traducciones latinas son del gran humanista Jean Sturm (1571). Cf. Ps. Arístides.

22. Los **tropos:** gr. *tropoi* – lat. *tropi* (efectos de estilo que se refieren en principio a una palabra aislada, y consisten en remplazar el término propio por otro término).

Metáfora: gr. *metaphora* – lat. *translatio, tralatio* (remplazo del término propio por un término imaginado, que responde a una comparación implícita).

Catacresis: gr. *katakhrêsis* – lat. *abusio* (empleo de una palabra en sentido figurado, por falta de una palabra propia).

Alegoría: gr. *allêgoria* – lat. *inuersio, permutatio* (empleo de una palabra que tiene doble significación).

Enigma: gr. *ainigma* – lat. *aenigma* (empleo de una expresión deliberadamente oscura).

Metalepsis: gr. *metalepsis* – lat. *transumptio* (empleo de una palabra que, en otro contexto, es un sinónimo).

Metonimia: gr. *metônymia* – lat. *denominatio* (sustitución del nombre del inventor por aquél de la invención, del nombre de la invención por aquél del inventor, etc.).

Sinécdoque: gr. *synekdokhê* – lat. *intellectio* (la parte por el todo, el todo por la parte, etc.).

Onomatopeya: gr. *onomatopoiia* – lat. *nominis fictio, nominatio* (creación de una nueva palabra).

Perífrasis: gr. *periphrasis* – lat. *circuitio, circumlocutio* (empleo de muchas palabras en lugar de una sola).

Anástrofe: gr. *anastrophê* – lat. *reuersio* (inversión del orden de las palabra).

Hipérbaton: gr. *hyperbaton* – lat. *transgressio, transcensus* (desplazamiento de una palabra; tal procedimiento y el anterior están incluyen tanto entre los tropos como entre las figuras de elocución, dependiendo si se considera que afectan el sentido de las palabras o solamente su orden).

Pleonasmo: gr. *pleonasmos* – lat. *pleonasmus* (empleo redundante de una palabra).

Elipsis: gr. *elleipsis* – lat. *ellipsis* (empleo de una palabra incompleta).

Fuentes: Trif. (después de esta primera lista, el autor agrega una serie suplementaria que comprende veinticinco números). Cf. *Rhet. Her.,* IV, 42-46; Cic., *De or.,* III, 155-169; *Or.,* 92-94; Quint., VIII, 6.

Nota. Las definiciones aquí dadas, para los tropos y para las figuras, sólo pueden ser breves y amplias.

23. Las **figuras de pensamiento:** gr. *dianoias skhêmata* – lat. *sensus figurae, sententiarum figurae* (efectos de estilo que se refieren a varias palabras, realizados mediante términos propios y que afectan el contenido, independientemente de la expresión; la figura subsiste incluso si otras palabras son empleadas).

Interrogación: gr. *erôtêma, pysma* – lat. *interrogatio* (lo que normalmente se denomina "pregunta retórica").

Respuesta: gr. *hypophora* – lat. *subiectio* (responder a una pregunta que uno mismo se ha planteado).

Dubitación: gr. *prolepsis* – lat. *praesumptio* (prever una objeción, disculparse por anticipado, etc.).

Vacilación: gr. *aporia, diaporêsis* – lat. *dubitatio* (fingir duda).

Consulta: gr. *koinônia, anakoinônêsis* – lat. *communicatio* (fingir consultar al auditorio).

Efecto sorpresa: gr. *paradoxon, para prosdokian* – lat. *inopinatum* (agregar algo inesperado).

Consentimiento: gr. *epitropê* – lat. *permissio* (aparentar estar de acuerdo con los jueces).

Franqueza: gr. *parrhêsia* – lat. *licencia* (anunciar su franqueza).

Prosopopeya: gr. *prosôpopoiia* – lat. *personae fictio* (hacer hablar a un muerto, una abstracción…).

Apóstrofe: gr. *apostrophê* – lat. *auersio* (desviarse del auditorio para dirigirse a otro).

Hipotiposis: gr. *hypotypôsis* – lat. *euidentia* (descripción expresiva).

Ironía: gr. *eirôneia* – lat. *dissimulatio, simulatio, ironia* (diferentes formas de fingir).

Concesión: gr. *synkhôrêsis* – lat. *concessio* (admitir incluso hechos que nos son desfavorables, como signo de seguridad).

Aposiopesis: gr. *aposiôpêsis* – lat. *reticentia, obticentia, interruptio* (no proseguir su frase hasta el final, por escrúpulo, moderación, etc.).

Descripción de características: gr. *êthopoiia, mimêsis* – lat. *morum imitatio* (imitación o descripción del carácter de otras personas).

Alusión, insinuación: gr. *emphasis* – lat. *significatio* (sugerir un sentido oculto).

Fuentes: Quint., IX, 2, 6-64 (aligeramos un poco la lista). A partir de la "alusión" (*emphasis*), Quintiliano pasa al asunto —análogo pero no idéntico— del discurso figurado (*supra*, núm. 8). Cf. *Rhet. Her.,* IV, 47-69; Cic., *De or.,* III, 202-205; *Or.,* 136-139; Rut. Lup.; Alej., *Fig.,* I; Aquil. Rom., 1-16; Tiber., 1-22, 43-45.

24. Las **figuras de elocución o figuras de palabras:** gr. *lexeôs skhêmata* – lat. *elocutionis* (o *dictionis*) *figurae, uerborum figurae* (efectos de estilo que se refieren a varias palabras, realizados por medio de términos propios y que afectan la materialidad de la expresión: arreglo y forma de las palabras; la figura ya no existe si se usan otras palabras).

Reduplicación, repetición, reanudación: gr. *anadiplôsis, palillogia, epanalêpsis* – lat. *conduplicatio, reduplicatio, iteratio, repetitio* (repetición de una palabra).

Anáfora: gr. *epanaphora* – lat. *repetitio*, *relatio* (comenzar con la misma palabra los miembros de frase sucesivos).

Antistrofa: gr. *antistrophê* – lat. *conuersio*, también **epífora**: gr. *epiphora* – lat. *desitio* (terminar con la misma palabra miembros de frases sucesivas).

Complexión: gr. *symplokê, synthesis* – lat. *complexio, conexus* (comenzar y terminar con la misma palabra de miembros de prases sucesivas: reunión de los dos casos anteriores).

Sinonimia: gr. *synônymia* – lat. *nominis communio* (uso de sinónimos).

Regresión: gr. *epanodos* – lat. *regressio* (forma de repetición que consiste en retomar dos palabras anteriormente enunciadas).

Gradación, concatenación: gr. *klimax* – lat. *gradatio, ascensus* (enlace de los miembros de frase mediante la repetición, siendo retomada la ultima palabra de cada uno como la primera palabra del siguiente miembro).

Aclaración suplementaria: gr. *prosdiasaphêsis* (adición de una palabra que contiene una explicación).

Perífrasis: gr. *periphrasis* – lat. *circuitio, circumlocutio* (que ya hemos visto antes entre los tropos, *supra* núm. 22; esta figura muestra la sobreposición que existe entre las diferentes series de tropos y de figuras).
Pleonasmo: gr. *pleonasmos* – lat. *pleonasmus* (misma aclaración).

Fuentes: Alej., *Fig.,* II (ofrecemos sólo las diez primeras figuras; la lista total comprende veintisiete). Cf. *Rhet. Her.,* IV, 18-41; Cic., *De or.,* III, 206-207; *Or.,* 135; Rut. Lup.; Quint., IX, 3; Aquil. Rom., 22-47; Tiber., 23-42, 46-48.

VI. Acción oratoria

25. Los elementos de la **acción:** gr. *hypokrisis* – lat. *actio, pronuntiatio.*
Voz: gr. *phonê* – lat. *uox.*
Movimiento del cuerpo: gr. *sômatos kinêsis* – lat. *corporis motus.*

- **Gesto:** lat. *gestus.*
- **Expresión del rostro:** lat. *uultus.*

Fuentes: *Rhet. Her.,* III, 19-27. Cf. Cic., *De or.,* III, 213-227; *Or.,* 55-60; Quint., XI, 3; Longin, 194-197.

CUADRO CRONOLÓGICO

SIGLO	DOMINIO GRIEGO	DOMINIO ROMANO
	Época arcaica	
VIII a. C.	Homero	**753:** Fundación de Roma
	Época clásica	**República romana**
V a. C.	Empédocles, Protágoras, Prodico, Hipias	**494:** Apólogo de Menenio Agripa **470:** Proceso de Apio Claudio
	427: Embajada de Gorgias en Atenas Eurípides, Aristófanes, Tucídides, Antifonte, Andócides	
IV a. C.	Antístenes, Alcidamante Platón Lisias, Isócrates, Iseo, Demóstenes, Esquines, Hipérides, Licurgo, Dinarco *Retórica a Alejandro,* Aristóteles	
	Época helenística	
	Teofrasto, Democares, Carisio	Apio Claudio Ceco
III a. C.	Cleocares, Cineas, Hegesias	Catón el Viejo
II a. C.	Hermágoras, Ateneo	**161:** Senadoconsulto contra los filósofos y los retóricos **155:** Embajada de Carnéades, Critolao y Diógenes de Babilonia en Roma Institución de los jurados permanentes Los Graco
	Aretalogía de Maronea	M. Antonio, L. Craso

I a. C.	Demetrio, *Del estilo* (?) Apollonios Molón, Gorgias el Joven, Trifón, Metrodoro de Escepsis, Diófanes de Mitilene, Filodemo, Hibreas, Potamón *Inscripción de Antíoco de Comagena*	L. Plocio Galo **92:** Edicto contra los *Rhetores Latini* *Retórica a Herenio* Hortensio, Cicerón, Catón el Joven Pompeyo, César **44**: Oración fúnebre de César por Antonio Bruto, Calvo, Hortensia Asinio Polión
	Imperio romano	**Imperio romano**
I. d. C.	Dionisio de Halicarnaso, Cecilio, Apolodoro, Teodoro Pseudo Longino	Virgilio, Tito Livio Séneca el Rétor, Ovidio, Casio Severo *Laudatio Turiae* Domicio Áfer, Rutilio Lupo *Tabla claudiana*
II. d. C.	Nicetas, Escopeliano, Dion de Prusa Teón Favorino, Polemón **143:** Herodes Ático cónsul Luciano, Elio Arístides Frínico, Pólux Máximo de Tiro, Marco Aurelio	Séneca, Quintiliano, Tácito, Plinio el Joven Suetonio **143:** Frontón cónsul sufecto Aulo Gelio, Apuleyo
III. d. C.	Hermógenes, Apsines, Filóstrato Anónimo segueriano, Pseudo Dionisio de Halicarnaso, Menandro el Rétor Calínico de Petra, Casio Longino	Áquila Romano *Panegíricos latinos* II-V

Bibliografía

Nota del editor: Las referencias indicadas con asterisco (*) no forman parte de la bibliografía original.

Abreviaturas

ANRW = *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*
BAGB = *Bulletin de l'Association Guillaume Budé*
REG = *Revue des Études Grecques*
REL = *Revue des Études Latines*

Selección de fuentes

N. B. No se incluyen en esta sección bibliográfica ediciones, traducciones, comentarios y léxicos sobre autores y textos individuales, pues su inclusión habría alargado demasiado esta enumeración. Los datos respectivos se pueden localizar en las bibliografías usuales relativas a la literatura griega y latina, en particular en *L'Annèe Philologique*. En español se cuenta sobre todo con las traducciones de la editorial Gredos (Madrid) y de la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

Diels, H. y W. Kranz (1951[6]). *Die Fragmente der Vorsokratiker*. Berlín: Weidman.
Dumont, J. P., D. Delattre y J. L. Poirier (1988). *Les Présocratiques*. París: Gallimard.
Halm, C. (1863). *Rhetores Latini Minores*. Leipzig: Teubner.
Jander, K. (1913). *Oratorum et rhetorum Graecorum nova fragmenta*. Bonn: Marcus & Weber.
*Kennedy, G. A. (2003). *Progymnasmata. Greek Textbooks of Prose Composition and Rhetoric*. Atlanta: Society of Biblical Literature Press.
Kunst, K. (1923). *Rhetorische Papyri*. Berlín: Weidman.
Malcovati, E. (1995[2]). *Oratorum Romanorum fragmenta liberae rei publicae*. Turín: Paravia.
Malherbe, A. J. (1988). *Ancient Epistolary Theorists*. Atlanta: Scholars Press.
Rabe, H. (1931). *Prolegomenon sylloge*. Leipzig: Teubner.

RADERMACHER, L. (1951). *Artium scriptores (Reste der voraristotelischen Rhetorik)*. Viena: Rohrer.

RUSSELL, D. A. y M. Winterbottom (1972). *Ancient Literary Criticism. The Principal Texts in New Translations*. Oxford: Oxford University Press.

SPENGEL, L. (1852-1856). *Rhetores Graeci*. Leipzig: Teubner. 2a. ed. del vol. I, 2, por C. Hammer. Leipzig: Teubner, 1894.

WALZ, C. (1831-1836). *Rhetores Graeci*. Stuttgart-Tubinga: Cotta.

WINTERBOTTOM, M. (1980). *Roman Declamation. Extracts Edited with Commentary*. Bristol: Bristol Classical Press.

OBRAS Y ARTÍCULOS GENERALES

ACHARD, G. (1991). *La Communication à Rome*. París: Les Belles Lettres.

*ALBALADEJO, T. (1989). *Retórica*. Madrid: Síntesis.

*BALDWIN, C. S. (1924). *Ancient Rhetoric and Poetic. Interpreted from Representative Works*. Westport: Greenword Press.

*BARILLI, R. (1976). *Corso di retorica: l'arte della persuasione da Arsitotele ai giorni nostri*. Milán: Mondadori.

COULET, C. (1996). *Communiquer en Grèce ancienne*. París: Hachette Supérieur.

DESBORDES, F. (1996). *La Rhétorique antique*. París: Hachette Supérieur.

ERNESTI, J. C. G. (1795). *Lexicon technologiae Graecorum rhetoricae*. Leipzig: Fritsch.

—— (1797). *Lexicon technologiae Latinorum rhetoricae*. Leipzing: Fritsch.

HADOT, P. (1980). "Philosophie, dialectique, rhétorique dans l'Antiquité". *Studia Philosophica,* 39: 139-166.

KENNEDY, G. A. (1980). *Classical Rhetoric and Its Christian Secular Tradition from Ancient to Modern Times*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

—— (ed.) (1989). *The Cambridge History of Literary Criticism. I. Classical Criticism*. Cambridge: Cambridge University Press. (Cf. otros títulos *supra,* pp. 16-17)

KROLL, W. (1940) "Rhetorik", en A. Pauly y G. Wissowa, *Realencyclopädie der classichen Altertumswissenschaft*. Stuttgart: J. B. Metzler, Supp., Bd. VII, 1039-1138.

LANDFESTER, M. (1997). *Einführung in die Stilistik der griechischen und lateinischen Literatursprachen*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

LAUSBERG, H. (1960). *Handbuch der literarischen Rhetorik*. Múnich. (2008[4]. Stuttgart. Auflage Franz Steine. [Traducción al español: 1966. *Manual de retórica literaria: fundamentos de una ciencia de la literatura*. 3 vols. Madrid: Gredos 1966]).

* LÓPEZ EIRE, A. (2002). *Poéticas y retóricas griegas*. Madrid: Síntesis.

MARROU, H. I. (1948). *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*. París: Seuil.

MARTIN, J. (1974). *Antike Rhetorik. Technik und Methode*. Múnich: Beck.

MICHEL, A. (1982). *La parole et la beauté. Rhétorique et esthétique dans la tradition occidentale*. París: Les Belles Lettres.

NORDEN, E. (1898[3]). *Die antike Kunstprosa vom VI. Jahrhundert v. Chr. bis in die Zeit der Renaissance*. Leipzig-Berlín: Teubner. (= 1918. Trad. ital., Roma. 1986, con una "Nota di aggiornamento" de G. Calboli, pp. 969-1185. Hay traducción al español de la parte relativa a Grecia: 2000. *La prosa artística griega*. México).

PATILLON, M. (1990). *Éléments de rhétorique classique*. París: Nathan.

PORTER, S. E. (ed.) (1997). *Handbook of Classical Rhetoric in the Hellenistic Period, 330 B. C.-A. D. 400*. Leyde: Brill.

RUSSELL, D. A. (1981). *Criticism in Antiquity*. Londres: Duckworth.

* SALAZAR, Ph.-J. (2003). *Anthologie de manuels d'éloquence*. París: Klincksieck.

UEDING, G. (ed.) (1992-2011). *Historisches Wörterbuch der Rhetorik,* 10 vols. Tubinga: Niemeyer.

VICKERS, B. (1988). *In Defence of Rhetoric*. Oxford: Oxford University Press.

VOLKMANN, R. (1872). *Die Rhetorik der Griechen und Römer in systematischer Übersicht dargestellt*. Berlín (1885[2], Leipzig: 1963, Hildesheim).

ACTAS DE COLOQUIOS, MISCELÁNEAS Y VOLÚMENES COLECTIVOS

AA. VV. (1983). *Ars rhetorica antica e nuova*. Génova: Instituto de Filologia Classica e Medievale.

AA. VV. (1985). *Association Guillaume Budé, Actes du XI[e] congrès*. París: Les Belles Lettres.

CALBOLI MONTEFUSCO, L. (ed.). *Papers on Rhetoric*. Bolonia, CLUEB (I: 1983; II: 1999; III: 2000; IV: 2002; V: 2003; VI 2004; VII: 2006; VIII: 2007; IX: 2008; X: 2010).

CASSIN, B. (ed.) (1986). *Le plaisir de parler*. París: Gallimard.

CHEVALLIER, R. (ed.) (1979). *Colloque sur la rhétorique*. París: Les Belles Lettres.

CELENTANO, M. S. (ed.) (2003). *Ars/Techne. Il manuale tecnico nelle civiltà greca e romana*. Alessandria: Edizione dell'Orso.

CELENTANO, M. S., P. Chiron y M. P. Noël (eds.) (2004). *Skhèma/Figura. Formes et figures chez les Anciens*. París: Éditions Rue d'Ulm.

DANGEL, J. (ed.) (1994). *Grammaire et rhétorique*. Estrasburgo: AECR.

DÖPP, S. (ed.) (1999). *Antike Rhetorik und ihre Rezeption… zu Ehren von C. J. Classen*. Stuttgart: Fr. Steiner Verlag.

DOMINIK, W. J. (ed.) (1997). *Roman Eloquence*. Londres: Routledge.

FLASHAR, H. (ed.) (1979). *Le Classicisme à Rome aux I[ers] siècles avant et après J.-C.* Vandouvres / Ginebra: Fondation Hardt (Entretiens sur l'Antiquité Classique).

FUMAROLI, M. (pres.) y L. Pernot (ed.) (2000). *Actualité de la rhétorique*. París: Klincksieck.

GALY, J. M. y A. Thivel (eds.) (1994). *La Rhétorique grecque*. Niza: Université de Nice.

HEUZÉ, P., J. Pigeaud (eds.) (1999). *Chemins de la re-connaissance. En hommage à Alain Michel*. Salamanca (Helmántica 50).

KIEFFER, R. (ed.) (1991). *Parole sacrée, parole profane… De la religion à l'éloquence*. Luxemburgo: Courrier de l'Éducation Nacionale.

LÉVY, C. y L Pernot (eds.) (1997). *Dire l'évidence (Philosophie et rhétorique antiques)*. París: L'Harmattan.

PERNOT, L. (ed.) (1993). *Rhetoriques de la conversation, de l'Antiquité à l'époque modern. Actes de la table ronde de Paris*. Berkeley: University of Califonria Press (Rhetorica 114).

PENNACINI, A. (ed.) (1987 y 1998). *Studi di retorica oggi in Italia*. Bolonia: Pitagora Editrice.

—— (ed.) (1990). *Rhetorica della comunicazione nelle letterature classiche*. Bolonia: Pitagora Editrice.

SCHIRREN, T. y G. Ueding (eds.) (2000). *Topik und Rhetorik*. Tubinga: Niemeyer.

SCHRÖDER, B. J. y J. P. Schröder (eds.) (2003). *Studium declamatorium. Untersuchungen zu Schulübungen und Prunkreden von der Antike bis zur Neuzeit*. Múnich-Leipzig: Saur.

SPINA, L. (ed.) (1999). *La fine dell inizio. Una riflessione e quattro studi su incipit ed explicit nella letteratura latina*. Nápoles: Università degli Studi di Napoli Federico II.

SUTHERLAND, C. M. y R. Sutcliffe (eds.) (1999). *The Changing Tradittion. Women in the History of Rhetoric*. Calgary: University of Calgary Press.

VICKERS, B. (ed.) (1982). *Rhetoric Revalued*. Binghamton: Medieval and Renaissance Texts and Studies.

REVISTAS ESPECIALIZADAS

Logo. Revista de retórica y teoría de la comunicación. Salamanca.

Philosophy and Rhetoric. Pennsylvania State University Press.

Rétor. Revista de la Asociación Argentina de Retórica. Vol. 1(1) (2011), en «http://www.revistaretor.org».

Rhetorica. A Journal of the History of Rhetoric. Berkeley: University of California Press (revista de la International Society for the History of Rhetoric; el sitio de la sociedad se encuentra disponible en internet, en «http://ishr.ucdavis.edu» y el sitio de la revista, en «http://www.ucpress.edu/journals/rh»).

Rhetorical Review. The Electronic Review of Books on the History of Rhetoric, en «http://www.nnrh.dk/RR/index.html».

Rhetorik. Ein internationales Jahrbuch. Tubinga.

ESTUDIOS TEMÁTICOS Y DIACRÓNICOS

BOMPAIRE, J. (1984). "L'apothéose de Démosthène, de sa mort jusqu'à l'époque de la IIe Sophistique". *BAGB*: 14-26.

BONNER, S. F. (1949). *Roman Declamation in the Late Republic and Early Empire*. Liverpool: The University Press.

CAIRNS, F. (1972). *Generic Composition in Greek and Roman Poetry*. Edimburgo: University Press.

CALBOLI, G. (1998). "Rhétorique et droit romain". *REL,* 76: 158-176.

CALBOLI MONTEFUSCO, L. (1984). *La dottrina degli "status" nella retorica greca e romana*. Bolonia: Università di Bologna.

—— (1988). *Exordium narratio epilogus. Studi sulla teoria retorica greca e romana delle parti del discorso*. Bolonia: CLUEB.

—— (2004). "Stylistic and Argumentative Function of Rhetorical *amplificatio*". *Hermes,* 132: 69-81.

CARPENTER, R. (1995). *History as Rhetoric*. Columbia: University of South Carolina Press.

CASSIN, B. (1995). *L'Effet sophistique*. París: Gallimard.

CELENTANO, M. S. (1994). "La codificazione retorica della comunicazione epistolare nell'*Ars rhetorica* di Giulio Vittore". *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica,* 122: 422-435.

—— (1995). "Comicità, humorismo e arte oratoria nella teoria retorica antica". *Eikasmos,* 6: 161-174.

CROOK, J. A. (1995). *Legal Advocacy in the Roman World*. Londres: Duckworth.

HELDMANN, K. (1982). *Antike Theorien über Entwicklung und Verfaff der Redekunst*. Múnich: Beck.

KASSEL, R. (1958). *Untersuchungen zur griechischen und römischen Konsolationsliteratur*. Múnich: Beck.

KATSOURIS, A. G. (1989). *Rhêtorikê hypokrisê*. Ioannina.

KIERDORF, W. (1980). *Laudatio funebris*. Meisenheim am Glan: Anton Hain.

KOSTER, S. (1980). *Die Invektive in der griechischen und römischen Literatur*. Meisenheim am Glan: Anton Hain.

LAURENS, P. (1989). *L'Abeille dans l'ambre. Célébration de l'épigramme, de l'époque alexandrine à la fin de la Renaissance*. París: Les Belles Lettres.

MORETTI, G. (1995). *Acutum dicendi genus. Brevità, oscurità, sottigliezze e paradossi nelle tradizioni retoriche degli Stoici*. Bolonia: Patron.

*ONG, W. (1982). *Orality and Literacy. The Technologizing of the World*. Londres / Nueva York: Methuen.

PARODI SCOTTI, F. (1996). *Ethos e consenso*. Bolonia: Pitagora Editrice.

PERNOT, L. (1986). "Lieu et lieu commun dans la rhétorique antique". *BAGB:* 253-284.

—— (1993). *La Rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*. París: Institut d'Études Augustiniennes.
—— (1998). "*Periautologia.* Problèmes et méthodes de l'éloge de soi-même dans la tradition éthique et rhétorique gréco-romaine". *REG,* 111: 101-124.
—— (2004). "Femmes devant l'assemblée en Grèce et à Rome", en A. López Eire y A. Ramos Guerreira (eds.). *Registros lingüísticos en las lenguas clásicas*. Salamanca: Universidad de Salamanca: 221-234.
—— (2005). *L'Ombre du Tigre. Recherches sur la réception de Démosthène*. Nápoles: D. Auria.
Rispoli, G. M. (1995). *Dal suono all'immagine. Poetiche della voce ed estetica dell'eufonia*. Pisa-Roma: Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali.
Romilly, J. de (1975). *Magic and Rhetoric in Ancient Greece*. Cambridge: Harvard University Press.
Schouler, B. (1986). "Le déguisement de l'intention dans la rhétorique grecque". *Ktèma,* 11: 257-272.
Spina, L. (1995). "Passioni d'uditorio (il *pathos* nell'oratoria)". *Elenchos,* 16: 83-100.
——(2001). *L'oratore scriteriato. Per una storia letteraria e politica di Tersite*. Nápoles: Loffredo.
Vernant, J. P. (1979). "Langage religieux et vérité", en J. P. Vernant. *Religions, histoires, raisons*. París: Maspero: 55-62.
Yates, F. A. (1974). *El arte de la memoria*. Madrid: Taurus.

Grecia arcaica y clásica (capítulos i al iii)

Aubenque, P. (1976). "L'actualité de la *Rhétorique* d'Aristote". *REG,* 89: xi-xii.
Blass, F. (1887-1888). *Die attische Beredsamkeit*. Leipzig: Teubner.
Butti de Lima, P. (1996). *L'inchiesta e la prova*. Turín: Einaudi.
Buxton, R. G. A. (1982). *Persuation in Greek Tragedy*. Cambridge: Cambridge University Press.
Canfora, L. (1992). "L'agorà: il discorso suasorio". *Lo spazio letterario della Grecia antica,* I, 1. Roma: Salermo: 379-395.
—— (1995). "Le collezioni superstiti. 4. Gli oratori". *Lo spazio letterario della Grecia antica,* II. Roma: Salermo: 164-184.
Carawan, E. (1998). *Rhetoric and the Law of Draco*. Oxford: Oxford University Press.
Chiron, P. (1990). "La période chez Aristote", en P. Büttgen, S. Diebler y M. Rashed (eds.). *Théories de la phrase et de la proposition*. París: Presses de l'École Normal Supérieur: 103-130.
Clavaud, R. (1980). *Le Ménexène de Platon et la rhétorique de son temps*. París: Les Belles Lettres.

COLE, T. (1991). *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece*. Baltimore: John Hopkins University Press.

CONACHER, D. (1998). *Euripides and the Sophists: Some Dramatic Treatments of Philosophical Ideas*. Londres: Duckworth.

CONSIGNY, S. (2002). *Gorgias. Sophist and Artist*. Columbia: University of South Carolina Press.

De Meyer, L. (1997). *Vers l'invention de la rhetorique. Une perspective ethno-logique sur la communication en Grèce ancienne*. Louvain-la Neuve: Peeters.

DEMONT, P. (1990). *La Cité grecque archaïque et classique et l'idéal de tranquillité*. París: Les Belles Lettres.

—— (1993). "Die *Epideixis* über die *Techne* im V. und IV. Jh.", en W. Kullmann y J. Althoff (eds.). *Vermittlung und Tradierung von Wissen in der griechischen Kultur*. Tubinga: Gunter Nag Verlag: 181-209.

DETIENNE, M. (1994). *Les Maîtres de la vérité dans la Grèce archaïque*. París: L'Ouverture.

DIÈS, A. (1927). *Autour de Platon*. París: Beauchesne.

*ENOS, R. L. (1993). *Greek Rhetoric before Aristotle*. Prospect Heights: Waveland Press.

ERICKSON, K. V. (ed.) (1979). *Plato. True and Sophistic Rhetoric*. Ámsterdam: Rodopis.

GONDROS, E. A. (1996). *Auf dem Weg zur rhetorischen Theorie. Rhetorische Reflexion im ausgehenden fünften Jahrhundert v. Chr*. Tubinga: Niemeyer.

*GRIMALDI, W. (1972). *Studies in the Philosophy of Aristotle's Rhetoric*. Wiesbaden: Franz Steiner.

HANSEN, M. H. (1993). *La Démocratie athénienne à l'époque de Démosthène*. París: Presses Universitaires de France.

HELLWIG, A. (1973). *Untersuchungen zur Theorie der Rhetorik bei Platon und Aristoteles*. Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht.

HUBBELL, H. M. (1913). *The Influence of Isocrates on Cicero, Dionysius and Aristides*. New Haven: Yale University Press.

JONG, I. J. F. de (1987). *Narrators and Focalizers. The Presentation of the Story in the Iliad*. Ámsterdam: Grüner.

*JOHNSTONE, C. L. (ed.) (1996). *Theory, Text, Context. Issues in Greek Rhetoric and Oratory*. Nueva York: State University of New York Press.

JOUAN, F. (1984). "Euripide et la rhétorique". *Les Études Classiques,* 52: 3-13.

JOUANNA, J. (1984). "Rhétorique et médecine dans la Collection Hippocratique. Contribution à l'histoire de la rhétorique au V^e^ siècle", *REG,* 97: 26-44.

*KERFERD, G. (1983). *The Sophistic Movement*. Cambridge: Cambridge University Press.

LAVENCY, M. (1964). *Aspects de la logographie judiciaire attique*. Lovaina: Bibliothèque de l'Université.

LECLERC, M. C. (1993). *La Parole chez Hésiode*. París: Les Belles Lettres.
*LÓPEZ EIRE, A. (2003). "Los orígenes filosóficos de la retórica". *Monteagudo,* 8: 13-26.
LORAUX, N. (1981). *L'Invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»*. París: Mouton.
MARTIN, R. P. (1989). *The Language of Heroes. Speech and Performance in the Iliad*. Ítaca: Cornell University Press.
*MASARACCHIA, A. (1995). *Isocrate. Retorica e política*. Roma: Gruppo Editoriale Internazionale.
NAVARRE, O. (1900). *Essai sur la rhétorique grecque avant Aristote*. París: Hachette.
NOËL, M. P. (1998). "Lectures, relectures et mélectures des sophistes". *Noesis,* 2: 19-36.
—— (1999). "Gorgias et l'« invention » des *Gorgieia skhêmata*". *REG,* 112: 193-211.
NOUHAUD, M. (1982). *L'Utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*. París: Les Belles Lettres.
OBER, J. (1989[a]). *Mass and Elite in Democratic Athens*. Princeton: Princeton University Press.
O'SULLIVAN, N. (1992). *Alcidamas, Aristophanes and the Beginnings of Greek Stylistic Theory*. Stuttgart: Franz Steiner.
PEARSON, L. (1976). *The Art of Demosthenes*. Meinsenheim am Glan: Anton Hain.
PERNOT, L. (1998). "Demostene allievo di Platone?". *Seminari romani di cultura greca* I: 313-343.
POULAKOS, J. (1995). *Sophistical Rhetoric in Classical Greece*. Columbia: University of South Carolina Press.
POULAKOS, T. (1997). *Speaking for the Polis. Isocrates' Rhetorical Education*. Columbia: University of South Carolina Press.
PRINZ, K. (1997). *Epitaphios logos*. Frankfort: Peter Lang.
ROMILLY, J. de (1956). *Histoire et raison chez Thucydide*. París: Les Belles Lettres.
—— (1988). *Les Grands Sophistes dans l'Athènes de Périclès*. París: Éditions de Fallois.
RUZÉ, F. (1997). *Délibération et pouvoir dans la cité grecque de Nestor à Socrate*. París: Publications de la Sorbonne.
*SCHIAPPA, E. (1991). *Protagoras and Logos*. Columbia: University of South Carolina Press.
—— (1999). *The Beginnings of Rhetorical Theory in Classical Greece*. New Haven: Yale University Press.
SPINA, L. (1986). *Il cittadino alla tribuna*. Nápoles: Liguori Editore.
STADTER, P. A. (ed.) (1973). *The Speeches in Thucydides*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Too, Y. L. (1995). *The Rhetoric of Identity in Isocrates*. Cambridge: Cambridge University Press.
Trédé, M. (1992). *Kairos, l'à-propos et l'ocassion*. París: Klinsksieck.
Usher, S. (1999). *Greek Oratory. Tradition and Originality*. Oxford: Oxford University Press.
Wardy, R. (1996). *The Birth of Rhetoric*. Londres: Routledge.
Worthington, I. (ed.) (1994). *Persuasion. Greek Rhetoric in Action*. Londres: Routledge.
Yunis, H. (1996). *Taming Democracy*. Ithaca: Cornell University Press.

Mundo grecohelenístico (capítulo iv)

Blass, F. (1865). *Die griechische Beredsamkeit in dem Zeitraum von Alexander bis auf Augustus*. Berlín: Weidmannsche.
Luzzatto, M. T. (1998). "La cultura nella città e le scuole: la retorica", en S. Settis (ed.). *I Greci. Storia, cultura, arte, società* 2, III. Turín: Einaudi: 483-502.
Wooten, C. W. (1972). *A Rhetorical and Historical Study of Hellenistic Oratory*. Chapel Hill: University of North Carolina Press (Tesis inédita, difundida en microfilm; algunas partes se han publicado en *Quaterly Journal of Speech,* 1973, *American Journal of Philology*, 1974, y *reg,* 1975).

Roma republicana (capítulo v)

Achard, G. (1981). *Pratique rhétorique et idéologie politique dans les discours "optimates" de Cicéron*. Leiden: Brill.
Dangel, J. (1999). "Parole et écriture chez les Latins: approche stylistique". *Latomus,* 58: 3-29 (contiene referencias a otras publicaciones del autor sobre los temas de la oralidad, del *carmen* y de las relaciones entre poesía y retórica).
David, J. M. (1992). *Le Patronat judiciaire au dernier siècle de la République romaine*. Roma: École Française de Rome.
Enos, R. L. (1995). *Roman Rhetoric. Revolution and the Greek Influence*. Prospect Heights: Waveland.
Grimal, P. (1986). *Cicéron*. París: Fayard.
Lévy, C. (1992). *Cicero Academicus. Recherches sur les Académiques et sur la philosophie cicéronienne*. Roma: École Française de Rome.
—— (1998). "Rhétorique et philosophie: la monstruosité politique chez Cicéron". *rel,* 76: 139-157.
López, A. (1989). "La oratoria femenina en Roma a la luz de la actual", en *La oratoria en Grecia y Roma*. Teruel: Universidad de Verano de Teruel: 97-115.

LUDWIG, W. (ed.) (1982). *Eloquence et rhétorique chez Cicéron*. Vandoeuvres / Génova: Fondation Hardt.

MICHEL, A. (1960). *Rhétorique et philosophie chez Cicéron. Essai sur les fondements philosophiques de l'art de persuader*. París: Presses Universitaires de France.

—— (1973). "Rhétorique et philosophie chez Cicéron". *ANRW,* I/3: 139-208.

NARDUCCI, E. (1997). *Cicerone e l'eloquenza romana*. Roma-Bari: Laterza.

NICOLET, C. (1976). *Le Métier de citoyen dans la Rome républicaine*. París: Gallimard.

*NOËL M. P. (2003). "La *Sunagôgê tekhnôn* d'Aristote et la polémique sur les débuts de la rhétorique chez Cicéron", en C. LÉVY, B. Besnier y A. Gigandet (eds.). *Ars et Ratio: sciences, art et métiers dans la philosophie hellénistique et romaine*. Bruselas: Latomus: 113-125.

PINA POLO, F. (1996). *Contra arma verbis. Der Redner vor dem Volk in der späten römischen Republik*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

IMPERIO ROMANO (CAPÍTULO VI)

> *Nota:* Respecto de la mayoría de los autores estudiados en este capítulo, las bibliografías detalladas figuran en *ANRW,* II, vol. 30 y ss.

*ALBALADEJO, T. y E. del Río Sanz (eds.) (1998). *Quintiliano*. Logroño-Madrid: Insituto de Estudios Riojanos.

ANDERSON, G. (1986). *Philostratus*. Londres: Croom Helm.

—— (1993). *The Second Sophistic*. Londres: Routledge.

AUBRION, E. (1985). *Rhétorique et Histoire chez Tacite*. Metz: Centre de Recherche 'Littéraire et Spiritualiste' de l'Université de Metz.

ASTARITA, M. L. (1997). *Frontone oratore*. Catania: Centro di Studi sull'antico cristianesimo. Catania: Università di Catania.

BEHR, C. A. (1968). *Aelius Aristides and the Sacred Tales*. Ámsterdam: Hakkert.

BILLAULT, A. (ed.) (1994). *Lucien de Samosate*. Lion: Université Jean Martin Lyon-III.

BOMPAIRE, J. (1958). *Lucien écrivain*. París: Diffusion de Boccard.

BOULANGER, A. (1923). *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II^e^ siècle de notre ère*. París: de Boccard.

BOWERSOCK, G. W. (1969). *Greek Sophists in the Roman Empire*. Oxford: Oxford University Press.

BOWIE, E. L. (1974). "Greeks and Their Past in the Second Sophistic", en M. I. Finley (ed.). *Studies in Ancient Society*. Londres / Boston: Routledge & Kegan Paul: 166-209.

CHAMPLIN, E. (1980). *Fronto and Antonine Rome*. Cambridge: Harvard University Press.

DANGEL, J. (1982). *La Phrase oratoire chez Tite-Live*. París: Les Belles Lettres.

DESIDERI, P. (1978). *Dione di Prusa*. Mesina-Florencia: D'Anna.

FAIRWEATHER, J. (1981). *Seneca the Elder*. Cambridge: Cambridge University Press.

GAMBERINI, F. (1983). *Stylistic Theory and Practice in the Younger Pliny*. Hildesheim: Olms-Weidmann.

GLEASON, M. W. (1995). *Making Men. Sophists and Self-Presentation in Ancient Rome*. Princeton: Princeton University Press.

HEATH, M. (1995). *Hermogenes on Issues*. Oxford: Oxford University Press.

* —— (2004). *Menander. A Rhetor in Context*. Oxford: Oxford University Press.

HEUZÉ, P. (1985). *L'Image du corps dans l'œuvre de Virgile*. Roma: École Française de Rome.

JEUCKENS, R. (1907). *Plutarch von Chaeronea und die Rhetorik*. Estrasburgo: K. J. Trübner.

JONES, C. P. (1978). *The Roman World of Dio Chrysostom*. Cambridge: Harvard University Press.

—— (1986). *Culture and Society in Lucien*. Cambridge: Harvard University Press.

KENNEDY, G. A. (2003). "Some Recent Controversies in the Study of Later Greek Rhetoric". *American Journal of Philology,* 124: 295-301.

L'HUILLIER, M. C. (1992). *L'Empire des mots. Orateurs gaulois et empereurs romains*. Besanzón: Les Belles Lettres.

MARACHE, R. (1952). *La Critique littéraire de langue latine et le développement du goût archaïsant au II^e siècle de notre ère*. Rennes: Plihon.

MICHEL, A. (1962). *Le Dialogue des orateurs de Tacite et la philosophie de Cicéron*. París: Klincksieck.

NICOSIA, S. (1979). *Elio Aristide nell'Asclepieio di Pergamo e la retorica recuperata*. Palermo: Università di Palermo.

* —— (1994). "La Seconda Sofistica", en G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza (eds.). *Lo spazio letterario della Grecia antica,* I, 3. Roma: Salerno Editrice: 85-116.

PATILLON, M. (1988). *La Théorie du discours chez Hermogène le rhéteur*. París: Les Belles Lettres.

PERNOT, L. (1993). *La Rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*. París: Institut d'Études Augustiniennes.

—— (1998). "La Rhétorique de l'Empire, ou comment la rhétorique grecque a inventé l'Empire romain". *Rhetorica,* 16: 131-148.

* —— (2000). "Marco Aurelio e il *basilikos logos*. Per una nuova ipotesi sull'orizzonte dei *Pensieri* ". *Annali della Scuola normale supériore di Pisa, Classe di Lettere e Filosofia,* IV/5: 501-521.

* —— (2002). "Les *Discours sacrés* d'Aelius Aristide entre médecine, religion et rhétorique". *Atti dell'Accademia Pontaniana,* N. S., 51: 369-383.

* —— (2003). "L'art du sophiste à l'époque romaine: entre savoir et pouvoir", en C. Lévy, B. Besnier y A. Gigandet (eds.). *Ars et Ratio: sciences, art et métiers dans la philosophie hellénistique et romaine.*. Bruselas: Latomus: 126-142.

QUET, M. H. (1978). "Rhétorique, culture et politique. Le fonctionnement du discours idéologique chez Dion de Pruse at dans les *Moralia* de Plutarque". *Dialogues d'histoire ancienne,* 4: 51-117.

REARDON, B. P. (1971). *Courants littéraires grecs des II^e et III^e siècles après J.-C.* París: Les Belles Lettres.

RUTHERFORD, I. (1998). *Canons of Style in the Antonine Age*. Oxford: Oxford University Press.

SABBAH, G. (1984). "De la rhétorique à la communication politique: les Panégyriques latins". *BAGB*: 363-388.

SANDY, G. (1997). *The Greek World of Apuleius*. Leiden: Brill.

SCHMID, W. (1887-1897). *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern*. Stuttgart: W. Kohlhammer.

SWAIN, S. (1996). *Hellenism and Empire*. Oxford: Oxford University Press.

VEYNE, P. (1999). "L'identité grecque devant Rome et l'Empereur". *REG,* 112: 510-567.

La herencia de la retórica grecorromana (conclusión)

Siglos IV-V

BOUFFARTIGUE, J. (1992). *L'Empereur Julien et la culture de son temps*. París: Études Augustiniennes.

DAGRON, G. (1968). *L'Empire romain d'Orient au IV^e siècle et les traditions politiques de l'héllenisme. Le témoignage de Thémistios*. París: Presses Universitaires de France.

KASTER, R. A. (1988). *Guardians of Language. The Grammarian and Society in Late Antiquity*. Berkeley-Los Ángeles: University of California Press.

MACCORMACK, S. (1981). *Art and Ceremony in Late Antiquity*. Berkeley-Los Ángeles: University of California Press.

* PERNOT, L. (1999). "Rhetoric", en BOWERSOCK, G., P. Brown y O. Grabar (eds.). *Late Antiquity. A Guide to the Postclassical World*. Cambridge: Harvard University Press: 669-670.

SCHOULER, B. (1984). *La Tradition Hellénique chez Libanios*. Lille-París: Université de Lille III / Les Belles Lettres.

WHITBY, M. (ed.) (1998). *The Propaganda of Power. The Role of Panegyric in Late Antiquity*. Leiden: Brill.

Retórica y cristianismo

Brown, P. (1998). *Pouvoir et persuasion dans l'Antiquité tardive*. París: Le Seuil.
Cameron, A. (1991). *Christianity and the Rhetoric of Empire*. Berkeley-Los Ángeles: University of California Press.
Fontaine, J. (1968). *Aspects et problèmes de la prose d'art latine au III^e siècle*. Turín: Bottega d'Erasmo.
Fredouille, J.-C. (1972). *Tertullien et la conversion de la culture antique*. París: Études Augustiniennes.
Kennedy, G. A. (1984). *New Testament Interpretation through Rhetorical Cristicism*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
Meynet, R. (1989). *L'Analyse rhétorique. Une nouvelle méthode pour comprendre la Bible*. París: Les Éditions du Cerf.
Watson, D. F. y A. J. Hauser (1994). *Rhetorical Criticism of the Bible. A Comprehensive Bibliography*. Leiden: Brill.
Winter, B. W. (1997). *Philo and Paul among the Sophists*. Cambridge: Cambridge University Press.

Edad Media

* Baldwin, C. S. (1928). *Medieval Rhetoric and Poetic (to 1400)*. Nueva York: MacMillan.
* Breisach, E. (ed.) (1985). *Classical Rhetoric and Medieval History*. Kalamazoo: Western Michigan University.
* Conley, T. M. (1990). *Rhetoric in the European Tradition*. Chicago: University of Chicago Press.
* Camargo, M., (1983). "Rhetoric", en D. L. Wagner (ed.). *The Seven Liberal Arts in the Middle Ages*. Brooklyn: Indiana University Press: 96-124.
Curtius, R. (1956). *La Littérature européenne et le Moyen Age latin*. París: Presses Universitaires de France [Traducción al español: (1976). *Literatura europea y Edad Media latina*. México: FCE].
Dagron, G. (1996). *Empereur et prêtre. Étude sur le «césaro-papisme» byzantin*. París: Gallimard.
Hunger, H. (1978). *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*. Múnich: Beck., I, cap. 2: "Rhetorik".
Irigoin, J. (1986). "La tradition des rhéteurs grecs dans l'Italie byzantine, (X^e-XII^e siècle)". *Siculorum gymnasium,* 39: 73-82.
Michel, A. (1997). *Théologiens et mystiques au Moyen Age*. París: Gallimard.
Murphy, J. J. (1974). *Rhetoric in the Middle Ages*. Berkeley-Los Ángeles: University of California Press.

ZINK, M. (1976). *La Prédication en langue romane avant 1300*. París: Champion.

Época moderna

Sobre este amplio dominio, reenviamos a:

FUMAROLI, M. (dir.) (1999). *Histoire de la rhétorique dans l'Europe moderne, 1450-1950*. París: Presses Universitaires de France.

La herencia de la retórica grecorromana hoy

BREDIN, J. D. y T. Lévy (1997). *Convaincre. Dialogue sur l'éloquence*. París: Odile Jacob.
BRUNO, L. (1992). *Homo loquens. Tra pragmatica e retorica*. Nápoles: Edizioni Scientifiche italiane.
COLLARD, G. (1999). *L'art de s'exprimer en toutes circonstances*. París: Presses de la Renainssance.
DETIENNE, M. (2000). "Des pratiques d'assemblée aux formes du politique", en *Comparer l'incomparable,* cap. 5: París: Le Seuil.
FLORESCU, V. (1982). *La Rhétorique et la néorhétorique*. Bucarest / París: Editura Academiei-Les Belles Lettres.
FOUCAULT, M. (1971). *L'Ordre du discours*. París: Gallimard.
FUMAROLI, M. (1980). *L'Âge de l'éloquence. Rhétorique et "res literaria" de la Renaissance au seuil de l'époque classique*. Ginebra: Droz.
—— (1987). *Leçon inaugurale, Collège de France. Chaire de rhétorique et société en Europe (XVIe-XVIIe siècles)*. París: Collège de France.
—— (1990). *Héros et orateurs. Rhétorique et dramaturgie cornéliennes*. Ginebra: Droz.
—— (1997). *Le Poète et le roi. Jean de La Fontaine en son siècle*: París: Éditions de Fallois.
GENETTE, G. (1966-1999). *Figures,* I-IV. París: Seuil.
GROUPE μ (1970). *Rhétorique générale*. París: Larousse.
KENNEDY, G. A. (1998). *Comparative Rhetoric*. Oxford: Oxford University Press.
PERELMAN, C. y L. Olbrechts-Tyteca (1952). *Rhétorique et philosophie*. París: Presses Universitaires de France.
—— (1958). *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique*. París: Presses Universitaires de France.
Recherches rhétoriques, en *Communications,* 16. París, 1970 (Contributions de R. Barthes, G. Genette, del Groupe μ).
RICOEUR, P. (1975). *La métaphore vive*. París: Seuil.
—— (1983-1985). *Temps et récit*. París: Seuil.
—— (1991-1994). *Lectures* 1-3. París: Seuil.

*Toulmin, S. E. (1958). *The Uses of Argument*. Cambridge: Cambridge University Press.

Selección de estudios de retórica publicados en México
(no se incluyen traducciones de autores antiguos)

Panorama y actualidad de la retórica

Albaladejo Mayordomo, T. (2001). "La retórica en el umbral del siglo xxi: posibilidades, límites, propuestas", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica*. México: unam: 329-354 (Bitácora de Retórica 14).

Alcalá Campos, R. (2001). "El papel de la retórica en la transición al postmodernismo", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica*. México: unam, 274-290 (Bitácora de Retórica 14).

Axer, A. (2005). "La dimensión retórica como forma de pensar el texto", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica*. México: unam, 13-30 (Bitácora de Retórica 20).

Beristáin, H. (1990). "La nueva retórica". *Noua Tellus* 8, 197-222.

—— y G. Ramírez Vidal (comps.). (2008). *Ensayos sobre la tradición retórica*. México: unam (Bitácora de Retórica 24).

Bubnova, T. "La nueva retórica en Rusia", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica*. México: unam: 211-224 (Bitácora de Retórica 14).

Carmona Tinoco, J. U. (2005). "Panorama breve sobre la retórica, su naturaleza y su evolución histórica", en *Estudios en homenaje a don Jorge Fernández Ruiz. Derecho internacional y otros temas*. México: unam.

Halsall, Albert W. (2001). "La interdisciplinariedad de la retórica: un nuevo renacimiento para el nuevo milenio", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica*. México: unam: 303-327 (Bitácora de Retórica 14).

López Eire, A. (1996). *Esencia y objeto de la Retórica*. México: unam (Bitácora de Retórica 4).

Ramírez Vidal, G. (2008a). "Presentación", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Conceptos y objetos de la retórica ayer y hoy*. México: unam: 7-10 (Bitácora de Retórica 23).

—— (2008b). "Presentación", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Ensayos sobre la tradición retórica*. México: unam: 7-11 (Bitácora de Retórica 24).

Antigüedad clásica

Kraus, M. (2008). "El desarrollo de las artes retóricas en la antigüedad", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Conceptos y objetos de la retórica ayer y hoy*. México: unam: 19-35 (Bitácora de Retórica 23).

Reyes Coria, B. (1995). *Límites de la retórica clásica.* México: unam.

Reyes, A. (1942). *La antigua retórica.* México: fce (reeditada en 1961 en *Obras completas de Alfonso Reyes* XIII. México: fce: 349-558).

—— (1961). "La crítica en la edad ateniense", en *Obras completas de Alfonso Reyes* XIII. México: fce: 13-344.

*Rossetti, L. (2009). *Estrategias macro-retóricas: el "formateo" del hecho comunicativo.* México: unam.

Russell, D. A. (1983). *Greek Declamation*. Cambridge: Cambridge University Press.

Retórica griega

Aquino, S. (2002). "Isócrates logógrafo: argumentación retórica en sus tres primeros discursos judiciales". *Noua Tellus,* 20.1: 15-41.

Beuchot, M. (2007). "Retórica y hermenéutica en Aristóteles". *Noua Tellus,* 25.1: 217-234.

Galaz, M. (2002). "El manejo de las leyes en la retórica de los discursos judiciales griegos", en H. Beristáin (comp.). *Lecturas retóricas de la sociedad.* México: unam, 53-61 (Bitácora de Retórica 15).

García Pérez, D. (2000). "Acercamiento comparativo de las pruebas retóricas en la *Retórica* de Aristóteles y la *Retórica a Alejandro* de Anaxímenes", en M. Beuchot y H. Beristáin Díaz (comps.). *Filosofía, retórica e interpretación.* México: unam: 13-29 (Bitácora de Retórica 11).

Hernández Muñoz, F. G. (2005). "En la senda de M. Delaunois: nuevos estudios sobre la retórica de Demóstenes", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: unam: 47-58 (Bitácora de Retórica 20).

Liviabella Furiani, P. (2008). "Estrategias macro-retóricas de la comunicación en la novela de Heliodoro", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Ensayos sobre la tradición retórica*. México: unam: 173-191 (Bitácora de Retórica 24).

López Eire, A. (2000). "La filosofía platónica de la *Poética* de Aristóteles". *Acta Poetica,* 21: 27-56.

—— (2005). *Sobre el carácter retórico del lenguaje y de cómo los antiguos griegos lo descubrieron*. México: unam, (Bitácora de Retórica 21).

Martha Chichi, G. (2008). "El rol de la emoción en el argumento: la 'refutación por la vergüenza' en el *Gorgias* de Platón", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Ensayos sobre la tradición retórica*. México: unam: 35-55 (Bitácora de Retórica 24).

Méndez Aguirre, V. H. (2001). "Retórica y realismo en las utopias platónicas", en H. Beristáin (comp.). *El horizonte interdisciplinario de la retórica.* México: unam: 35-44 (Bitácora de Retórica 14).

Padilla Longoria, Ma. T. (2008). "Dialéctica y retórica: algunas aproximaciones al *Gorgias* de Platón y a las condiciones para una retórica positiva. El caso de Polo", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Ensayos sobre la tradición retórica.* México: unam: 15-33 (Bitácora de Retórica 24).

Ramírez Trejo, A. E. (1993-1994). "Discurso retórico en la poesía griega clásica". *Acta Poetica,* 14-15: 57-74.

—— (2001). "*Retórica* de Aristóteles: tradición y verdad". *Noua Tellus,* 19.1: 13-53.

—— (2005). "Discurso y verdad en la retórica clásica griega", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: unam: 59-72 (Bitácora de Retórica 20).

Ramírez Vidal, G. (2000). *La retórica de Antifonte.* México: unam (Bitácora de Retórica 10).

—— (2006a). "Notas sobre la retórica de Isócrates". *Noua Tellus,* 24.1: 157-178.

—— (2006b). "El *ornatus* en la retórica griega clásica". *Noua Tellus,* 24.2: 147-165.

Reyes Coria, B. (1996). "Homero, maestro/estudiante de retórica. ¿Una fantasía II, IX, vv. 443-444?". *Noua Tellus,* 14: 9-34.

Rojas Álvarez, L. (2003). "La influencia de la retórica en Caritón de Afrodisias", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *La dimensión retórica del texto literario.* México: unam: 65-79 (Bitácora de Retórica 17).

Rossi, G. (2008). "Los lugares de entimemas aparentes en la *Retórica* de Aristóteles. El caso de la falacia del accidente", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Ensayos sobre la tradición retórica.* México: unam: 99-116 (Bitácora de Retórica 24).

Tapia Zúñiga, P. C. (1993-1994). "Gorgias, más allá del bien y del mal". *Acta Poetica,* 14-15: 33-56.

Valdés García, M. A. (2008). "El lugar común en la retórica griega", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Conceptos y objetos de la retórica ayer y hoy*. México: unam: 67-81 (Bitácora de Retórica 23).

Vianello, P. (1990). "El discurso III de Lisias. *Defensa ante Simón:* un ensayo hermenéutico". *Noua Tellus,* 8: 9-60.

—— (1993a). "La retórica de los filósofos en la Grecia antigua". *Noua Tellus,* 13: 219-222.

—— (1995). "La retórica en la Atenas clásica. Una corrección indispensable de algunos prejuicios". *Memorias. Jornadas Filológicas* 1994, México: unam: 131-145.

Vianello, P. (2007). "El ἦθος del orador: Aristóteles, Dionisio de Halicarnaso y Lisias". *Noua Tellus,* 25.1: 21-39.

—— *et al.* (2004). *Oratoria griega y oradores áticos del primer periodo de fines del siglo* v *inicios del siglo iv a. C.* México: unam.

Zagal, H. (1996). *Retórica, inducción y ciencia en Aristóteles. La teoría de la epagoge.* México: Universidad Panamericana-Publicaciones Cruz O.

—— y S. Aguilar Álvarez (1996). *Limites de la argumentación ética en Aristóteles. Logos, physis y éthos.* México: Publicaciones Cruz O.

RETÓRICA LATINA

AXER, J. (2005). "La oratoria de Cicerón y el teatro", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: UNAM: 121-134 (Bitácora de Retórica 20).

BEUCHOT, M. (1995). "Cicerón: entre el arte y la habilidad natural de la retórica". *Noua Tellus,* 13: 59-70.

GAOS SCHMIDT, A. (1993). *Cicerón y la elocuencia.* México: UNAM (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 32).

QUIÑONES MELGOZA, J. (1993-1994). "Ovidio y la práctica de la retórica". *Acta Poetica,* 14-15: 105-116.

—— (2005). "*De optimo genere oratorum*: ¿del mejor orador al mejor escritor?", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: UNAM, 113-120 (Bitácora de Retórica 20).

REYES CORIA, B. (1993-1994). "Doce maestros de la retórica latina después de Cicerón", *Acta Poetica*, 14-15: 75-104.

—— (2004). *Arte de convencer. Lecciones ciceronianas de oratoria.* México: UNAM.

—— (2005). "El orador perfecto según el *Orator* de Cicerón", en H. Beristáin y G. Ramírez Vidal (comps.). *Los ejes de la retórica.* México: UNAM: 135-147 (Bitácora de Retórica 20).

SCHWARTZ, P. (2002). "Retórica, literatura y política a partir del *Dialogus de oratoribus* de Tácito", en H. Beristáin (comp.). *Lecturas retóricas de la sociedad.* México: UNAM: 63-77 (Bitácora de Retórica 15).

VILLASEÑOR CUSPINERA, P. (1993-1994). "La imitación retórica". *Acta Poetica,* 14-15: 117-142.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Nota: Los índices que siguen son selectivos y remiten a los casos más importantes.

Academia, 97
Adriano de Tiro, 184, 220
Aftonio, 237, 239
Agatón, 77
Agatárquides de Cnido, 110
Agustín, 238
Alcibíades, 77
Alcidamante, 48, 49, 50, 65
Alejandro hijo de Numenio, 188, 244
Ambrosio, 238
Anaxímenes de Lámpsaco, 67
Andócides, 63
Anónimo Segueriano, 188, 246
Antifonte, 46, 63, 231
Antípatro, 106
Antístenes, 65
Antonio (M.), 125, 126, 128, 140, 142, 145, 148
Antonio (Marco), 120
Apiano, 122
Apolodoro de Pérgamo, 189
Apolodoro, 65
Apolonio de Tiana, 231
Apolonio Molón, 90, 128, 134
Apsines, 188, 219, 244
Apuleyo, 172, 203, 215, 232
Áquila Romano, 188, 244
Arístides (Elio), 173, 174, 183, 186, 217, 220, 225-227, 231
Arístides el Justo, 75
Aristófanes, 32, 45
Aristóteles, 61, 68-71, 80, 81, 86, 88, 93, 99, 152, 164, 180, 191, 241
Arquedemo, 92
Asconio Pediano (Q.), 135
Asinio Polión (C.), 153
Aspasia, 76
Aspasio de Ravena, 219
Ateneo, 90, 92
Augusto, 159, 199
Aulo Gelio, 172, 245

Basilio de Cesarea, 238

Calicles, 74
Calígula, 199
Calímaco, 100
Calínico de Petra, 225
Calpurnio Flaco, 184
Carisio, 105
Caritón de Afrodisias, 232
Carmadas, 93, 96
Carnéades, 100
Casio Severo, 212
Catón el Joven, 137, 151, 153

Catón el Viejo, 111, 114, 123, 124
Cecilio de Calacte, 63, 168
César, 97, 98, 106, 111, 120, 137, 153
Cicerón, 21, 89, 93, 96, 105, 109, 110, 111, 121, 133-153, 158, 165, 176, 183, 192, 238, 240, 244
Cineas, 105
Claudio (Ap.), 112
Claudio el Ciego (Ap.), 122, 123
Claudio, 199, 200
Cleantes, 97
Clemente de Alejandría, 237
Cleocares, 105
Cómodo, 200
Córax, 37-39
Cornelio Cetego (M.), 130
Cornificio, 132
Craso, véase Licinio Craso
Crates de Malo, 101
Crisipo, 97, 99
Critias, 40, 63
Critolao, 100

Demades, 88
Demetrio, 87-90, 95, 98, 244
Demócares, 105
Demóstenes, 57-61, 63, 64, 80, 101, 133, 145, 146, 152, 158, 165, 170, 178, 184, 196
Dídimo de Alejandría, 100
Dinarco, 52, 63
Diófanes de Mitilene, 128
Diógenes de Babilonia, 100
Diógenes Laercio, 245
Dión Casio, 230
Dión de Prusa, 205, 219-222, 223, 232
Dionisio de Halicarnaso, 87, 88, 120, 154, 159, 165-168, 171, 188, 244
Diótima, 77
Discursos dobles, 93
Domicio Áfer (Cn.), 212

Eforo, 66
Eliano, 220
Elio César, 199
Emilio Escauro (M.), 113
Empédocles, 37
Enio, 123, 130
Epicteto, 230
Epicúreos, 98
Escipión Emiliano, 113
Escipión Nasica, 112
Escopeliano, 221
Esquilo de Cnido, 109
Esquilo, 35
Esquines, 58, 59, 63, 64
Esquines de Mileto, 109
Estacio, 230
Estoicos, 97, 99
Estrabón, 105
Eurípides, 45
Eusebio de Cesarea, 238
Eveno de Paros, 47

Favorino de Arles, 219, 223, 231
Filodemo, 88, 97, 98, 128, 245
Filón de Alejandría, 237
Filón de Larisa, 97, 128
Filóstrato, 184, 193, 194, 219, 226, 260
Frínico, 173

Frontón, 172, 179, 185, 199, 200, 214, 217, 221, 232

Galeno, 173
Galerio Trácalo, 199
Gorgias el Joven, 90, 110
Gorgias, 37, 40-50, 55, 88, 144, 180, 217
Graco (los), 124, 128
Gregorio de Nisa, 238
Gregorio Nacianceno, 238
Gregorio Taumaturgo, 237

Hegesias de Magnesia, 109, 110
Hegesipo, 65
Helena, 43
Hérilo, 99
Hermágoras, 91-93, 99, 102, 245, 259
Hermes, 35
Hermipo de Esmirna, 100
Hermógenes, 168, 177, 188, 193-198,-207, 217, 220, 222, 239, 245
Herodes Ático, 63, 184, 220, 221
Herodiano, 230
Heródoto, 35
Hesíodo, 35
Hibreas de Milasa, 103, 105
Himerio, 237
Hipérides, 60, 63, 64, 103
Hipias, 40, 42, 47, 93
Hipócrates (Colección hipocrática), 48
Homero, 29-34, 165, 174, 224
Horacio, 127, 232
Hortensia, 153
Hortensio, 135, 146, 153

Iseo, 63, 64
Isócrates, 55, 56, 60, 63-67, 81, 82, 98, 142, 240, 245

Jenócrates, 99
Jenofonte, 32
Jerocles de Alabanda, 109
Jesús, 235
Juan Crisóstomo, 238
Juliano, 237
Junio Bruto (M.), 145
Juvenal, 230

Lactancio, 238
Lesbonacte, 184
Libanio, 237
Licimnio, 47
Licinio Calvo (C.), 145, 153
Licinio Craso (L.), 125, 126, 128, 129, 142, 145, 198
Licinio Sura (L), 199
Licurgo, 63
Lisias, 63, 64, 77, 145, 146
Longino (Casio), 168, 188, 224, 225, 245
Lucano, 230
Lucas, 235
Luciano, 165, 172, 184, 217, 220, 223, 224
Lucilio, 130
Lucrecio, 130, 172

Mamertino, 216
Marco Aurelio, 179, 194, 199, 200, 214, 225, 230
Mario Victorino, 238

Máximo de Tiro, 230
Melitón de Sardes, 237
Menandro el Rétor, 188, 206-210, 217, 220, 222, 225, 232, 245
Menecles de Alabanda, 109
Menelao, 30-32
Menenio Agripa, 122
Metrodoro de Escepsis, 93
Minuciano el Joven, 188, 245
Minuciano el Viejo, 206
Mucio Escévola (Q.), Augur, 115, 142
Mucio Escévola (Q.), Pontífice, 115

Neoplatónicos, 147, 239
Nerón, 199
Néstor, 28, 30-32
Nicetas de Esmirna, 219
Nuevo Testamento, 235

Oradores áticos, 63-65, 100
Orígenes, 237
Otón, 199
Ovidio, 228-230

Pablo, 236
Palamedes, 43
Panecio, 97, 128
Panegíricos latinos, 215-217, 237
Paulo Emilio, 128
Pericles, 47, 61, 75, 76, 78
Peripatéticos, 99
Persio, 185
Petronio, 158
Platón, 37, 42, 45, 46, 65, 72-79, 134 153, 166, 225, 230, 245
Plauto, 172
Plinio el Joven, 172, 192, 200-202, 213-215
Plocio Galo (L.), 129
Plutarco, 111, 161, 162, 173, 230, 231
Polemón, 99, 184, 220, 221
Polibio, 100, 103, 105
Polo, 47, 74
Pólux de Naucratis, 220
Pompeyo, 153
Pomponio Ático (T.), 146
Porcio Latrón (M.), 176, 187
Posidonio, 97
Potamón de Mitilene, 106, 218
Pródico, 40, 42, 47, 55
Protágoras, 39-42, 47
Pseudo Dionisio de Halicarnaso, 184, 188, 222, 231, 245
Pseudo Elio Arístides, 188, 217, 225, 245
Pseudo Longino, 159, 165, 168-171, 188, 238, 239

Quintiliano, 32, 86, 87, 92, 114, 130, 158, 184, 188, 190-193, 197, 207, 240, 245

Retórica a Herenio, 87, 89, 90, 93, 128-133
Retorica a Alejandro, 132, 141, 176
Rufo de Perinto, 188, 220, 245
Rutilio Lupo, 110, 188, 245

Safo, 170
Séneca el Rétor, 11, 13, 110, 159, 165, 176, 181-183, 187, 228, 245
Séneca, 158, 181-183, 199, 200, 230, 231
Símaco, 238

Simónides, 93
Sócrates, 65, 72, 73
Solón, 35
Suetonio, 177
Sulpicio Galba (Ser.), 123
Sulpicio Rufo (Ser.), 151

Taciano, 237
Tácito, 157-160, 199, 230, 245
Télefo de Pérgamo, 32
Temistio, 237
Temístocles, 35, 36, 75
Temístocles de Ilión, 107
Teodoro de Bizancio, 47
Teodoro de Gádara, 97, 106, 189
Teofrasto, 86-88, 90, 99
Teón, 177-180, 188, 207, 231, 245
Teopompo, 66
Tersites, 29
Tertuliano, 237
Tiberio, 100, 188, 189, 245
Timoteo, 66
Tirón, 134
Tisias, 37-39, 41, 47
Tito Livio, 105, 112, 260
Trajano, 199, 200, 202
Trasímaco de Calcedonia, 47
Trifón, 90, 245
Tucídides, 45-47, 57, 61, 177

Ulises, 27, 30-32, 43

Veturia, 154
Virgilio, 117, 172, 230

Zenobia, 224
Zenón, 97
Zoilo, 95

ÍNDICE TEMÁTICO

Abstracción, 207
Accidente, 252
Acción, 246, 251, 253
Acción oratoria, 57, 93, 125, 126, 190, 193, 209
Acción de gracias, 210, 213
Aclaración suplementaria, 257
Aclimatación de la retórica en Roma, 129, 139
Acompañamiento, 251
Acontecimiento familiar, 209
Actualidad, 187
Adaptación al auditorio, 140
Agradar, 246
Agradecimiento, 210, 237
Alegato, defensa, 46, 123, 162 181, 215
Alegoría, 255
Alejandrinismo, 100
Alimento, 253
Alusión, 248, 257
Amor, 76, 77, 230
Amplificación, 41, 70, 250
Amplitud, 255
Anáfora, 89, 257
Anástrofe, 256
Animal, 207
Aniversario, 209, 216
Anticipación, 256
Antilogía, 40, 59
Antistrofa, 257
Antropología, 33
Aposiopesis, 257
Apóstrofe, 257
Aprendizaje, 246
Aptitud de razonar, 186
Arcaísmo, 172
Arenga, 105, 123, 134, 162
Aretalogía, 108
Argumentación, 91-93, 183, 188, 241, 249, 251
Armonía, 168
Arreglo de las palabras, 88, 146, 195, 196
Arte, 20, 73, 96, 246
Artes figurativas, 242
Asamblea, 28, 52, 73, 105, 116, 204
Asianismo, 109, 110, 170, 185, 193, 236
Asistencia, 199
Atenuar, 41
Aticismo, 145, 146, 147, 170, 172-175, 183, 223

Belleza, 195, 255,
Belleza (moral), 252
Brevedad, 249, 254

Carácter, 255
Carácter del orador, 70, 250
Carta, 54, 95, 178, 225, 231
Ciencia, 246
Científico, 242
Circunstancias, 99, 247

Circunstancias o partes constitutivas de la situación, 250
Claridad, 195, 249, 254
Conjetura, 91, 252
Consentimiento, 252, 256
Cría, 177, 180, 247
Cualidad, 91
Cualidad del estilo, 86-90, 254
Cualidades de la narración, 249
Cualidad física, 252
Cualificación, 252
Cuestión de práctica, 247
Cuestión de práctica de teoría, 247
Cuestión de práctica de teoría determinada, 247
Cuestión de práctica de teoría indeterminada, 247
Cuestiones, 93, 247
Cuestiones racionales o lógicas, 252
Cuidado, 255

Declamación, 13, 14, 181-187, 248
Definición, 91, 251, 252
Deliberativo, 67, 69, 247
Descripción, 178, 247
De características, 257
Dubitación, 256

Ejemplo, 133
Ejercicio, 46, 141, 199, 246
Ejercicios preparatorios, 176-181, 188, 190, 194, 231
Elocución (véase "estilo")
Elogio, 120, 214, 247
Elogio fúnebre, 254
Elogio de un emperador, 253 (cf. epidíctico), 106, 162, 209, 221
Embajada, 28, 31, 35, 54, 100, 105
Emperador, 198-201, 202, 209, 221, 223
Engaño, 33
Enigma, 255
Enseñanza, 31, 42, 65, 97, 101, 128, 141, 148, 158, 175-187, 193, 216, 219, 228, 240
Entimema, 251
Entusiasmo, 171
Epidíctico, 98, 181, 188, 206-212, 215, 217, 226, 230, 237, 247
Epífora, 257
Epiquerema, 188, 251
Epistolografía, 95, 148
Erística, 41
Esclavo, 63
Estado de la causa, 91, 92, 126, 141, 188, 191, 194, 252
Estatus (del orador), 112, 124
Estilo, 32, 44, 56, 70, 76, 77, 86-90, 97, 98, 100, 104, 109, 110, 123, 126, 132, 145, 146, 182, 188, 190, 191, 194-198, 209, 241, 254
Estrategia retórica, 137
Estructuras sociopolíticas, 120
Êthos (véase índice griego)
Ética, 81, 242
Etimologías, 19
Etopeya, 178, 179, 229, 247
Excusa, 107
Exhortación, 29, 105, 178
Éxito, 134
Exordio, 248
Expresión, 195
Expresión del rostro, 258

Fábula, 177, 247
Facilidad, 252
Factual, 250
Familia, 253
Femenino (retórica), 154
Fracaso, 133
Ficticio, 43, 56, 181
Figura, 45, 88, 89, 170, 188, 196, 197
Figuras de elocución o figuras de palabras, 257
Figuras gorgianas, 45, 56
Figuras de pensamiento, 256
Filosofía, 39, 43, 50, 71-83, 96-103, 144, 147, 151, 159, 171, 208, 214, 222, 224, 231, 237
Filósofo, 37, 128, 218, 240
Flexibilidad, 189
Forma, 194
Formas estilísticas, 254
Fortuna, 253
Franqueza, 256
Frase, 90

Géneros de discurso, 69, 138, 141, 190
Géneros de discursos retóricos o géneros retóricos, 64, 149, 152, 211, 247,
Géneros de estilo, 32, 87, 171, 197, 254
Gesto, 27, 258
Gimnasio, 102
Globalización, 85
Gradación, 257
Gramática, 41, 101, 172, 175, 224
Grandeza, 87, 196, 255

Habilidad retórica, 199
Halago, 75, 76
Helenismo, 102
Herencia de la retórica grecorromana, 233
Himno, 206, 225
Hipérbaton, 256
Hipotiposis, 257
Historia de la elocuencia, 146
Historia, 47, 54, 105, 123, 147, 165, 177, 178, 181, 183, 217, 230, 240
Honorario, 119
Humanidades, 193
Humanismo, 148
Humor, 149

Ideal político, 139
Identidad helénica, 102, 174, 187, 222
Ideología, 53, 115, 120, 187, 211, 217. Véase también modelo ideológico
Imagen, 179
Imitación, 166, 170, 171, 174, 197, 224, 246
Importancia social, 221
Improvisación, 42, 55, 76, 179, 185
Inauguración, 210, 214
Inclusión, 251
Indignación, 250
Inmoralidad, 96
Inscripciones, 102-108, 109, 180, 199, 213, 218, 220
Insinuación, 257
Instituciones, 53, 115, 117
Instruir, 246
Inteligencia, 253
Interés general, 80

Interrogación, 256
Invectiva, 138, 148
Invención de la retórica, 37
Invención, 190, 191, 194, 207, 245
Invitación, 209
Ironía, 149, 257

Judia (tradición), 235, 238
Judicial, 38, 41, 73, 91, 98, 117, 132, 134, 191, 201-204, 247
Jurídico, 151
Jurisprudencia, 126
Justicia, 34, 40, 69, 74, 80, 252, 253

Lamento, 28, 209
Lectura, 178
Lectura pública, 213, 228
Lengua, 240
Lenguaje, 185, 189, 211, 275
Léxico, 173
Lengua griega conocida en Roma, 128
Lengua latina, 113
Libertad, 41, 148, 233
Literatura, 35, 45, 227, 240, 241
Literaturización, 227
Lógica, 81, 97
Logografía, 51, 119
Luchas sociales, 120, 122
Lugar, 67, 69, 70, 147, 178, 191 207, 228, 229, 232, 250, 251
Lugar común, 247
Lugares del elogio, 253
Lugares generales de la argumentación, 251

Magia, 44, 215
Majestuosidad, 196, 218, 255
Manera, 251,
Manera de ser, 253
Mantener atentos, 249
Manuscrito, 204
Materia, 251
Matrimonio, 209
Máxima, 177, 247
Medicina, 48, 226
Medicina del alma, 231
Medio (estilo), 87
Memoria, 93, 94, 126, 190, 246
Mensaje, 123, 235
Mentalidades, 208
Mentira, 94
Metáfora, 45, 70, 240, 255
Metalepsis, 255
Método, 194, 195, 196,
Metonimia, 89, 240, 255
Mezcla, 196
Miembro de frase, 195
Mitología, 181
Modelo ideológico, 60, 115, 118
Moderación, 255
Modo, 193
Monedas, 220
Moral, 39, 81, 180, 192, 193
Mordaz, 255
Motivo, 251
Movimiento del cuerpo, 258
Muerte, 59, 138, 254
Mujer, 63, 153, 154
Música, 125, 167

Nacimiento, 253
Narración, 248, 249, 251
Naturaleza, 253,
Naturaleza del cuerpo, 252
Necesidad, 252
Necesidad Medio, 254,
Necesidad medios, 251
Niño (educación del), 190
Nitidez, 254
Notable, 101, 205
Novela, 215, 232
Novelesco, 182

Objeto inanimado, 207
Oniromancia, 226
Onomatopeya, 256
Oración fúnebre, 44, 53, 76, 119, 120, 139, 209, 212, 223, 224, 231
Oración, 27, 139, 215
Orador realizado, 97, 106
Orador, 218
Oralidad, 55
Origen de la retórica, 48-50
Ornamentación, 86, 254

País, 207
Palabra engañosa, 28
Palabra sagrada, permoformativa, 113
Panegírico, 54, 209, 216, 238, 240, 247
Panfleto, 224
Papiro, 97, 101, 174, 181
Paradoja, 55 ver también: elogio paradójico
Paráfrasis, 176, 179
Paralelo, 178, 247
Paralelo, 196, 247
Partes de la narración, 251
Partes de la retórica, 245
Partes del discurso, 70, 189
Pasión, 170
Pastiche, 76
Patético, 250
Patria, 253
Patronal, 119
Pausa, 195
Pensamiento, 170, 195, 198
Perífrasis, 256, 258
Periodo, 70, 90, 114
Peroración, 139, 178, 249
Persuasión, 20,34, 44, 68, 69, 70, 73, 78, 169, 186, 229, 230
Petición, 203
Piedad, 252,
Piedad (llamado a la), 250
Plenitud, 255
Pleonasmo, 256, 258
Poder del lenguaje, 44
Poesía, 27-36, 182, 228, 230
Poética, 164, 165,
Política, 39, 53, 54, 56, 58, 74, 81, 82, 96, 101, 102, 119, 122, 123, 133, 142, 158, 162, 179, 193, 204, 209, 222, 233, 241
Práctica oratoria, 21, 51-65, 101-110, 121-126, 134-141, 201-227
Preámbulo, 210
Prefacio, 56
Pregunta, 144, 256
Proceso, 58
Productivo, 195
Propaganda, 233

Propuesta de ley, 178, 247
Prosa, 35
Prosopopeya, 89, 137, 178, 247, 256
Protréptico, 99, 210
Prueba, 69, 190, 249,
Pruebas exteriores al arte, 250
Pruebas propias del arte, 250
Publicación, 123, 134, 136, 185, 202, 213
Punto, 182
Pureza, 195, 254

Rasgo, 182
Recelo hacia la retórica, 19, 71, 129, 236
Reduplicación, 257
Reflexión sobre el discurso, 29
Refutación, 177, 247, 249
Relato, 177, 241, 249
Religión, 226, 237
Religiosa (retórica), 25, 129, 225, 253-239
Renacimiento de la retórica, 159, 218
Respuesta, 256
Revolucionario, 125
Risa, 149-152, 191
Ritmo, 70, 90, 167, 195
Roma (relación de los griegos con), 174, 222
Romanismo, 112
Romanización, 112
Rostro, 258
Rúbricas relativas a los fines, 252

Senado, 115, 202, 203
Ser humano, 207
Severidad, 196, 255
Sicofane, 51, 52
Simplicidad, 87, 255
Sinceridad, 196, 255
Sinégoro, 51
Sinonimia, 257
Sistema, 67, 70
Sofística (primera sofística), 39-48, 72, 87, 93, 98, 99, 217-219
Sofística (segunda sofistica), 161, 215, 217-227, 237
Sospecha, 50
Suasorio, 184,
Sublime, 168-171, 238, 239
Suerte, 253
Súplica, 27, 28
Sutilidad, 255

Tarea del orador, 142, 245
Taxonomía, 197
Teatro, 45
Templanza, teoría de la retórica, 65-71, 85-97, 123, 124, 131, 141-148, 187, 198
Tesis, 99, 141, 144, 176, 178, 247
Testigo, 212
Testimonio, 249
Tiempo, 251
Tortura, 289
Tour de forcé, 43
Traducción, 134, 146, 200
Transferencia, 91, 252
Transmisión de textos, 189
Tratado retórico, 141

Tribunal, 73, 213
Tropos, 170, 197, 255

Utilidad, 252

Valor, 211, 241
Vehemencia, 88, 255
Verdad, 34, 40, 69, 81
Verdadera retórica, 78
Verosimilitud, 37, 187
Viaje, 208
Vida municipal, 205
Verso, 179
Vigor, 196, 255
Virtud del estilo, 87, 197
Virtud, 208
Virtudes (cualidades) del estilo, 87, 197, 253, 254
Virtuosidad, 182, 220
Vivacidad, 195, 255
Vocabulario, 88
Voz, 55, 223, 258

ÍNDICE DE TÉRMINOS GRIEGOS

Agôn, 249
Ainigma, 255
Aitia, 251
Akmê, 245
Akroasis, 180
Alêtheia, 195, 255
Allêgoria, 255
Amphibolia, 91
Anadiplôsis, 257
Anagnôsis, 178
Anakephalaiôsis, 250
Anakoinônêsis, 252
Anankaios, 256
Anapausis, 195
Anaskeuê, 177, 247
Anastrophê, 256
Anatrophê, 253
Andreia, 253
Andres politikoi, 168
Anetos, 210
Anthêros, 254
Antinomia, 91
Antirrhêsis, 179
Antistrophê, 257
Antíthesis, 45
Apheleia, 255
Apithanos, 185
Apodeixis, 249
Aporia, 256
Aposiôpêsis, 257
Apostrophê, 257
Aretê, 86, 208, 253 (cf. lexeôs aretai).
Asianos zêlos, 109
Askêsis, 246
Asteïsmos, 152
Asysta, 92
Atekhnos, 249
Austê, 168
Auxêsis, 250
Axiôma, 255

Barytês, 195, 255
Basilikos logos, 208, 253 (cf. logos).
Bêma, 52
Boulê, 52
Bouleutêrion, 52

Deinos, 88
Deinôsis, 250
Deinotês, 32, 195, 255
Dêlôsis, 251 (tou pragmatos).
Diairesis, 251
Diálexis, 230
Dianoias skhêmata, 89, 256 (cf. skhêma).
Diaporêsis, 256
Didaskein, 31
Diêgêma, 177, 247

Diêgêsis, 248
Diêgêseôs aretai, 249
Diêgêseôs moria, 251
Diêgêseôs stoikheia, 251
Dikaiôs, 252
Dikaiosynê, 253
Dikanikon, 247
Dikê, 51
Drimytês, 255
Dynamis, 251
Dynaton, 252

Eidos, 247
Eikôn, 179
Eikos, 37, 131
Eirênên (kat'), 253
Eirôneia, 257
Eis hekateron (= in utramque partem), 99
Eisphora, cf. nomou.
Ek tôn homoiôn, 251
Ekbêsomenon, 252
Ekklêsia, 52
Ekphrasis, 178, 247
Eleos, 250
Elleipsis, 256
Emphasin (kat'), 257
Enantion (kata to), 248
Enargeia, 131, 171
Endoxôs, 252
Enkômiastikon, 247 -oi topoi, 253 (cf. topos)
Enkômion, 108, 178, 206, 247
Ennoia, 195
Entekhnos, 250
Enthymêma, 251
Epanalêpsis, 257
Epanaphora, 257
Epanodos, 257
Epibatêrios, 208
Epideiktikôs, 247
Epideixis, 42, 48, 206
Epieikeia, 255
Epikheirêma, 188, 251
Epilogos, 249
Epimeleia, 255
Epiphora, 257
Epistêmê, 246
Epitaphios logos, 53, 56, 59, 61, 75, 120, 209, 231 (cf. logos).
Epitêdeuma, 253
Epithalamios, 209
Epitropê, 256
Ergon, 246 (rhêtoros erga).
Erôtêma, 256
Eskhêmatismenos logos, 95, 248 (cf. logos).
Êthopoiia, 178, 195, 247, 257
Êthos, 70, 195, 246, 250, 255
Eukrineia, 254
Eumatheian apergasasthai, 249 (cf. prosokhên, eunoian).
Eunoian apergasasthai, eunous, 249 (cf. prosokhên, eumatheian)
Eutykhia, 253
Exergasia, 179

Geloion (to), 152
Genesis, 253
Genethliakos, 209
Genos (Rhêtorikês genê), 253
Glaphyros, 88, 168

Glykytês, 255
Gnôme, 177, 247
Gorgotês, 195, 255
Grammatikos, 175
Graphê, 51

Hadros, 254
Harmonia, 168
Hêdonê, 255
Hêdys, 130, 252
Hellênismos, 101, 131, 254
Hermêneia, 86, 246
Heuresis, 194, 245
Homoiôn (ek tôn), 251
Homoioteleuton, 45
Hôra, 255
Horismos, 252
Horos, 91, 251, 255
Hosion, 252
Hylê, 251
Hymnos, 206
Hyperbaton, 256
Hypexairesin (kata), 91
Hypodidaskalos, 176
Hypokrisis, 93, 246, 258
Hypophora, 256
Hypóthesis, 99, 247
Hypotypôsis, 257
Hypsêlos, 254
Hypsos, 168

Idea, 66, 208, 254
Isêgoria, 35
Iskhnos, 254
Isokôlon, 45

Kairos, 40, 78
Kalon, 252
Kallos, 195, 255
Kanôn, 64
Kat'emphasin, 248
Kata rhêton kai hypexairesin, 92
Kata symbebêkos, 91, 252
Kat'eirênên, 253
Kata polemon, 253
Katakhrêsis, 255
Kataskeuê, 177, 247, 254
Kateunastikos, 209
Katharotês, 195, 254
Kephalaion, 251
Kêrygma, 235
Kharaktêres tou logou, 87, 254 (cf. logos)
Khreia, 99, 177, 247
Khrôma, 248
Khronos, 251
Kinêsis, 258 (sômatos kinêsis).
Klêtikos, 209
Klimax, 257
Koinê, 173
Koinônia, 256
Koinos topos, 247 (cf. topos).
Kolakeia, 75
Kôlon, 90, 195
Komma, 109
Krinein, 164
Krisis, 251

Lalia, 210
Lamprotês, 255
Legein, 49
Lexis, 86, 195, 246

Lexeôs aretai, 254
Lexeôs skhêmata, 89, 257; diamoias, (cf. skhêma), 89, 256
Litos, 254
Logikon, cf. zêtêma.
Logos, 44, 49 , 74, 82, 246, 250
Logôn tekhnai, 49
Logou kharaktêres, 87, 254
Logou ideai, 254
Logou merê, 248 (cf. basilikos logos, epitaphios logos, eskhêmatismenos logos).
Lysis, 249

Makhê, 251
Mathêsis, 246
Megaloprepês, 254
Megethos, 195, 255
Meletê, 176, 246, 248
Meros, 245, 248 (rhêtorikês merê).
Mesos, 254
Mesotês, 87
Mestotês, 255
Metalepsis, 91, 252, 255
Metaphora, 241, 255
Methodos, 195
Metônymia, 255
Mimêsis, 174, 224, 246, 257
Misthos, 53
Mixis, 196
Mnêmê, 93-95, 246
Monôdia, 209
Morion, 250 (peristatika moria), 251 (diêgêseôs moria)
Mythos, 177, 247

Nomikon, cf. zêtêma.
Nomimos, 252
Nomos, 178
Nomou eisphora, 247

Oikonomia, 246
Onkos, 255
Onomatopoiia, 256
Oxytês, 255

Paideia, 65, 174, 253
Paignion, 54
Palillogia, 257
Panêgyrikon, 247
Panêgyris, 209
Para prosdokian, 256
Paradoxos, 256
Paragraphê, 252
Parainesis, 211
Paraklausithyron, 230
Paramythêtikos, 219, 231
Paramythia, 231
Paraphrasis, 179
Parathesis, 251
Parêgoria, 231
Parepomenon, 251
Paronomasia, 45
Parrhêsia, 61, 98, 256
Patêtikos, 250
Pathos, 70, 110, 121, 246, 250
Patris, 253
Peithein, 104
Peithô, 34, 130, 230
Peribolê, 255

Periokhê, 251
Periphrasis, 258,
Peristasis, 250
Peristatika moria, 250
Phanai, 113
Phantasia, 171
Philosophia, 50, 81
Philosophos, 70, 219, 222
Phonê, 258
Phrasis, 86, 246
Phronesis, 61, 253
Physis, 246, 253 (sômatos physis).
Pistis, 131, 249
Pithanotês, 249
Plagios, 248
Pleonasmos, 256, 258
Poiotês, 252
Polemon (kata), 253
Polis, 35
Politeias hapsamenos, 222
Politikos, 168
Polytropos, 32
Pragma, 251
Praktikos, 247, 250
Praxis, 253
Prepon, 252
Presbeutikos, 209
Progymnasma, 176-180, 247
Prokataskeuê, 248
Prolalia, 210, 223, 224
Prolepsis, 256
Prooimion, 248
Prosdokian (para), 256
Propemptikos, 209
Prosdiasaphêsis, 257
Prosokhên apergasasthai, 249 (cf. eumatheian, eunoian).
Prosôpon, 251
Prosôpopoiia, 178, 247, 256
Prosphônêtikos, 209
Prothesis, 248
Prôtos heuretês, 37
Psogos, 178, 206, 247
Psykhagôgia, 78
Pysma, 256

Rhadion, 252
Rhêton (kata), 91
Rhêtôr, 31, 49, 61, 106, 130, 175, 218, 219, 232
Rhêtêr, 31, 49
Rhêtoreia, 49
Rhêtorikê, 19, 48, 49, 50, 130
Rhêtorikês genê, 247
Rhêtorikês merê, 245
Rhêtoros erga, 245
Rhythmos, 195

Saphêneia, 195, 249, 254, 255
Sêmeion, 131
Semnotês, 255
Skhêma, 89, 90, 95, 131, 195, 256, 257
Skhêmata dianoias, 89, 256 (cf. lexis).
Skhêmata lexeôs, 89, 257 (cf. lexis).
Skhêmatismenos logos, 95
Sminthiakos, 209
Sôma, 253
Sômatos kinêsis, 258
Sômatos physis, 253

Sophia, 72, 236
Sophisma, 45
Sophistês, 45, 72, 218, 226
Sophos, 45
Sôphrosynê, 253
Sphodrotês, 255
Stasis, 91, 92, 194, 252
Stephanôtikos, 209
Stoikheion, 250, 251
Stokhasmos, 91, 252
Stratêgoi, 62
Syllogismos, 91
Symbebêkôs (kata), 91, 252
Symbouleutikós, 247
Sympheron, 252
Symplokê, 257
Synekdokhê, 256
Synkhôrêsis, 257
Synkrisis, 167, 178, 247
Synônymia, 257
Syntaktikos, 209
Synthêkê, 195
Synthesis, 167, 197, 173, 257
Syntomia, 9, 249, 254
Syntonos, 209
Systoikhia, 251

Taxis, 246
Tekhnê, tekhnai, 20, 44, 65, 66, 77, 79, 81, 132, 189
Tekhnikos te kai agathos, 75
Tekmêrion, 131
Teleutê, 254
Telika kephalaia, 252
Telos, 252
Thanatos, 254
Theôrêtikos, 254
Thesis, 99, 141, 144, 176, 178, 247
Topos, 45, 67, 70, 207, 229, 231, 232, 250 (cf. koinos topos)
Trakhytês, 255
Tropos, 89, 251, 255
Tykhê, 253

Zêlos, 109
Zêtêma, 91 (nomikon, logikon), 247, 252 (logika).

ÍNDICE DE TÉRMINOS LATINOS

Abusio, 255
Accidentia (per), 252
Accurata dicendi forma, 255
Acrimonia et uehementia, 255
Acris oratio, 255
Actio, 141, 246, 258
Actionis, 249
Actus, 251
Acuta oratio, 255
Adfectibus (in), 250
Adiunctis (ab), 251
Adiutor, 176
Adlocutio, 247
Adpositus, 251
Aduocatus, 131
Aenigma, 255
Amplificatio, 2520
Amplitudo, 255
Aperta oratio, 255
Aperta, 249, 254
Aptum, 131, 254
Apta oratio, 255
Aretai uirtutes, 86
Argumentatio, 249
Argumentum, 131
Ars, 20, 131, 246, 239
Ars dicendi, 130
Artis expers, 249
Artificialis, 250
Artificium, 246
Ascensus, 257
Asiatica dictio, 109
Asperitas, 255
Attentum facere, 249
Attenuatus, 254
Auctoritas, 112, 114, 129
Auersio, 256

Bello, 253
Bene dicendi scientia, 20
Beniuolum facere, 249
Bonus, 124, 125
Breuis, 253
Breuitas, 254

Capitolum, 251
Carmen, 114
Causa, 250
Causarum genera, 247
Causa Curiana, 126
Causidicus, 131
Cedant, cedant arma togae, 148
Celeritas, 255
Centumuiri, 117
Chria, 177, 247
Circuitio, 259, 258
Circumducta siue exaggerata oratio, 25
Circumlocutio, 256, 258

Circumstantia, 250
Claritas, 254
Cognitio, 247
Color, 182
Comitium, 116
Comitia centuriata, 116
Comitia centuriata tributa, 116
Commiseratio, 250
Communicatio, 256
Communis locus, 247
Comparatio, 247, 251
Comparatiuus, 256
Compendia, 239
Complexio, 257
Compositio, 146
Concessio, 257
Conciliare, 246
Conclusio, 249
Concordia ordinum, 139
Conduplicatio, 257
Conexus, 257
Confirmatio, 247, 249
Conformatio, 131
Confutatio, 249
Coniectura, 252
Coniugatus, 251
Coniunctus, 251
Conquestio, 250
Consensos bonorum, 139
Consilium principis, 203
Consolatio, 231
Constitutio, 252
Contaminatio, 132
Contio, conuentio, 117
Contra arma uerbis, 148
Controuersia, 183, 248
Conuersio, 261
Copia, 146
Corpus, corporis bona, 253
Corpus commoda, 253
Corpus forma, 253
Corpus motus, 258
Credibilis, 249
Cursus honorum, 214

De ambitu, 118
De maiestate, 118
De peculatu, 118
De repetundis, 118
De repetundis, 135
De sicariis et ueneficiis, 118
De uerbis componendis, 146
Decemuiri, 117
Decet, 131
Decet quid deceat, 254
Declamatio, 176, 181-187, 248
Decorum, 131, 152, 254
Delator, 203
Delectare, 143, 246
Deliberatiuus, 257
Demonstratiuus, 247
Denominatio, 255
Descriptio, 247
Desitio, 257
Dicendi genera siue orationum formae, 255
Dicendi genera, 255
Dicere, 113
Dictio, 86, 257
Dignitas, 131

Diligentia, 119
Dilucidus, 249
Disciplina, 253
Dispositio, 190, 246
Dissertatio in utramque partem, 147
Dissimulatio, 257
Diuisio, 184, 248, 251
Docere, 131, 143, 246
Docilem facere, 249
Doctor, 132
Doctrina, 246
Dubitatio, dubitatio, 256

Educatio, 253
Elementum, 250
Ellipsis, 256
Elocutio, 86, 146, 190, 246
Elocutionis (dictionis) figurae, 257
Elocutionis uirtutes, 254
Eloquentia, 130, 228, 255
Enumeratio, 250
Euidentia, 131, 257
Ex oratore arator, 150
Ex pugnantibus, 251
Ex similibus, 251
Exaggerata oratio, 255
Exempla, 122
Exercitatio, 246
Exordium, 248
Exornatio, 131
Explanatio, 254
Extenuatus, 254

Fabula, 247
Facile, 252
Factus, -a, 251, 253
Fari, 113
Felicitas, 253
Fiat lux, 239
Fides, 113, 119 , 124, 129, 130, 135
Figura, 131, 260, 261
Figurae sententiarum, 256
Figurata oratio, 248
Figuratus sermo, 248
Finalia capitula, 252
Finis, 251, 252, 254
Finitio, 251, 252
Flectere, 246
Floridus, 254
Forma, 131, 255
Fortitudo, 253
Fortuna, 253

Genera dicendi, 32, 87, 98, 255
Genethliacus, 216
Genus, 246, 252, 253
Gestus, 131, 258
Gracilis, 254
Gradatio, 257
Grammaticus, 175
Grandis, 254
Gratia, 119
Gratiarum actio, 210
Grauis, 254
Grauitas, 112, 255
Grauitas quae est in abiurgando, 255

Homo nouus, 124
Honestus, 252

Imago, 93, 179
Imitatio, 246 (morum).
In oratione spiritus, 112
In rebus, 250
In utramque partem, 99, 100, 141, 184
Inartificialis, 249
Indignatio, 250
Ingenium, 246
Inopinatum, 256
Inspicere non perdiscere, 129
Institutio, 253
Institutio oratoria, 190
Intellectio, 256
Interrogatio, 256
Interruptio, 257
Inuentio, 132, 190, 245
Inuersio, 255
Ironia, 257
Iteratio, 252
Iucundum, 252
Iudicatio, 251
Iudiciale, 247
Iudicium, 251
Ius [...] uerrinum, 150
Iustitia, 253
Iustum, 252

Laeta oratio, 255
Latinitas, 131, 254
Laudatio, 120, 212, 214
Laudatio funebris, 119, 123, 139
Laudatio priuata, 120
Laudatio publica, 120
Laudatiuus, 247
Laus, 206, 247
Legis latio, 247
Legitimus, 252
Lex Iulia de adulteriis, 186
Licentia, 256
Litos, 254
Locus, 93, 250, 251
Lucidus, 249
Lumen, 131

Magnitudo, 255
Materia, 251
Mediocres, 254
Medius, 254
Memoria, 190, 246
Miseratio, 121
Mitigatio, 255
Modetatio, 255
Modicus, 254
Modus, 251
Mores, 255
Mors, 254
Morum imitatio, 257
Mos maiorum, 114
Motus, 258
Mouere, 143, 246

Narratio, 247-249
Narrationis elementa, 251
Narrationis uirtutes, 249
Natura, 246, 253
Necessarius, 252

Negotium, 250
Nominatio, 256
Nominis communio, 257
Nominis fictio, 256
Nugalia, 214
Numerus, 146

Obticentia, 257
Officium, 119, 245
Optimates, 139
Opus, 246 (oratoris).
Opus oratorium maxime, 147
Oratio, 255 (acris, acuta, aperta, apta, exaggerata, figurata, laeta), 251 (orationis partes).
Orator diserti eloquens, 145
Orator, 130
Oratoris officia, 246
Oratoris opera, 246
Ordinarius, 221
Ornamentum, 131
Ornatus, 254

Panegyricum, 247, 248
Partes, 245, 248, 250
Partitio, 251, 248
Pater familias, 114
Patria, 253
Patronus, 118, 119, 121, 126, 130, 134, 135, 140, 158, 214
Permissio, 256
Permouere, 246
Permutatio, 255
Peroratio, 249
Perpolitus, 98
Persona, 251
Personae fictio, 256
Perspicuitas, 249, 254
Perspicuus, 249
Persuadere, 19
Pium, 252
Plena siue referta oratio, 255
Pleonasmus, 258
Populares, 121, 129, 133
Positio, 247
Possibile, 252
Praeexercitamentum, 178, 247
Praeexercitamen, 247
Praescriptio, 252
Praesumptio, 256
Princeps senatus, 115
Princeps, 159, 160, 187, 202
Principium, 248
Prisco illo dicendi et horrido modo, 122
Probabilis, 131, 249
Probare, 246
Probatio, 249
Pronuntiatio, 190, 246, 258
Prooemium, 248
Propositio, 248
Propositum, 247
Prudentia, 253
Pugnans, 251
Pulchritudo, 255
Puritas, 254
Purus sermo, 254

Quaestio finita, 247
Quaestio infinita, 247

Quaestio, 184, 117, 247
Quaestiones extra ordinem, 117
Quaestiones perpetuae, 117, 118
Qualitas, 252
Quid deceat, 131, 254

Rationale genus, 252
Rebus (in), 250
Recitatio, 160, 213, 228
Reduplicatio, 257
Refutatio, 247, 249
Regressio, 257
Relatio, 257
Rem tene uerba sequentur, 124
Repetitio, 257
Res, 124
Res gestae, 253
Res literaria, 241
Reticentia, 257
Retractatio, 184
Reuersio, 256
Rhetor, 130, 175
Rhetores Latini, 132
Rhetorica, 130
Rhetorices genera, 247
Rhetorices partes, 245
Romanitas, 131
Rostra, 116, 126

Sapientia, 144
Schema, 130
Scientiae, 247
Sensus figurae, 256
Sententia, 115, 182, 247
Sententiarum figurae, 256
Sermocinatio, 247
Significatio, 257
Signum, 131
Similis, 255
Simplicitas, 255
Simulatio, 257
Species, 247
Splendor, 255
Status, 167, 252
Suada, 130
Suasoria, 183, 248
Suauis, 130
Suauitas, 255
Subiectio, 256
Subtilis, 254
Suffectus, 221
Summus orator, 145

Temperancia, 253
Tempus, 251
Tenuis, 254
Thesis, 141, 247
Tirocinium fori, 114, 129
Tralatio, 255
Transcensus, 256
Transgressio, 256
Translatio, 252, 255
Transumptio, 255
Tropi, 255
Tumor, 255

Uber, 254
Uehementia, 255
Uelox oratio, 255
Uenusta oratio, 255

Uerba, 124
Uerborum figurae, 257
Ueri similis, 249
Ueritas, 255
Uigor, 255
Uir bonus, dicendi peritus, 123
Uirtutes, 86, 249, 253, 254
Uis persuadendi, 19
Uituperatio, 206, 247
Uox, 258
Urbanitas, 152
Usus, 247
Utile, 252
Uultus, 258

ÍNDICE

Presentación 7
Gerardo Ramírez Vidal

Prólogo 19
Excursus número 1: Retórica de... 23

Capítulo I. la retórica antes de la retórica 27
Homero 27
Del mundo homérico al mundo clásico 34

Capítulo II. la revolución sofística 37
Los "primeros inventores" 37
Los sofistas 39
Gorgias 42
Excursus número 2: El acta de nacimiento de la palabra *rhêtorikê* . 48

Capítulo III. el momento ateniense 51
La práctica oratoria 51
La república de los oradores: realidad y representación 60
Excursus número 3: El canon de los diez oradores áticos 63
Enseñanza y teoría de la retórica 65
El problema filosófico y moral de la retórica 71

Capítulo IV. la globalización helenística 85
Los avances de la técnica retórica 86
La retórica a prueba de las filosofías 96
La vida de la elocuencia en tierra griega. 101
Excursus número 4: La elocuencia política griega
no murió en Queronea 102

CAPÍTULO V. ROMA, ROMANIDAD, ROMANIZACIÓN 111
Las condiciones de la retórica romana 112
Las grandes figuras de la retórica romana antes de Cicerón . . . 121
La conquista de la retórica griega 126
Cicerón 133
Excursus número 5: El arma de la risa 149
Los contemporáneos de Cicerón 153

CAPÍTULO VI. EL IMPERIO O LA INNOVACIÓN EN LA TRADICIÓN . . . 157
¿Decadencia o renacimiento de la retórica? 157
Características generales del periodo 163
La crítica literaria 164
El tratado *De lo sublime* 168
Arcaísmo y aticismo 172
La retórica, carrera reina de la enseñanza 175
Los tratados teóricos 187
El emperador orador 198
La práctica oratoria y el irresistible ascenso
del género epidíctico 201
Los oradores romanos 212
La Segunda Sofística 217
Excursus número 6: Elio Arístides, sofista
por la gracia de Asclepio 225
Retórica y literatura 227

CONCLUSIÓN. LA HERENCIA DE LA RETÓRICA GRECORROMANA . . . 233
La conversión de la retórica 235
Del fin de la Antigüedad a la época moderna 239
La retórica grecorromana hoy 240

THESAURUS. EL SISTEMA DE LA RETÓRICA 243

CUADRO CRONOLÓGICO 259

BIBLIOGRAFÍA 261

Índice de nombres propios 279
Índice de temas y de nociones 284
Índice de términos griegos 291
Índice de términos latinos 297

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

La retórica en Grecia y Roma,

editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
siendo jefe del departamento de publicaciones
Sergio Reyes Coria,
se terminó de imprimir en
Editorial del Deporte Mexicano,
el 18 de abril de 2013.

La composición tipográfica, realizada en tipo
Garamond de 11:13.16, 10:12 y 9:10.8 puntos,
estuvo a cargo de
Ana Esquivel Palomares.

La edición, al cuidado del editor y de
María de Jesús Martínez Hernández,
consta de 500 ejemplares impresos
en papel Cultural de 90 g.

Portada basada en el diseño de Patricia Luna.
Impreso en Offset

OBRAS DE L. PERNOT

Libros

(1981). *Les Discours Siciliens d'Aelius Aristide*. Nueva York: Arno Press (1992². Salem: Ayer Company).
(1993). *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*. París: Institut d'Études Augustiniennes.
(1997). *Éloges grecs de Rome*. París: Les Belles Lettres.
(2006). *L'ombre du Tigre. Recherches sur la réception de Démosthène*. Nápoles: D'Auria
(2008). *À l'École des anciens. Professeurs, élèves et étudiants*. París: Les Belles Lettres. Précédé d'un entretien avec Jacqueline de Romilly.

Compilaciones

(1993). *Rhétoriques de la conversation, de l'Antiquité à l'époque moderne*. Número especial de *Rhetorica* 11.4. Berkeley: University of California Press.
(2002). *Actualité de la rhétorique*. París: Klincksieck.
(2009). *New Chapters in the History of Rhetoric*. Leiden-Boston: Brill.

Compilaciones en colaboración

(1993). *L'invention de l'autobiographie, d'Hésiode à saint Augustin*. París: Presses de l'École Normale Supérieure.
(1997). *Dire l'évidence (philosophie et rhétorique antiques)*. París: L'Harmattan.
(1997). *Du héros païen au saint chrétien*. París: Institut d'Études Augustiniennes.
(2004). *L'ultima parola. L'analisi dei testi: teorie e pratiche nell'antichità greca e latina*. Nápoles: Arte tipografica editrice.
(2005). *Nommer les dieux. Théonymes, épithètes, épiclèses dans l'Antiquité*. Turnhout: Brepols.
(2008²). *Bibliographie analytique de la prière grecque et romaine (1898-2003)*. Turnhout: Brepols.

COLECCIÓN BITÁCORA DE RETÓRICA

Instituto de Investigaciones Filológicas

1. Beristáin, H. (2006). *Alusión, referencialidad, intertextualidad.* 2ª edición.
2. Beuchot, M. (2010). *Retóricos de la Nueva España.* 2ª edición.
3. Medina, R. D. (1996). *La otra cara de la revolución: hacia una explicación retórica de la risa.*
4. López Eire, A. (1996). *Esencia y objeto de la retórica.*
5. López, A., Á. Lara, A. Carlson, A. Herrera, A. Ma. Martínez de la Escalera y A. Goutman (1996). *Retóricas verbales y no verbales.*
6. López Cano, R. (2000). *Música y retórica en el Barroco.*
7. Cándano, G. (2000). *La seriedad y la risa. La comicidad en la literatura ejemplar de la Baja Edad Media.*
8. de Vinsauf, G. (2000). *La poética nueva.* Traducción de Carolina Ponce.
9. Arribas Rebollo, J., J. C. Gómez Alonso, G. Ramírez Vidal, J. Trueba Lawand (2000). *Temas de retórica hispano renacentista.*
10. Ramírez Vidal, G. (2000). *La retórica de Antifonte.* México: unam.
11. Beuchot, M. y H. Beristáin Díaz (comps.) (2000). *Filosofía, retórica e interpretación.*
12. Puig, L. (2000). *La realidad ausente. Teoría y análisis polifónicos de la argumentación.*
13. Cicerón (2000). *El modelo supremo de los oradores.* Traducción de J. Quiñones Melgoza.
14. Beristáin, H. (comp.) (2002). *El horizonte interdisciplinario de la retórica.*
15. Beristáin, H. (comp.) (2002). *Lecturas retóricas de la sociedad.*
16. Beristáin, H. (comp.) (2002). *El abismo del lenguaje.*
17. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2003). *La dimensión retórica del texto literario.*
18. Grupo (2003). *Figuras, conocimiento, cultura: ensayos retóricos.*
19. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2005). *La palabra florida.*
20. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2005). *Los ejes de la retórica.*
21. López Eire, A. (2005). *Sobre el carácter retórico del lenguaje y de cómo los antiguos griegos lo descubrieron.*
22. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2008). *El cuerpo, el sonido y la imagen.*
23. Ramírez Vidal, G. (ed.) (2008). *Conceptos y objetos de la retórica ayer y hoy.*
24. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2008). *Ensayos sobre la tradición retórica.*
25. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2009). *Crisis de la historia, condena de la política y desafíos sociales: respuestas retóricas.*
26. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2009). *Las figuras del texto.*
27. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2010). *Espacios de la retórica: problemas filosóficos y literarios.*
28. Beristáin, H. y G. Ramírez Vidal (comps.) (2012). *Las miradas y las voces.*
29. Livio, R. (2009). *Estrategias macro-retóricas: el formateo del hecho comunicativo.*
30. Puig, L. y D. García Pérez (comps.) (2011). *Retórica y argumentación: perspectivas de estudio.*
31. Pernot, L. (2013). *La retórica en Grecia y Roma.*